

Cristina González

Todas mis
canciones

son
para
ti



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

1. Ya pensaré mañana
2. Impresiones acerca de hombres
3. La dulce resaca del Dalsy
4. Mister Idiota
5. *Trending topic*
6. Haciendo amigos
7. Mister Interesante
8. El payaso, la zorra y el viejo chocho
9. Tengo mis fuentes
10. Dulce desesperación
11. El *latin lover* poseído por el príncipe de Blancanieves
12. ¡Quietos ahí! ¡Ni se os ocurra moveros!
13. Necesidades varias
14. Las teorías de Berta
15. Aqua Virgo
16. Le gusto. Je, je, he
17. Los zapatos también mienten
18. Los timbres son agresivos

19. Semáforo en verde
 20. Última toma, último día
 21. El marcapáginas
 22. San Lorenzo del Escorial
 23. Noche sin luna
 24. El sol frío del mes de marzo
 25. De color gris
 26. Nuevos horizontes, viejas palabras
 27. Demuestra que lo mereces
 28. *Your style by jury*
 29. El chico del teclado
 30. Destruyendo confianzas
 31. Ambas partes son culpables
 32. Nunca jamás
- Epílogo

Sobre la autora

TODAS MIS CANCIONES SON PARA TI

Cristina González

Principal Chic



TODAS MIS CANCIONES SON PARA TI

V.1: Abril, 2018

© Cristina González, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Rohappy / Istock

Corrección: Anna María Iglesia, Virginia Buedo y María Díez

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-14-0

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

TODAS MIS CANCIONES SON PARA TI

Un beso y un bofetón cambiarán su vida...

Leire sueña con triunfar en la música.

Un día asiste a un concierto de Aaric Lodge, y, sin esperarlo, la invitan a subir al escenario.

Tras cantar una canción con él, Aaric la besa, y ella responde con un bofetón. Lo que Leire no sabía era que su vida cambiaría por completo a partir de ese momento.

¿Podrá Leire resistir la tremenda química que hay entre ambos?

«Amena, entretenida y fácil de leer. La narrativa de Cristina González es alegre y divertidísima.»

Adicción a los libros

«Cristina nos cuenta con desenfado una historia actual y cercana que podría pasarnos a ti y a mí.»

La fabulosa historia

1. Ya pensaré mañana

Mis vecinos solían quejarse a menudo de que tocaba la guitarra eléctrica a deshoras. Alguna vez, a eso de las dos de la madrugada, el timbre de mi apartamento me había sorprendido mientras cantaba a voz en grito alguna de las estridentes canciones de Rihanna. Pero no podía hacerlo de otra manera: si llegaba a casa sobre las seis de la tarde y después me ponía a limpiar, lavar la ropa, planchar y sacar a pasear al perro... ¿Cuándo iba a dedicarme a mis *hobbies*? Por la noche, no había otra opción. Todo el mundo, al llegar la noche, se dedica a hacer lo que le gusta: ver la tele, leer, coser, pintar... Yo canto y toco la guitarra. Hubo una época en la que me dio por tocar el teclado, pero lo dejé porque no me llenaba lo suficiente y tampoco se me daba demasiado bien.

Ante las muchas quejas de mis vecinos, al final me compré unos auriculares bastante bonitos que podía usar como amplificador y que me permitían tocar sin molestar a los rancios de los de abajo y sin entorpecer las sesiones de sexo de los salidos del piso de arriba. Podía tocar la guitarra con toda la fuerza que me diera la gana y romperme los oídos sin compartir mi música con todo el vecindario. Sin embargo, aquel había sido un día distinto; no tenía ganas de cantar ni de tocar. No tenía ganas de nada, porque había sido de esos días en los que, nada más llegar a casa, miré la cama con deseo, con aún más deseo que con el que solía mirar la guitarra, y fantaseé con dormir durante al menos veinte horas seguidas.

Mi día había empezado en el tren, como siempre, con mi iPod desgastado

cargado hasta arriba de canciones: canciones de cuando tenía catorce años, que escuchábamos mis amigas y yo cuando íbamos a hacer botellón; canciones de amor, que escuchaba cuando me gustaba algún chico; y canciones agresivas de tipo *Highway to hell*, que oía cada vez que ese chico me dejaba. También tenía música disco, música comercial, algo de rock (no mucho, no me gustaba el rock) y *chill out*. El *chill out* resultaba bastante útil para rebajar mis niveles de estrés.

Cuando llegué a la estación de Atocha de Madrid, donde bajaba del tren para coger el metro, un señor algo andrajoso me pidió limosna para mantener a sus seis hijos, pues, según me dijo, su mujer estaba muerta. También me comentó que tenía SIDA y después, si bien es cierto que sorprendentemente tenía los dos brazos, me explicó que le habían amputado uno, aunque a lo mejor pedía limosna para comprarse una prótesis mejor.

El hombre me estuvo persiguiendo hasta que salí del recinto, pero no le di ni un duro porque, como siempre, aquel hombre, que cada día estaba en un andén diferente, emanaba por los cuatros costados tanto hedor a alcohol que se podía oler su presencia a más de cinco metros de distancia. A lo mejor, si me hubiera confesado que tenía mono de heroína, me hubiera apiadado de él, pero no lo hizo, me tuvo que contar que tenía seis hijos y esta historia no se la creía ni él.

Después de mi pequeña aventura cotidiana en el transporte público, llegué al colegio.

Allí saludé a mis compañeras Flor y Soraya. Cada una de nosotras llevaba una clase de primero de infantil, una clase de unas veinte adorables criaturillas de tres añitos.

Los niños eran lo más agradecido de mi trabajo. Si se hacían pis, les limpiabas; si se hacían caca, les limpiabas; si coloreaban un circulito, les aplaudías... Además de todo esto, también había que enseñarles cosas básicas, como los colores, las formas geométricas y alguna que otra letrita, para que tomasen un poco de contacto con la palabra escrita. Sin embargo, aunque fuesen muy agradecidos, muy inocentes y muy entrañables, había días en los que acababa hasta la coronilla de aguantarlos a todos. Por no hablar de los padres, de los que es mejor no hacer ningún comentario. Si alguien le pregunta a un médico pediatra qué es lo peor de su profesión, sin vacilar responderá «los padres de los críos» o «las abuelas de los niños». En

mi profesión ocurre lo mismo porque, en ocasiones, los padres de los niños son insoportables, aunque, evidentemente, siempre hay excepciones y entre ellas están las mamás que están al corriente de todas las actividades del colegio, que envían todo el material, que mandan bombones a la maestra para alabar su santa paciencia; *mi* santa paciencia. Sin embargo, junto a ellas también encontramos a los papás que vienen a recoger a sus hijos como mucho una vez al año, pero que cuando vienen se muestran como los padres perfectos: los expertos, conocedores de hasta el último vómito de su hijo, sus mocos, el color de sus cacas y su Pokémon favorito. Estos son los papás a los que yo más odiaba: aquellos que fingían interesarse con sus hijos para quedar bien con el resto de la gente. Pero esto no es lo peor; lo peor es cuando el papá de turno es un divorciado frustrado en el amor que trata de ligar conmigo, con Flor o con Soraya. Yo solía ser el objetivo de este tipo de hombres, tal vez por mi físico (aunque no me consideraba especialmente guapa, tenía cierto atractivo) o por mi edad; era la más joven. De hecho, con veinticuatro años ya tenía trabajo y una casa. Me di mucha prisa en acabar la carrera y procuré conseguir los contactos suficientes como para que me contrataran en algún sitio. Me hacía mucha ilusión independizarme y poder tener mi propio piso y mi trabajo, no porque no quisiera a mis padres, que los quería con locura, sino porque siempre quise ser autosuficiente. Cuando yo era pequeña, mi padre trabajaba doce horas al día como jardinero y mi madre, como señora de la limpieza en un par de colegios y en una clínica. Nunca tuvimos dinero para grandes lujos, pero comíamos bien y yo podía ir al colegio. Aun así, siempre tuve cierta obsesión con la economía familiar: tenía mucho miedo de que algún día pudiésemos quedarnos sin nada.

Ese era también el principal miedo de mis padres y, como es lógico, me lo acabaron transmitiendo de tanto comentarlo. Ellos solían echar la primitiva y jugar a la lotería con frecuencia: «Para ver si el Señor nos da una alegría», decían. Y, por consiguiente, yo también acabé jugando. Esta mañana, como no podía ser menos, marqué unos cuantos numeritos al azar en el billete de la primitiva y se lo di a la dependienta de la sucursal.

—¡Mucha suerte, Leire! —decía siempre, pero nunca me tocaba.

Sin embargo, la esperanza es lo último que se pierde y yo todavía no había perdido la esperanza de hacerme rica con un golpe de suerte. Pero la verdad es que había sido un día horrible en el que se había juntado todo: el

señor del tren con su limosna, sus enfermedades y su mono de droga; dos o tres niños a los que les había dado por ir al baño a la vez; una madre histérica porque su hijo se había caído al suelo y un padre divorciado que me había propuesto hacer algo indecente en su cama. Esa mañana solo quería dormir, pero no podía. Cada vez que cerraba los ojos veía a algún niño cagón o a algún padre ávido de sexo y entonces me ponía a morir y el sueño se esfumaba. Así que, sin encontrar ninguna otra manera de quitarme los nervios de encima, me puse a cantar, sin preocuparme de que fueran las tres de la madrugada. Con mi camisón de seda azul y mis zapatillas pomposas y suaves, conecté mi guitarra al amplificador y este a los auriculares y al ordenador.

Ya había elegido la canción de esta noche: *Bleeding Love*, de Leona Lewis. Es una canción difícil, pero ya la había practicado. Poco a poco, los acordes se fueron deslizado por mis manos y comencé a cantar. Sentí como se liberaba paulatinamente toda la tensión que había acumulado a lo largo del día. Al terminar y escuchar la grabación, me di cuenta de que había salido extrañamente bien: la voz limpia y clara, sin estridencias ni gallos. Incluso un poco de vibrato. Decidí repetirla de nuevo, pero esta vez me grabaría en vídeo y lo subiría a mi canal de YouTube.

Me puse un jersey por encima, uno gris ajustado que me tapara lo suficiente como para no salir despechugada delante de la cámara, y canté de nuevo. Luego le di al *play* para reproducir lo que había grabado. Estaba bien, no era un vídeo alucinante ni mucho menos.

Yo no era Leona Lewis. Era Leire. No lo hacía mal, pero no era famosa ni llevaba un ejército de asesores de imagen detrás de mí como muchas estrellas del pop, *dance*, hip hop y demás.

Cargué el vídeo en YouTube y lo publiqué.

Como siempre, uno de mis suscriptores dejó un comentario. Se trataba de Javi, mi exnovio, que siempre era el primero en comentar mis vídeos.

Había salido con él durante un par de años, desde los dieciocho hasta los veinte. Después fuimos amigos, pero nada más. En ocasiones quedábamos e íbamos juntos al cine o a jugar al billar. Solíamos contarnos nuestros problemas e incluso habíamos dormido juntos en varias ocasiones. Me daba cuenta de que era una relación extraña que tenía que acabar porque, aunque ya no fuésemos novios, seguíamos actuando de aquella manera y no era sano.

Sabíamos que nos teníamos el uno al otro, aunque sin sexo, sin caricias y sin besos, así que no nos permitíamos el uno al otro rehacer nuestra vida ni conocer a nadie más. Yo ya no estaba enamorada de él, pero tenía mis dudas acerca de sus sentimientos. Y no era para menos con el mensaje que me dejó junto a mi grabación, un vídeo de YouTube que me paraba el corazón y me obligaba a preguntarme por qué había terminado lo nuestro:

«Me rompes el corazón con solo escucharlo. Quiero estar cerca de ti y que me cantes al oído ;). Te quiere, Javi».

Dudaba, dudaba de mí misma y de si él me seguía queriendo o si, por el contrario, solo eran juegos cariñosos entre amigos. Sin embargo, estaba demasiado cansada como para pensar, así que, como diría la protagonista de *Lo que el viento se llevó*, ya lo pensaré mañana.

2. Impresiones acerca de hombres

Al día siguiente, el viernes de aquella semana, ocurrieron muchas; demasiadas cosas.

Como todos los días, llegué al trabajo con una sonrisa y con buena actitud, dispuesta a darlo todo, pero enseguida vino la coordinadora de educación infantil a las diez de la mañana a verme.

—Ven conmigo, Leire —dijo muy seria—. He avisado a Flor para que cuide de tu clase durante un rato.

Asentí con gravedad y la seguí. Me llevó a una de esas salitas que hacían las veces de lugar de reunión entre padres y profesores. Se sentó en uno de los sillones marrones y me miró de una manera muy inquietante.

—¿He hecho algo malo? —pregunté, algo atemorizada por aquella mujer.

La coordinadora era una señora de unos cincuenta y tantos años, normalmente bastante afable, pero exigente al mismo tiempo. Dirigía a sus profesoras con mano de hierro y guante de seda, por eso me extrañó tanto su forma de dirigirse a mí, más seca de lo habitual.

—No, Leire. Al contrario, estoy muy satisfecha con tu trabajo.

Suspiré de alivio.

—Pero en el colegio estamos teniendo serios problemas —dijo entonces.

—¿Qué clase de problemas?

—Económicos —puntualizó la coordinadora.

Tragué saliva. Los problemas económicos solían traer algunos inconvenientes; en concreto, bajadas de sueldo. Traté de hacerme a la idea de que, en cualquier momento, me iba a anunciar, con palabras suaves y algodonosas, una reducción de mi salario. Respiré profundamente.

—No nos queda más remedio que... —hizo una breve pausa antes de dejar caer el hacha sobre mi cabeza— prescindir de tus servicios.

Fruncí el entrecejo, confundida. Aquello no era lo que esperaba escuchar.

¿Había oído bien? ¿Me estaban echando a la calle? Tenía que haber algún error, seguramente se refería a una reducción de jornada con un descenso de mi sueldo. Algo malo, pero soportable. Lo que no era asumible de ninguna manera era el despido. ¿Y mi alquiler? ¿Y las facturas? ¿Y la comida? ¡Me vería obligada a regresar con mis padres después de dos años de independencia!

Un sudor frío se apoderó de mí.

—Creo que no sé a lo que se refiere —dije con suma delicadeza.

—Que ya no trabajas aquí, Leire —aclaró ella con cierta brusquedad.

Después relajó el gesto y añadió:

—No te lo tomes a mal, por favor. Se están llevando a cabo recortes de presupuesto y esto también implica a la plantilla. Te hemos elegido a ti porque aún eres joven y no tienes una familia que mantener. Tienes mucho recorrido por delante y no te será difícil encontrar otro trabajo.

—Pero... —Intenté interrumpirla para dejar muy claro que aquello era injusto.

—Déjame terminar —ordenó ella. Odiaba que la interrumpiesen.

Asentí inmediatamente y guardé silencio.

—Te hemos preparado una carta de recomendación para otros colegios. Tienes que entender que no podíamos echar a Flor, por ejemplo, que acaba de tener un bebé y, además, es madre de otros dos niños. No sería justo para ella.

¿Y para mí sí que era justo? ¿Desde cuándo el hecho de ser joven te aseguraba que ibas a encontrar otro trabajo?

Aparté enseguida aquellos pensamientos egoístas de mi mente. En el fondo, la coordinadora tenía razón: yo no tenía hijos a los que mantener y despedir a otras personas del equipo significaba hundir familias enteras.

Me limpié discretamente una pequeña lágrima que se deslizaba por mi pómulo derecho.

—Ya, entiendo —susurré, resignada.

—Bien, pues te damos una semana para que arregles todos tus asuntos pendientes y prepares lo que vaya a necesitar la profesora que venga a sustituirte.

—Por curiosidad, ¿quién va a sustituirme? —Tal vez fuese indiscreto preguntar aquello, pero estaba realmente intrigada.

—Se llama Ana. Es la responsable del comedor; ahora hemos hecho algún apaño para que, al menos durante este curso, pueda hacerse cargo de tus alumnos.

Apreté los dientes con fuerza. Estaba cabreada, muy cabreada. Me echaban a mí, que estaba formada, con estudios y experiencia en la educación de los niños, y le subían el sueldo a otra que no tenía ni la más mínima idea de cómo tratar con los críos.

Decidí tragarme mi mala leche y sonreír, aunque lo único que conseguí fue enseñar los dientes. Me levanté de aquel sillón raído y me fui sin decir una palabra. Noté cómo los ojos de la coordinadora se clavaban en mi espalda.

Contuve las ganas de llorar durante todo el día, hasta que llegué a mi casa, un miniapartamento de 45 metros cuadrados.

Me senté en el sofá y me desahogué. Iba a echar de menos a los niños. Y, a pesar de tener una carta de recomendación en mi poder, no pude evitar ver mi futuro muy negro.

Bastaba con leer el periódico o ver el telediario para enterarse de que la mayoría de los jóvenes menores de veinticinco años de España estaban en el paro y yo, al menos por el momento, no era una excepción.

Como era viernes, mi teléfono comenzó a vibrar hacia las ocho de la tarde.

Leí la gran cantidad de WhatsApps que me habían llegado. Resoplé; tocaba ir a un pub de la calle Serrano. Cualquier otro día habría acudido

corriendo a mi armario, entusiasmada con la idea de escoger un vestido, pero aquel viernes no. Si alguien quería sacarme de casa, iba a necesitar una grúa.

Dejé mi *smartphone* tirado en el suelo y encendí el portátil con la intención de actualizar mi blog, que había abierto un par de años antes con la idea de ir posteando mis impresiones acerca de la experiencia de vivir sola, de mi trabajo y, de vez en cuando, de mis experiencias amorosas, que no solo no eran muy numerosas, sino que se habían visto reducidas a cero desde que conocí a Javi y, sobre todo, desde que corté con él. No iba a escribir acerca de mi despido, no era un tema muy alentador, aunque a lo mejor me hubiera ayudado a asumirlo mejor.

Un par de horas después, llamaron al timbre.

Miré por la mirilla y vi a mis cuatro amigas impecablemente maquilladas y vestidas, dispuestas a comerse la noche. Al parecer, querían arrastrarme con ellas.

Abrí la puerta.

—¡Leire! —gritaron todas al unísono.

Se llamaban Lorena, Rocío, Tamara y Marina.

Lorena era mi mejor amiga. Nos conocimos en el colegio y mantuvimos el contacto durante el instituto y la universidad. Posteriormente se nos unieron Rocío y Tamara, a las que conocimos un día de invierno en el que fuimos a patinar sobre hielo. Marina era la incorporación más reciente, la conoció Lorena cuando trabajaba de dependienta en una tienda de ropa.

—¿Por qué no estás vestida? —dijo Rocío con un tono apremiante.

—Venga, Leire. Que hoy vamos a Serrano. ¡Tienes que ponerte guapa!
—exclamó Lorena con una sonrisa.

—Pasad, anda.

Me aparté para dejarlas entrar. Se sentaron las cuatro en el sofá. Cuando se quedaron en silencio no me corté, fui directa al grano:

—Me han despedido.

Observé sus caras de preocupación. Lorena se llevó la mano a la boca. Me senté en el suelo y dije:

—No tengo ganas de ir a ninguna parte.

Para mi sorpresa, Tamara se levantó y me agarró del brazo para levantarme del suelo.

—De eso nada —dijo ella—. Tú te vienes con nosotras. Ahora mismo te duchas, te peinas y te pones ese vestido negro tan *sexy* que tienes cogiendo polvo en el armario.

—Pero no quiero... —rezongué.

—Venga, Tamara tiene razón —dijo Lorena—. Si te quedas aquí, va a ser peor. Si sales y te diviertes, tal vez mañana veas la vida de otra manera. Además, nosotras te podemos ayudar si lo necesitas. Si quieres, mañana echo tu currículum en algún colegio que me pille cerca.

—Y nosotras también —dijeron entonces las otras tres, mirándose entre ellas y asintiendo.

Fui al baño y me duché, como me había ordenado Tamara. Después me sequé el pelo y me lo planché, destacando así los reflejos rubios entre toda mi mata de cabello castaño.

Salí del baño, me puse un tanga negro a juego con un sostén de encaje y me enfundé el traje negro como pude. Era tan ajustado que había que pasar verdaderas penurias para cerrar la cremallera del lateral.

Después me calcé unos tacones de Gloria Ortiz y, finalmente, me maquillé con algo de *eyeliner* negro para resaltar mis ojos aceitunados, colorete y brillo de labios.

Me miré en el espejo: el resultado era óptimo, parecía que acababa de salir de uno de esos *realities* televisivos de cambio radical.

—Genial, excelente, preciosa —me dijo Lorena, visiblemente más tranquila al verme preparada para salir por la puerta.

Al final no fue necesaria una grúa; bastaron cuatro amigas pesadas para tirar de mí.

Cogimos un taxi para llegar al centro de la ciudad, donde encontramos otros muchos grupitos de jóvenes que salían, dispuestos a romper las calles. El ambiente del viernes noche consiguió sacudirme un poco el muermo. Al rato, ya estaba sonriendo y bromeando con mis amigas y hasta me permití el lujo de dirigirle miradas tiernas y cariñosas a algún que otro chico guapo al que había pillado observándome.

Sin embargo, no podía de dejar de preguntarme cómo narices iba a decir a mis padres que me habían despedido. Cuando me asaltaba esta pregunta, la sonrisa se borraba de mi rostro y me volvía taciturna. Solo Lorena conseguía devolverme a la conversación del grupo y yo se lo agradecía bastante.

Al final, llegamos a la discoteca y, como aún no era la una de la madrugada, a las chicas nos dejaron entrar gratis. Aquel local era de mis preferidos: tenía una terraza al aire libre en la planta superior y en el sótano estaba la discoteca, donde solía sonar una música bastante buena.

Nos tomamos un par de copas todas juntas en la terraza. Era un sitio frecuentado por algunos famosos, pero nada del otro mundo: locutores de radio, algún que otro futbolista (no muchos) y, de vez en cuando, algún presentador de televisión.

No sabía cuánto alcohol había tomado cuando, mientras bailábamos, un hombre bastante atractivo me agarró de la cintura y me apartó de mis amigas.

No lo recuerdo.

Estaba oscuro y yo había bebido demasiado.

Solo sé que me sentí profundamente seducida y que me dejé llevar por sus movimientos.

Me besó y yo lo besé. Olía muy bien. Todo en él me resultaba atrayente.

Entonces alguien tiró de mi brazo derecho y me separó de aquel hombre.

Creí escuchar a Lorena gritando mi nombre, pero poco después me encontré metida dentro de un taxi junto a Javi, que me acompañó hasta mi casa y me metió en la cama.

—Me han despedido —balbuceé.

Él se tumbó a mi lado.

—Ya, pero eso no es excusa para besar a un tío que no conoces.

Arqueé una ceja. Estaba algo desorientada y me sentía confusa. Entonces recordé que me había morreado con un desconocido.

Pero ¿qué hacía Javi allí?

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté.

—Porque yo también estaba en Serrano y, por casualidad, te vi con uno que no tenía buenas intenciones. Olías a alcohol y parecías algo mareada. Le pedí permiso a tus amigas para traerte a casa y me dijeron que sí. ¿He respondido a tu pregunta?

Lo miré durante unos instantes antes de cerrar los ojos.

No sabía si agradecersele o mandarlo a tomar viento por haberme estropeado una fugaz aventura romántica de una noche.

Decidí cerrar los ojos e ignorarle. No iba a reprocharle nada, en el fondo

estaba cuidando de mí. Sin embargo, Javi estaba tomando un rol de padre protector que no me gustaba en absoluto; ya lo resolvería más adelante.

Cuando ya estaba a punto de caer rendida, escuché al oído:

—Te quiero.

Entonces me estremecí. ¿Padre protector o exnovio celoso?

3. La dulce resaca del Dalsy

Abrí los ojos despacio; la luz del sol se colaba por los agujeritos de la persiana. Javi dormía a mi lado. Recordé que anoche él me había traído a casa, después de mi «pseudoaventura romántica».

Me pregunté por qué estaba tan congelada hasta que me di cuenta de que la ventana estaba abierta, por lo que entraba aire fresco. Agarré la manta y me tapé hasta las orejas, pero no entendía por qué seguía teniendo frío, hasta que me di cuenta de que estaba desnuda.

—¡Joder! —Di un pequeño grito, breve pero sonoro.

Después salí de la cama rápidamente y me encerré en el baño. «Oh, Dios mío, ¿qué es lo que he hecho?», pensé. ¿Por qué estaba en la misma cama que Javi y desnuda?

Me llevé las manos a la cabeza. Después me miré en el espejo. Tenía la cara llena de manchitas negras debido al rímel que se había esparcido por mi cara. Es lo que normalmente me ocurría cuando me iba a dormir sin desmaquillarme.

—¿Leire? —Javi llamó a la puerta.

—¡¿QUÉ?! —espeté.

—¿Estás bien?

No contesté. «Maldita sea, espero que no se le ocurriese hacer nada conmigo en el estado en el que iba... Espero que se haya comportado de una manera civilizada... Espero que todo esto tenga una explicación...», supliqué

para mis adentros.

Yo no quería hacer el amor con él. Sí, era guapo, tenía una mirada soñadora y una estatura envidiable, pero yo no le quería. No estaba enamorada, eso era todo. Sin embargo, no me atrevía a decírselo claramente. En el fondo, tenía miedo de perderle. Me asustaba perder a un amigo. Y, si le decía que yo había perdido todo el interés romántico que él pudiese suscitar, era probable que no le volviese a ver en mucho tiempo y yo quería que estuviese cerca de mí, pero solo como un amigo, aunque, como bien había dicho Lorena, «no es bueno darle a un hombre falsas esperanzas porque, cuando se dan cuenta de que todo lo que han hecho no ha servido para nada, se sienten frustrados, traicionados y decepcionados. Leire, habla con tu ex cuanto antes». Lo más razonable sería darle largas y dejarle las cosas claras.

Una vez que mi cara estuvo limpia, cogí un albornoz y me cubrí con él.

Salí del baño y busqué a Javi. Se había ido al sofá donde me esperaba sentado.

—¿Por qué me miras con esa cara? —preguntó él, luciendo una gran sonrisa.

—¿Por qué me has quitado la ropa? —contraataqué.

—Porque supuse que estarías incómoda.

—Yo no recuerdo haberte pedido que me desnudaras.

—¿Te ha dado vergüenza que te vea? —dijo él con una sonrisa sugerente.

—No. Pero no me hubiese pasado nada por dormir con el vestido.

—Venga, Leire. Con la de veces que te he visto y que tú me has visto... ¿Qué más da que te haya quitado la ropa? Además, no ha pasado nada entre nosotros, si es eso lo que te preocupa —señaló él.

Fue todo un alivio oír de sus labios que la cosa no había llegado a mayores, pero ¿y si así hubiese sido? ¿Volvería a repetirse esta situación? Desde el mismo día en el que lo dejamos, le repetí una y mil veces que no había ninguna posibilidad de recuperar lo nuestro, se lo dije hasta el aburrimiento. Sin embargo, aquí estaba, delante de mí, después de haberme traído a casa, de haberme arrancado de los brazos de otro y de haberme desnudado. Y, por si fuera poco, decía que no había ocurrido nada.

Yo quería un amigo, no quería un novio a medias y, como estaba claro que Javi no iba a prestarse a una simple amistad por las buenas, no me iba a

quedar más remedio que hacer lo que Lorena me había recomendado: darle largas.

—Creo que sería una buena idea... —comencé.

Mi salón, al menos eso me parecía, era demasiado pequeño para que él estuviese dentro y, sin embargo, ahí estaba Javi, que me miraba expectante, con sus ojos oscuros tan expresivos y sus vaqueros rotos, sentado en mi sofá con su halo de chico bohemio y tranquilo. Se le veía enamorado y esto me partía el corazón.

—¿Qué, Leire?

Clavó sus ojos en los míos, pero aparté la mirada. Él se levantó y se acercó a mí. Era tan bueno, siempre había sido tan bueno conmigo... Me sentí cruel por no quererle.

—Sería conveniente que nos tomáramos un tiempo —dije, al fin.

Noté como se apartaba de mí. A simple vista, estaba algo decepcionado.

—Gracias, por lo de anoche —añadí. No quería ser desagradecida, en el fondo me había hecho un favor.

—De nada —respondió él con un tono más distante.

Se acercó a mí de nuevo. Esperaba a que yo me apartase o le rechazase, pero no lo hice.

Entonces me besó en los labios con ternura. Después me miró fijamente mientras acariciaba uno de mis mechones oscuros.

—Si es lo que quieres, me iré —dijo entonces.

Me alarmé un poco al ver su reacción, pero pronto comprendí que era lo que tenía que ser: una despedida. Javi se merecía a una chica que estuviese enamorada y que le diese tanto cariño como el que él me daba a mí. Se merecía amor, un amor que yo hacía tiempo que no sentía. Por lo menos, no esa clase de amor.

Asentí sin mirarle y, finalmente, se fue.

Escuché un portazo detrás de mí y supe que ya no estaba en casa.

De repente se hizo un silencio sepulcral, solo se escuchó el rugido de una moto y el murmullo del motor de un autobús que había frente a mi casa.

Y así estaba yo: en el paro, sin novio, sin exnovio y sin dinero.

Mi situación era muy poco alentadora. Además, tenía una resaca terrible. Fui a la cocina para tomarme un Ibuprofeno. Siempre había odiado tragar

pastillas, así que todas las medicinas las tomaba en sobres de granulados o en polvo y, de vez en cuando, en jarabe. Un día, cuando era pequeña, mi madre me echó una bronca tremenda cuando decidí beberme medio frasco de Dalsy.

¡Estaba tan rico!

Me llevé una buena colleja y después me arrastraron al médico para comprobar que no me hubiese intoxicado por la sobredosis. Afortunadamente, sobreviví y podía disfrutar de mi ahora amarga existencia.

Traté de recomponerme rápido de la discusión que acababa de tener con Javi. Me recordé a mí misma que era un chico que, a pesar de ser muy agradable y comprensivo, era un desastre en todo lo que a su vida personal y profesional se refería. No había sido capaz de terminar sus estudios, no había sido capaz de reencauzar su vida hacia un trabajo, era desorganizado e impredecible. No tenía ningún sueño que cumplir. Era un chico que decía que solo vivía el presente y se olvidaba del su futuro. Puede que la filosofía del *Carpe Diem* fuera muy bonita y transcendental, pero no se puede vivir del aire y de los buenos sentimientos. En la vida hay que trabajar, estudiar o, por lo menos, tener la intención de ganarse el pan de una manera honrada y digna. Y Javi, al parecer, no tenía ningún interés en nada de todo ello. ¿Para qué lo iba a tener? Sus padres estaban separados y él vivía de su madre, que recibía una pensión bastante enjundiosa de su padre. Yo no quería acabar casada con un hombre sin oficio ni beneficio, sin ambiciones ni proyectos de vida; no era una chica materialista, sino realista y pragmática. «La vida es así, no la he inventado yo», le dije una vez, cuando rompimos.

Me acuerdo del día en que lo conocí. Yo acababa de entrar en un grupito de música, de esos que se forman en el instituto y que luego actúan en Navidad y en la fiesta de fin de curso. Él tocaba la guitarra y yo cantaba. Un día le pedí que me enseñara a tocar y así surgió lo nuestro.

Le propuse que compusiera unas cuantas canciones y que las enviara a alguna discográfica, pero me dijo que tenía mucho miedo a ser rechazado, que no merecía la pena y que él prefería que la música fuese un *hobby* en lugar de un trabajo.

En cierto modo lo comprendía, pero, teniendo en cuenta que la música era lo único que conseguía arrancarle de su habitual estado de vagancia, hubiese sido interesante que al menos lo intentara.

Encendí el portátil y me senté en el sofá. Apoyé el ordenador sobre las

rodillas y me dispuse a revisar mi *curriculum vitae*. Tendría que añadirle un par de años de experiencia de trabajo. La semana siguiente lo entregaría en varios colegios, junto con mi carta de recomendación.

Me llevé la mano a la sien. Qué dolor.

—No volveré a beber nunca —juré en voz alta.

Siempre lo juraba a la mañana siguiente, después de haber salido de fiesta.

Cuando terminé con el currículum, volví a la cocina para prepararme una infusión. Con un poco de suerte, en un par de horas se me habría pasado la resaca. Puse la radio para ahuyentar un poco el silencio que había en la casa; Javi la había dejado muy vacía al marcharse.

—Y ahora, el número cuatro de la lista, que sigue en ascenso... —decía el locutor.

—En serio, los locutores de radio se dopan, hablan como si estuvieran superacelerados... —dije, otra vez en voz alta.

Sí, estaba hablando sola.

—Se llama *You will fall* y es lo último de Aaric Lodge. Espero que lo disfrutéis —continuó aquella voz acelerada de la radio.

Dejé de prestarle atención al ordenador para escuchar la canción. Normalmente, cuando escuchaba alguna melodía que me gustaba le daba al botón *repeat* de mi iPod cada dos por tres, pero últimamente había escuchado tantas veces todas las canciones que necesitaba un repertorio nuevo y aquella canción que sonaba por la radio era la candidata perfecta para ser un nuevo miembro de mi lista de reproducción.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el respaldo de mi sofá de terciopelo. El ritmo de la canción era bastante dinámico y la voz del cantante, muy *sexy*.

¿Cómo había dicho que se llamaba el cantante? ¿Aaric Lad...?

Como todavía tenía el portátil sobre las rodillas, aproveché para buscar la letra de la canción en Google.

Yo sabía algo de inglés, pero, al llevar varios años sin utilizarlo, mis conocimientos se habían oxidado, sobre todo mi comprensión oral, que ahora era casi nula. Eso sí, me manejaba muy bien leyendo en inglés, así que, nada más encontrar la letra de la canción, me puse a leerla y a tratar de comprenderla. Sin embargo, en la primera estrofa se me cayó el mundo

encima. Yo, que pensaba que era una melodía romántica, *sexy* y algo atrevida, me encontré con un engendro cargado de machismo y misoginia.

«¿Por qué se componen en el mundo canciones así?», pensé indignada.

Más o menos, la letra decía «Yo te puedo follar como nadie, te mojarás entera, tus movimientos me enloquecen, necesito sexo contigo... Estás para que yo te posea, te voy a empapar... Eres la más zorra que he conocido y eso me encanta...».

Abrí los ojos de par en par.

—¿¡Hola?! —grité de incredulidad, otra vez en voz alta.

Aquel chico dejó de parecerme *sexy* y seductor; ahora lo veía como a un auténtico gilipollas. ¿De verdad pensaría toda aquella basura que cantaba o solo lo hacía para vender más? ¿Cómo puedes decirle a una mujer que es una zorra y encima esperar que le guste?

Le dirigí una mirada asesina a la pantalla del ordenador, donde estaba la letra de la canción y la foto del tal Aaric Lodge, que sonreía mientras yo estaba cada vez más cabreada.

Aaric parecía normal: un chico guapo, de pelo oscuro y ojos grisáceos, muy atractivo y vestido de traje. ¿Por qué narices se vestía de traje, si la corbata no le hacía parecer más inteligente? Si uno es gilipollas, y él lo era, no habría traje alguno, por mucho que fuera de Armani, que pudiera disimularlo.

—¿Yo podría cantar mejor! —grité de nuevo.

Cerré de golpe el ordenador y me levanté del sofá. Fui a coger mi guitarra. Me había picado, iba a demostrar que yo podía cantar esa canción mejor y, de paso, demostrar lo ridícula que era con aquella letra tan asquerosa.

Canté y colgué el vídeo; después añadí un bocadillo en el que decía que odiaba aquella canción y que deberían censurarla.

En los comentarios me llamaron de todo: retrasada, estrecha, envidiosa, reprimida sexual... Incluso hubo alguien que me dijo que cantaba bien, pero que yo no tenía el talento necesario para interpretar aquel tema. Sin embargo, lo que más me molestó fue que, entre tantos comentarios, faltaba uno, ese comentario que debería de haber estado allí y que, por negativo que fuese, quería leer: el comentario de Javi. Pero tenía que asumir que se había acabado. Debía aprender a vivir sin él, sin sus opiniones, sin su presencia y

sin nuestras tardes de billar y cerveza.

Durante la semana siguiente, me dediqué a despedirme de los niños, a informar a los padres y a llorar mi marcha junto a Flor y Soraya.

Ambas estaban muy apenadas.

Visité dos colegios que se encontraban relativamente cerca de mi casa. Allí eché mi currículum junto a la recomendación. Finalmente, llegó el día en el que tuve que decirle adiós a mis alumnos y a mis compañeras. Por la tarde me fui a casa de Lorena para desahogarme.

Durante aquellos días no supe nada de mi ex. No sabía si alegrarme o llorar. En el fondo, esperaba que al día siguiente de irse volviera y llamara a mi puerta, pero no lo hizo.

Parecía que, al fin, había decidido tomarse en serio mis palabras.

Como siempre, aquel jueves me fui a echar la primitiva a la sucursal de loterías. Me puse unos vaqueros y unas botas de Primark, y una camiseta de Zara que me había comprado durante las rebajas de julio. Cogí el iPod para escuchar algo de música mientras caminaba por la calle. Descarté la idea de añadir la canción de Aaric Lodge a mi lista de temas nuevos.

Había que andar durante unos quince minutos para llegar a la oficina de loterías. Estaba lloviendo mientras recorría una calle muy larga, con coches aparcados a los lados.

Cuando finalmente llegué, la sucursal estaba a reventar de gente, pero, afortunadamente, la mayoría estaban allí para refugiarse del chaparrón que estaba cayendo. Cuando llegó mi turno, Rufina, la dependienta, me saludó con una sonrisa.

—¿Has tenido suerte, Leire? —me preguntó con cierto retintín.

Nunca tenía suerte.

—Eso depende de cómo se mire —respondí.

Ella me miró con condescendencia. A pesar de ser la dueña del establecimiento, opinaba que la gente era idiota por gastar sus ahorros en billetes de lotería, bonoloto y primitivas. Decía que el negocio funcionaba gracias a la necedad de aquellos que esperaban hacerse ricos con solo

chasquear los dedos.

Un día le dije que no era quién para juzgar mis costumbres y nunca más volvió a mencionar el tema. Se limitaba a pasar el código de barras de mis billetes bajo su maquinita y punto.

—Oye, Leire —dijo Rufina mientras se ponía las gafas para ver mejor la pantalla—. ¿Has mirado por Internet lo que te ha tocado?

Arqué una ceja. No sabía que podían mirarse los resultados en la página web de Loterías. De todas maneras, yo siempre había sido muy pardilla con los ordenadores.

—No. ¿Tendría que haberlo hecho?

Ella me miró abriendo mucho los ojos. Después giró el monitor de su ordenador hacia mí.

Al principio no comprendí su comportamiento tan extraño.

—Fíjate. —Ella señaló con su dedo índice una cifra. Una gran cifra.

—¿Qué? ¿Eso es mío? —Pensé que era una broma de cámara oculta.

Rufina parecía contrariada. Tanto criticar a aquellos que compraban sus billetes y ahora se veía consumida por la envidia.

Yo aún no terminaba de creérmelo. ¡Cuánto dinero!

4. Míster Idiota

Lo primero que hice fue presentarme en casa de mis padres. Mi madre, al abrir la puerta y ver mi cara de susto, vociferó:

—¡Leire! Hija mía, parece que has visto un fantasma... ¿Y esa cara que traes?

Estaba extremadamente pálida, en estado de *shock*, pero la situación no era para menos.

Quitando los impuestos que había que pagarle al Estado, ahora tenía en mi poder unos cuantos millones de euros, casi veinte.

—Supongo que he visto algo mucho más gordo que un fantasma —susurré con voz queda.

—No me asustes —me riñó ella.

Uno de los problemas que tenía mi madre, si es que se le podía llamar problema, era el volumen de su voz: hablaba muy alto. Era una mamá chillona; dentro de casa no había mayor problema, todo se quedaba entre nuestras cuatro paredes, pero estando en el descansillo de la escalera, con la puerta abierta de par en par y con las vecinas jubiladas al acecho en la mirilla, preferí esperar a entrar antes de dar la buena nueva. Era una pésima idea que mi madre montase una escenita de euforia por su recién adquirida fortuna delante de las señoras de la puerta de enfrente, un par de víboras hambrientas de cotilleos y rebosantes de envidia.

—No, tranquila. Son buenas noticias. —Sonreí para tranquilizarla.

Pero ella, lejos de relajarse, me espetó:

—No estarás embarazada, ¿no? —Los ojos se le salieron de las órbitas y levantó ambas cejas.

—¡Mamá! ¡Chsss! —Ya podía notar las sonrisas de las ancianas cotillas tras sus puertas.

Dirían: «¡Esta Maruja! Toda la vida presumiendo de hija modelo y ahora, ¡ja! Salió más puta que las gallinas... ¡Preñada!» y, en menos de un minuto, me convertirían en la prostituta oficial del barrio.

Mi madre, que seguía creyendo que traía a un feto dentro de mi barriga, continuó farfullando por lo bajo. Gracias al cielo, me dejó entrar en casa y cerró la puerta. Suerte de la dulce intimidad hogareña.

—No estoy embarazada, mamá. Estoy forrada. Me ha tocado la primitiva —dije de golpe.

No quería aguantar otro discurso sobre anticonceptivos. A mi madre le encantaba ilustrarme sobre las mil y una formas de evitar un embarazo no deseado, a pesar de que, a lo largo de toda mi vida, solo había mantenido relaciones con un hombre. Sin embargo, ella insistía con sus consejos y me repetía siempre su frase preferida para estos temas:

«Y no es que yo no quiera tener nietos. Es que soy demasiado joven para ser abuela y tú eres demasiado niña para ser madre».

Sus palabras solían resultar aún más embarazosas cuando Javi estaba delante.

Afortunadamente, mi madre interrumpió su monólogo programado sobre la anticoncepción en cuanto escuchó la palabra «primitiva». Entonces dijo en tono ansioso:

—¿Cuánto te ha tocado?

Y yo respondí:

—Unos dieciocho millones de euros... Más o menos.

Aún no soy capaz de imaginar cuáles fueron los pensamientos que cruzaron su mente en aquel momento. Solo la vi sentarse despacio en el sofá y llevarse una mano al pecho.

—Eso es mucho dinero —dijo, muy seria.

¡Cualquiera diría que acabábamos de hacernos millonarias! Aquello parecía un funeral.

Yo, sin embargo, sí comprendía la gravedad de la situación. El dinero en grandes cantidades a menudo solía traer más contratiempos que beneficios, pero, si uno sabía jugar bien sus cartas, podrían ser más numerosas las ventajas que los inconvenientes.

—¿Y qué has pensado? —me preguntó mi madre, ya recuperada de la impresión inicial.

—Nada —respondí.

Ahora la vida me resultaba irónica. Todos estos años luchando literalmente para salir adelante, para tener una casa, comida y una vida decente... Todos estos años preocupándome de que no nos faltara dinero ni a mí ni a mi familia y ahora me lo daban todo hecho. ¿Qué iba a hacer?

¿Me presentaría al día siguiente en un colegio con mi currículum? Algo me decía que no tendría ningún sentido hacerlo. ¿Me dedicaría a estudiar? ¿Invertiría? Pero ¿invertir en qué? También tenía la posibilidad de dedicarme a vivir la vida e ir gastando euro a euro cada millón, pero aquello tampoco era razonable.

—Podrías visitar a algún asesor financiero —señaló mi madre, que me miraba fijamente.

—¿Para qué? Se preocupará solo por sus intereses, no por los míos. El problema es que no sé qué hacer, nunca he tenido tanto dinero como para preocuparme de en qué gastarlo. Más allá de en comida, ropa, luz y gas...

Ella sonrió; estaba muy guapa. Mi madre y yo siempre estuvimos muy unidas, todavía más desde que había muerto papá año y medio atrás.

—Lo entiendo, pero algo hay que hacer. Los billetes son como la comida congelada: duran mucho, pero no para siempre. Como la comida, hay que cocinarlos antes de que se echen a perder... —Con estas palabras salió a relucir la vertiente filosófica de mi madre.

Me pregunté qué habría dicho el señor Burns de *Los Simpson* al escuchar a mi madre comparando billetes y comida congelada, como si el dinero fuera los langostinos que nos trincamos en Navidad.

—Algo haré, tú tranquila —sonreí.

Y, efectivamente, algo hice.

Para empezar, le compré una casa nueva a mi madre. Por suerte, el pequeño tugurio en el que ella vivía estaba completamente pagado, así que no hubo que pagar ninguna hipoteca. Decidimos dejárselo en alquiler a una pareja de novios que pretendían vivir juntos durante una temporada y fuimos juntas a una inmobiliaria para elegir un sitio bonito en el que comenzar una nueva vida. Ella no quería una mansión: «No quiero matarme a limpiar, y tampoco quiero que venga una chica a hacerlo por mí». Así que compré un pisito pequeño, pero coqueto, en una zona muy céntrica de Madrid, justo enfrente del parque del Retiro. De esta manera, ella podría salir a pasear y alejarse del humo y del ruido de los coches cuando quisiera y si, por el contrario, prefería ir de compras tendría los grandes almacenes a diez minutos de casa.

«De verdad, Leire, no hace falta. No quiero que te gastes tu dinero en mí», me había dicho en incontables ocasiones, pero me daba igual lo que dijera porque, si no hubiese sido por ella y por su maldita costumbre de jugar a la lotería todas las semanas, jamás me hubiese tocado semejante fortuna. Ella se merecía tanto o más que yo una casa nueva.

Conseguí convencerla alegando que necesitábamos cambiar de aires, que su antigua casa nos recordaba demasiado a papá. Ella estuvo de acuerdo.

—Pero que sepas que es solo para olvidar los malos momentos, ¿eh? —refunfuñaba.

Yo sabía que, en el fondo, estaba encantada con su nuevo apartamento.

En cuanto a mí, también me compré una casa nueva.

Le propuse a Lorena que se mudara conmigo. El piso nuevo era demasiado grande para vivir allí yo sola y, al fin y al cabo, era mi mejor amiga.

Lorena tenía un año más que yo y acababa de empezar su residencia como doctora. Trabajaba muchas horas en el hospital y tenía guardias cada dos por tres. Solía quejarse de que cuando llegaba a su casa, su madre le rendía cuentas por sus horarios, por sus ligués, por el temario que tenía que estudiar... Y Lorena ya era mayorcita como para que su madre tuviese que revisarle los deberes.

Me había confesado hacía tiempo que quería independizarse cuanto antes, pero, como su carrera era muy larga y costosa, no se lo había podido permitir.

Aproveché entonces la ocasión para darle la oportunidad de alejarse de su hogar un tiempo.

Ella aceptó gustosa.

Yo había adquirido un ático, también en el centro de Madrid.

Pasados los meses, resultó ser un lugar muy cómodo para vivir, tanto para Lorena como para mí. Yo aproveché para sacarme el carnet de conducir y para comprarme un coche. Me decidí por un Audi A3, pequeñito y manejable; sin embargo, como la casa estaba en el centro de la ciudad, lo utilizaba en contadas ocasiones.

Lorena, como ya me había avisado, tenía unos horarios de trabajo pésimos: de madrugada, por las tardes, a mediodía... Tenía jornadas de veinticuatro horas seguidas y la pobre, cuando llegaba a casa, parecía una larva que se arrastraba por el parqué. Pero otras veces, cuando terminaba con aquellas guardias tan agotadoras, tenía dos o tres días libres en los que charlábamos, cocinábamos juntas y nos íbamos de compras. Parecíamos hermanas.

Una vez, cuando yo acababa de salir de la ducha y Lorena estaba cocinando algo para cenar, me dijo:

—Oye, Leire... ¿Qué has pensado hacer con el dinero?

Me sorprendió mucho su pregunta. Durante los cuatro meses que habíamos vivido juntas, me había planteado aquella cuestión solo en un par de ocasiones y siempre había llegado a la misma conclusión: «Bueno, ya lo pensaré otro día».

La verdad es que se trataba de un asunto que me resultaba muy difícil de afrontar, hasta que me decidí a hacer caso a mi madre y visitar a un asesor financiero.

La visita resultó ser tan frustrante como aburrida, aunque, en cierto modo, fue fructífera.

Al principio Míster Idiota, apodo cariñoso que recibí dicho asesor a los cinco minutos de conversar con él, pensó que le estaba vacilando.

Después me dijo que lo primero que tenía que hacer era saldar todas mis deudas.

—No tengo deudas —contesté—. Tengo veinticuatro años, no me ha dado tiempo a endeudarme.

Él sonrió. Después continuó hablando:

—Divide tu dinero y repártelo entre diferentes entidades bancarias. Deposita una cantidad en fondos de inversión, otra en algún plan de pensiones...

—Pero yo quiero algo que me dé dinero, algo que me ayude a conservar lo que ya tengo... —le dije.

—Los fondos de inversión dan dinero, pero a lo mejor tú te refieres a montar una empresa.

—Sí, eso. Pero no sé de qué, ni cómo; no tengo formación económica ni ninguna idea brillante que pueda funcionar, y menos en los tiempos que corren...

—Bueno... —Se llevó una mano al mentón—. Si de momento no te atreves con una empresa, compra unas cuantas casas y alquílaselas a alguien. Eso siempre da dinero y seguridad económica.

Asentí para hacerle saber que lo había comprendido. Lo de comprar inmuebles no era una mala idea.

—Sí, eso me gusta.

—Pues empieza por ahí —señaló él.

Era un hombre mayor; tal vez hubiese sido guapo durante su juventud, pero ahora tenía el pelo cano y la barba blanca. Parecía afable hasta que una lo conocía y descubría por sí misma que se trataba de un señor aburrido de su trabajo, machista y frustrado. Sí, machista, porque nada más verme, no sé si en serio o en broma, no dudó en decirme:

—El mejor consejo que puedo darte es que te tires a un viejo rico y que te cases con él. A ser posible, viudo y sin hijos para que no tengas problemas con la herencia.

Después sonrió y me dijo:

—¡No te lo tomes en serio! Siempre le digo lo mismo a las jovencitas.

Me pregunté, entonces, si era aquello lo que en realidad pensaba o es que era así de idiota por naturaleza. De ahí su apodo: Míster Idiota.

Sin embargo, a pesar de todo, Míster Idiota me había regalado una buena solución para rentabilizar mis billetes, que ya comenzaban a pudrirse como la comida congelada en mal estado. Así que, cuando regresé a mi casa, indagué un poco en Internet sobre las viviendas en alquiler. Comparé los precios a los

que se alquilaban unas casas y otras, me metí en la web de unas cuantas inmobiliarias. En definitiva, me documenté para pasar a la siguiente fase: comprar las casas.

Estuve un par de meses dedicándome enteramente a mi mininegocio inmobiliario. Después las cosas comenzaron a funcionar por sí solas: conseguí algunos inquilinos que me pagaban regularmente, unos más que otros, y poco a poco fui adquiriendo algún que otro inmueble. De esta manera, fue creciendo mi patrimonio.

Cuando se lo comenté a Lorena, esta me felicitó. Dijo que era lo más sensato que podría haber hecho con todo el dinero.

Y así transcurrieron los días: al principio entretenidos y después, más y más aburridos.

Mi amiga trabajaba y yo esperaba en casa organizando mis cuentas bancarias, cantando, grabando vídeos que luego subía a YouTube, cocinando...

Un día, un buen día como otro cualquiera, me dio por encender la radio, algo que hacía en aquellos momentos en los que me sentía particularmente sola o en los que notaba la casa demasiado silenciosa.

—Aquí llega, esta maravilla, este temazo... —dijo el locutor.

A los locutores les encantaba la palabra «temazo», lo tenía comprobado; parecía que tenían un orgasmo cada vez que la decían.

—Aaric Lodge va a pegar fuerte esta temporada con su nuevo *single*... —continuó otra locutora que tenía voz *sexy* y pecaminosa.

El caso fue que aquella canción también me enganchó, a pesar de que tenía al petardo de Lodge enfilado. Y, como siempre, me fui a Google y busqué la letra.

Mi impresión fue mayúscula al comprobar que aquel tema no tenía nada que ver con el anterior. La letra era verdaderamente romántica, decía cosas bonitas de una chica, a la que describía como guapa, única e irrepetible. Y, de inmediato, aquella canción, titulada *In you*, pasó a formar parte de mi lista de reproducción. La escuché hasta el aburrimiento; la ponía a todas horas, en los *buffles* del iPod, en el equipo de música, en el ordenador.

Un día Lorena me dijo:

—Se te van a caer las bragas de tanto escucharla.

—¡Serás bestia! —vociferé.

—Pones cara de gatita viciosa cuando la oyes —bromeó ella.

—Oye, no es culpa mía que a ti no te guste la canción.

—A ver, Leire. Cariño. Sí me gusta, pero no me gusta escuchar una canción tropecientas mil veces, ¿entiendes?

—Bah, sosa... —Y le lancé un cojín.

—¡Sosa tú!

Entonces Lorena se fue a su habitación.

—Espera, tengo una sorpresa para ti —me dijo mientras desaparecía detrás de la puerta.

Esperé pacientemente sentada en nuestro sofá, también aterciopelado como el que yo tenía en la otra casa, aunque más grande y mullido.

Ella regresó con un sobre blanco en el que se leía «Aaric».

—¿Qué es? —pregunté antes de abrirlo.

—Son dos entradas para el concierto que va a dar Aaric Lodge en Madrid la semana que viene.

—¡Lorena! —suspiré—. No tendrías que haber gastado el dinero en esto... A mí este tío no me hace mucha gracia...

Me reprendí por haber sido tan sincera de golpe, pero es que, aunque la última canción de este Aaric me gustase, el resto de su música me parecía una auténtica basura comercial y misógina.

—Oh, tranquila. No me lo he gastado yo. Ha sido un paciente muy amable que quería hacerme un regalo por haberle tratado muy bien.

—Bueno, pero igual te apetece ir con algún chico, o con Rocío o Tamara... No quiero que desperdicies una entrada conmigo... A mí Aaric Lodge no me gusta mucho...

Fui al concierto. A Lorena no le sirvieron mis excusas y, llegado el día, me obligó a ponerme guapa y a calzarme unos botines.

—Y punto. Te vienes. Necesitas salir de casa. Tanto dinero te está convirtiendo en una especie de mujer vampira que vive resguardada de la luz del sol, de las personas y del mundo exterior. ¡Leire! Ya no sales a nada...

Tienes que espabilar

—sentenció ella.

Lorena tenía razón, llevaba unas cuantas semanas de encierro monástico. Como todo (webs, correo electrónico) podía manejarlo vía Internet no necesitaba moverme de casa para nada, salvo para bajar a comprar comida y el pan. Me estaba convirtiendo en una mujer prematuramente jubilada.

El concierto fue en el Palacio de los Deportes de Madrid. Era un recinto gigante que siempre se abarrotaba de gente cuando actuaba algún cantante famoso y, para más inri, las entradas que le habían regalado a Lorena eran para estar a pie de escenario, es decir, sin asientos y entre miles de fanáticas locas que, si te dejabas, te machacaban a codazos.

De repente salió al escenario él, Aaric Lodge, con su traje y sus gafas de sol, aunque no tuviera ningún sentido, pues dentro del Palacio de los Deportes no había ningún sol del que protegerse. Nada más verle pensé que era un flipado.

—*I love ya, Madrid!*

Hasta ahí, la cosa fue bien. Después cantó aquella canción que tanto me había horripilado cuando la escuché y no pude evitar mirarle con odio.

Tuve la sensación de que, de vez en cuando, se fijaba en mí. Lorena y yo estábamos en primera fila, así que no me sorprendió mucho que me mirase, como al resto de sus fans descerebradas.

Casi al final del concierto, llegó el instante que yo tanto había anhelado: Aaric anunció que iba a cantar mi canción favorita.

Creo que fue el único momento en el que sonreí.

Y, justo antes de comenzar a cantar, Lodge dijo:

—*I need one girl... one beautiful girl... to come up here with me and sing this song...*

Al instante miles de chicas levantaron los brazos y los agitaron de una manera convulsiva.

Yo, que aún estaba intentando traducir sus palabras, pues el inglés con acento americano se me resistía bastante, no hice ningún movimiento. Solo lo miré con cara de póker, pues no entendía qué había dicho.

Entonces uno de los coordinadores del concierto se acercó a la valla que rodeaba al público y caminó hasta detenerse a mi altura. Me señaló y me hizo

un gesto con la cabeza.

—¡Sube! —me gritó. Yo solo pude leer sus labios porque había demasiado ruido allí dentro.

Se me aceleró de golpe el corazón, empecé a marearme y noté un sudor frío chorreando por mi espalda. ¿Yo? ¿Subir al escenario? «¡Tierra, trágame!», pensé. Sin embargo, no me dio tiempo a negarme. Aquel hombre me cogió de la mano y me ayudó a salir de la zona precintada. Me condujo por unas escaleras que llevaban al escenario.

Y subí.

Aaric Lodge me tendió una mano y me dedicó una gran sonrisa. Yo estaba temblando como un flan.

Sabía perfectamente que, de vez en cuando, los cantantes subían a alguna chica al escenario para que cantase con ellos alguna canción y, de hecho, en muchos de los conciertos había visto a chicas tambaleantes subir al escenario junto a su cantante preferido. Sin embargo, nunca imaginé que algún día fuese a tocarme a mí, pero tampoco imaginé que me fuera a tocar la primitiva y, al final, me había tocado. Después de todo, iba a ser cierto aquello de la ley de Murphy...

¡Ojalá hubiese sido Madonna quien me hubiera invitado a cantar con ella!

—*What's your name?* —me preguntó con su voz seductora y natural.

Yo, que tenía cierto nivel de inglés más propia de párvulos, respondí con una voz neutra:

—Leire.

—*That's a beautiful name for such a beautiful woman...*

Él hablaba muy rápido. Solo conseguí entender la palabra *beautiful* y me la tomé como un halago, sonrojándome hasta las orejas.

Comenzó a sonar la música y él empezó a cantar.

Por suerte, era mi canción favorita y la había escuchado tantas y tantas veces que me la sabía sílaba por sílaba, así que no me fue difícil coger el ritmo y cantar con él.

A los pocos segundos, Aaric Lodge se percató de que mi voz superaba la suya y guardó silencio, pero me indicó que continuase cantando.

Yo sabía que tenía una buena voz, que llegaba con facilidad a los agudos y no se rezagaba en los tonos graves. Además, mi timbre era limpio y, según

algunos, bonito.

Mientras yo cantaba, Aaric se puso detrás de mí y me abrazó por la cintura. El público aplaudió emocionado y, cuando llegó el estribillo, Aaric cantó en mi oído. Faltó poco para que, como decía Lorena, se me cayesen las bragas porque, aunque Lodge me pareciera un perverso subnormal, no dejaba de ser atractivo e intimidante.

Cuando terminó la canción, las fans habían enloquecido y, de repente, sin previo aviso, Lodge se inclinó ante mis labios y me besó.

Entonces el público chilló aún más alto y yo, escandalizada, ruborizada y alucinada, me alejé de él como pude y le propiné un bofetón que resonó en todos los altavoces. A pesar del guantazo, él seguía igual, inmutable, sonriente y seductor; de repente, me di media vuelta y lo dejé plantado en el escenario. Salí corriendo escaleras abajo y busqué la salida.

Estaba acalorada y agobiada. Me daba vueltas la cabeza.

5. *Trending topic*

La bofetada que se llevó Aaric Lodge se convirtió en *trending topic*: al día siguiente, un videoaficionado que había grabado el concierto maquetó un vídeo en el que se veía perfectamente cómo yo, Leire, descargaba mi mano contra la mejilla de Lodge.

Aquel vídeo fue el más visto de toda la semana en YouTube, incluso a nivel internacional.

Me refugié en mi ático bajo el edredón y me dediqué a espiar las redes sociales con mi portátil. No utilicé mi cuenta personal para comprobar las actualizaciones.

Le pedí a Lorena que me dejara utilizar sus cuentas de Facebook y Twitter porque mi perfil estaba siendo asediado por multitud de fans de Aaric Lodge que me dedicaban insultos malsonantes, frases ofensivas y demás flores.

Bajo mi edredón, con mi taza de valeriana, infusión en teoría relajante, aprendí lo que significaba ser *trending topic*. Mientras todo el mundo hablaba de mi bofetón, yo no me atrevía a salir a la calle.

Me limité a limpiar el piso, lavar la ropa, quitar el polvo, cocinar y dormir.

No escuché música, nada. Me había traumatizado todo el tema del concierto y no soportaba que hubiese tanta gente ahí fuera hablando mal de mí, aunque también hubiera personas, retrógrados envejecidos a ojos de

todos, que me defendían. «¡Aaric Lodge fomenta el machismo!», decían ellos en la televisión mientras la tertuliana de turno les contestaba: «¡Es que a ti no te han echado un buen polvo en tu vida!», echando por tierra toda mi defensa. Al final, de tanto hablar del tema, entre todos concluyeron que Leire, es decir, yo, era una mujer amargada que no había sabido apreciar el romanticismo del cantante.

En torno a todo esto giró la programación televisiva de todas las mañanas y llegó un momento en el que, harta, apagué la televisión y el ordenador y me dediqué a leer novelas románticas; románticas de verdad, en las que los hombres no llamaban furcias a las mujeres y las mujeres no se bajaban las bragas a la primera de cambio.

¡Cuánto me hubiese gustado vivir en el siglo XIX! Ningún hombre hubiese osado tocarme el culo ni mucho menos besarme sin mi consentimiento, pensaba para mí, aunque, en realidad, algo me decía que ahora los hombres son hombres, igual que en el siglo XIX; que le pregunten al señor feudal de la Edad Media, ese que, por derecho divino, se acostaba con la prometida de su sirviente el día antes de la boda de este. Decidí dejar de pensar en aquello; por suerte, la Edad Media pasó y con ella se marcharon todos sus horrores.

Entonces llegó Lorena.

Traía unas ojeras de caballo y tenía los ojos inyectados en sangre. Hacía tiempo que no la veía tan cansada. Había tenido una guardia de dieciséis horas.

Me levanté del sofá y me acerqué a ella para verla más de cerca:

—¿Qué te ha pasado, nena? —pregunté, preocupada.

Me miró con decaimiento. Además de ojerosa, estaba pálida y tenía el pelo sucio. Lucía un aspecto muy deprimente.

Caminó hasta el sofá y se dejó caer sobre los cojines.

—He tenido una mala noche. Y un mal día... —dijo mientras se recostaba sobre el reposabrazos y cerraba los ojos.

—Puedes contármelo, si quieres...

Ella entreabrió un ojo para mirarme. Yo me había sentado a su lado.

—Hoy se ha muerto una señora mayor.

No me sorprendió; en un hospital es lógico, aunque triste, que se mueran algunos pacientes.

—Lo siento. ¿La conocías?

Ella asintió. Después continuó explicándome:

—Era muy mayor. El caso es que me caía bien, ¿sabes? Era una mujer bastante práctica. Ella sabía que se iba a morir... Realmente a nadie le ha pillado por sorpresa... Pero me caía bien, tía... Y ahora ya no está... Supongo que me acostumbré a verla en su cama, día tras día, cuando yo iba a comprobar que todo iba bien... Y no tiene lógica que yo esté triste, mucha gente se muere todos los días. La vida es así, todos moriremos algún día y, bueno, es difícil, pero se asume... Pero es que está señora me caía muy bien... —Hablabla a trompicones con los ojos empañados.

Pero no lloró.

Yo solo escuché. Después, cuando se relajó, me dijo:

—Pero vamos a cambiar de tema. Tienes que distraerme, Leire. ¿Qué ha pasado con Aaric Lodge? ¡Ya te vale! Me dejaste sola en el concierto... — me recriminó ella con una media sonrisa.

Una sonrisa cansada y triste.

—¿Qué querías que hiciera? Le pegué un bofetón, lo más sensato fue coger un taxi y salir de allí corriendo. Si me llegan a pillar sus guardaespaldas, me fumigan.

Lorena se echó a reír. Llevaba un jersey gris algo arrugado.

—¿Y qué se dice de ti en Twitter? —preguntó.

Suspiré.

—Sus fans me odian, me odia todo el mundo en general.

—¡Venga! ¡Eso es mentira! Mis compañeras piensan que fuiste muy valiente. Eres su ídolo. Creo que muchas mujeres te agradecen que le dieras una lección al petardo ese.

Me eché a reír.

—Soy *trending topic*. Sus fans me odian y, por desgracia, la gente que me odia se hace notar mucho más que la gente que me aprecia. Así que mi cronología de Twitter está llena de insultos.

—Bueno, no le des importancia. Piensa que están enfadadas porque el chico a quien consideraban objeto de sus sueños eróticos te ha besado a ti y no a ellas.

Reí de nuevo.

—Qué bruta eres, Lorena.

—Soy sincera.

—Ya, y un poco bruta.

Me guiñó un ojo y se levantó.

—Me voy a dormir. No puedo más —me dijo antes de cerrar la puerta de su habitación.

Me volví a quedar sola en el salón. No hubiese estado mal que Lorena hubiera pasado un rato más conmigo; podríamos haber visto una peli juntas, pero estaba muy demacrada y necesitaba descansar.

Yo también me fui a mi cuarto. Cuando me senté encima de la cama, miré el ordenador portátil de reojo. La verdad es que tenía muchísima curiosidad por saber qué se estaba cocinando en YouTube, Twitter y demás...

Tenía curiosidad por saber qué se decía de mí, pero ojalá no la hubiese tenido.

Por desgracia, alguien descubrió aquel vídeo que colgué hace unos cuantos meses, en el que yo cantaba la canción de Lodge, *You will fall*, mientras tocaba la guitarra para luego llamarle misógino, machista y flipado.

«Lo que me faltaba», pensé, y yo me había quejado de insultos.

Las fans de Aaric comenzaron a dejar comentarios verdaderamente perversos en mi vídeo y me planteé seriamente eliminarlo de mi canal.

Podría traerme problemas, si es que no lo había hecho ya.

Después abrí Twitter.

El panorama era indescriptible, pero, entre tanta palabrota, insulto y demás, encontré un mensaje privado bastante interesante.

Estaba escrito en inglés, detalle poco extraño, puesto que muchas admiradoras de Lodge que me insultaban eran de habla inglesa. Sin embargo, lo que me sorprendió es que procedía de la cuenta oficial de Aaric Lodge.

Tenía la cabeza demasiado embotada como para traducir aquellas palabras. Abrí el sacrosanto traductor de Google y me encontré con que el mensaje decía:

«Quiero proponerte una tregua: tú te reconcilias con el mundo y mis ventas suben. Los dos ganamos. He compuesto una nueva letra para la canción que me ayudaste a cantar. Quiero grabar una versión de ese mismo tema en el que cantes tú. Grabaremos también un videoclip. Por supuesto, tú

también recibirás parte de las ganancias. Te adjunto el teléfono de mi representante.

Un beso, tigresa».

Me quedé helada.

Para empezar, me había llamado tigresa. ¡Cómo narices se atrevía! Por otra parte, quería que yo cantase un tema con él, cosa que me llevaría inevitablemente a ser famosa, tal vez no tanto como el propio Aaric, pero, a fin de cuentas, famosa. El hecho de cantar junto a él, además, me reconciliaría con el mundo, dejarían de acosarme si veían que yo estaba dispuesta a colaborar con Lodge. En principio, saldríamos ganando los dos, aunque algo me decía que él tenía mucho más que ganar y yo, mucho que perder. ¿Debía coger el teléfono y llamar? ¿Y si era una mala idea?, me preguntaba, cuando de repente escuché a Lorena sollozar al otro lado de la pared.

Tardé un par de días en marcar aquel número de teléfono. Me resistí con todas mis fuerzas e intenté convencerme de que todo el tema de la bofetada acabaría por pasar de moda y el mundo se olvidaría de mí. Decidí que era hora de volver a salir a la calle.

Al principio, cuando caminaba sobre los adoquines de la acera tenía la sensación de que todo el mundo me miraba, pero eran imaginaciones mías. En realidad, nadie me hacía caso.

Al parecer no era tan famosa como creía y la gente con la que me cruzaba parecía no haberle dado tanta importancia al incidente del concierto.

Pasados unos minutos, me relajé y actué con normalidad. Como siempre, entré en la panadería.

—¡Anda, mira quién ha venido! —me saludó la panadera.

Era una mujer cuarentona, algo regordeta y tenía una cara agradable. Parecía estar siempre feliz.

Yo la conocía desde hacía unos cuantos meses, puesto que todos los días le compraba el pan, y ella ya me tenía fichada.

—¡Hola! —la saludé con una sonrisa—. ¿Me das una barrita de pan de

leña?

Ella me sonrió también. Después se acercó a unas baldas de madera donde tenía clasificados los distintos tipos de pan, pero mientras cogía la barra dijo:

—¡Vaya escenita que le montaste al cantante aquel! ¿Eh?

Lo dijo como si nada, como el que te cuenta que le duele la cabeza o que tiene el colesterol alto.

De inmediato, el resto de personas que había en la panadería me miró fijamente.

Una señora más o menos mayor me soltó:

—¡Así que eres tú la chica de la que hablan en el programa de corazón ese que veo yo!

Quise morirme. ¿Cómo diantres sabía una señora que parecía rozar los ochenta años que Aaric Lodge existía?

—Ya, bueno, creo que te equivocas... No fui yo... —le respondí a la panadera.

Pero no se lo creyó.

—¡Claro que eres tú! No es tan fácil confundir a una chica tan guapa. Me debes un euro, cielo —me dijo al tenderme en la mano la barra envuelta en papel.

Pagué lo más deprisa que pude y salí escopetada de allí.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue llamar al representante de Aaric Lodge. Aquello tenía que acabar. Tal vez Aaric tuviese razón: tenía que reconciliarme con el mundo o, por lo menos, con sus fans.

No tuve que esforzarme en convencer a Lorena para que me acompañase a aquella reunión. Lodge me citó en un estudio de grabación, a mí y a su representante.

Llevé a Lorena para que me tradujera el inglés, que hasta la fecha se me había resistido bastante. Por desgracia, no podía llevarme el traductor de Google a la reunión.

Cuando llegamos, una señora de mediana edad, que debía de ser la

administrativa, nos abrió la puerta.

Me había vestido lo más elegante posible, intentando ser muy recatada. No quería enseñarle ni un centímetro de mi piel a aquel ser tan primitivo que se hacía llamar cantante.

Lodge y su *manager* estaban sentados en una mesa mientras tomaban café y charlaban.

Al vernos aparecer, ambos callaron de golpe.

El cantante se levantó, me cogió la mano y, tras una inclinación, la besó.

Yo temblaba como una gelatina Royal.

Retiré la mano con brusquedad y me la limpié en la falda. No quería tener sus babas pegadas.

Esbozó una sonrisa de sarcasmo, a la que respondí con una mirada asesina.

La tensión del ambiente se mantuvo exactamente igual durante las dos horas que Lorena y yo estuvimos allí.

Aaric comentó en inglés cómo iba a ser el vídeo. Relató una larga lista de condiciones que yo tendría que cumplir: ropa más *sexy* y atrevida. Tendría que besarle. Un beso largo y con lengua, para calentar a la audiencia.

Y, como no podía ser de otra manera, lo rechacé. No iba a besarle, y menos todavía iba a meter mi lengua en su boca

—¡Pervertido! —le dije en mi idioma—. ¡Abusón! ¡Asqueroso!

Aquellas fueron las tres primeras palabras que me vinieron a la cabeza cuando Lorena me tradujo sus intenciones. Después ella se encargó de traducirles mis insultos. ¿Dónde habría aprendido a insultar en inglés? Tenía que preguntárselo más tarde.

Cuando Aaric fue consciente de lo que le había llamado, se levantó y, antes de que yo pudiese reaccionar, volvió a besarme.

Se abalanzó sobre mí.

Entonces le abofeteé, tal como hice el día del concierto.

—*You are a tigress...* —me susurró al oído.

Me estremecí. ¿Acaso me gustaba?

—¿Qué ha dicho? —le pregunté a Lorena, que observaba la escena atónita.

—Creo haber oído... algo así como: «Eres una tigresa»...

Entonces fui yo quien se abalanzó sobre él para propinarle un buen tortazo, pero su representante me sujetó el brazo antes de que lograra alcanzarlo.

Le indiqué a Lorena que se levantara y nos marchamos.

No iba a cantar con él. No le iba a permitir que me metiese la lengua en la boca otra vez.

A la semana siguiente se emitió un comunicado oficial desde el perfil oficial de Aaric Lodge: iba a lanzarse una nueva versión de la canción en la que recibió un tortazo, versionada en forma de dueto con Lyre, la chica que, gracias a su carácter, le había robado el corazón.

Sentí unas náuseas terribles.

A mí me llegó un mensaje privado de él que decía: «Mañana a las nueve en el estudio, tigresa».

Y así fue como volví a convertirme en *trending topic*.

6. Haciendo amigos

—¿Quién te ha enseñado a insultar en inglés? —le pregunté a Lorena mientras le lanzaba un cojín a la cara para despertarla.

Ella, riendo, me lanzó otro para responder al golpe.

—No voy a decírtelo —contestó, exhibiendo cierto halo de misterio.

Estábamos las dos tumbadas en su cama. Eran las siete de la mañana. Dentro de dos horas tendría que ir a cantar al estudio con Lodge.

Me producía una sensación desagradable la idea de verle de nuevo e intenté convencer a Lorena de que me acompañase otra vez. Pero ella se negó.

—Tengo trabajo. No puedo saltarme mis horarios cada vez que me dé la gana. Además, tengo que estudiar y tengo que...

—Ya, ya, ya... —interrumpí yo.

—No te enfades, Leire. Por Dios... No puedo ir.

—¿Y qué voy a hacer yo sin ti? ¡No le entiendo cuando me habla! ¡No sé hablar en inglés! O por lo menos no lo hago igual de bien que tú...

Ella rio de nuevo, parecía que disfrutaba viéndome apurada; puede que solo le pareciese una situación divertida, porque, realmente, lo era.

—Pues comunícate con gestos.

—¡Gestos! —grité, desesperada, realizando aspavientos con las manos.

—Sí, como este.

Lorena, con el puño cerrado, levantó el dedo corazón de su mano derecha.

Aquel era el clásico signo de «jódete» o «que te jodan». Si es que aquello podía considerarse como lenguaje de signos.

No tuve más remedio que estallar en carcajadas. Lo cierto que es que ese gesto me resultaría útil para ofender a Lodge en el caso de que se propasara conmigo.

Pero ¿y si volvía a besarme?

Sentí como la sangre me subía a la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Lorena—. Te has puesto roja, pero muchísimo.

Me puso una mano en la frente.

—Pues no tienes fiebre —señaló ella, pensativa.

Después de mirarme fijamente dijo:

—Ah, ya sé lo que te pasa. Te gusta ese chico, ¿eh? Sí, no mientas — musitó mientras yo negaba moviendo la cabeza de un lado para otro.

—No, no. Te equivocas. No me cae nada bien. No puedo con él. Si estoy roja es porque estoy enfadada porque no quieres acompañarme.

Lorena resopló indignada.

—Ya te he dicho que no puedo. Ahora vístete, que vas a llegar tarde — sentenció ella.

Después se levantó y se encerró en el baño, dejándome a solas con mis pensamientos.

Me incorporé y caminé hasta mi habitación. Abrí el armario de par en par y dejé que mi mirada vagara entre las distintas prendas que colgaban de las perchas.

Me pregunté la razón por la que, a pesar de haber ganado tanto dinero, no tenía nada decente que ponerme. Nada me parecía adecuado. Todo era demasiado *sexy* o demasiado puritano, demasiado viejo o demasiado oscuro.

Entonces me percaté de que me estaba tomando demasiadas molestias con respecto a mi imagen, sobre todo teniendo en cuenta que a quien iba a ver era Aaric Lodge.

Me decidí por algo neutro, un vestido negro de punto, sencillo e informal. Iría a juego con unos tacones negros algo más elegantes.

Cuando Lorena terminó de ducharse, me colé en el baño para peinarme y maquillarme.

Al terminar mi ritual, me regañé a mí misma. Parecía que me había arreglado tanto como para asistir a una boda. Estaba guapa, tal vez demasiado, lo suficiente como para insinuarle a Aaric Lodge que quería resultarle deseable, aunque al parecer aquello ya lo había conseguido. Ya no había tiempo para cambiarme de ropa o para desmaquillarme los ojos.

Me despedí de Lorena tratando de hacerle sentirse un poco culpable por no acompañarme y salí a la calle.

Como el estudio no estaba lejos, solo a dos paradas de metro, descarté el primer impulso de coger el coche, aunque poco después lamentaría mi decisión. Noté como captaba las miradas de algunos transeúntes; no sé si por mi vestido, que marcaba más curvas de las que yo había previsto, o porque me reconocían como la reprimida que le pegó una bofetada a cierto cantante.

De todas formas, fuese por lo que fuese, comenzaba a resultarme incómodo. Suspiré de alivio cuando me bajé del tren.

Tuve que andar durante diez minutos hasta llegar al estudio.

Contuve la respiración antes de llamar al timbre; no sabía con qué me iba a encontrar, pero lo imaginaba. Estaba terriblemente nerviosa.

¿Y yo iba a tener que cantar en aquel estado? Dudaba y mucho de que en aquellos momentos fuera capaz de articular ningún sonido con mi voz.

Fue el propio Aaric quien abrió la puerta.

Me saludó en su idioma. Fui capaz de entender aquel *Good morning*, pero todavía hoy ignoro lo que dijo después. Él sabía que me costaba comprender sus palabras, lo cual parecía divertirlo bastante, igual que a Lorena. Me sonreía de forma burlona mientras me decía algo que yo no comprendí.

Me limité a lanzarle miradas de desconfianza, a las que él respondía con alguna carcajada que otra. Me guio hasta una especie de despacho y me hizo sentar a su lado. Sacó unos folios en los que tenía apuntadas las letras de sus canciones y rebuscó hasta dar con la nuestra, la que yo iba a cantar a su lado.

Me señaló un par de estrofas, en las que al lado estaba escrito mi nombre. Al parecer Lodge las había compuesto solo para mí.

Las señaló con el dedo y luego me señaló a mí. Él también se había rendido, ya no intentaba pincharme con sus ofensivos comentarios y se había dado cuenta de que no tendrían gracia alguna si yo no conseguía entenderlos. Se centró en la música; parecía muy profesional. Me pregunté si realmente él era así de grosero con las chicas por naturaleza o, simplemente, se trataba de

un tren de vida al que se había acostumbrado por ser quien era.

Primero, cantó la parte de la canción que me correspondía y yo le escuché atentamente.

Cuando terminó, me pidió que cantara yo, para asegurarse de que había cogido el tono y la letra correctamente.

Sonrió con satisfacción al comprobar que acertaba al encontrar el tono; yo, sin embargo, temía decepcionarlo.

Después me guio hasta el interior de una habitación que estaba preparada para realizar la grabación. Conseguí comprender que haríamos un primer intento, luego la cantaríamos de nuevo y, si había suerte, la editarían y darían el trabajo por terminado.

Ya solo faltaría rodar el videoclip, en el que, por mucho que insistiera, yo no iba a meter mi lengua en su boca, ni por asomo. Aaric me acercó un taburete para que pudiera sentarme. Me sorprendió un comportamiento tan caballeroso por su parte, aunque su físico estaba muy lejos de parecerse al de cualquier caballero con los que había soñado en la infancia. Su aspecto no era de galán, ni de caballero, ni tampoco de persona educada. Por eso me fascinaba su nueva actitud, pero no era para menos; había sido tan sucio y rastrero que ahora cualquier actitud amable no podía sino sorprenderme.

Sin embargo, decidí continuar mostrándome fría y distante, aunque cada vez me costaba más esfuerzo no devolverle las sonrisas.

Entonces la música comenzó a sonar y Aaric empezó a cantar. Poco después, me indicó que entrase en la estrofa que habíamos ensayado antes.

Todo fue como la seda; no en vano la música siempre había sido uno de mis mayores *hobbies* y, de no ser porque la persona con la que cantaba era Lodge, aquella hubiese sido una de las experiencias más gratificantes de mi vida.

Cuando terminó la canción, el técnico nos mostró el resultado. Se me hizo extraño escuchar mi voz junto con la de Aaric; sonaba muy bien, me gustaba mi voz y, al parecer, a él también, pues se le veía bastante contento.

Alguien llamó al timbre en aquel instante y la secretaria del recibidor fue a abrir la puerta.

Yo esperaba que fuese el representante de Lodge, por eso me sorprendió bastante ver a una chica que tenía más o menos mi edad. Después me fijé y me percaté de que se parecía mucho a mí: los mismos ojos verdosos; el pelo

casi negro, lacio y largo; una estatura similar con una silueta definida. Era yo, solo que con otro nombre.

Arqueé una ceja.

—¡Hola! —saludó ella con una gran sonrisa.

—¿¡Hola?! —saludé yo, algo confundida.

Aaric se giró hacia nosotras y la saludó con un sorprendente apretón de manos. ¡Quién lo diría! Tratándose de él, me extrañó que no se lanzara encima de ella como un perro en celo.

Hablaron algo en inglés. Yo, como siempre, no me enteré de nada de lo que dijeron.

Al rato advertí cómo ella le lanzaba miradas traviesas y furtivas, aderezadas con sonrisas pícaras y maliciosas. Él sonreía también. Yo no sabía si la estaba correspondiendo o solo trataba de ser amable.

Me acerqué a ella; tenía curiosidad por saber cuáles eran los motivos que la habían traído hasta aquí.

—¿Cómo te llamas? —pregunté con la mejor de mis sonrisas.

—Lucía —respondió ella, también sonriente.

No obstante, su sonrisa se me hizo un poco falsa.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunté después.

A lo mejor fui un poco directa, pero el hecho de que esa chica se pareciera demasiado a mí y que estuviese tan cerca de Aaric me intrigaba mucho.

—Para rodar el videoclip.

Abrí mucho los ojos y comencé a sentir cómo se formaba un nudo en mi estómago. ¿Rodar el videoclip?

—Perdona, ¿cómo has dicho? —dije con incredulidad.

—Sí. Querían a alguien que se pareciera a ti, una especie de doble tuyo. Hicieron un *casting* y me eligieron. Eso es todo —terminó ella.

Sus palabras resultaron fulminantes.

—¿Y te dijeron por qué necesitaban un doble? —pregunté, esta vez con un tono algo agresivo.

—Porque en el vídeo hay que besar a Aaric y tú no querías hacerlo —contestó Lucía con cierto aire de condescendencia.

Como si besar a Aaric fuese el gran trabajo de su vida. Le di la espalda y

me senté en un sillón alejado, en una esquina del estudio. No me apetecía hablar con nadie, no quería ni siquiera escuchar la canción que acabábamos de cantar juntos. Estaba claro que, tras decirle a Aaric que no quería besarle, se lo había tomado bastante en serio y decidió que, si no le besaba yo, lo haría otra que se pareciese a mí. Lo importante para él era grabar el videoclip y restaurar su orgullo herido por la bofetada que le pegué en público.

No había ninguna duda, pensé, él era un golfo y ella, Lucía, una zorra. Tal para cual.

Entonces Lucía me miró, sonrió y me dijo en un susurro:

—Ahora, mírame.

Fruncí el entrecejo.

Se incorporó y se acercó a Aaric por detrás. Le dio un mordisco suave en el cuello y después comenzó a besarle en la boca. Él la correspondió con ganas.

Para mayor escarnio, Lodge me miraba de reojo para comprobar que yo estaba siendo testigo de la escena.

Cuando terminaron de morrearse, él dijo algo que no entendí, pero Lucía tuvo el enorme detalle de traducir sus palabras:

—Ha dicho que deberías aprender.

Yo, que ya de por sí me estaba sintiendo terriblemente humillada, me levanté hacia ellos. Aaric hizo un amago de esquivarme pensando que iba a arrearle otro golpe, pero mi propósito era otro: con gran esfuerzo, trataba de formar una frase en inglés con la que poder llamarle a ella puta y a él mierda. Sabía, gracias a las instructivas canciones de David Guetta, como se decía puta en inglés, pero poco más.

Cuando Lodge vio que mi intención no era abofetearle pareció relajarse y me sonrió, como si quisiera desafiarme.

Y lo hice. La llamé puta. Después a él le dije algo así como: «Tú, con tal de besar a alguien, te conformas. Está visto que no sabes distinguir entre las zorras y las chicas decentes».

Nunca había sido capaz de construir una frase tan larga en inglés, pero, como suele decirse, cuando la necesidad aprieta...

Y, tras terminar mi frase, le di lo que se merecía: una buena bofetada. Aquella vez sí que fue gracioso porque no se lo esperaba. Le había

confundido fingiendo que solo iba a realizar algún comentario ofensivo, algo muy propio de él. Se había relajado, se sentía confiado, no esperaba un nuevo bofetón de mi parte.

Cogí el bolso y me largué del estudio.

—*Stop! We haven't finished yet!* —gritó uno de los técnicos cuando me vio marchar.

Pero lo ignoré y seguí caminando. Salí a la calle.

Cuando ya había recorrido unos doscientos metros, alguien gritó mi nombre. Me giré y vi a Lodge corriendo hacia mí.

Entonces, por instinto, comencé a avanzar en dirección contraria, sin darme cuenta de que llevaba unos tacones demasiado altos y estrechos como para correr a aquel ritmo. Como no podía ser de otra manera, perdí el equilibrio y me precipité contra el suelo, haciéndome mucho daño en el tobillo. Aaric Lodge se plantó frente a mí. Yo aún estaba tirada en el suelo sobre los adoquines grises de la acera.

Él reía estrepitosamente.

Mi pie se estaba hinchando por momentos.

—¿De qué te ríes?! —le grité en un deplorable inglés con un deplorable acento, pero él lo comprendió a las mil maravillas.

No dijo nada. Solo se inclinó y me examinó el tobillo.

—Tú vas al doctor —me dijo en un pésimo español.

¡Hablabas mi idioma! Todo este tiempo me había estado hablando en inglés, a sabiendas de que no le entendía, y ahora resultaba que él hablaba mi idioma, mal, pero lo hablaba.

—Tú vas a la mierda —le dije, imitando su acento primitivo.

Por una vez, parecía que le había molestado de verdad. Sonreí triunfante.

Me levanté rechazando su ayuda y me quité los tacones. Si tenía que llegar a mi casa descalza y en metro, lo haría. Cualquier cosa menos regresar al estudio.

Valoré la idea de coger un taxi, pero no vi ninguno cerca y no tenía el teléfono del teletaxi grabado en mi *smartphone*; si no me equivoco, diría que en la vida he cogido un taxi, pues siempre habían sido demasiado caros para poder pagarlos. Caminé apoyando la planta de los pies sobre el suelo de Madrid. Me dolía mucho el tobillo izquierdo y comencé a cojear.

Aaric me seguía de cerca.

—¡Déjame en paz! —le grité, también en inglés.

Era sorprendente cómo, con el escaso dominio de aquel idioma que yo tenía, había comenzado a defenderme con él.

Aaric sonrió. Después dijo:

—Tú *ridiculous*. Yo ir doctor contigo. —Parecía un niño.

Aunque hablaba el español de pena, lo cierto es que le entendía perfectamente.

—No —respondí, fulminándole con la mirada—. Tú ir con la zorra. Yo ir sola a mi casa.

Aquello lo dije en español.

Seguí caminando. Después me detuve.

—Espera, ¿me has llamado ridícula?

—*Yes* —respondió él.

Resoplé indignada y seguí caminando. Me exasperaba verlo detrás de mí, siguiéndome como un perrito faldero.

Me detuve de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté finalmente, harta de sentir su presencia a mis espaldas.

Entonces se acercó a mí y me cogió en brazos. Me llevó de vuelta al estudio.

Nunca supe cómo fue capaz de cargar conmigo durante todo el trayecto. Cuando llegamos, la tal Lucía ya se había marchado. Lodge me dejó encima de uno de los sillones y llamó a un médico.

Al rato se presentó un doctor bastante mayor que me inyectó unos antiinflamatorios y me vendó el pie. Dijo que era un esguince normal y corriente y que si tenía molestias, acudiese al hospital para que me hicieran una radiografía, pero que, por el momento, no tenía de qué preocuparme.

De todas maneras, yo vivía con Lorena, que era médico. Si tenía algún problema, ella me llevaría de inmediato al hospital; además, nada más llegar a casa le pediría que le echase un vistazo a mi tobillo.

Aaric se sentó en el sillón que había a mi lado.

—Lo siento —dijo en inglés.

Lo entendí. *I'm sorry* es de lo primero que nos enseñaron en el colegio.

Pero ¿qué era lo que sentía? ¿Haberme besado? ¿Haberme perseguido? ¿Haberme humillado? ¿Haber besado a otra delante de mí?

¿Por qué se iba a disculpar por haber besado a otra?

¿Acaso pensaba que a mí me importaba?

Desvié la mirada hacia el suelo. Puede que, en verdad, ese beso con otra me importase más de lo que yo quería admitir. No eran celos ni nada parecido, pero besarse delante de mí, retándome, había sido degradante. Lodge se inclinó hacia mí. Era imposible no darse cuenta de cuáles eran sus intenciones desde el primer momento y, sin embargo, me dejé besar. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me aparté bruscamente de él y me fui cojeando hasta la entrada.

Afortunadamente vi un taxi a tiempo de pararlo. Me subí y regresé a casa.

Mientras estaba en el ascensor me repetía en voz alta:

—Idiota, idiota, idiota, idiota, idiota...

No podía negar que Lodge me atraía, pero era una atracción fatal.

Ya me había demostrado la clase de hombre que era. Incluso había contratado a otra para que lo besara en el videoclip. El caso era salvar su orgullo, su honor, aquello que yo había tirado por tierra la noche del concierto, cuando le humillé y él me humilló en público. Tenía que reparar el daño causado a cualquier precio, aunque eso supusiera conquistarme hasta que me rindiera a sus pies y cediera a sus exigencias. Estaba convencida de que no tendría ningún reparo en emplear todas sus estrategias para conquistarme.

Cuando abrí la puerta, vi a Javi sentado en el sofá.

Tragué saliva. Aquello sí que era inesperado.

Lorena se sentó enfrente de uno de los ordenadores de la sala de reuniones. Estaba aún en el hospital. Llevaba casi cinco horas allí y aún le quedaban otras veinte, por lo menos. Quiso echarse a llorar del cansancio.

Entonces lo vio.

Era él. El jefe de servicio. Su jefe.

Traía unos cuantos informes impresos en una mano y en la otra llevaba

una taza de café. Unas ojeras adornaban su rostro.

A ella le parecía un hombre muy curioso. Era muy trabajador y solía tratar con respeto a todos sus compañeros, con el doble de respeto del que trataba a sus pacientes, y eso era más de lo que podía decirse de la mayoría de los médicos. Cuando ella lo observaba, solía encontrarlo con la mirada perdida, como si estuviese evocando algún recuerdo o tuviese alguna ensoñación. Otras veces estaba concentrado en su trabajo, con el ceño fruncido y los labios apretados.

Tenía los ojos de color azul claro y el pelo rubio. No obstante, unas pequeñas arrugas enmarcaban su mirada. Estaría rozando los cuarenta años. Tal vez fuera demasiado mayor para ella, pero no dejaba de fascinarla por ello.

De repente se giró hacia Lorena, como si acabase de reparar en su presencia.

—Hola —la saludó con una media sonrisa.

Lorena creyó recordar que aquella era la primera vez que hablaban. Cosas de ser el jefe; era un hombre poco accesible. Si habían hablado, había sido solo para dar órdenes y mandar trabajo, pero solo a sus médicos titulares, no a ella, que era una simple doctora en formación, una residente. Ella le sonrió también, pero no contestó. Tenía el pulso acelerado y no estaba segura de poder hablar sin tartamudear.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él entonces. Parecía que lo hacía para forzar la conversación.

La veía nerviosa y eso le confundía un poco. Ella contuvo la respiración.

—Revisar la historia de un paciente que acaba de ingresar —contestó ella casi a modo de susurro. Siempre había sido bastante tímida.

—Trabajas mucho, Lorena. Deberías descansar. ¿Quieres un café? —dijo él de repente. Parecía que había tenido que esforzarse para decirlo.

Ella lo miró de reojo. ¿Estaba nervioso?

—No, gracias —contestó ella—. Estoy hasta arriba, mejor en otra ocasión.

Entonces Lorena se levantó y salió de la habitación. Estaba sofocada y temblorosa.

Su jefe sabía su nombre y acababa de invitarla a un café, algo que no era

muy extraño, pues, al fin y al cabo, entre compañeros siempre hay buena relación, pensó ella. Sin embargo, es muy diferente la relación que puede haber entre una estudiante y el jefe. Era consciente de ello; por eso le dijo que no, porque sabía que no era una buena idea entablar ningún tipo de relación con aquel hombre, sobre todo porque era alguien que la impresionaba y la atraía, sentimientos que podían llegar a convertirse en un gran problema en el futuro.

Ahuyentó aquellos pensamientos de su mente. Solo la habían invitado a un café, no le habían pedido matrimonio.

Decidió hacerle una visita al paciente que acababa de instalarse en la habitación 216.

7. Míster Interesante

Las ironías del destino: soy una profesora en paro, pobre por naturaleza, que ahora posee un gran patrimonio, y no solo soy una mujer que hasta hace dos días era una completa desconocida y ahora es conocida por casi todo el país, sino que lo más irónico de todo es que, justo cuando Aaric Lodge aparece en mi vida para confundirme y atormentarme, mi exnovio decide volver para torturarme aún más.

Todo muy, demasiado, irónico.

Cerré la puerta al entrar. Javi se levantó para saludarme con dos besos. Parecía ansioso y preocupado.

Hacía ya muchos meses que no sabía nada de él.

—¿Cómo estás? —le pregunté con dulzura.

En aquel momento me di cuenta de que había sido demasiado dura con él al romper de aquella manera. No se lo había merecido. Sus ojos, tan expresivos como siempre, tenían su brillo característico.

—Bien... Bueno, quería verte... Hace tanto que no hablamos... Lo echo de menos —dijo, clavando sus pupilas en las mías.

Aparté la mirada. Caminé hasta el sofá y me senté.

—Yo también lo he echado de menos —admití.

Él siempre había sido una de las personas en las que más había confiado. Era imposible no añorarlo en los momentos difíciles. Además, aunque fuese egoísta por mi parte reconocerlo, me gustaba saber que estaba enamorado de

mí, me gustaba ver sus ojos brillantes cuando me miraban y que me tratase con tanto cariño.

Sin embargo, esta era una actitud egoísta por mi parte porque yo no le correspondía y no podía tenerlo atado simplemente por el hecho de que me gustaba saber que estaba a mi lado. En el fondo, le hice un favor dejándole las cosas claras porque, aunque yo no estuviese enamorada de él, no dejaba de ser uno de mis mejores amigos y sentía un gran aprecio hacia él. Debía darle el derecho de conocer a otra chica y de olvidarse de mí.

No obstante, al mirarle, supe de inmediato que sus sentimientos respecto a mí no habían cambiado mucho y no sabía si alegrarme o frustrarme.

Se sentó a mi lado, muy cerca.

—Vi que le diste un buen golpe a Aaric Lodge —dijo sonriendo.

«¡Acabáramos!», exclamé para mí, algo indignada. Me daba cuenta de que lo único que quería era saber qué había pasado, quería enterarse del cotilleo por mis propios labios.

Después añadió:

—¿Estaba amañado o lo hiciste por instinto? ¡Fue genial!

Arrugué el entrecejo. Estaba comenzando a enfadarme. Llevábamos sin vernos casi medio año y solo venía cuando se había enterado de lo que me había pasado con Aaric Lodge.

Al ver que yo no respondía, continuó hablando.

—Dice por Twitter que está enamorado de ti. Tú no te lo crees, ¿no? Es un farsante. Solo quiere tirarse a cualquier tía que se le ponga por delante.

Arqueé las dos cejas, sorprendida. Y entonces le espeté con rabia contenida:

—Si has venido a montarme una escenita de celos, ahí está la puerta. Y no te atrevas a llamarme «cualquiera». No me he metido en la cama con él. Y, si así fuera, a ti no debería importarte, pero creo que todo esto ya lo habíamos hablado, ¿no? ¡Creía que ya habíamos aclarado las cosas!

—¡Es que estoy preocupado por ti, Leire! No quiero que nadie te haga daño.

—¿Qué? ¡No has venido a verme en medio año! Ni siquiera sabía que tú sabías que me había cambiado de casa. ¡Ni siquiera me has llamado por teléfono para preguntarme qué tal estoy! ¿Y dices que te preocupas por mí?

—grité, exaltada.

Fui consciente de que estaba descargando con él toda la mala leche que había acumulado durante la mañana gracias al imbécil de Lodge. Si ya estaba cabreada cuando entré en casa, ahora Javi no podía hacer menos que empeorar mi estado de ánimo.

—Tú tampoco me has llamado. —Aquellas palabras cayeron sobre mí como una pesada losa de mármol.

Era cierto: no le había llamado. De hecho, no me había planteado ni tan siquiera la posibilidad de volver a llamarle, pero yo no tenía la culpa, solo quería rehacer mi vida. Quería acostumbrarme a mi nueva situación económica y olvidar la relación que tuve con Javi. Aquella relación estaba abocada a desaparecer, nos gustase o no.

Después él dijo:

—Pero tienes razón, no tengo ningún derecho a interrogarte sobre tu vida privada. Lo siento. Solo quería saber cómo estabas y, al ver lo que pasó con ese cantante, me preocupé, me indigné y me enrabieté. Entiéndeme, Leire. Aún te quiero.

Si sus palabras anteriores habían sido como una losa de mármol, estas resultaron tan impactantes como si uno de los muros de la catedral de San Pedro del Vaticano se me hubiese caído encima.

Mirándome a los ojos, deslizó una de sus manos hacia las mías y me agarró con fuerza. Lo rechacé y después me armé de valor para ser dolorosamente sincera.

—Pero yo no. —Lo miré y pude constatar cierta decepción en sus ojos.

—Déjame enamorarte de nuevo. Podríamos intentarlo... —suplicó él.

—¿Qué? ¿A estas alturas? No, Javi. Es demasiado tarde. Eres mi amigo y siempre estaré ahí si me necesitas. Pero no puedo darte lo que me pides, ¿entiendes?

En realidad, me hubiese encantado poder quererle como él deseaba que le quisiera. Me hubiese gustado poder obligarme a mí misma a amarle. Sabía que él sería capaz de darme todo el amor que yo quisiera recibir, pero, aun sabiéndolo, no quería estar con él.

No me atraía.

Además, estaba Lodge, con el cual no quería nada, aunque me hacía

sentir insegura e incómoda, algo rara, distinta, como si me hubieran inyectado adrenalina. Eran todas sensaciones nuevas para mí, así que me encontraba bastante confundida.

Y Javi solo lograba confundirme aún más.

Él retiró su mano y se apartó de mí.

—Te he compuesto una canción. La escribí la noche en que vi el vídeo donde cantabas con Lodge. ¿Sabes? Podrías ser cantante, si quisieras. Mucho más famosa que Lodge, más reconocida. Se te veía cómoda en el escenario, te movías con seguridad. Podrías dedicarte a ello. Además, tu voz es *sexy* y muy dulce.

Le sonreí. Aun siendo desagradable con él, siempre guardaba la compostura y sabía conservar el buen rollo entre ambos. Supuse que aquel era el secreto de que tuviese tantos amigos. Javi siempre lograba averiguar qué palabras eran las que los demás querían escuchar, lo cual le otorgaba cierta ventaja en sus relaciones sociales. Era muy habilidoso a la hora de tratar con la gente y sabía ganarse la confianza de las personas en muy poco tiempo. Sin duda, se trataba de un chico especial.

Yo creo que una de las cosas que lo enamoraron de mí fue que le resultó especialmente difícil ganarse mi aprecio. Yo era una chica complicada, en ocasiones me decían que era demasiado desconfiada y cínica, pero no podía hacer nada para remediarlo. Era así y punto.

Y entonces llegó él; quiso utilizar sus artimañas, pero no funcionaron, yo seguía siendo la misma. Sin embargo, se enamoró de mí y se buscó la vida para abrirse un hueco en mis pensamientos y no solo logró ganarse mi aprecio, me ganó a mí entera.

—Gracias —respondí—. Pero creo que no estás siendo objetivo, me ves con buenos ojos. ¿Tienes aquí la canción que has compuesto?

Javi metió una mano en el bolsillo de su cazadora y sacó un folio que estaba doblado por cuatro partes. Lo abrió y me lo enseñó.

Había escrito la letra a mano con los acordes por encima. La leí con detenimiento.

Era una canción de amor, cómo no, pero era graciosa. Me comparaba con una taza de café solo con hielo, lo cual me parecía bastante original, y decía, con bastante poca originalidad, que quería estar entre mis piernas para hacerme disfrutar. Continué leyendo con algo de reparo, porque tener a Javi

entre mis piernas no era mi ilusión del momento.

Al final decía que yo le completaba, que me necesitaba y que era una especie de elixir que le mantenía con vida.

La verdad es que la canción era muy romántica y tierna, excepto la parte de las piernas...

—Me gustaría oír cómo la cantas —le dije, y de inmediato me arrepentí. Me tendría que haber mordido la lengua.

Definitivamente, no tendría que haberle pedido eso. Se lo tomaría como si le estuviese dando alas, esperanzas, ilusiones.

Todas ellas falsas.

—Había pensado que podríamos cantarla juntos —dijo él—. Mira. — Señaló el papel—. Estas dos estrofas las había compuesto para que las cantaras tú.

Aquel momento me produjo una sensación de *déjà vu*. Era exactamente la misma situación que había vivido con Aaric aquella mañana.

—Espera, espera... Creo que necesito tiempo para pensar —lo interrumpí—. Será mejor que te vayas, estoy cansada y no me encuentro muy bien. No te lo tomes a mal, por favor.

Él me miró, algo confuso.

—Siempre me acabas echando, Leire.

Suspiré. Me exasperaba.

—Escucha, estoy muy cansada. He tenido una mañana muy intensa y no puedo más.

—Ya, claro. Has cantado con Aaric y ahora que yo quiero cantar contigo ya no es lo mismo. ¿No?

—¡Dios! Me desesperas. ¡Ahí está la razón por la que siempre te acabo echando! —le grité, enfurecida.

Javi era un chantajista emocional licenciado por la universidad de «Te Hago Sentir Culpable a la Mínima».

Se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de cerrar dijo:

—Avísame cuando quieras verme, si es que te importo. —Y se fue.

Gruñí, agarré un cojín y grité hasta vaciar mis pulmones. ¡Era un maldito teatrero! No dejaba de preguntarme cómo sabía dónde estaba mi nuevo piso, quién se lo habría dicho y, sobre todo, quién le había abierto la puerta, si

Lorena estaba trabajando.

—«Si es que te importo» —repetí imitando su tono falsamente apesadumbrado.

Estuve farfullando durante algunas horas. A ratos gruñía, a ratos gritaba y a ratos mascullaba con indignación. Había decidido ducharme cuando me percaté de que tenía el tobillo vendado; tendría que quitarme la venda para poder mojarlo.

Al retirar el vendaje, advertí que tenía el pie muchísimo más inflamado que por la mañana. Sin embargo, no me dolía, solo estaba abultado y caliente. Pensé que tendría que decírselo a Lorena, aunque también podía acercarme al hospital a verla sin esperar a que ella volviera.

A Lorena no le gustaban las visitas. Odiaba que la interrumpiesen mientras trabajaba. Decía que, si acudían a verla familiares o amigos, podría dar erróneamente una impresión a sus compañeros de falta de profesionalidad.

Una tontería, en mi opinión, pero si ella estaba más feliz si no la visitábamos, pues no íbamos y problema solucionado.

Sin embargo, aquella tarde era diferente. Tenía un tobillo a punto de reventar, así que tendría que ir a Urgencias quisiera o no.

Llamé a un taxi, puesto que no podía conducir con el pie en semejante estado.

Llegué cojeando hasta la recepción del Departamento de Urgencias y les expuse mi «problema». Me indicaron que pasara a una pequeña salita de espera para urgencias traumatológicas.

Cuando estaba allí, le mandé un mensajito a Lorena por WhatsApp.

«Estoy en tu *hospi*. Me he torcido el tobillo ;)), escribí.

A lo que ella contestó:

«Estarás de coña, ¿no? :P».

«No. Si fueras una buena amiga ;) vendrías a verme». Sí, yo también era un poquito chantajista.

A los diez minutos apareció ella, con su bata blanca hasta las rodillas y su fonendoscopio alrededor del cuello. Llevaba el pelo recogido en una coleta y unas gafas de pasta que enmarcaban su mirada oscura. Luego reparé en los bolsillos de su bata. ¿Por qué los médicos siempre tienen los bolsillos llenos

de cosas? Alcancé a ver un libro pequeño, unos cuantos bolígrafos, una linternita y un ¿martillo? Ignoro para qué querría ella uno. Pensé que sería mejor no cabrearla nunca más, no fuera a ser que me pegase un martillazo en la cabeza para descargar su ira. Me fijé en su rostro, muy demacrado y pálido, ávido de descanso.

—¿Qué has hecho ahora? —me dijo, reprendiéndome como si fuese su hija pequeña.

El resto de pacientes que esperaban junto a mí en la sala nos observaban con curiosidad. Entonces vino una enfermera y dijo mi nombre en voz alta. Pasé a la consulta de trauma junto con mi amiga y me atendió un médico de Urgencias en formación. Otro residente, como Lorena.

Ambos se conocían y se saludaron con cierta camaradería.

—Trátala bien, es mi compañera de piso. Si no la curas en condiciones, me dará la brasa en casa y tendré que echarte las culpas a ti, ¿eh? —le dijo a Rodrigo, el doctor que me atendía.

—Vale, vale. A sus órdenes —respondió él con guasa.

Me toqueteó el tobillo en varias zonas y me preguntó si me dolía. Al presionar sobre el hueso podría decirse que vi las estrellas, la Vía Láctea, el universo e incluso un agujero negro.

—Bien, puede ser que te hayas fracturado el peroné. Te pondremos una férula de yeso y vendrás en quince días para que te la retiremos. Si no hay complicaciones, no hará falta que vayas a ver al traumatólogo.

—De acuerdo. ¿Me puedo duchar con la férula? —pregunté inocentemente.

Rodrigo se echó a reír, pero no respondió.

Siempre tuve la duda de si una podía ducharse con un yeso puesto.

Los enfermeros me guiaron hasta otra salita, donde me tumbaron boca abajo en una camilla. Me pidieron que flexionara la pierna hasta que el pie quedara elevado a su altura.

Así me tuvieron durante un rato mientras me ponían la escayola. Después me prestaron unas muletas y me dijeron que podía irme. Lorena me esperaba al otro lado de la puerta. Me sorprendió cuando me dijo:

—¿Quieres que te invite a un café?

Asentí con ilusión. Era curioso que, con la cantidad de años que

llevábamos siendo amigas, nunca hubiera tomado ni un mísero café con ella en el hospital. Aquella iba a ser mi primera vez.

Como aquel lugar era tremendamente grande, tuvimos que caminar durante unos diez minutos hasta llegar a la cafetería. Después de recorrer unos cuantos pasillos, coger un par de ascensores y bajar unas escaleras, al fin llegamos a la cafetería, reservada para personal sanitario y acompañantes.

Nada más entrar, Lorena se detuvo en seco. Después la oí susurrar:

—Mierda, mierda, mierda... Sígueme, Leire.

Miré hacia donde ella estaba mirando: solo había mucha gente con bata y pijamas comiendo o tomándose un bollo. No sabía qué era lo que le había producido aquella reacción tan extraña. Era la primera vez que la veía tan alterada.

Lorena caminó hacia el extremo opuesto de la cafetería, hacia un rincón poco visible donde poder pasar desapercibidas. Cuando nos instalamos en una mesita más o menos pequeña, ella se levantó y a los pocos minutos regresó con dos cafés.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté con curiosidad.

Ella miró de nuevo en aquella dirección. Se estaba fijando en alguien, pero yo no sabía en quién. Me estaba produciendo una terrible incertidumbre.

—Nada, es que he visto a alguien que no me cae bien.

—¿Quién? —pregunté al instante.

—Nadie, un... una compañera... sí, con la que he discutido esta mañana, y no me apetecía verla.

—Ya —asentí.

No obstante, no sabía por qué, pero su explicación no me convencía en absoluto. Se bebió el café de un sorbo mientras yo le contaba mi experiencia con Lodge y con la zorra besucona llamada Lucía y le explicaba cómo me había caído.

—Yo creo que le has causado cierta impresión —dijo ella, refiriéndose a Lodge—. No sé si realmente está enamorado, encaprichado, atraído o lo que sea... Lo que está claro es que ahora está interesado en ti, lo has hecho bastante bien.

—Pero yo no quería —gimoteé.

—Ya, pero lo has hecho. Ahora apechuga. Oye, ¿y qué es eso de que Javi

te estaba esperando en casa? —me preguntó entonces.

Yo se lo había mencionado como si fuese un incidente sin importancia, aunque era imprescindible que descubriéramos cómo había entrado en casa.

—Pues no lo sé. Al principio creí que le habías abierto tú, pero luego me di cuenta de que estabas trabajando. Y como empezó con eso de que me había compuesto una canción y eso... se me olvidó preguntarle.

—¡Eres un desastre, Leire! Si un día entran a robarnos, ¿qué harás? ¿Te pondrás a cantar? Y se te olvidará llamar a la policía...

Lorena parecía haberse relajado. Estaba pasándoselo bien. Tal vez estuviese un poco cascarrabias, como siempre que se veía consumida por demasiado estrés, pero, por lo demás, parecía haberse olvidado de que había una compañera por ahí con la que no quería hablar.

Entonces alguien nos interrumpió.

—Doctora —dijo él.

Lo primero en lo que me fijé fue en sus ojos azules, cargados de expresividad. Aquel hombre tenía una mirada enigmática. Le asigné el apodo cariñoso de Míster Interesante.

Percibí como Lorena se tensaba inmediatamente. Le miró con miedo.

—Doctor —respondió ella con voz queda.

—¿No estaba usted demasiado ocupada como para tomar un café?

Mi amiga tragó saliva.

Vivimos unos instantes de tensión. Después ella contestó en un susurro:

—Es mi amiga, Leire.

Él me estrechó la mano.

—Encantado —me dijo.

—Igualmente —respondí.

Después dirigió sus ojos hacia Lorena, que se había puesto roja hasta las orejas.

—Es que acaba de fallecer su madre. Me ha llamado y no podía rechazarla. Era un asunto importante.

—Ya, lo comprendo. Lo siento mucho, Leire. Espero que te recuperes cuanto antes. La pérdida de un ser querido siempre es dura —me dijo.

Después miró a Lorena y se despidió con un:

—Espero que la próxima vez también me considere a mí como un asunto

importante. Nos vemos.

Y se marchó.

—Oye, tía. ¡Mi madre no está muerta! —susurré, indignada. Lo dije en voz baja para que Míster Interesante no pudiese escucharme.

Lorena emitió un sonoro respingo y entonces me di cuenta de lo que ocurría en realidad.

—Así que esa era la compañera con la que habías discutido esta mañana, ¿no?

Ella me dirigió una mirada de advertencia. Después bebió un sorbo de mi café; yo ni lo había tocado y ella ya había acabado con el suyo.

—Sí, era *esa*. —Remarcó con énfasis la última palabra.

—¿Y esa te ha invitado a un café y le has dicho que no?

—¡Ay, Leire! Qué pesada eres. Es mi jefe y solo quería meterme presión para que fuese a trabajar.

Sonreí con malicia.

—Ya, presión para trabajar. Yo diría que te metía presión para todo lo contrario.

—¡Bah, cállate ya! No tenía que haberte traído aquí —respondió mientras hacía aspavientos con las manos.

Reí; me hacía gracia ver a mi amiga tan apurada, no sabía cómo zafarse de aquella conversación que, al parecer, le resultaba la mar de incómoda.

Giré la cabeza por instinto hacia las demás mesas de la cafetería. Pillé a Míster Interesante con los ojos clavados en mi amiga, parecía absorto. Cuando se percató de que le estaba observando, bajó la mirada, avergonzado.

—Yo creo que le gustas —comenté.

Lorena me miró con cierta agresividad.

—No digas gilipolleces. Es mi jefe; mejor dicho, es el jefe de mis jefes. Me saca unos quince años y posiblemente esté casado y tenga hijos. Caso cerrado.

¿Y si no lo estaba? Yo no podía ignorar que había pillado in fraganti a Míster Interesante. Se le veía muy embobado con ella, pero a lo mejor no se atrevía a acercarse a su subordinada.

Como Leire no estaba por la labor de continuar hablando del tema, regresamos al tema de Javi y a la persona misteriosa que le había abierto la

puerta.

—¡Mi madre! —dije entonces.

Recordé que, contra todo pronóstico, mi ex siempre se había llevado bien con mi madre. De hecho, me dio una charla de aquí te espero el día que rompí con él. Que si Javi esto, que si Javi lo otro... «¡Por Dios, mamá! ¡Cásate tú con él y déjame en paz!», le decía yo.

Como a Lorena aún le quedaba unas cuantas horas de trabajo, cogí otro taxi para regresar al ático. Allí llamé a mi madre por teléfono y, efectivamente, me confirmó que ella había sido quien le había prestado la llave de mi casa a Javi. Tuvimos una buena bronca madre-hija.

Después encendí la tele y, haciendo zapping, me encontré de pronto en un canal a Aaric Lodge siendo entrevistado por uno de los presentadores más conocidos de nuestro país, junto con sus dos pequeñas, pero matonas, mascotitas de peluche.

—¿Y qué me dices de la famosa bofetada, Aaric? Todos dicen que estaba preparada.

Él contestó en inglés mientras un señor traducía simultáneamente de cara a los espectadores.

—Sí, estaba preparada. La elegí a ella porque es una persona muy especial para mí y no me importaba que me pegase.

—¡¿QUÉ?! —salté yo desde mi sofá.

Lodge continuó hablando. Entonces el presentador le preguntó que si él estaría dispuesto a dejarse abofetear por una de las chicas del público y él respondió que solo si le dejaban besarla primero.

Entonces se montó tanto alboroto entre las chicas que estaban en las gradas que el presentador decidió no llevar a la práctica su idea, aunque todas las del público querían que Aaric las besara.

Yo me estaba cabreando peligrosamente.

¡Preparada! ¡No estaba preparada! Le había metido una torta como un pan y encima decía que estaba amañado, que yo era especial para él. ¡Pero si ni siquiera me conocía! Comencé a gritar para mí, de lo enfadada que estaba. Lo que pasaba es que Lodge era un orgulloso de mierda que antes que reconocer que le habían dado para el pelo era capaz de mentir diciendo que su espectáculo estaba preparado. ¡Ningún artista que se preciara sería capaz de admitir que su espectáculo había estado planificado!

¿No se daba cuenta de que estaba quedando fatal delante de sus admiradores?

¡No me imagino a Madonna diciendo que los desbarajustes de sus conciertos estaban previstos de antemano! ¡O a David Bisbal diciendo que la caída que tuvo en el escenario estaba preparada de antemano! Apagué la televisión; tenía la mandíbula comprimida y el ceño fruncido. Estaba en tensión y muy cabreada e indignada.

Rescaté la canción que había compuesto Javi de debajo de uno de los cojines del sofá. La leí varias veces. Tal vez Javi tuviese razón en una cosa: yo podría ser famosa, podría dedicarme a ello, solo tenía que averiguar cómo, pero estaba segura de que Aaric Lodge se iba a encargar de darme el empujoncito que necesitaba, aunque él no fuera consciente de ello.

8. El payaso, la zorra y el viejo chocho

La puerta del ascensor se cerró con un estruendo. Escuché el sonido de unas llaves entrechocar y al minuto vi a Lorena entrando por la puerta del ático.

Cerró tras de sí y caminó hasta la cocina sin mirarme. Tampoco me saludó.

Nada más entrar por la puerta, tenía a la izquierda dos grandes sofás colocados en torno a una alfombra negra y en la pared, una televisión LCD colgada de un soporte. A la derecha teníamos una estancia abierta, rodeada por una encimera y con la vitrocerámica y la nevera al fondo.

Lorena abrió el frigorífico y sacó una botella llena de zumo de naranja. Dio un pequeño trago y la volvió a colocar en su sitio. Después caminó hacia su habitación y cerró la puerta con pestillo.

Pensé que tal vez estuviera enfadada conmigo, pero luego cambié de opinión. No tenía motivos para estarlo. ¿Qué habría ocurrido entonces?

Caminando con dificultad a causa del pie escayolado y de la muleta que llevaba en la mano derecha, me acerqué de puntillas a la puerta de su cuarto para que no me escuchara y giré el picaporte. No abría. Me acordé de que había oído cómo echaba el pestillo.

Entonces le di un par de toques a la puerta.

—¿Lore?

Golpeé la madera con más fuerza.

—¡Déjame sola! —gritó ella.

Continué insistiendo.

—Venga, abre... Estás muy estresada, necesitas parar y desconectar... — dije con suavidad.

Después de dos o tres minutos tuve ante mí a una Lorena con ojos hinchados y pelo encrespado mirándome fijamente.

—Lo siento —se disculpó—. He sido muy desagradable.

Entré en su habitación y me senté en su cama. Le hice un gesto para que se sentara a mi lado.

—¿Qué ha pasado?

Fui al grano porque su comportamiento no era normal. Lo normal hubiese sido que llegara a casa reventada, con ojeras y ropa arrugada, pero con una gran sonrisa. Lo normal hubiese sido encontrarme con una Lorena cansada pero feliz, no aquel despojo humano, o inhumano, más bien, que atravesó la puerta gruñendo como los perros.

Ante aquella pregunta, observé cómo Lorena tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas.

—¿Has discutido con tu jefe? ¿Te ha tirado los trastos? ¿No habrá intentado abusar de ti? —pregunté entonces a trompicones.

Aunque me hubiera resultado extraño ver a Míster Interesante acosando a Lorena por el respeto con el que la había tratado delante de mí, no se me ocurrían otras posibles causas para su estado de ánimo depresivo.

Ella negó con la cabeza varias veces. Después susurró:

—La he cagado.

Fruncí el entrecejo.

—¿Cómo que la has cagado? Bueno, Lorena, es normal... Todos somos humanos... No puede haber sido tan grave...

Mi amiga ahogó un sollozo.

—Es que... —comenzó—. Yo le pregunté a aquel hombre... Le pregunté, ¿sabes? Me dijo que no, que no era alérgico a nada. ¡Me lo dijo! Entonces, luego...

Lorena hablaba despacio y sus palabras no parecían tener coherencia. Se la veía mentalmente bloqueada.

—¿Luego qué, pequeña? —pregunté con cariño. Me daba pena verla tan hundida.

Se encogió sobre sí misma.

—Pues era alérgico al Ibuprofeno y yo se lo puse... Y se le hinchó la lengua... Y se puso... Mal, ya sabes... Y no sabíamos por qué... El caso es que... Se lo llevaron...

—No se ha muerto, ¿verdad? —Después me regañé mentalmente por decir eso.

—No, gracias a Dios —suspiró ella—. Pero me da rabia porque si lo hubiese sabido... Ha estado a punto de palmarla... No sabíamos lo que tenía. ¡Y su familia ahora quiere denunciarme! Yo le pregunté y me dijo que no... —Sus lágrimas ya salían a borbotones.

La abracé para tranquilizarla.

—Me dijo que no... —repetía y repetía—. Me dijo que no...

—Ya, tranquila. Tú no tienes la culpa de nada... —le susurré al oído.

—Pero eso da igual, Leire. Me exijo a mí misma, día a día, el doscientos por cien. Quiero hacer bien mi trabajo, quiero tratar bien a las personas, quiero ayudar. Estudio, paso consulta, atiendo, opero. Soy muy metódica y meticulosa, lo sabes, me conoces.

Asentí. Después ella continuó:

—Y cuando pasa esto me siento impotente y frustrada, y pienso que todo lo que hago no sirve para nada. Me siento mal... —Una lágrima más.

La estreché entre mis brazos con más fuerza.

Noté cómo se convulsionaba. Me di cuenta de que, además de todo lo que me había contado y que estaba muy angustiada, necesitaba llorar para descargar toda la tensión que había acumulado estos últimos días.

Cuando se relajó, la obligué a tumbarse en la cama y fui a prepararle una infusión de tila.

—Gracias, Leire —me dijo antes de que yo saliera de su cuarto.

Respondí con una sonrisa.

Y entonces me pregunté por qué había escogido un trabajo así, con tantas horas de estudio, tantas horas de trabajo a sus espaldas, tanta responsabilidad, y por qué, aun siendo una excelente doctora, responsable y precavida, le ocurrían estas cosas. Me planteé entonces por qué, con lo inteligente que ella

era, no se había dedicado a la arquitectura, a la ingeniería o a cualquier cosa que no implicara manejar la vida de las personas.

Yo la veía tan cansada, tan estresada... ¿Cómo podía hacerla aquello feliz?

Entonces, a las pocas semanas, decidí preguntárselo, cansada ya de darle vueltas.

Y respondió algo así como: «Porque me hace sentir bien». Y aquello fue todo.

Sin embargo, a veces me daba la impresión de que ella necesitaba demostrarse algo a sí misma o a sus padres, o, más en general, a la gente. Necesitaba demostrar que era válida, que podía. Supuse que tal vez una niñez con unos padres que la comparaban tanto con su hermano mayor, un ser orgulloso y egoísta, pudo hacer mella en su autoestima.

Sin embargo, aquellas especulaciones solo eran cábalas sin importancia que creaba mi imaginación para pasar el rato.

Metí una taza con agua en el microondas.

Mientras se calentaba, me apoyé en la encimera, dejando levantado del suelo mi pie escayolado, y suspiré profundamente. Mis problemas con la música, con Lodge y con Javi casi parecían un juego de niños en comparación con los problemas de Lorena.

Sin embargo, prefería los suyos.

Le llevé la infusión a la cama, pero cuando entré en su habitación la vi completamente dormida.

—Vaya —susurré.

Dejé la taza sobre su cómoda y me acerqué a la ventana para bajarle la persiana. Después apagué la luz y me llevé la infusión.

La tila me la acabé tomando yo, sentada en el sofá y, cómo no, con mi ordenador portátil sobre las rodillas.

Abrí mi perfil de Twitter.

Y, otra vez, cómo no, un nuevo mensaje de Lodge. Lo metí del tirón en el traductor de Google. Decía así:

Hola, Leire:

Mañana hablaremos acerca del videoclip. Es algo así como una lluvia de

ideas. Espero que puedas perdonarme por mi comportamiento, ha sido bastante brusco y grosero. Te espero en el estudio, a las nueve como siempre. Un saludo,
Lodge.

Abrí los ojos como platos. Después agarré la taza de tila y me metí entre pecho y espalda todo lo que quedaba en ella.

«Un *brainstorming*», pensé. Una lluvia de ideas. Era raro; sí, la palabra «raro» era el mejor adjetivo que existía para describir la situación.

Primero me decía que iban a hacer una lluvia de ideas para el videoclip. ¿Es que acaso no sabían ya cómo iban a hacerlo? ¿No sabían cómo iban a rodarlo?

Después, que lo perdonase por su comportamiento. ¿Perdonar? ¿Yo? ¿A él? ¡Y unas narices! ¿Perdonarlo por lanzarse sobre mí como si yo fuera una putilla sin dignidad? ¿Por meterle la lengua en la boca a otra delante de mis narices? ¡Me humilló! ¡Pensó que me iba a poner celosa! ¿Cómo iba a perdonarlo? Y, sin embargo, era tan... atractivo en un sentido siniestro. Era como si tuviese un lado oscuro atrayente y maléfico. Algo... morboso.

Sacudí la cabeza.

No podía permitirme a mí misma caer tan bajo. No podía sentirme atraída por un tío así, tan arrogante y creído. Lo único que conseguía fijándome en él era darle la razón.

—¡Leire! —me grité en voz alta—. ¡Leire! ¡No, no y no! —dije de nuevo.

Me había indignado conmigo misma.

«¿Qué pasa? ¿Se disculpa y tus bragas se desprenden automáticamente? ¡No, Leire! No te creas ni una palabra...», me decía continuamente.

Me fui a la cama pensando en cómo sería la próxima aventura en el estudio de grabación; al día siguiente a las nueve de la mañana Aaric estaría allí de nuevo.

¿Sería educado y amable? ¿Se comportaría como un cerdo asqueroso?

Gruñí. Lodge era absolutamente impredecible.

Después me acordé de la zorra aquella que se tiró encima de él. Lucía se llamaba, la muy... De repente, se me puso mal cuerpo.

Cerré los ojos y traté de dormir; traté, porque no lo conseguí. Ni con un millón de tilas lo habría logrado.

No sabía por qué razón me había dado por recordar todos y cada uno de los besos que Lodge me había dado.

De hecho, me sorprendí a mí misma varias veces recreándome en aquellos recuerdos.

Y solo alcancé a decir, antes de cerrar los ojos definitivamente, a eso de las cuatro de la madrugada:

—Mierda.

Al día siguiente sonó el despertador a las siete y media de la mañana. Me retorcí en la cama y tapé mi cabeza con la almohada, con la esperanza de que sus plumas pudieran amortiguar el desagradable pitido del reloj.

Entonces llegó Lorena, ya vestida y arreglada, y lo apagó.

Me sacudió con suavidad.

—Leire... —dijo—. Leire... Tienes que levantarte...

—repitió.

—No me digas eso... —rezongué haciendo pucheros, aún con la cabeza sepultada bajo el edredón y la almohada.

Ella rio y tiró de la sábana para destaparme.

—¡Arriba!

—No tengo nada que hacer... —mentí.

—Mientes. Seguro que tienes que ir a ver a tu amigo el rapero —ironizó ella.

Farfullé algún insulto malsonante, evidentemente dirigido a Lodge. Después me arrastré hasta llegar al suelo y me deslicé hacia el baño, donde, al fin, me puse en pie para lavarme la cara.

Una vez que mis ojos estuvieron vacíos de legañas, me dirigí a la cocina. Lorena me había preparado un café y unas tostadas.

—¿Tienes el día libre? —pregunté.

—Sí, pero me he levantado pronto para estudiar; ya sabes, como siempre.

—Ah. Oye, Lore, gracias por hacerme el desayuno. ¿Cómo estás?

Bajó la mirada.

—No muy bien... Más tranquila, eso sí... Pero, como es la primera vez que me pasa una cosa así... Supongo que tardaré unos días en superarlo. ¿Vas a ir entonces a ver a Lodge?

—Cambió de tema con una facilidad pasmosa.

—Sí. Pero por lo del videoclip. Solo que así, con el pie escayolado y la muleta, no sé si pedir un taxi.

—Te llevo yo, si quieres. En realidad, no tengo muchas ganas de sentarme a estudiar, hoy no. Necesito relajarme y parar... Tenías razón, me dejo absorber demasiado por mi trabajo —me dijo entonces.

Yo estaba encantadísima de que mi amiga me llevara y, de paso, me hiciese de intérprete; no pude más que esbozar una gigantesca sonrisa antes de beberme la taza de café de un tirón.

—Me visto y nos vamos —dije antes de meter la taza en el lavavajillas.

Fui cojeando hasta mi habitación; me había dejado la muleta sobre la cama.

—¿Necesitas que te ayude a vestirme? —gritó Lorena desde el salón.

—No estaría mal... —contesté también en voz alta.

Enseguida apareció y abrió mi armario. Hasta se permitió el lujo de elegir la ropa por mí.

—Esto. —Me tendió unos pantalones—. Esto. —Y un jersey oscuro ceñido.

Miré los pantalones con cierta desconfianza: no sabía si mi pie escayolado cabría por una de sus perneras.

—Lore... ¿Cómo hago para meter esto?

Efectivamente, tuve problemas para que mi tobillo enyesado atravesara el pantalón. Por suerte, Lorena consiguió salvar el obstáculo, no sin antes pasarlas canutas. Nunca avisan de las complicaciones de romperse una pierna o de torcerse el tobillo; no es el dolor, el hueso roto, la escayola... es también la dificultad de vestirse a gusto. No puedes ducharte con tranquilidad, no puedes calzarte unos tacones y no puedes ponerte vestidos porque la escayola les va igual que a un santo dos pistolas.

—Esto es un asco —susurré mientras me abrochaba el pantalón y Lorena se reía contemplando la situación.

—Anda, vamos.

Salimos a la calle y caminamos unos veinte metros hasta llegar al coche de mi amiga. Lorena tenía un pequeño Smart, ideal para moverse por el centro de la ciudad, chiquitito, manejable y, sobre todo, algo que a las chicas nos suele importar mucho, fácil de aparcar.

Le indiqué el camino que había que seguir para llegar al estudio. Tardamos unos veinte minutos en llegar, no tanto porque estuviese lejos, pues estaba a una distancia razonable, sino porque el tráfico en el centro de Madrid a las ocho de la mañana era terrorífico, absolutamente desesperante.

Coches y más coches embotellados en glorietas llenas de semáforos, carriles colapsados y conductores afligidos: así estaba Madrid, donde, además de todo eso, encontrabas conductores agresivos, como la propia Lorena.

—¡Payaso! —gritó cuando a un tipo se le ocurrió cambiar de carril sin indicarlo previamente con el intermitente.

—Bueno, tranquila... No te preocupes... —le decía para aplacar los nervios.

—¡Bah! Si es que la gente no sabe conducir... ¡Pero será zorra la tía! —gritó cuando una señora que llevaba un monovolumen cargado hasta arriba de retoños se cruzó en diagonal por delante de su Smart.

Lorena tuvo que frenar en seco para no llevarse por delante a aquel minibús repleto de críos.

—Bueno, calma. Ya sabes que la gente va agobiada por las mañanas —dije entonces.

Sin embargo, cada vez hablaba más bajito porque tenía la sensación de que cuanto más intentaba tranquilizar a Lorena, más histérica se ponía ella.

—Joder con el viejo chocho de las narices... —farfulló mi amiga por lo bajo.

Lorena siempre decía que para localizar a un viejo chocho al volante tenías que fijarte en tres detalles reveladores: un vehículo de alta gama, una velocidad de crucero que entorpece el tráfico y algún que otro volantazo.

Al final, decidí callarme para que gritara todo lo que quisiera; si ella se quedaba más a gusto, más a gusto me quedaba yo.

Por suerte, Lorena aparcó, no sin antes dirigirle algún insulto a un incauto

que decidió pasar cerca del coche mientras ella daba marcha atrás, y luego nos encaminamos hacia la puerta del estudio.

Pulsé el timbre y abrió Aaric Lodge, vestido con un pantalón vaquero oscuro y una camisa blanca, ancha y remangada. Llevaba el pelo alborotado, húmedo, como si acabara de ducharse. Estaba muy *sexy*.

Me sonrió y nos saludó con un amable *hello*. Lodge se quedó mirando mi pie escayolado y mi muleta. Torció el gesto. Fue a cogerme la mano, pero entonces Lorena me apartó y rápidamente me introdujo dentro del local.

Lodge, como de costumbre, nos guio hasta la salita en la que nos había reunido las últimas veces, con su mesita redonda y sus sillones de cuero.

Aaric se sentó en uno de ellos. Con la mano nos indicó que nos sentáramos también. Comenzó a hablar y Lorena me fue traduciendo sus palabras.

—Dice que hoy toca tratar el tema del videoclip.

—Sí, eso ya lo sé —tercié yo.

—Y que va a rodarse fuera de España, así que tendrás que viajar.

Miré a Lodge con mucha, mucha desconfianza. ¿Fuera de España?

—¿Dónde? —pregunté.

—Roma —contestó él.

—¿Cuándo? —proseguí, inquieta.

Lorena le transmitió la pregunta, a lo que él contestó que aproximadamente dentro de un mes.

Resoplé.

—¿Y para qué quiere que vaya yo si ya tiene a Lucía, que está tan dispuesta a morrearle con él donde haga falta?

Lorena trató de traducir mis palabras lo mejor que pudo. Aaric estalló en carcajadas y después dijo algo que Lorena me retransmitió en nuestro idioma:

—Dice que la han despedido.

Eso sí que no lo había esperado. Quién lo hubiese dicho, con la actitud tan «dispuesta» que tenía para «ejercer» su labor...

—No voy a besarle. Quiero que le quede bien claro —le dije a Lorena.

Ella, cómo no, tradujo y él, contra todo pronóstico, asintió.

—Dice que sus productores piensan que no es necesario que os beséis, que con que te muestres cariñosa será suficiente... —me dijo ella.

Después Lodge se levantó y me pidió que lo siguiera. Lorena se negó a venir con nosotros. Fui detrás de él con mi muleta y mi pie escayolado hasta otra salita que había un par de habitaciones más adentro.

Entonces Lodge comenzó a hablar, pero esta vez, en español. Parecía que se había preparado unas frases:

—Yo... —dijo con timidez—. He sido malo. Quiero compensarte...

Aun así, le temblaba la voz y le costaba pronunciar las palabras. Se acercó a un rincón en el que había una gran caja de cartón, alta y estrecha, rodeada con un lacito típico de los regalos, rojo con forma de rosetón.

Arqueé una de mis cejas y después traté de analizar el comportamiento de Lodge. Ahora sí que me había desubicado.

—*Open it* —dijo.

Quería que lo abriera.

Desaté el lazo con mis manos y después tiré de los bordes del cartón para despegarlo y abrirlo. Lodge me ayudó con un cúter.

No sé qué es lo que me pasó por la cabeza en aquel instante. El regalo consistía en una guitarra eléctrica de color rosa claro que, por la marca de la que se trataba, debía de ser muy cara.

—Es una edición limitada —dijo él en español.

Yo, que me había quedado sin palabras, deslicé mis dedos por las cuerdas y examiné su fino acabado.

No, no podía aceptarla.

—Gracias —comencé a decir en mi infinitamente mejorable inglés—. Pero no la quiero.

—Pero la necesitas —dijo entonces en su infinitamente mejorable español—. La necesitas.

Le miré con curiosidad. Aaric sacó su iPhone y me puso un vídeo.

Entonces se me cayó el alma a los pies.

En el vídeo salía yo cantando su tema *You will fall*, con mi guitarra eléctrica, que, si bien era vieja, le tenía mucho cariño y por eso no me había comprado una nueva. Después de la canción salía en el vídeo diciendo que Lodge era un machista y misógino. Él rio para después decir:

—Tu guitarra es fea y vieja. Esta es mejor. —Y señaló la guitarra rosa.

Apreté los puños.

Me sentía terriblemente limitada a la hora de expresarme; sabía que, si decía todo lo que el cuerpo me pedía decir en español, Aaric no iba a entender ni media palabra. Ahora, tampoco podría decirle lo que quería, ya que no sabía expresarme con tanta fluidez en inglés.

Me limité a asesinarle con una fulminante mirada de las mías.

—OK. No es fea, pero es un regalo para ti. Acéptalo —continuó diciendo en su pésimo español.

Agarré la guitarra y me la llevé hasta la habitación en la que se encontraba Lorena.

Después le dije:

—Tú supuestamente eres médico, ¿no?

Mi amiga asintió, esperaba que le preguntase algo.

—¿Crees que este pedazo de idiota, Aaric Lodge, puede tener algún tipo de trastorno de la personalidad? ¿Será histriónico? A lo mejor es ciclotímico o tiene esquizofrenia, tal vez tenga alucinaciones con tías en pelotas que se las están chupando...

—¡Leire, por favor! Corta el rollo. —Era evidente que a Lorena la había escandalizado mi última frase—. Yo creo que es un chico muy inseguro que trata de llamar la atención con conductas extremas. Además, no debe de tener una buena autoestima...

Me sorprendí mucho ante su comentario. ¿Cómo iba a ser Aaric Lodge una persona insegura?

—A lo mejor ha visto que se ha pasado de la raya y quiere hacer las paces —dijo Lore, con aquel porte de doctora que resultaba tan característico en ella.

—Y se gasta algo así como cinco mil euros en regalarme una guitarra... Para hacer las paces ¿no? —contraataqué.

—Eso demuestra que está acostumbrado a matar moscas a cañonazos —respondió ella—. Querrá asegurarse de que le perdonas.

—A lo mejor quiere tenerme contenta para que no le chafe el videoclip.

—También puede ser —contestó ella. Se había llevado una mano al mentón, como siempre hacía cuando reflexionaba sobre algún problema en concreto.

—¡Ay, Lore! No me digas que le dices eso a todos tus pacientes, porque

seguro que los desesperas...

Ella me miró mal, demasiado mal. Tragué saliva.

Entonces entró Aaric Lodge y me dijo con su español tan gutural:

—Tienes un mes para pensar en lo del videoclip. Tú llevarte guitarra. Y tú —dijo señalando a Lorena— darle pastillas para nervios.

Lorena se echó a reír y encima tuvo el valor de contestarle en inglés para que lo comprendiera:

—Por supuesto. En cuanto lleguemos a casa le administraré su medicación.

Lodge rio.

Y yo los miré con infinita desconfianza.

Solo se me ocurrió decir:

—Mierda.

9. Tengo mis fuentes

Estrés, mucho estrés, muchísimo estrés: así se sentía Lorena.

Leía y releía la historia clínica de una paciente que tenía una enfermedad de las raras. Una patología idiopática de las que nadie tiene ni idea de dónde sale o de cómo se ha contagiado.

Se debatía entre mantenerle el tratamiento a base de antibióticos o, por el contrario, retirárselo y observar la evolución, con el riesgo de que pudiera empeorar. Y así transcurrieron las horas para Lorena, enfrascada en aquel bucle infinito de bacterias, antibióticos, insuficiencias respiratorias y demás tragedias crónicas y agudas...

Ya era de noche. Las luces blanquecinas del techo iluminaban la sala de trabajo en la que se encontraba. Al mirar por la ventana, solo se veía oscuridad, alguna farola encendida y pandillas de chavales riéndose y pasándolo bien, como bien se merecía un viernes por la noche. No era excesivamente tarde, eran solo las nueve; sin embargo, en invierno anocheceía antes y muy pronto el ambiente se volvía lúgubre y oscuro.

Miró su reloj de muñeca y maldijo para sí. Llegaba tarde a la consulta de guardia. Aquella noche le tocaba rotar en Urgencias y todavía no había cenado.

Mientras caminaba por los pasillos, una mujer algo desaliñada y pálida la asaltó con un papel en la mano.

—¡Perdona! —dijo a grito pelado, sin ningún tipo de educación.

Lorena se sobresaltó y la miró con cierto temor. Era una señora de unos treinta y muchos años, no muy mayor. Sin embargo, su expresión decaída y enfadada le echaba unos cuantos años más encima.

—¡Aún no me han atendido! —gruñó la señora en tono de reproche.

Lorena, que no sabía quién era aquella mujer, qué le pasaba y cómo había llegado hasta aquella zona del hospital en la que no había consultas, hospitalizaciones, urgencias ni nada, se limitó a responder con un tono indiferente:

—Pero ¿qué le ocurre?

—¡Nada! ¡Que llevo esperando aquí dos horas y nadie me atiende!

—Pero ¿aquí? —respondió Lorena, desorientada—. Aquí no tiene que estar usted, señora, aquí no se atiende a nadie, estos son despachos para los servicios internos. Creo que se ha equivocado.

La señora gruñó y se puso a gritar. Lorena suspiró.

—Acompáñeme. —Cogió a la señora del brazo y se la llevó en dirección contraria.

Llegaron a la consulta de guardia de psiquiatría. Le indicó a la mujer que se sentara en la sala de espera. Ella miró a Lorena con miedo, miedo de que la abandonase.

Lorena sintió una pizca de compasión.

Después se giró y caminó hasta el pequeño despacho en el que se pasaba consulta. Llamó a la puerta y entró.

—¡Lore! —la saludó el doctor que estaba sentado detrás de la mesa.

—Hola, Luis... —dijo ella, sonriendo.

Luis se levantó y le dio dos besos a modo de saludo.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó él, también con una sonrisa.

Luis también era residente y sí, también estaba de guardia.

Lorena decidió darle un toque humorístico a la situación.

—Pues es por un motivo totalmente interesado. Je. Me he encontrado a una señora que parece que no está muy en su... ser, por así decirlo. Me la he encontrado cerca de mi despacho en el piso de arriba diciendo que aún no la habían atendido... Yo creo que está confusa. Tal vez se haya perdido... El caso es que está muy ofuscada y parece que va a echarse a llorar en cualquier momento. Me harías un gran favor si le echaras un vistazo. Además, tengo

que irme, llego tarde.

Luis asintió. Se levantó y, junto con Lorena, se dirigió hacia la sala de espera. Salió del despacho y anduvo dos o tres metros hasta encontrarse cara a cara con la mujer perdida.

—¡Pero, Benita! —saltó Luis entonces, visiblemente aliviado—. ¿Qué hace usted aquí?

Lorena también respiró, aliviada.

—Es una paciente mía. Es maniacodepresiva —le aclaró Luis en un susurro, asegurándose de que Benita no lo escuchaba.

Lorena asintió. Aquello quería decir que todo estaba resuelto y que podía proseguir con su trabajo.

Entonces se dirigió hacia los ascensores, pulsó el botón de la flechita que apuntaba hacia abajo y esperó. Cuando se abrió la puerta del ascensor, se encontró cara a cara con Mister Interesante.

Por un momento, su respiración se detuvo y un sudor frío se apoderó de su espalda. Dio un paso adelante para entrar en el ascensor, al lado de Mister Interesante.

Las puertas se cerraron y se hizo un silencio sepulcral.

Mister Interesante la miraba de reojo. En una de esas miradas, Lorena le pilló y él esbozó una sonrisa nerviosa. Después, las puertas se abrieron y ella salió a toda prisa. Pudo sentir la mirada del jefe de sus jefes clavada en su espalda.

Y, al fin, llegó a su consulta. Entró, se abrochó bien la bata, se colocó su fonendo alrededor de su cuello y llamó al primer paciente. De momento, la noche empezaba bien, solo tenía que atender a tres personas, pero Lorena sabía, como sabe todo médico con un mínimo de experiencia, que a medida que pasan las horas nocturnas irían llegando más y más enfermos ansiosos y consternados y, de vez en cuando, alguno que otro muy grave.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó a la primera paciente.

—Me ahogo —contestó ella.

Lorena prosiguió con el interrogatorio.

—¿Le duele el pecho al respirar?

La paciente se quedó pensativa unos minutos.

—No —respondió al fin—. Pero me cuesta. Es como si necesitara más y

más aire. No tengo suficiente.

Parecía muy angustiada.

—¿Tose? ¿Tiene mocos? —decía Lorena, tratando de averiguar cuál era la causa de aquella disnea.

—No. Solo me cuesta respirar. Me falta el aire.

Lorena se dio manotazo en la frente para expresar su frustración.

—¿Está muy nerviosa? ¿Tiene ansiedad? —preguntó Lorena.

La paciente asintió con la cabeza.

—¿Le ha pasado algo fuera de lo normal? ¿Algo que la estrese? —siguió Lorena.

Aquella mujer comenzó a palidecer. Desvió su mirada hacia una esquina de la consulta y musitó un «no» muy poco convincente. Lorena respiró hondo y se armó de paciencia.

—No voy a contarle nada a nadie —aseguró ella—. Usted sabe que los médicos somos como los sacerdotes, ¿verdad? No voy a decir nada. Puede confiar en mí.

La paciente le dirigió una mirada suplicante. Era una chica de unos diecisiete años, rubia y muy guapa, pero muy triste.

Lorena se levantó y se puso el fonendo para auscultarla. Los pulmones sonaban bien, no había sibilancias ni ronquidos extraños. Todo parecía en orden. Entonces dijo:

—Creo que podría estar embarazada... —soltó de repente.

Ahora la que palideció fue Lorena.

Mierda.

—Cielo, eso me lo tendrías que haber dicho al principio. Podría haberte mandado algún medicamento que fuese malo para ti y para tu bebé.

—¡Pero yo no quiero este bebé! Además, no sé si lo estoy.

Lorena intentó recuperar algún pedacito de paciencia, de esa que se le estaba agotando por momentos.

—¿Cuánto hace que no te baja la regla?

La chica rubia elevó la mirada hacia el techo, intentando recordar.

—Hoy hace un mes y cinco días... Más o menos.

—¿Usaste condón?

De pronto, la muchacha comenzó a ponerse blanca como la cera otra vez,

pero aún más blanca. Y entonces se echó a llorar.

Ya no sabía si sentir pena o rabia, si echarla de la consulta y enviarla al médico de cabecera o apiadarse de ella y tratar de consolarla, quitándole tiempo al resto de pacientes que aguardaban en la sala de espera de Urgencias.

Ella musitó algo.

—¿Perdona? No te he entendido, cielo. —Lorena optó por intentar consolarla lo más rápidamente posible.

—Me violaron.

«Joder», dijo para sí Lorena. Era lo único que le salía decir.

—¿Tus padres lo saben? —preguntó Lorena con una nota de alarma en la voz.

—¡No! —gritó ella—. No se lo diga, por favor, doctora...

El cerebro de Lorena trabajaba a toda velocidad. No sabía qué hacer; mejor dicho, sí, lo sabía, pero no encontraba la manera de convencer a aquella niña de que se quedara en Urgencias y avisara a sus padres.

Tomó una decisión rápidamente.

—Vamos a hacerte una analítica, para descartar o confirmar embarazo y otras enfermedades de transmisión sexual. ¿Vale?

La chiquilla asintió, bastante asustada.

—Después te vamos a poner oxígeno, aunque yo creo, personalmente, que tu falta de aire se debe a que estás atacada de los nervios, y con razón...

—¿Y qué pasará, doctora?

Lorena sonrió con dulzura. Después respondió:

—Cuando salgan los análisis te lo diré. Ahora vete a una salita que hay dos puertas más allá y que la enfermera te saque un poquito de sangre, ¿de acuerdo, cielo?

La paciente asintió. Derramó una lágrima más y se levantó de la silla. Eso sí, parecía haberse calmado.

Lorena se preguntó qué más podría pasar aquella noche. De momento, se limitó a marcar el teléfono del Departamento de Psicología. Aquella niña necesitaba a alguien que la atendiese urgentemente.

Estaba a punto de llamar a otro paciente cuando se dio cuenta de que se había dejado el teléfono móvil en el despacho del piso de arriba. Salió de su

consulta y se dirigió hacia los ascensores. Al llegar a la segunda planta, se dirigió hacia su despacho.

En realidad, era un despacho compartido para varios residentes y doctores, donde todos dejaban sus cosas nada más llegar a trabajar, se ponían la bata y se iban a visitar pacientes o a revisar historiales. Abrió la puerta y se dirigió hacia la mesa que había al fondo, justo debajo de la ventana. Buscó en el primer cajón y sacó su iPhone, y entonces escuchó una voz que procedía del despacho contiguo, del despacho del jefe de los jefes, el de Mister Interesante. Lorena, aun sabiendo que lo que iba a hacer no estaba del todo bien, arrimó la oreja a la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

Al parecer, Mister Interesante estaba hablando por teléfono.

—Pondría la mano en el fuego por ella. Créame, es una doctora muy aplicada. Si decide seguir adelante con la demanda, yo voy a dar la cara por ella.

Lorena frunció el ceño. ¿Demanda? ¿A quién más iban a demandar? Recordó entonces al hombre alérgico al Ibuprofeno. Pero no podía estar hablando de ella...

No, ¿verdad?

—Ahora mismo voy a ver a su hijo y se lo comunico. Él verá si quiere meterse en camisa de once varas... Pero le aseguro que no van a ganar... La doctora Márquez siguió el protocolo al pie de la letra. Fue un accidente. Ya, ya... —Mister Interesante se detuvo para escuchar lo que le decían por el auricular del teléfono—. Es una excelente profesional y no tienen nada que utilizar en su contra. Y les repito, yo daré la cara por ella si es necesario. Así que ustedes verán.

Y colgó.

A Lorena le iba a dar algo. Ella era la doctora Márquez.

Pero ¿desde cuándo Mister Interesante estaba al corriente de aquel asunto? En realidad, era normal que lo supiera; teóricamente, tenía que estar al corriente de todo lo que ocurría, puesto que para algo era el jefe. Pero dar la cara... eso era mucho más que estar informado, eso significaba que la tenía en muy alta consideración.

Lorena aún estaba alucinando. ¿Aquello quería decir que su jefe iba a frenar la demanda?

Separó la oreja de la puerta y decidió marcharse de allí. Ya llevaba mucho

tiempo fuera de su consulta y estaba segura de que la chiquilla de diecisiete años estaría a punto de colapsar debido a los nervios.

Lorena salió por la puerta del despacho al pasillo y se encontró a Mister Interesante, que justo en aquel preciso instante también salía de su despacho.

Otra doctora, llamada Reina, los miró a ambos con una sonrisa ladeada y siguió caminando, dirigiéndoles unas cuantas miradas según se alejaba.

Mister Interesante la miró con intensidad. Ella murmuró un «hola» apenas audible, pero él se giró y le dio la espalda. Comenzó a caminar en la dirección contraria y ni siquiera le contestó.

¿De qué narices iba todo esto?

¿Por qué se había molestado en hablar con la familia que quería demandarla?

¿Por qué la miraba así? Como a aquella chica de diecisiete años, a Lorena también le costaba respirar.

Bajó a su oficina de Urgencias y consultó la analítica que le había mandado a aquella chica rubia. Suspiró; afortunadamente, no había nada: ni embarazo, ni VIH, ni ninguna otra enfermedad de transmisión sexual. Sí que había leucocitos en orina, tenía una pequeña infección y la hemoglobina estaba bastante baja; debía de tener una anemia bastante gorda, y eso explicaría por qué no le bajaba la regla.

Lorena la llamó para que pasara de nuevo a consulta.

—Hola —dijo la chiquilla, con una sonrisa lánguida.

—Buenas noticias. —Lorena elevó ambas cejas—. No estás embarazada y no tienes enfermedades de transmisión sexual; al menos por ahora, no se ve nada. Te mandaré un análisis para dentro de un mes, pero eso sí, tienes una anemia de caballo. Te voy a mandar unos suplementos de hierro y te recomiendo que comas mucha carne roja. Además, tienes una infección de orina, así que te voy a recetar un antibiótico que tienes que tomar cada ocho horas durante una semana seguida. ¿Entendido?

La muchacha asintió; parecía bastante más tranquila.

—Y no pienses que te libras —continuó Lorena en un tono cariñoso—. Te voy a pedir cita con tu médico de cabecera para que te haga un seguimiento de la anemia y averigüe por qué la tienes. Y lo de la violación...

El rostro de la paciente se ensombreció, pero Lorena continuó hablando,

con un tono aún más suave y respetuoso.

—Deberías denunciarlo y hablar con tus padres, cielo. Es un tema muy serio. También deberías consultarlo con un psicólogo, a veces estas cosas dejan secuelas y eres muy joven y te queda mucho por vivir. Si no lo denuncias, será como si no hubiese pasado y el que lo hizo no va a ser castigado y podría volver a hacerlo. No sé quién fue y no te lo voy a preguntar, pero te recomiendo que te alejes de él. ¿De acuerdo?

La chica desvió la mirada.

—Fue mi novio —dijo entonces.

Lorena se llevó una mano a la sien. Ya no estaba frustrada, impaciente, ni tampoco cansada. Ahora estaba decepcionada. ¿Cómo un chico que se supone que te quiere puede ser capaz de eso?

—Denúncialo. Y tómate el antibiótico —concluyó Lorena.

La chiquilla se levantó y se fue.

A Lorena aún le costaba respirar.

Y ahí estaba yo, Leire, con un bolígrafo en una mano, un subrayador en la otra y enfrente de mí, un libro de inglés. Me había decidido a estudiar el idioma, aunque por el momento los resultados eran pésimos.

Me había propuesto dominar un poquito mejor el idioma para cuando se rodase el videoclip, pero ya había pasado una semana y no parecía que hubiese hecho ningún avance.

Tal vez solo necesitase un poco de ayuda. Algún profesor particular, profesora a ser posible; no quería más distracciones, aunque también es cierto que, si el profesor tuviese sesenta años, claramente no iba a distraerme.

Me metí en Internet y busqué en Google «academia de inglés». Después puse: «clases a domicilio».

Encontré una especie de *English School* que, además de dar clases en academia, tenía profesores que se trasladaban a los domicilios, cobrando bastante; demasiado, pero yo tenía dinero. Decidí que el sábado a primerísima hora llamaría para contratar a alguien que me enseñase inglés, pero mientras, a la espera de contratar uno, cerraría el libro y me pondría un

vestido porque, por fin, ya no tenía la escayola del pie y quería salir con Tamara y Rocío a tomar algo. Lorena estaba de guardia.

Al abrir mi armario, miré de refilón la guitarra rosa que Lodge me había regalado. No pude resistirlo, me acerqué y acaricié sus cuerdas. Aún no me había atrevido a usarla y, de hecho, tenía en mente devolvérsela al cantante a la primera oportunidad.

Terminé de vestirme, me puse unos tacones bien altos, haciendo honor a mi recién recuperado tobillo, y me maquillé como si fuera una profesional.

Cogí mi bolso y cerré la puerta. Me metí en el ascensor y llegué a la planta baja. Salí a la calle y... Oh, no. No podía ser. ¿Cómo podía saber Aaric Lodge dónde vivía yo?

—¿Qué haces aquí? —espeté de muy mal humor.

Él esbozó una sonrisa maligna, pero, al mismo tiempo, *sexy*.

Llevaba una cazadora de cuero negra y unos vaqueros oscuros. Su pelo castaño estaba alborotado, como siempre, y sus ojos grisáceos medio verdosos me miraban con una expresión indescifrable. Tal vez de burla...

Me di la vuelta para volver a entrar en el portal, pero me cogió del brazo y me arrastró hacia él. Después me acorraló contra la pared. Yo forcejeaba, pero era imposible, no conseguía zafarme de su abrazo.

Se acercó a mi oído y me susurró en español, con ese acento inglés que le hacía tan morboso:

—Me gustas mucho...

Me estremecí. Me sujetaba con suavidad, no era brusco.

Se separó de mi oído y me miró a los ojos. Desplazó su mirada hacia mis labios.

Me sorprendí haciendo lo mismo hacia los suyos. Después aparté la cabeza, sonreí y le dije:

—Eso ya lo sé.

Me parecía que aquello le había hecho gracia.

Se acercó más y me dio un beso muy suave en la mejilla. Entonces se separó y me dijo muy serio:

—Quiero arreglar las cosas entre tú y yo. Hemos empezado mal y quiero que empecemos de cero. —Su español parecía haber mejorado bastante.

Arqueé una ceja. ¿Empezar de cero? ¿Empotrándome contra una pared e

intentando besarme otra vez?

—¿Quién te ha dicho que vivo aquí? —le pregunté con frialdad.

No quería que se me notara, pero estaba hecha un flan.

—Tengo mis fuentes —alegó él de una manera misteriosa.

—¿Fuentes?

Él sonrió de nuevo. Me cogió una mano y la besó. Yo me limpié sus babas con mi abrigo, como ya había hecho en el estudio antes. Era un gesto de desprecio, nada más, porque Aaric no me daba asco en absoluto, aunque hubiera sido mejor que me lo diera. Tal vez fuese ese pelo, esos ojos... Esos músculos que no eran exagerados, sino proporcionados para su cuerpo. Tenía una figura elegante y muy masculina. Además, sabía vestir y era seductor...

Un creído, pensé inmediatamente, pero un creído con razones para ello. Además de ser impulsivo y ciertamente cretino cuando se daba la ocasión, se le veía muy dedicado a su trabajo.

Recordé aquella vez en la que lo vi tan concentrado tocando la guitarra. Era profesional y le apasionaba la música, algo que yo no podía ignorar.

Teníamos mucho en común.

—Quiero conocerte mejor —dijo él, también en español—. ¿Quieres dar una vuelta?

Señaló su coche, que estaba aparcado en doble fila. No pude advertir qué modelo era, solo vi que era negro y grande, tal vez un BMW o un Audi, quizás un Volkswagen.

Se me hizo un nudo en la garganta. Ahora, tan amable y cordial, tan... guapo. Tan... ¡Tan todo lo contrario de cómo era cuando lo conocí!

Suspiré. Tenía curiosidad, quería saber si todas aquellas canciones comerciales, insultantes y misóginas eran lo que él pensaba en realidad o solo cantaba aquellas bazofias para vender. Quería saber por qué tenía cambios de personalidad tan extraños y, sobre todo, quería saber por qué me había besado, aunque en realidad supuse, un poco frustrada, que ya lo sabía. ¿Qué motivos puede haber para besar a una chica más o menos atractiva? Pues eso...

—Estás muy guapa —dijo él mientras me observaba—. No te arrepentirás. Por favor, ven conmigo.

Me tendió una mano.

La cogí de manera instintiva. ¿Por qué demonios lo hice?
Nadie me advirtió de lo que vendría después.

10. Dulce desesperación

—No.

—Sí —rebatí.

—No me devuelvas la guitarra —me ordenó Aaric.

Estábamos en la puerta de Sol, en el centro de Madrid, justo enfrente del reloj que daba las campanadas en Nochevieja.

Aaric había dejado el coche aparcado en un garaje subterráneo que había por la zona.

Me dijo que quería llevarme a un sitio que era muy especial para él, a su lugar preferido de Madrid, propuesta que me había sonado a «voy a llevarte a un lugar oscuro que ni Christian Grey con sus fustas soñaría». Decidí morderme la lengua y asentir, aunque no sin cierta desconfianza.

Mientras caminábamos, pasamos por delante de un escaparate en el que había multitud de guitarras eléctricas e, inevitablemente, salió a colación el tema de la guitarra rosa. Le comenté mis intenciones de devolvérsela o, al menos, de darle el dinero.

—Sí, voy a devolvértela. No tenías derecho a regalarme algo tan personal —fue lo único que se me ocurrió decirle para zanjar la discusión.

Yo siempre he sido de esas personas que necesitan tener la última palabra en todas las discusiones. Con Javi me pasaba lo mismo, por eso odiaba discutir conmigo. Recuerdo que siempre me reñía por ello. «¡Siempre tienes que llevar razón, aunque lo que dices sean estupideces!», me reprochaba.

Preferí borrar rápidamente este recuerdo de mi mente; no era el momento para ponerse a recordar. Ante mi respuesta, Aaric no supo qué responder, mis palabras lo habían pillado por sorpresa.

Guardó silencio unos minutos para después decirme:

—Eres muy orgullosa.

Abrí los ojos de par en par, ofendida y sorprendida a la vez.

—¿Y tú? —le pregunté con sarcasmo—. ¿Eres una hermanita de la caridad?

Él rio. Yo creía que no iba a entenderlo por cuestiones del idioma, pero lo hizo.

—No, no llevo hábitos ni crucifijos. Pero no soy tan orgulloso como tú.

—Yo tengo dignidad, que no es lo mismo —alegué.

En la calle había muchísima gente, era agobiante. Caí en la cuenta de que, como las navidades se acercaban, todo el mundo aprovechaba el viernes por la tarde para salir a comprar los regalos. El Corte Inglés de la calle Preciados estaba hasta arriba, por no hablar de Fnac y de las tiendas de ropa... Mejor ni entrar.

Sin embargo, las luces que adornaban las calles y los originales árboles de Navidad, hechos de metal y bombillitas, le daban al centro de la ciudad un toque muy bucólico y romántico. Yo miraba hacia arriba, embelesada.

En una de las veces que me quedé observando uno de los dibujitos de luces que había suspendido entre dos edificios, perdí de vista a Aaric.

A los dos minutos me lo encontré cara a cara. Estaba nervioso y pude apreciar que sintió no poco alivio al verme.

—Desastre —me dijo.

«Ojalá este chico no supiera tanto español, porque, para ponerme a parir cada dos por tres, preferiría que lo hiciera en inglés, que así no me entero...», pensé mientras torcía el gesto.

Me agarró de la mano con fuerza y me guio a través de la multitud. Llegamos al final de la calle Arenal, que daba al edificio de la ópera. Me condujo por una calle más hacia delante, pero yo ya sabía a dónde nos dirigíamos. Conocía Madrid como la palma de mi mano y no tuve el menor problema en adivinar cuál era su parte preferida de la capital.

Confirmé todas mis sospechas en cuanto apareció el Palacio Real frente a

nosotros.

—¿Esta es la parte que más te gusta de la ciudad? —le pregunté con ironía.

Él sonrió y puso los ojos en blanco. Continuó caminando hacia delante cogiéndome de la mano y se adentró en una pequeña plaza rodeada de jardines laberínticos, en cuyo centro había una gran fuente.

Era la Plaza de Oriente.

Miré a mi alrededor. Todo estaba lleno de parejitas; era un lugar romántico y daba sensación de intimidad, aunque, en realidad, estábamos rodeados de personas ñoñas que no paraban de besuquearse.

«Si al final, parecido a lo del cuarto oscuro de Christian Grey...», pensé.

En contra de mis expectativas, Aaric continuó caminando y salimos de aquella plaza hasta llegar a otra explanada, que daba directamente al Palacio Real. Era un edificio de piedra gris, enorme y rectangular, sobrio y majestuoso al mismo tiempo.

Después giramos a la izquierda y bordeamos la fachada principal hasta llegar a la entrada de la Catedral de la Almudena, que estaba justo enfrente de la puerta principal del palacio, pero separada de esta por una pequeña plaza cuadrada de medianas dimensiones.

Allí había unos escalones que daban acceso a la catedral y precisamente en esos escalones se sentó Aaric.

Me senté a su lado.

Miré al frente; la entrada del palacio se vislumbraba unos cuarenta metros más adelante. Además, entre la entrada del palacio y la de la catedral había un enrejado metálico antiguo e imponente que hacía que aquella placita pareciera más pequeña de lo que en realidad era.

—Tu sitio preferido es este... ¿Delante de la catedral?

—pregunté con incredulidad.

Evidentemente, delante de una catedral no era el lugar idóneo para establecer un picadero donde enrollarse.

—Es un lugar pequeño, pero bonito, entre dos de los edificios más importantes de la ciudad. —Hizo una pausa—. Me gusta este sitio para pensar.

Fruncí el entrecejo, extrañada. Aquel chico que tenía a mi lado no se

parecía en nada al cretino que me había besado en el escenario.

—¿Por qué me besaste en el concierto? —pregunté de repente, sin poder controlar las palabras que salían de mis labios.

Él sonrió con condescendencia.

—Porque pensé que te gustaría que lo hiciera... Pero me pegaste. —Entonces se puso serio—. Así que supongo que no te gustó.

—Sí —salté de repente, sin controlarme. Me tapé la boca y corregí—. No, no me gustó. No se puede besar a una chica sin conocerla o, bueno, no todas las chicas están dispuestas a que las besen así por las buenas.

Aaric se echó a reír a carcajadas, como si yo hubiera dicho una tontería.

Recapacité durante unos segundos. ¿Cuántas chicas habrían besado a Aaric solo porque les apetecía y sin conocerlo? O peor aún, ¿a cuántas habría besado él? Y ¿habrían sido solo besos? ¿Nada más?

Palidecí. No había dicho una tontería, peor, lo que había dicho era una soberana gilipollez.

Aaric me acarició la mejilla con un dedo. Me estremecí.

—Eres muy inocente —me dijo con cierta ternura.

Bajé la mirada. Había hecho el ridículo.

Unos chavales se quedaron quietos delante de nosotros. Eran cuatro y parecían tener entre catorce y quince años. Miraban a Aaric. Lo escudriñaban, mejor dicho.

Uno de ellos se acercó y le preguntó:

—¿Tú eres Lodge? ¿Aaric Lodge?

Él sonrió y asintió con la cabeza mientras ellos saltaban de euforia.

—¿Podemos hacernos una foto contigo? —preguntaron casi al unísono.

—Está bien —respondió él.

No obstante, no parecía muy emocionado. Aquellos inoportunos fans parecían haberle fastidiado. Su rostro hablaba por él: le habían interrumpido un momento especial. Sin embargo, por cortesía, sonrió y se hizo una foto con ellos.

Yo los observé desde los escalones.

Entonces un grupo de chicas se acercó a él y antes de que pudiese regresar conmigo lo llamaron y le hicieron sacarse unas fotos con ellas.

Era extraño. ¿Por qué no parecía contento?

Le veía impacientarse; quería librarse de ellas y no sabía cómo hacerlo sin parecer cruel y desagradable. Las veces que lo había visto salir en la tele o en el propio concierto, me había dado la impresión de ser como uno de estos famosos que adoraban ser asaltados por sus admiradores.

Me miró de reojo, como disculpándose.

Le sonreí y me arrepentí enseguida de hacerlo.

Me dije a mí misma que Lodge estaba consiguiendo llevarme hacia su terreno con demasiada facilidad, que me estaba atrayendo como las farolas a las moscas durante el verano.

«¿Por qué eres tan idiota, Leire?», me dije mientras observaba cómo Aaric continuaba firmándoles autógrafos a las adolescentes.

«¿Por qué lo miras idiotizada? ¿Por qué observas su pelo? ¿Por qué te recreas en sus gestos? ¿Por qué le miras a los ojos? ¿Por qué tienes ganas de que te bese otra vez? ¡Despierta, Leire! Besó a otra delante de ti, te besó como si fueras una cualquiera de la calle, te trató mal... Y ahora te pone cara de niño bueno y tú te deshaces... Eres idiota, Leire, muy idiota... Vuelve a casa y replantéate la vida...», me repetía a mí misma una y otra vez.

Cuando Aaric regresó, se sentó a mi lado de nuevo y me miró fijamente.

—Perdona —me dijo—. No podía decirles que no.

Me llevé una mano a la frente, para ver si un golpe seco conseguía sacarme de mi ensoñación.

—¿Estás bien? —me preguntó él.

Suspiré. Encima, Lodge olía muy bien, a colonia.

Sacudí la cabeza y le dije que estaba bien.

—Tengo que irme —musité entonces.

—¿Por qué? ¿Has quedado?

«Sí, pero me voy a casa a replantearme la vida y a alejarte de mis pensamientos», respondí mentalmente. Después le dije:

—Sí, he quedado.

—¿Te llevo?

—No —le espeté de forma brusca.

Aaric se sorprendió por aquella manera de hablar. ¿Le había hecho daño? Se había puesto muy serio de repente.

—Vale. Mañana nos vemos en el estudio para concretar algunas cosas. A

las nueve.

Entonces se levantó y se fue. Le vi alejarse. Parecía decaído y enfadado.
¿Qué había hecho mal ahora?

Lo observé desde los escalones, sentada sobre la fría piedra.

Cuando desapareció detrás de la fachada del palacio, desvié la mirada hacia el suelo.

¿Se había enfadado porque le había dicho que tenía que irme o porque no quería que me llevase en coche? Repasé todas y cada una de las palabras que le había dicho, pero nada parecía justificar aquel cabreo repentino.

«Luego dicen que las mujeres somos complicadas...», pensé antes de levantarme de la piedra.

Cogí un taxi para que me llevara de vuelta al ático. Después de la reacción de Aaric, se me habían quitado las ganas de salir. En aquellos instantes tenía la cabeza llena de ideas, pensamientos y falsas ilusiones; era imposible que pudiera bailar y pasar un buen rato.

Cuando llegué a casa, encendí el portátil. Me propuse averiguar todo lo que pudiese sobre Aaric Lodge, pero no encontré nada llamativo. La prensa rosa no debía de considerar a Lodge un objetivo digno de ella, porque, excepto el incidente que hubo en el concierto conmigo y algún que otro escándalo más que le rozaba de pasada, no había nada de qué hablar. Si salía con alguien o lo había hecho, era un misterio, no se decía nada. En Google solo me aparecían datos de sus canciones y de sus discos, de sus ventas y de sus últimos éxitos.

Solo saqué en claro que Aaric procedía de un barrio londinense, que tenía veintisiete años y que su padre era inglés y su madre neoyorkina.

Estaba a punto de cerrar el navegador cuando leí algo de refilón que me dejó un poco trastornada: Licenciado en Física por la Universidad de...

No pude ver la universidad, a mi portátil se le acabó la batería justo en el momento más inoportuno.

Daba igual, no podía dejar de pensar que, hasta aquel momento, había estado casi segura de que Lodge era un completo ignorante de la vida y, sin embargo, ahora resultaba que tenía una carrera universitaria, que era de Londres y muy famoso, aunque este último detalle ya lo conocía.

Aaric se había sentado en uno de los bancos que había cerca de la Plaza de Oriente. No tenía nada que hacer más que regresar al hotel, solo y aburrido.

Las cosas no habían ido como él lo había previsto en un primer momento.

Leire parecía tranquila y receptiva, más que otras veces por lo menos, y esto lo había animado bastante.

Por esta razón, Aaric no comprendió el último cambio de humor de ella. En nada pasaba de sonreírle con dulzura a hablarle con frialdad.

Él reconocía que no había estado bien besarla en dos ocasiones sin su consentimiento, pero creía que ya habían hecho las paces y tenía mucha curiosidad por saber cómo era.

En el fondo, a Aaric le gustaban sus miradas indiferentes, sus tortazos, sus gritos y su voz... Sobre todo, su voz.

Aquella voz con la que lo sorprendió el día que cantó con él sobre el escenario.

Aaric mentiría si dijera que había dejado pasar un solo día sin escuchar la canción que habían grabado juntos. Además, había descubierto que Leire tenía muchos vídeos colgados en YouTube, vídeos en los que ella salía tocando la guitarra y versionando canciones, y los veía continuamente.

Casi podría decirse que Leire se había convertido en una obsesión.

De pronto se sorprendió a sí mismo pensando en cómo impresionarla igual que ella lo había impresionado a él, pero no encontraba la manera. Nada parecía funcionar, ni llevarla a pasear, ni ser tierno y amable, ni enseñarle el Palacio Real, ni cantarle algo romántico, ni comprarle una maldita guitarra rosa.

No sabía a qué atenerse con ella, era desesperante; era una dulce desesperación.

Lorena llamó a su doctora adjunta, que era algo así como su jefa y su profesora al mismo tiempo.

Le comentó el tema de la chica de diecisiete años que había dicho que su

novio la había violado. Su doctora dijo entonces:

—Tendrías que haber llamado a los servicios sociales... Pero estos temas son tan delicados... Informaré a su médico de cabecera y se lo diré a la coordinadora de Urgencias. No te preocupes, Lorena, has hecho bien en decírmelo. Pero, aun así, me lo tendrías que haber dicho antes de que ella se fuera.

Lorena asintió, algo apesadumbrada.

La verdad era que no se le había ocurrido consultarle a su doctora adjunta. Se había quedado tan impactada con la idea de que un hombre pudiese violar a su novia que no se le había pasado por la cabeza ir corriendo a preguntarle a su superior.

Entonces, al entrar en la consulta, se encontró a Míster Interesante sentado en la silla de Lorena. Ella no pudo más que sorprenderse.

—Hola... —saludó en un murmullo.

Míster Interesante esbozó una sonrisa de complicidad.

—Creo que está usted a salvo de las demandas, doctora Márquez... Eso sí, me debe un café.

Lorena tragó saliva, pero no pudo evitar sonreír de alivio.

—Gracias —dijo ella con sinceridad—. Yo de verdad hice lo que pude, le pregunté si era alérgico y me dijo que no...

—Chssss —interrumpió él—. Eso ya lo sé... Pero tienes que ser más espabilada. Muestra más carácter con tus pacientes, que te respeten, Lorena. No puedes parecer una chica frágil delante de ellos o no te tomarán en serio. O, lo que es peor, pensarán que no tienes ni idea de lo que haces.

—¡Pero eso no es justo! —saltó ella entonces.

—¿Ves? ¡Así es como tienes que ponerte cuando alguien te amenace! Creo que, si hubieses sido más firme, a nadie se le habría pasado por la cabeza la idea de demandarte.

Ella entrecerró los ojos. Estaba convencida, al menos hasta entonces, de que el motivo de la demanda era que ella se había equivocado y le había provocado un ataque alérgico al paciente, no su falta de firmeza.

Aquellas palabras la confundían.

—Escucha, hay gente que demanda con razones para hacerlo, pero otros lo hacen solo para tocar las narices y ver si sacan algo. ¿Me entiendes?

Lorena asintió. Mister Interesante seguía sentado en su silla.

—Ese es mi sitio —dijo Lorena con una sonrisa.

—¿Osas darle órdenes al jefe? —preguntó él con sarcasmo, sin dejar de lado el buen rollo.

—No, por Dios. Solo que no podré continuar con mi trabajo si no tengo dónde sentarme.

—No me levantaré hasta que no me prometas que vas a venir conmigo a tomarte un café.

Lorena enrojeció de repente. ¿Por qué aquel hombre la desconcertaba tanto?

—Está bien —cedió ella poco convencida.

No sabía qué iban a decir los demás al verla de cháchara con Mister Interesante. Él se levantó y se acercó a ella, sonriente. Le puso una mano sobre un hombro y ella se quedó sin respiración.

Justo en ese momento entró en la consulta la doctora adjunta y los miró con ojos acusadores, pero no tardó en bajar la mirada al darse cuenta de que era el jefe el que estaba flirteando con su alumna.

Mister Interesante la saludó con un gesto, salió de la consulta y esperó fuera a que saliera Lorena.

Su adjunta le dijo antes de que abandonase la consulta:

—Ten cuidado con lo que haces... Hay hombres que no son recomendables...

11. El latin lover poseído por el príncipe de Blancanieves

Abrí primero un ojo y después el otro.

Desde mi cama vi una lata vacía de Fanta que estaba tirada encima de mi mesilla. Con razón Lorena solía decirme que tenía que ser más ordenada.

Me levanté. Primero apoyé el pie derecho en el suelo y luego, el izquierdo. Los primeros rayos de sol de la mañana se colaban a través de las cortinas.

Cuando me puse en pie, me acerqué a la ventana.

Las vistas eran sobrecogedoras. La combinación del color rosáceo del cielo, propio del amanecer, con el color gris de los edificios de la ciudad y del asfalto hacía que me sintiera pequeña.

Desde lo alto de mi ático podía observar a los transeúntes, a los ciudadanos que se dirigían hacia sus respectivos puestos de trabajo, hacia su casa después de una larga jornada o a sacar al perro. Otros se dirigían hacia ninguna parte.

Veía también las farolas que, con el paso de cada minuto, con cada rayo de sol, comenzaban a apagarse para dar lugar a un nuevo día en Madrid.

Las calles estaban atascadas, repletas de coches y de conductores exasperados. Los semáforos cambiaban del rojo al verde cada poco tiempo.

Me sentía muy pequeña, insignificante en comparación con la marea

humana que había debajo de mi casa.

Por un instante tuve la sensación de que tenía que vestirme para ir al cole a dar clase, como solía hacer antes. Tuve la sensación de que llegaba tarde y de que se me había olvidado comprar el billete mensual para el tren.

Me sobresalté al pensar que aún le debía a Soraya dos euros de aquella vez que me invitó a tomar un café en el bar que había al lado del colegio.

Luego recordé que ya se los había devuelto y regresé a mi realidad, al presente.

Caí en la cuenta de que ya no tenía que ir a dar clase, de que ya no me subía en el tren por las mañanas y de que ya no veía nunca ni a Flor ni a Soraya, ni tampoco a los niños.

Y me sentí, paradójicamente, vacía, porque mi vida había tomado un rumbo completamente diferente del que yo había planeado.

Antes de tener tanto dinero, antes de conocer a Lodge, antes de todo esto, yo había trazado un plan: quería ser profesora, quería hacer bien mi trabajo y sobrevivir a mi día a día.

Había planeado volver a enamorarme de un hombre normal, quizás de un compañero de trabajo o de un amigo de una amiga. Había planeado casarme, tener hijos y regresar a casa, día tras día, después de trabajar, para dedicarme a los míos y a mis *hobbies*. Me convertiría en una mujer madura, madre de familia, trabajadora y feliz a ratos, infeliz en algunos momentos.

Yo tenía ese plan.

Al final, me jubilaría y mi marido y yo nos iríamos a pasar unas vacaciones a la costa, mientras que nuestros hijos, hipotéticos hijos, estarían ideando su propio plan para sus vidas.

Y ahora mi plan ya no tenía ningún sentido.

Por primera vez desde que todo había cambiado radicalmente, me daba cuenta de que tenía que volver a enderezar mi vida. Tenía que trazar un nuevo plan.

Ya no iba a ser profesora; tal vez me casara con un hombre normal, pero eso yo no podía saberlo, y menos teniendo a mi lado a Lodge, el menos normal de entre todos los hombres. Además, con tanto dinero y con la posibilidad de dedicarme a la música, se abrió ante mí un gran abanico de nuevas posibilidades que nunca antes, jamás, habría osado contemplar.

Y, en aquel instante, allí, de pie frente a la ventana de mi habitación, llegué a la conclusión de que tenía que decidir muchas cosas, aunque, de momento, la primera decisión de mi vida, de mi nueva vida, consistiera simplemente en ir al baño para quitarme las legañas de los ojos y después prepararme un café.

Pequeñas decisiones que hacen que, poco a poco, nuestra vida vaya avanzando.

Encontré a Lorena, que acababa de regresar del hospital, sentada en uno de los taburetes con la cara entre las manos y los codos apoyados en la encimera. ¿Lloraba?

No, no lloraba. Solo estaba ausente, mirando el vacío.

Estaba en su mundo

—¿Qué te pasa? —pregunté con curiosidad.

Lo mismo hoy me contaba que la habían amenazado de muerte o que algún paciente le había vomitado encima.

—Soy idiota —dijo.

Fruncí las cejas.

—Pero eso ya lo sabemos —bromeé para relajar el ambiente.

Mi amiga sonrió. Estaba colorada, roja como un pimiento morrón.

—He besado a mi jefe.

Me sobresalté tanto que la saliva se me fue por el sitio equivocado y me provocó un ataque de tos. Cuando me aclaré la garganta, sentenció:

—Eres idiota.

—¡Vale, Leire! No hace falta que me lo recuerdes. Ya lo hago yo cada cinco minutos.

—Perdón, pero es que eres idiota. ¿Nunca has oído la famosa frase «donde tengas la olla no metas la polla»? —dije.

Ella echó a reír.

—Sí, pero yo no tengo polla, cielo. Eso lo tiene mi jefe y te puedo asegurar que no la ha metido en ninguna olla.

—De momento no —dije con ánimo de advertirla.

—No lo hará. Me pilló desprevenida. Íbamos a tomar un café y me dijo: «Espera, me he dejado algo en el despacho...».

—Típico... —la interrumpí, imaginándome cómo iba a continuar su

relato.

Ella me chistó para que me callara.

—Pues eso... Le acompañé, me invitó a pasar y me senté en una de las sillas que había delante de su mesa mientras él rebuscaba algo en un cajón. Después se puso a mi lado sin avisar, me dijo que me girase y me besó. Fue muy rápido. Muy rápido. Luego salí de allí corriendo y no le volví a ver en toda la noche.

Al terminar de hablar, Lorena cogió aire. Se había quedado sin aliento al contarle todo de golpe.

—Entonces, técnicamente, el que te besó fue él. Tú no fuiste... — puntalicé mientras llenaba la cafetera de café Marcilla.

—Ya, pero lo hizo. Y yo no me negué. Y...

—Tranquila. Te va a dar un *yuyu* o, como decís vosotros, un *shock*... Así que relájate y tómatelo con filosofía...

—¡Pero qué coño filosofía, Leire! ¡Me he morreado con mi jefe! ¡No puedo hacer como si nada! Ya no me atrevo a ir a trabajar... Y, cuando lo haga, además de la bata y el fonendo, me voy a poner un pasamontañas. Seré la doctora del pasamontañas, para que mi jefe no me reconozca.

—Anda, no digas tonterías y desayuna. Luego vete a dormir y piensa en otra cosa. Creo que tu jefe te tiene ganas desde hace mucho tiempo y si te has dejado llevar es porque él te gusta. Si no te gustara, no le habrías seguido la corriente. Es decir, no habrías terminado a su merced en su despacho, sola y desamparada... Bueno o no tan desamparada... —dije mientras ponía a hervir la cafetera.

—No te pases... —me advirtió ella con un leve tono de cabreo en su voz temblorosa.

—No me paso. Te digo lo que yo veo.

Lorena suspiró.

—Vale. Me atrae. Me parece un hombre enigmático y reflexivo.

—Te pone.

—¡Leire!

—Te pone. Se te ve.

—Y a ti te pone Aaric.

—Bueno, Lodge no pinta nada en esta conversación. Estamos hablando

de ti, no de mí.

—Sí, vale. Me pone. Me encanta su pelo rubio y sus ojos azules. Pero lo que más me gusta es su forma de ser. Se le ve meditabundo, inteligente y amable. Trata bien a todo el mundo, pero no se amilana, emana autoridad por los cuatro costados.

—Ya sé cómo te voy a llamar —dije, divertida.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—¡Asaltapróstatas! ¿Lo coges? En lugar de asaltacunas, asaltapróstatas.

—Te estás ganando una buena colleja, Leire —me advirtió mi amiga. Lorena. La doctora Márquez, alias Doctora Asaltapróstatas.

Al final, Lorena se fue a dormir para descansar el cuerpo de la guardia tan «agotadora» que había tenido. Yo, una vez que desayuné, me vestí y me marché al estudio para reunirme con Aaric.

Se me formó una especie de nudo en el estómago por los nervios; me pregunté si Lodge seguiría enfadado por lo del día anterior, si es que se había enfadado.

También recordé su caricia y sus palabras: «Eres tan inocente».

Sacudí la cabeza y me revolví el cabello con las manos. Fui al baño y me miré al espejo para valorar si era necesario maquillarme o no.

Como siempre, el veredicto fue algo así como: «O me maquillo o cuando salga de casa me confundirán con un protagonista de *Zombieland*».

Mientras me repasaba el borde de uno de los párpados con el lápiz de ojos negro, pensé que tal vez Aaric tenía razón y yo era demasiado inocente. Tal vez conocía la verdad de las cosas y era consciente de que existen cosas como el sexo por el sexo, los cuernos, la traición, el asesinato y las dobles intenciones. Sin embargo, tenía la certeza de que toda persona es buena por naturaleza y, por tanto, creía que era posible fiarse de cualquiera, que no existen ni las malas intenciones ni el afán de manipular a las personas.

Pensar así te lleva a decepcionarte cada vez que descubres que alguien no es como creías que era, que alguien no se acercaba por simpatía o por afecto, sino por un fin, y que tú eres el medio para conseguir ese fin, nada más.

Era inocente porque, en vez de asumir que existía gente falsa, necia y manipuladora, me decepcionaba cada vez que descubría que una persona cercana a mí poseía tal repertorio de cualidades indeseables.

«Maldita inocencia», exclamé para mis adentros, y me pregunté si Aaric también habría sido inocente, si a él también lo habrían decepcionado en varias ocasiones, pues eso explicaría gran parte de su comportamiento.

Cuando terminé de arreglarme, cogí el bolso y las llaves de casa. Salí del ático y me subí al ascensor para descender hasta la planta baja.

Al adentrarme en la fría ciudad, llena de adoquines grises y de personas estresadas, cogí un taxi.

Ya estaba harta de ir en metro y, con el frío que hacía, caminar el cuarto de hora que había hasta la estación era demasiado para mí.

Llamé al timbre del estudio en cuanto estuve frente a la puerta.

Me abrió Aaric, como siempre.

Sus ojos grisáceos estaban algo tristes y su pelo, revuelto. Tenía ojeras. Aun así, me sonrió con dulzura y me dedicó un *hello* bastante seductor.

—¿Qué te pasa? Te veo raro —le dije antes de que llegásemos a la salita de trabajo.

Él me miró, sorprendido; le resultaría extraño que yo, Leire, después de haberle abofeteado en repetidas ocasiones, ahora me preocupase por su estado de ánimo.

—No he dormido.

—¿Por qué?

Me volvió a mirar, esta vez con una sonrisa de medio lado.

Me eché a temblar.

—He estado componiendo toda la noche.

Suspiré de alivio. Se me había pasado por la cabeza la idea de que tal vez hubiese pasado la noche con otra. Solo con pensarlo me sentía desfallecer.

«¡Leire!», me reprendí.

—He compuesto una canción sobre lo difícil que es lidiar contigo.

Fruncí el entrecejo.

«Vale, sí, reconozco que soy difícil, pero no creo que la cosa sea para tanto como para componer una canción», pensé.

—¿Puedo verla? —pregunté con curiosidad.

—¡No! Ni lo sueñes —dijo él riéndose—. Tú y yo vamos a hablar ahora del videoclip.

—Vale —respondí.

Me sentía rara. Me sentía cómoda.

Por primera vez, me sentía a gusto ante su presencia. Aquel era un día de primeras sensaciones, estaba claro.

Había cierta complicidad entre nosotros.

—Es en Roma. Lo he escogido porque me parece un escenario perfecto —dijo él. A ratos cambiaba del español al inglés, cuando se encontraba con alguna palabra que no sabía.

—¿Perfecto?

—Sí, romántico. Como la canción. Y, como tú también eres perfecta, solo nos faltaba un lugar que estuviese a la altura, como la Fontana di Trevi.

Primero enrojecí y luego me puse blanca.

—Vaya —fue lo único que salió de mis labios.

—No he querido ofenderte —dijo él entonces, visiblemente agobiado.

—No, no, tranquilo. No pasa nada. Solo que no me lo esperaba.

Él respiró.

—Creía que ibas a pegarme otra vez. —Sonrió.

Yo también lo hice.

Dejé de sonreír al instante y dije, seria y fría:

—Tenemos trabajo.

Él también borró la expresión de su rostro y volvió a la realidad.

—Cierto. Sigamos.

Y así, entre miradas furtivas, risas y algún que otro roce casual y no tan casual, me explicó que el vídeo se rodaría en Roma, en escenarios como el Coliseo, la Fontana y el Castillo de Sant'Angelo; que no haría falta que yo le besara, lo cual me sorprendió bastante, y que me vestirían con ropa elegante, con algo que me hiciera parecer una especie de princesa. «Una estrategia de *marketing*», añadió.

Cuando salí del estudio, me despedí de él con un corto beso en la mejilla, aunque me quedé con ganas de más y algo me decía que él también había tenido que frenarse para no perder el control.

¿Por qué todo había cambiado tanto?

¿Quién era este chico tan misterioso?

Ya no tenía que besarle en el videoclip, me iban a vestir como una princesa, no como una putilla vagabunda (como me había propuesto en un

principio), y, encima, cada vez que me hacía algún halago o me echaba un piropo me pedía perdón por si me había «ofendido».

¿¡Dónde estaba el Aaric Lodge que yo había conocido!? ¿Quién lo había poseído?

Puede que tuviera que llamar al exorcista para sacar al caballero andante que se había metido dentro de él y recuperar al *latin lover* que yo había conocido unas semanas atrás.

¿Y qué diría el exorcista?

«Tú, demonio, ¡príncipe de Blancanieves! Sal del cuerpo que has poseído y deja al verdadero hombre promiscuo y juerguista continuar con su vida desastrosa y frívola que ha llevado hasta el momento...».

Decidí dejar de desvariar.

Sí, aquella iba a ser la tercera decisión de aquel día: poner freno a mis movidas mentales.

12. ¡Quietos ahí! ¡Ni se os ocurra moveros!

«**M**i querido Frodo, los hobbits son criaturas sorprendentes. Puedes aprender todas sus costumbres en un mes y después de cien años todavía siguen sorprendiéndote... ¡Samsagaz Gamyi, has estado fisgoneando!», dijo Gandalf.

—Friki.

—¿Eh? —Me giré sobresaltada al ver que Lorena estaba de pie detrás del sofá.

No me había percatado de su presencia hasta el momento, estaba absorta viendo, por enésima vez, la primera película de *El señor de los anillos*. No me cansaba de ella, me parecía tan mágica...

«¡No soy tan friki!», pensé.

—Es una trilogía muy buena y, como es tan diferente a todo, me ayuda a olvidarme de mis cosas. Así desconecto, ¿vale? —me defendí de mi compañera de ático.

Ella rio.

—Lo que tú digas. Es tu última noche antes de marcharte a Roma y decides ver a un puñado de bichos verdes asquerosos, a un grupillo de enanos barbudos y a un mago medio tarumba en busca de un anillo.

—Así que tú también la has visto, ¿eh? —respondí con retintín.

Lorena entrecerró los ojos, agarró el mando de la tele y la apagó.

—Nos vamos. Vístete.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡Me has quitado la peli! —grité, haciendo pucheritos —. Yo quería ver a Orlando Bloom haciendo de Légolas, es tan guapo...

—Tía, que te guste la historia vale, que te pongan los elfos no vale. Eso no es friki, es lo siguiente. A ver, ¿elfófila? O sea que, si a mí me gusta un tío de cuarenta años, soy *asaltapróstatas*... Si a ti te gusta un elfo de miles de años, ¿qué eres? ¿Una *asaltaretrógrados* metrosexuales con las orejas largas, el pelo largo y la po... larga?

Entonces mi amiga se echó a reír.

Fruncí los labios, indignada. La melena rubia le sentaba muy bien a Orlando Bloom, por no hablar de las lentillas azules y el arco con las flechas. Sí, vale, como elfo estaba muy bien. ¿Algún problema?

Me levanté del sofá y, envuelta en mi mantita de Minnie Mouse, me dirigí a la cocina y abrí la nevera. Me serví un vaso de Coca-Cola *light* sin cafeína. Comencé a bebérmela a sorbitos, agotando la poca paciencia de mi amiga, que ya me observaba abiertamente exasperada.

—¿Vas a vestirte?

—No tengo ganas de salir. Mañana madrugo y estoy cansada.

—No, te corrijo. Sí tienes ganas de salir y estás cagada.

—¿Cómo has dicho?

Lorena me sonrió con complicidad. Sin duda, iba a echarla mucho de menos durante mi estancia en Roma con Aaric.

—Si te quedas aquí, no harás más que pensar en si Aaric intentará algo contigo durante el viaje. Pensarás en si Aaric tiene novia o no la tiene. Fantasearás con él y te imaginarás casada con él y hasta arriba de retoños vuestros. Y entonces sentirás mariposas en el estómago y te dará un vuelco el corazón cuando recuerdes el beso que te dio en el escenario. Pero te entrarán náuseas al acordarte de que es famoso y posiblemente tenga a un montón de mujeres en su cama.

—¡Lorena!

—No me interrumpas. —Tomó aire antes de continuar relatando mis propios pensamientos—. Después volverás a fantasear con que tú eres la única para él y más tarde te imaginarás de nuevo casada y con más retoños

todavía.

—¿Alguna brillante conclusión? —pregunté con indiferencia.

—Sí, que te crearás expectativas y volverás de Roma con orgasmos y frustraciones de más. Y eso no es sano. —Parecía que ya había terminado de exponer sus románticas y desesperantes teorías cuando, finalmente, añadió—: Bueno, los orgasmos son sanos, las frustraciones no.

Emití un largo y sonoro suspiro. Terminé de beberme la Coca-Cola y miré a mi amiga.

—Vale. No me conviene pensar.

—No, no te conviene pensar en Aaric.

—¿Por qué narices crees que lo tengo constantemente en la cabeza?

Lorena arqueó una de sus cejas y esbozó una media sonrisa pícaro.

—Vale. Deja de restregarme por la cara que sabes todo lo que pienso y cuándo lo pienso —espeté.

—Bueno, pues ahora vete a tu cuarto. Ponte uno de los vestidos más ajustados y cortos que tengas y termina de hacer la maleta. Después de ir a bailar te llevaré directamente al aeropuerto.

—¿No trabajas mañana? —pregunté, frunciendo el entrecejo.

—Sí, pero no voy a verte en un mes, así que, si me tengo que tomar un par de Red Bulls para aguantar despierta, lo haré.

—Uuuuh, una doctora tomando taurina. Yo creo que con que tu queridísimo jefe se mantenga cerca de ti será suficiente para mantenerte con los ojos bien abiertos.

Lorena me dirigió una mirada penetrante y asesina al mismo tiempo.

—No me provoques y vístete —ordenó.

Me puse un vestido blanco, ajustado y corto. Eso sí, de manga larga y sin escote, que ya estábamos rozando el invierno y hacía mucho frío, no era tiempo para ir escotada.

Bajamos a la calle con mi maleta y la encajamos dentro del pequeño Smart. Por un instante pensé que no cabría, pero Lorena logró incrustarla en el pequeño espacio que tenía su coche reservado para equipaje. Ella era muy hábil con esto de la organización para los viajes, no como yo, que solía meter todas las bragas amontonadas, los sujetadores cada uno por su cuenta, las faldas arrugadas y los pantalones doblados por mil partes.

Ella no, ella lo doblaba todo con cuidado y, de esta manera, siempre cabía exactamente todo lo que quería llevar. Y, además, como por arte de magia, siempre lograba encontrarle un hueco en el maletero de cualquier coche, tren, autocar o vehículo en el que fuese a viajar.

Lorena decidió que aquella noche probaríamos un pub nuevo que habían abierto en la Avenida de Brasil, cerca del Paseo de la Castellana, al ladito de las torres KIO y de la torre Picasso, un edificio esbelto y blanco que parecía tocar las estrellas de noche. Desde luego, un referente del *skyline* madrileño antes de que construyeran los cuatro rascacielos gigantescos de la ciudad deportiva del Real Madrid. Aun así, la torre Picasso seguía siendo uno de mis edificios favoritos.

Aparcó el coche lo más cerca que pudo del local, aunque tuvimos que caminar unos cuantos metros para llegar a la puerta.

Era una especie de restaurante vanguardista, de estos que se describen a sí mismos como *New Age*. Todo muy guay, muy moderno, muy *cool*. Tan *cool* que parecía que iban a vaciarnos la cuenta bancaria con solo echarle un vistazo a la carta. Mis bolsillos temblaron al sentarme en una de aquellas sillas de diseño.

El menú parecía normal, es decir, los nombres de los platos me resultaban familiares. No me sucedía como en aquellos sitios en los que los nombres de los platos están escritos de tal forma que no hay manera de saber qué es lo que vas a llevarte a la boca.

Allí no, o eso pensaba hasta que leí «espinacas *baby* con...».

—Lorena, ¿qué son las espinacas *baby*?

Ella se encogió de hombros. Tenía el ceño fruncido y observaba el menú con detenimiento. Me entró la risa. Una mujer tan estudiosa, con un acervo médico tan desarrollado, que conocía el nombre de tantos fármacos y tantas enfermedades, no sabía lo que era una espinaca *baby*. Su expresión de impotencia la delataba, no sabía ni lo que era la espinaca bebé ni lo que era la vinagreta de yogur de apio; debo reconocer que yo tampoco sabía de qué iba aquello del yogur de apio hecho vinagre y, como no lo sabía, ahí que se iba a quedar.

No nos atrevimos a preguntarle al camarero qué eran esas «sustancias» extrañas que había allí escritas por miedo a quedar como unas ignorantes, así que al final acabamos compartiendo un plato de huevos rotos, ya que era lo

único que fuimos capaces de comprender de toda aquella lista de engendros que había en la carta.

Cuando terminamos de cenar, nos ofrecieron quedarnos a tomar unas copas, puesto que de madrugada el restaurante se convertía en una especie de pub nocturno en el que ponían chill out y pop-rock internacional.

Lorena y yo accedimos encantadísimas, aunque nuestras respectivas carteras y tarjetas de crédito, no tanto. Yo tenía mucho dinero, pero aquello no quería decir que estuviera dispuesta a despilfarrarlo. A pesar de ser rica, continuaba considerándome una tacaña.

Las luces del local se volvieron más tenues y azuladas; las pequeñas bombillas de LED que adornaban los cuadros ahora brillaban con más fuerza y le brindaban al ambiente un aspecto *sexy* y festivo, parecían pequeñas serpientes luminosas que abrazaban los marcos colgados de las paredes.

Lorena me sacó a bailar a una pequeña pista que había detrás de la zona de comedor.

Me noté a mí misma más relajada, más despejada y más feliz. Mi amiga había acertado al sacarme de casa a la fuerza. Aaric ya no importaba tanto en comparación con lo bien que me lo estaba pasando bailando con Lorena. Las canciones cada vez eran más animadas y nosotras cada vez nos movíamos con más sensualidad, atrayendo, inevitablemente, a un corrillo de chicos que disfrutaban de la escena.

Sin embargo, más allá de este círculo, había otras personas, y entre ellas un hombre alto, atractivo, más que guapo y con los ojos azules fijamente clavados en mi amiga.

Creí intuir de quién se trataba.

—Lorena. Mira detrás de ti.

Ella se giró de una manera escandalosa.

—¡Sé más disimulada!

—¿Qué? ¿Quién es? —preguntó ella con curiosidad.

—No lo tengo claro. Prefiero que lo veas tú, pero me parece que yo a ese tío lo conozco.

Ella se giró haciendo como que bailaba y entonces la expresión de su cara, antes frívola y alegre, reflejó alarma y preocupación.

—¿Y?

Lorena tragó saliva.

—¡Míster Interesante! —exclamé, triunfante.

—Chsss... No lo digas en alto. Tenemos que irnos, tenemos que salir de aquí, no puede verme. Mierda, mierda...

—decía ella a toda velocidad. Estaba atacada de los nervios.

—Tarde —zanjé—. Creo que lleva un rato mirándote.

Míster Interesante comenzó a acercarse peligrosamente. Atravesó el corrillo de chicos que había a nuestro alrededor y agarró a mi amiga por la muñeca con cierta brusquedad.

Después la rodeó por la cintura con sus brazos. Ella se había quedado paralizada.

Vi cómo temblaba mi amiga al percibir el roce de las manos de su jefe sobre su cuerpo.

—Mierda —murmuró ella en un tono casi inaudible.

—Doctora —dijo él con suavidad.

Casi pude escuchar una retahíla de «mierdas» mentales de Lorena.

Yo me aparté discretamente para dejarlos a solas, pero decidí mantenerme lo suficientemente cerca como para escuchar algún retazo que otro de la conversación.

Por si fuera poco, allí había un chico que parecía encantado de tenerme como pareja de baile, así que lo utilicé como tapadera para espiar la estrategia de Míster Interesante para conquistar a mi compañera de piso. Por desgracia, aquel chico se hartó de mí porque yo estaba más pendiente de mi amiga y de su ligue que de bailar con él y, como no era tonto, se dio cuenta de que conmigo no iba a conseguir nada, así que me dejó plantada y se fue a bailar con una rubia que había pajareando por allí. No podía culparlo.

Acallé mis propios pensamientos para intentar escuchar las palabras que ambos intercambiaban.

—¿Usted sabe lo que es la vinagreta de yogur de apio?

—preguntó Míster Interesante.

Arqueé ambas cejas; parecía que a nuestro doctor le carcomían las dudas existenciales y metafísicas sobre el apio, las mismas dudas que nos habían atribulado el alma a Lorena y a mí durante la cena.

Luego caí en la cuenta de que la llamaba de usted, como si estuviéramos

en otro siglo.

Lorena no le respondió, nunca supe si fue porque consideró que aquella pregunta era la gilipollez más grande del mundo o porque estaba tan histérica que su cerebro no procesaba las palabras con la suficiente velocidad como para responder sin parecer una deficiente mental.

—¿Quieres ir a dar un paseo? Tengo el coche aparcado aquí cerca y podríamos ir a un sitio más tranquilo, a tomar un helado, o a mi casa, si quieres... —dijo él al ver que Lorena aún no había dicho ni una palabra.

«¡Oh Dios mío! Ahora la llama de tú, este hombre da miedo», pensé mientras colocaba mis orejas de manera que pudiese escuchar lo máximo posible de la conversación. «¡Y encima la invita a ir a su casa! Oh, Lorena, no. Voy a tener que meterme y rescatarla, lo estoy viendo...».

—No, gracias, no me parece adecuado. De hecho, esto no es adecuado. No está bien, y lo del otro día tampoco estuvo bien. Fue muy grosero por su parte, doctor, mucho. Y no quiero que se repita.

—Juraría que te gustó —contraatacó él mientras llevaba una de sus manos hacia el cabello de Lorena.

—Entienda una cosa: cuanto más se acerque usted a mí, más me alejaré yo de usted.

Y entonces mi amiga se zafó de su intento de agarrarla y me hizo un gesto para que nos marcháramos de allí cuanto antes.

Caminamos hacia la puerta del local todo lo rápido que nuestros tacones nos permitieron y después nos dirigimos hacia su pequeño Smart.

Lorena tuvo que apoyarse en una de las farolas para respirar profundamente y controlar sus ganas de vomitar.

—Si esto sigue así, pediré un traslado a otro hospital —dijo muy convencida.

Yo la miré con curiosidad.

—Pero si te gusta. Él te gusta, se te nota. Aunque le acabes de pegar un hachazo preventivo para evitar un acercamiento a la olla...

—¡Cállate, Leire! —gritó ella, furiosa—. Me gusta, pero porque me seduce, me atrae... No es el hombre adecuado para mí, no me quiere, está jugando conmigo. Le da morbo tirarse a una de sus alumnas, eso es todo.

—¿Y eso te lo ha dicho él?

—No, pero se ve a kilómetros que no es la Madre Teresa de Calcuta. Como mucho, su único interés en mí reside en envolverme en su sábana santa.

—Madre mía, Lorena, parece que acabas de salir del Vaticano. Rebaja tu acervo religioso, por favor.

—Bah —respondió ella—. Creo que voy a echar la pota.

Señalé el pequeño trozo de tierra que había alrededor de un arbolito, justo al lado de la farola en la que mi amiga reposaba inclinada hacia delante. Ella se acercó al árbol y vomitó encima, abonando el campo. Fue por los nervios, solo por esto, pues no había probado ni una gota de alcohol.

—Creo que voy a conducir yo —comenté mientras mi amiga expulsaba hasta la primera papilla.

—No, no estoy borracha —respondió ella con voz ronca.

Lorena tosió, aún inclinada sobre el árbol. Me acerqué a ella para apartarle el pelo de la cara.

—¿Por qué dejas que Míster Interesante te afecte tanto? ¿No puedes decirle que no a secas? Y aquí paz y después gloria. No te comas tanto la cabeza.

—No es tan fácil —gruñó ella—. Si supieras lo que me cuesta controlarme cuando lo tengo cerca...

Pensé en Aaric. ¿Por qué narices tenía que pensar en él cuanto Lorena me hablaba de autocontrol? ¿Acaso yo tenía que controlarme con Aaric delante?

Sí, tenía que hacerlo, pero, aunque intentara con todas mis fuerzas no mostrar lo mucho que me atraía, Aaric siempre acababa pillándome mientras lo miraba con cara de corderita. Luego me sonreía y seguía cantando mientras yo sentía que las bragas me bailaban en las caderas y deseaba desprenderme de ellas.

Así que le dije a Lorena:

—Creo que sé lo difícil que es el autocontrol. Lo he vivido en carnes propias.

Mi amiga me miró con una sonrisa sarcástica y, finalmente, me permitió conducir su pequeño Smart; tuvo que reconocer que, a pesar de que no iba borracha, tenía demasiadas náuseas como para poder concentrarse en la carretera.

De camino al aeropuerto nos encontramos con un control policial, en los que te hacen soplar para ver cuántos gramos de alcohol llevas en sangre.

—Buenas noches, señorita —me dijo un chico vestido con el uniforme del cuerpo de policía.

Y vaya cuerpo.

—Buenas noches —susurré con voz queda.

—Sople aquí, por favor.

—¿Dónde?

El policía, el joven, guapo, alto y fuerte policía, me sonrió y me repitió amablemente:

—En esta boquilla, ¿dónde si no?

Escuché una pequeña carcajada que procedía de mi amiga.

Soplé hasta que él me pidió que me detuviera. Esperamos un par de segundos. Yo estaba tranquila, por supuesto; no había bebido nada de alcohol.

—Da positivo, señorita. Bájese del coche, por favor.

—¿Qué?! —exclamé con incredulidad—. Es imposible, físicamente imposible. No he tomado nada. Nada de nada, por Dios, repita la prueba.

—Déjeme su permiso de conducir y los papeles del vehículo.

Oh, mierda. Los papeles. El coche era de Lorena, no era mío. Su seguro no me tenía autorizada a conducir su vehículo, aunque siempre podría alegar que la conductora se encontraba en mal estado. Sin embargo, tenía un gran problema: mi test de alcoholemia daba positivo y al guapo, fornido, sexy y gilipollas policía le daba lo mismo lo que yo le dijera. No me creía.

Le enseñé los papeles del coche y el permiso de conducir.

—No lleva la L de conductora novel. Tendré que ponerle una multa además de la sanción por el alcohol.

—No me ha escuchado bien. No me ha entendido. No he bebido, repita la maldita prueba. Además, la cantidad de alcohol que ha salido está rozando el mínimo. Esto es hacer una montaña de un grano de arena... —traté de convencerle.

Pero él me miraba con algo que parecía entre lascivia y condescendencia. Daban ganas de abofetearle, pero, a diferencia de lo que le hice a Aaric, no iba a abofetearlo; no era tan valiente y no quería ir a la cárcel.

—Repítele la prueba, anda —dijo entonces uno de sus compañeros que, por fortuna, se dio cuenta de que su «amigo» se estaba sobrepasando conmigo.

Cuando fui a soplar de nuevo le dije:

—¡Espere! No ha cambiado la boquilla. Tiene que usar otra, si no saldrá exactamente lo mismo que antes.

Entonces el fornido, guapo, apuesto y pedante policía se puso pálido y susurró:

—Creo que antes tampoco la cambié.

Apreté los puños. Lorena se estaba partiendo de risa dentro del coche. Y ella no iba borracha, pero vive Dios que lo parecía.

Volví a soplar y salió negativo, no tenía ni un gramo de alcohol.

Nada.

—¿Ves? Pedazo de... ¡Aarg! —me contuve antes de espetar un adjetivo poco prudente.

—Lo siento, señorita, de verdad. Permítame que las compense. Puedo escoltarla hacia donde se dirija o lo que sea, o invitarla a cenar, si quiere.

—Cenar con usted no compensa nada. Es más, diría que el que busca una «compensación» —Hice el gesto de las comillas con los dedos— es usted.

Los compañeros de mi amigo el policía se descojonaron desde sus respectivos puestos.

Y allí estábamos, en el arcén de la M-40, rodeadas de coches de policía, agentes y farolas apagadas, porque, aunque eran las cinco de la madrugada, las farolas estaban apagadas para no gastar dinero, puede que por la crisis.

Arrugué el entrecejo y entonces volví a pensar en Aaric. A él no le gustaría que yo fuese a cenar con un policía fornido, apuesto, atractivo, guapo y pedorro. Pero ¿qué narices le importaba a Aaric con quién saliera yo o dejase de salir?

No creía que fuese un chico posesivo. No lo parecía; de hecho, daba la impresión de todo lo contrario. Tenía pinta de usar a las mujeres a su antojo y, luego, desecharlas como si fueran Kleenex. Nada de posesión.

—Voy al aeropuerto. Y mi maleta apenas cabe en ese maletero. Podrías llevarla en el vuestro y le ahorraré a mi amiga algo de gasolina, de paso.

El fornido, guapo, atrevido, pedorro y salido policía asintió y, con una

gran sonrisa, se acercó a por mi maleta y la situó en el maletero de su coche con un aire muy servicial.

Conduje hasta el aeropuerto con el coche de policía a mis espaldas.

—No deberías haberle dicho que nos escoltara —me regañó mi amiga mientras tomaba la salida de Barajas, el aeropuerto de Madrid.

—¿Por qué?

—Porque como se te olvide un intermitente, te saltes un stop o no te frenes en un ceda, te va a quitar puntos del carnet.

—No creo, ya la ha cagado bastante con lo de la boquilla —respondí, despreocupada.

Ella volvió a reírse.

—Es nuevo, seguro. A nadie con dos dedos de frente se le ocurre hacer semejante estupidez. Las boquillas son de un solo uso. Imagínate si hiciéramos eso en los hospitales con las jeringuillas —argumentó Lorena.

—Todos acabaríamos muertos por una infección diseminada —respondí yo con un falso aire trágico.

Al fin llegamos. Aparqué y el policía colocó el coche detrás de mí.

El guapo, fantástico, alto, fornido, cuadrado policía cargó con mi maleta hasta la puerta de embarque. Lorena nos acompañó.

Entonces vi a Aaric, que estaba sentado, esperando a que llegase la hora de embarcar. Primero me miró a mí y después al policía.

—*Hi* —dije alegremente.

—Hola —respondió él, haciendo un esfuerzo para que no se le notara que estaba cabreado.

¿Aaric enfadado? ¡Vaya, aquello era nuevo!

—¿Quieres que me quede contigo hasta que despegue el avión? Es que, de verdad, me aturullé, te vi y no sé, se me olvidó cambiar la boquilla. Estoy muy arrepentido por el mal rato que te he hecho pasar. De verdad que lo siento... —El apuesto, atractivo y pedazo de policía comenzó a disculparse todo lo deprisa que pudo.

Aun así, se le veía confiado y seguro. Utilizaba un tono de voz muy seductor y tranquilo; parecía que me acariciaba con cada una de sus palabras.

Suspiré. Aaric lo fulminó con la mirada, se puso en pie y me cogió de la mano. Después volvió a fulminar al fornido policía con la mirada.

Ese gesto me encendió. Lo siento, fue así: incluso noté cómo se me agitaban las bragas.

—Quietas ahí... —susurré.

—¿Decías? —me preguntó el policía.

—Nada, que muchas gracias, pero puedes irte. Será mejor que acompañes a mi amiga hasta el coche.

—Está bien —dijo él, algo abatido por mis palabras.

Miró a Lodge con desconfianza (o fastidio, mejor dicho) y se fue.

Lorena me dio dos besos antes de marcharse.

—Ojo con Mister Interesante —le advertí antes de que se marchara con el apuesto policía.

Y justo cuando ellos desaparecieron del mapa llegó la azafata y abrió las puertas de embarque. Aaric me miró fijamente.

—¿Era tu novio?

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué? ¡No! Pero si lo acabo de conocer ahora mismo.

—¿Y por qué venía contigo?

—Pues es una historia muy larga.

—Cuéntamela —me ordenó.

Cada vez me apretaba la mano con más fuerza. Me solté y lo miré con desconfianza.

—No soy de tu propiedad —le dije, muy seria.

Y me dirigí hacia la puerta con mi pequeña maleta. No había hecho un equipaje más grande porque sabía que allí en Roma me compraría muchas cosas, entre ellas ropa, zapatos y una nueva maleta más grande para cargar con todo ello de vuelta.

Noté la mirada de Lodge clavada en mi espalda.

Y entonces les dije a mis amigas, las bragas: «¡Ahí quietas! ¡Quietas! ¡Ni se os ocurra moveros!»

13. Necesidades varias

Mi estómago pesaba mucho, cualquiera podría haber dicho que lo había llenado de ladrillos. Estaba hinchada, revuelta y pálida.

Qué asco.

Lodge iba sentado en la butaca de al lado. Aún estábamos a bordo del avión, sobrevolando el manto de nubes que se extendía entre Madrid y Roma.

Mi estado gastrointestinal no se debía a un simple mareo por las turbulencias ni a un ataque de nervios por la cercanía del cantante.

Todo había comenzado cuando mi estómago decidió iniciar un concierto de rugidos. Claramente, demandaba alimento.

Decidí llamar a la azafata. Le pregunté por el menú, en el que había *snacks*; ensaladas de bote, algunas con soja, otras con bonito, otras con aditivos innombrables imposibles de digerir, otras con una especie de moco que se hacía llamar aliño; refrescos; helados...

Y yo quise ser una chica saludable, aunque tenía unas ganas terribles de comerme un helado de chocolate, pero no quería que Aaric me viera en pleno ataque de glotonería. Así que pedí una ensalada de bote con soja.

¡Y en qué hora!

Gracias a ese batiburrillo de brotes, lechuga, moco avinagrado, maíz (si me hubieran contado que en lugar de granitos amarillos eran canicas, me lo hubiese creído sin el menor problema) y demás excipientes, ahora me retorció en mi asiento intentando encontrar la postura más idónea para reducir el

dolor.

Una vez más: qué asco. Aaric me miraba de reojo continuamente. Me había preguntado algo así como *Are you ok?*, lo que yo interpreté como un «¿Te pasa algo?».

Le dije que no y entonces pareció preocuparse más; lógico, me equivoqué al contestar. Querría haberle dicho que sí, que estaba bien, pero le contesté justo lo contrario y cada vez me miraba con peor cara, sin tan siquiera disimular. Se quitó su jersey y me lo puso por encima.

—Estoy bien —le dije mientras intentaba apaciguar mis náuseas.

Siempre que Lodge se decantaba por utilizar su lengua materna, yo perdía el hilo de la conversación casi instantáneamente. Me lamenté por no haber contratado un profesor particular de inglés cuando tuve la oportunidad. Sin embargo, en aquellos instantes en los que yo había estado en mi ático, yendo a ensayar cada poco tiempo al estudio de Aaric, me había confiado en que, como él comprendía más o menos el español, a mí no me haría falta practicar el inglés.

Grave error.

Me giré hacia él. ¿Por qué me miraba como si fuese a morirme de un momento a otro?

¡Eran náuseas! ¡Dolor de barriga!

De lo único de lo que él podría preocuparse sería:

a) De que le echara encima la ensalada sin digerir envuelta en jugos gástricos.

b) De que se me escapara algún pedete que le atufase durante el resto del viaje.

Recé por que no se dieran ninguna de las dos posibilidades, al menos en lo que quedase de trayecto.

Con el fin de olvidarme de mis molestias y con la esperanza de mitigarlas un poco, incliné la cabeza hacia la ventana, de modo que quedara apoyada justo detrás de ella, con vistas al cielo.

Repasé mentalmente todo el itinerario que Aaric tenía preparado para rodar el videoclip. Habría ensayos, pruebas de vestuario, maquillaje, sonido... Tendríamos que elegir los diversos escenarios, grabar varias tomas... Yo, que pensaba que el tema de los vídeos musicales era poca cosa,

de repente me había encontrado con una infraestructura propia del rodaje de *Titanic*.

Sin embargo, toda aquella frenética actividad no terminaba de disgustarme. De esta manera, estaríamos ocupados y no podríamos entretenernos en mirarnos, sonreírnos y acabar, como bien hubiese dicho Lorena, con orgasmos y frustraciones de más, porque, si bien los orgasmos son sanos, las frustraciones no.

Entonces Aaric realizó un pequeño gesto que me hizo dudar sobre la salubridad de las frustraciones; un gesto que, en un momento de debilidad, podría convertirse en falsas ilusiones momentáneas.

Deslizó la mano por debajo de su jersey, que en aquel instante me cubría los brazos, y agarró la mía con fuerza mientras me acariciaba con su dedo pulgar.

Temblé.

Entonces retiré mi brazo con brusquedad y me di media vuelta, ofreciéndole únicamente mi espalda.

—¡Ay! —exclamó él con resignación.

—Ay —repetí yo con sarcasmo.

Lodge comenzó a reírse.

—¿Por qué lo haces todo tan difícil? —me preguntó mientras yo aún me daba de cabezazos contra la ventanilla.

No respondí.

—¿Quieres un helado? —dijo él entonces.

Lo miré de reojo.

—No. No tengo hambre. —Es más, la comida en aquellos momentos me resultaba lo más repulsivo del mundo.

Malditas náuseas. Maldita soja.

—Está bien. ¡Azafata! —lo dijo todo en español, muestra de que quería que escuchara bien sus palabras—. ¿Me puede traer uno de estos?

Señaló la foto de una copa gigante de helado de chocolate que ofrecían en el menú.

La azafata asintió y se retiró.

No tardó en regresar con el pedido: una enorme, sabrosa, gélida y seductora bola de chocolate estaba ante Aaric, que me dirigía una expresión

traviesa.

—Pues me lo comeré yo —dijo mientras cogía la cucharilla y la introducía en el enorme, gélido, dulce y grasiento chocolate.

Se me hizo la boca agua, pero me recordé a mí misma que, por muy atractivo que me pareciera el helado, hasta que mi estómago no detuviera el centrifugado de mil revoluciones al que estaba sometiendo a la soja, no podía permitirme probar ni un bocado; de lo contrario, acabaría arrodillada en el váter del Airbus.

Aaric comenzó a comer.

Y yo empecé a salivar de una manera exagerada.

—¿Seguro que no quieres? —me dijo con un tono muy provocador.

Apreté la mandíbula.

—A la mierda las náuseas —susurré antes de arrebatarle la cucharilla a Lodge.

No iba ni por la segunda cucharada cuando un torrente de arcadas me hizo salir escopetada hacia el baño.

Cuando terminé de vomitarlo todo, afirmé muy convencida:

—Nunca jamás volveré a probar la soja ni nada que la contenga.

Luego me enjuagué la boca con el agua de la pila y traté de colocarme el pelo lo mejor posible.

Respiré profundamente un par de veces y me di cuenta de que me encontraba mucho mejor. Ya no estaba revuelta ni me dolía la tripa. De hecho, me pregunté: «¿Por qué, Leire, no te has permitido el lujo de venir a vomitar antes?».

Regresé junto a Aaric, me senté en mi butacón y traté de aparentar toda la dignidad que había perdido hacía tan solo unos minutos. Estuve seria y cortante.

Y, por supuesto, no probé ni una gota más de aquel helado infernal.

Aaric me estuvo observando con una media sonrisa durante el resto del viaje. Claramente, se divertía a mi costa.

Al bajar del avión fuimos a la cinta del equipaje, a esperar hasta que escupieran nuestras maletas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté cuando vi que Aaric me miraba intentando contener la risa.

—Tú.

Mis ojos verdes y asesinos se clavaron en él.

—¿Por qué?

—Porque parece que tienes un grano en el culo.

—¿Perdona?

La sonrisa de Aaric se hizo aún más amplia.

—Porque estás seria y distante. Y tanto tú como yo sabemos que no eres así. ¿Qué intentas?

—Que me dejes en paz —espeté con nerviosismo.

¿No tenía nada mejor que hacer que psicoanalizarme y explayarse con sus teorías acerca de mi comportamiento? ¿De verdad que no?

—¿Ves? ¿Dónde está esa Leire dulce y tranquila que empezabas a ser en Madrid? ¿Qué ha sido de ella?

Esa Leire tenía miedo de volver con orgasmos y frustraciones de más, pero no podía decírselo.

—Perdóname, es que estoy nerviosa —mentí. Después intenté sonreírle de una manera conciliadora.

—Mientes —dijo él—. Pero, bueno, ya me contarás qué es lo que te pasa. ¿Sabes? Hay veces que no te entiendo. Estás de buen humor y me tratas bien, y un segundo después, estás seria y me tratas a patadas. No sé a qué atenerme contigo. ¿Te ha bajado la regla?

Se lo estaba ganando, pero no le pegué un bofetón porque había demasiada gente delante y podría haber quedado como una psicótica o, peor, como una novia celosa y dominante. Aunque, en realidad, Aaric no era mi novio. No, no lo era, ¿verdad?

—Mi ciclo menstrual no tiene nada que ver con esto, idiota.

—¿Ciclo menstrual? —preguntó él, subiendo el volumen—. Eso no sé lo que es, recuerda que no manejo tu idioma tan bien como tú. ¿Qué es ciclo menstrual?

La gente comenzaba a girarse para mirarnos.

—Chssss... Calla. No es nada importante.

—Solo quiero saber qué es el ciclo menstrual. —Ahora Lodge sonreía.

Elevé una de mis cejas. Me pregunté si realmente Lodge estaba interesado en mejorar su nivel de castellano o solo pretendía sacarme de mis casillas.

—Sabes perfectamente lo que es el ciclo menstrual.

Después él dijo, triunfante:

—Sí, lo sé.

Quise estrangularle, pero nuestras maletas ya se deslizaban en la cinta frente a nosotros. Las recogimos y nos encaminamos hacia la salida del aeropuerto de Fiumicino de Roma.

En la entrada principal ya había alguien esperándonos.

—¡Aaric! *Amore!* ¿Cómo estás? —pronunció ella en un perfecto inglés.

Él sonrió y se acercó para darle dos besos.

Era una chica que parecía rozar los treinta y cinco años. Era más o menos guapa, con alguna arruguita que otra, y vestía de un modo muy elegante. Llevaba unos vaqueros pitillo blancos, pues estaba delgadísima, y una americana azul marino, todo ello acompañado de unos botines negros de tacón alto.

Yo, sin embargo, llevaba mi vestido blanco ajustado medio manchado de vómito y al lado de aquella mujer parecía recién salida de un baile de instituto.

Me sentí muy pequeña a su lado.

—Leire, ven —me dijo Aaric, aún demasiado sonriente—. Esta es Rosinha. Rosinha, esta es Leire.

Me saludó también con dos besos muy efusivos y una gran sonrisa. La mujer no era desagradable, ni mucho menos, pero me molestaba el modo en que Aaric la miraba. En realidad, no parecía mirarla de ninguna manera especial, pero aun así me irritaba que ella estuviese delante de él.

Pero ¿por qué tenía que irritarme?

Rosinha había venido específicamente a recogernos. Cuando nos dejó en el hotel, suspiré de alivio. Aquella mujer parecía demasiado *cool*, guay y *fashion* como para tenerla cerca y temí que Aaric pudiera percatarse de que yo no era ni la mitad de *cool*, guay y *fashion* que ella.

Fuimos a la recepción para pedir las llaves de nuestras respectivas habitaciones. Recé por que Aaric hubiese tenido la consideración de reservarme un cuarto individual.

Afortunadamente, lo había hecho.

Mi habitación estaba en la misma planta que la suya, justo al lado de su

habitación. Nuestras puertas eran contiguas, pero, al menos, en el supuesto de que fuéramos a dormir, no dormiríamos entre las mismas cuatro paredes.

Un botones recogió nuestras maletas y se las llevó.

—He quedado aquí dentro de una hora con todo el equipo —me dijo cuando ya nos hubieron entregado las llaves de nuestras respectivas habitaciones.

—Bien. Entonces subiré a ducharme y a cambiarme

—contesté.

—Espera, te acompaño.

—¿A ducharme? —pregunté con una sonrisa malévola.

—Bueno, a mi cuarto, está al lado del tuyo. Pero si quieres te puedo ayudar a enjabonarte —respondió él.

Mi rostro se volvió duro como una roca.

—¿No distingues las bromas cuando te las gastan?

—En el fondo sabes que no era una broma —me dijo Aaric muy cerca del oído.

Comencé a caminar hacia los ascensores mientras les decía a mis bragas: «¡A callar! ¡A que os pongo un candado! ¡Puedo decirle a mi abuela que os cosa una señal de prohibido el paso! ¡Quietas ahí!».

Se abrieron las puertas del ascensor. Entramos los dos.

El silencio era evidente y solo en aquel momento me permití recrearme en lo perfecto que me parecía Lodge, con el pelo revuelto, como siempre, su cazadora de cuero y sus pantalones grises. Sus facciones eran masculinas y descaradas, y su barba denotaba que no se había afeitado en un par de días. Era medio rubia con reflejos dorados, igual que su cabello. Entonces sus ojos grisáceos se volvieron hacia mí y sus labios dibujaron una sonrisa de condescendencia.

Aparté la mirada inmediatamente.

Al fin se abrieron las puertas, dando por terminados aquellos instantes de tensión sexual. No vacilé en entrar lo más rápido que pude en mi habitación y cerrar la puerta con un sonoro portazo.

La habitación era fantástica. Tenía una cama enorme decorada con una colcha azul turquesa y un cabecero de abedul que combinaba con la alfombra color azul marino, mientras que el suelo tenía el mismo tono que el abedul de

la cabecera.

Vi que mi maleta ya estaba al lado del armario.

Elegí rápidamente la ropa que iba a ponerme para la reunión y me metí en la ducha. Tardé poco, no me apetecía recrearme bajo el agua caliente. Además, estaba cansada y quería echarme una siesta.

Al salir me envolví en el albornoz blanco, suave y esponjoso. Cuando fui a desenredarme el pelo, recordé que me había dejado el peine en la maleta, por lo que tuve que salir del baño.

Y entonces vi a Aaric solo con un pantalón de pijama sentado encima de mi cama.

—¡Ahhhhhh! ¿Qué coño haces aquí?

Él sonrió y señaló una puerta con el dedo índice.

Había una comunicación entre ambas habitaciones y nadie había tenido el detalle de avisarme.

—Te he traído unos bombones. Los había comprado en el aeropuerto y pensé que tendrías hambre después de vomitar.

Juraría que yo no le había hablado de eso.

—No, gracias. Prefiero esperar hasta dentro de un rato, aún no me atrevo a comer nada. También prefiero que te vayas, que cierres esa puerta con el pestillo más grande que exista en el mundo y que no vuelvas a abrirla nunca más.

Aaric esbozó una gran sonrisa.

Lorena se peleaba de nuevo con el ordenador, sentada en una silla dura e incómoda de una sala de trabajo del hospital. Su bata parecía no haberse lavado en décadas y sus ojeras eran la prueba de la divertida noche que había pasado junto a Leire, pero, como bien había dicho, iría a trabajar al día siguiente, aunque tuviera que tomar unas cuantas latas de Red Bull.

Y así lo hizo, aunque nunca es lo mismo trabajar cuando una no ha dormido. El cerebro nunca procesa con claridad las ideas ni las reflexiones. Los razonamientos se vuelven abstractos y todo parece siempre mucho más difícil.

Así estaba Lorena delante del ordenador, leyendo y releendo historias clínicas para enterarse de a qué pacientes tenía que atender, explorar y revisar el tratamiento; aquellos eran todos los deberes que le había puesto su adjunta y, si hubiese sido cualquier otro día, ya habría terminado con ellos unas cuantas horas antes, pero Lorena no estaba en su mejor momento.

Y Mister Interesante pudo dar fe de ello.

—Buenos días, doctora —dijo él nada más entrar en la estancia.

Sonreía, pero en su rostro se veían unas ojeras que adornaban el contorno de sus ojos

—Uf. Necesita usted dormir más horas, doctor, a su edad no es bueno traspasar —contestó entonces Lorena, que, por suerte o por desgracia, ya le había perdido el respeto a su jefe debido a la proposición indecente que este le había hecho la noche anterior.

—¿Y qué es bueno a mi edad, doctora? Ilústreme —sugirió él, utilizando un tono de voz perverso e intimidante.

—No acosar a sus subordinadas.

Y entonces se hizo el silencio.

Mister Interesante parecía desconcertado. Iba a decir algo cuando Lorena se adelantó:

—Y dígame usted, ¿no tiene esposa, hijos? ¿No tiene nada que hacer en su vida? ¿No tiene responsabilidades? ¡Seguro que las tiene! Así que dedíquese a lo suyo y no me complique la vida, que bastantes cosas tengo yo en la cabeza como para encima preocuparme por un hombre que lo único que quiere es un revolcón sucio con una mujer fácil.

Entonces se levantó y salió corriendo de allí. Anduvo un rato en busca de su adjunta y cuando la encontró alegó que se encontraba fatal y que tenía que irse a casa.

La adjunta arrugó el entrecejo, poco convencida, pero, por el tono de desesperación de Lorena, al final accedió a darle el resto del día libre.

Cuando llegó al ático que compartía con Leire, vio que su amiga la había llamado unas cuantas veces y le había dejado un par de mensajes:

El primero era: «Odio la soja y he vomitado».

Y el segundo: «Lodge me está volviendo loca. Me gustaría abandonarme a él, pero no me atrevo. ¡Ains! Qué vida más triste».

Lorena meditó un momento la posibilidad de responder a su amiga con otro mensaje que le fuera útil, pero, dadas las circunstancias, lo único que se le habría ocurrido contestar hubiese sido «Pues métete en su cama y déjame en paz».

Por eso decidió apagar el móvil y abstenerse de hablar con su amiga.

Míster Interesante aún seguía sentado en la incómoda silla de la sala de trabajo. Estaba solo. No se había atrevido a moverse desde que Lorena le había dirigido aquellas incómodas palabras.

¿Esposa? ¿Hijos?

No, Míster Interesante no tenía de eso. No porque no hubiese podido, sino porque para él su trabajo siempre había sido lo primero.

Su carrera había sido su prioridad siempre, pero ahora, y desde hacía algún tiempo, no mucho, comenzaba a sentirse solo al llegar a casa. Sentía la necesidad de charlar con alguien, necesitaba sentirse querido por alguien.

Al parecer, Lorena había metido el dedo en la llaga, como buena cirujana que era.

14. Las teorías de Berta

Los dos nos encontrábamos en mi habitación. Yo acababa de salir de la ducha y él acababa de quitarse la camiseta; mejor dicho, en ningún momento la había llevado puesta, solo tenía un pantalón de pijama de color gris, largo y favorecedor, muy favorecedor.

Hice todo lo que pude para estirar el albornoz y así tapar aquellas partes de mi cuerpo que no eran susceptibles de ser enseñadas mientras Aaric se me acercaba con la caja de bombones en la mano. Pero yo no tenía hambre, por lo menos no de bombones, ni tampoco de frustraciones.

—No te acerques más —le rogué.

Él sonreía con prepotencia. ¿Acaso le gustaba verme suplicar?

—No tienes valor para decirme que me vaya —afirmó Aaric, muy convencido.

Fruncí los labios mientras inclinaba mi cabeza hacia delante y arqueaba una de mis cejas.

Decía que no tenía valor, pero sí que lo tenía y se lo iba a demostrar. Me acerqué a él con paso firme y decidido, la mirada fija y las piernas llenas de pelos, cubiertas por el albornoz.

—Fuera.

—¿Cómo dices? —me chinchó él—. Estás de muy mal humor, prueba uno de estos. Te levantarán el ánimo.

Me guiñó un ojo.

Ya... el ánimo... Miré los bombones, ahora más cerca de mí y más irresistibles. Me dio por razonar, algo que, afortunadamente, no solía hacer muy a menudo.

Mi razonamiento fue el siguiente: si no puedo comerme a Aaric, me comeré uno de sus bombones, así por lo menos me quedaré satisfecha en algún sentido. ¿No?

Alargué un brazo hacia la caja que sujetaba Lodge. Escogí uno de chocolate blanco relleno de caramelo. Me lo llevé a la boca.

Aquel fue un éxtasis exento de frustraciones.

De repente Aaric se situó a pocos centímetros de mí, casi pude notar su respiración sobre mi nariz. Me miraba con expectación, posaba sus ojos por mis labios.

En aquel momento no hablé con mis bragas porque, por desgracia, no las llevaba puestas, y decidí hacerlo: por primera vez en muchos días, decidí utilizar el inglés para darle más énfasis a mis siempre mal pronunciadas palabras:

—*Get out.*

—Así que ahora me hablas en inglés. —Fingió unos pucheros muy falsos —. Eso significa que nuestra relación ha dado un paso hacia atrás.

—Qué poético eres, Aaric. Le haces honor a las letras misóginas de tus canciones. Ahora lárgate. Estoy en pelotas y tú no tendrías que estar aquí. Así que largo, largo, largo y largo.

Le di unos golpecitos en su espalda grande y cuadrada para animarle a abandonar mi cuarto, pero lo que conseguí fue animarle a que rodeara mi cintura con sus brazos.

Yo solo pensaba en los pelos de mis piernas y no en sus ojos grises, azulados a ratos, verdosos con la luz del sol. No pensaba en su cuerpo definido, en su sonrisa, en su comportamiento indecente e impresentable que, sin embargo, a las chicas, como buenos seres humanos sádicos que somos, nos parece muy *sexy*.

Me preocupaba solamente por las escarpías de mis espinillas; mejor dicho, me preocupaba que Aaric pudiera pincharse con las escarpías de mis espinillas.

Me separé bruscamente de él.

—¡TE HE DICHO QUE TE LARGUES! —vociferé.

Lodge se separó inmediatamente de mí, bastante sorprendido. No obstante, sonreía con ese aire de prepotencia que lo caracterizaba.

Normalmente, yo era una chica tranquila, sencilla y sonriente, solo muy de vez en cuando sacaba el mal genio con quien consideraba que lo merecía.

Bien, Aaric había logrado que mi mala leche aflorase de la peor manera posible.

—De acuerdo —dijo con resignación.

Dejó los bombones encima del escritorio que había a la izquierda de la cama, justo debajo de la ventana, se dio media vuelta y entró en su habitación por la puerta que la comunicaba con la mía.

—El día que reconozcas que dependes de mí, hablamos.

Después cerró la puerta y echó el pestillo.

¿De verdad había dicho eso? ¿Que yo dependía de él?

¡Pero qué narices se había creído! Mi existencia no giraba en torno a él, mis planes eran completamente independientes de los suyos.

Ladeé la cabeza y puse los ojos en blanco, como hacía siempre que una situación saturaba mi cerebro de mala manera.

Regresé al baño, aquella vez con un peine. Me sequé con el albornoz y desenredé algunos de mis mechones más rebeldes.

Y, por fin, me depilé.

Cuando terminé me puse un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes para echarme a dormir, pero, al ver el reloj, me di cuenta de que quedaban cinco minutos para la reunión.

Maldije a Aaric; por su culpa ahora estaba mucho más cansada que cuando llegué.

No sabía por qué nuestros encuentros siempre me desgastaban tanto. Invertía demasiadas energías en él. Siempre pendiente de lo que hacía, de lo que decía, de que mis bragas se mantuvieran en su sitio... Demasiado esfuerzo para una sola persona.

Además, tenía otras cosas en mente. Aunque pareciese mentira, había otras inquietudes en mi cabeza además de mi historia con el cantante. Una era la música.

¿Me haría famosa después de grabar el videoclip?

¿Me ofrecerían la oportunidad de grabar mi propio disco?

¿Firmaría autógrafos como todas las grandes, Rihanna, Lady Gaga, Taylor Swift, Nayer, Britney, o me quedaría como una estrella de segunda categoría? Realmente me inquietaba y a la vez me excitaba todo aquello que podía llegar a sucederme, aunque, en el fondo, tenía mucho miedo a fracasar.

Cantar siempre había sido para mí una manera de desahogarme, de relajarme en la intimidad de mi casa y, si por casualidad cantaba bien algún tema, lo colgaba en YouTube para poder gozar de la opinión de algunos internautas.

Pero ¿cómo sería ser una artista reconocida?

¿Viviría en una mansión de Hollywood o en un *loft* de Nueva York? ¿Me iría, acaso, de España? ¿Y mi madre? ¿Y Lorena?

¿Y Aaric?

¿Y Javi? De repente, me había acordado de él. Normalmente no era una persona a la que le dedicase muchos pensamientos, no porque no me importase, sino porque me habían ocurrido tantas cosas en un periodo de tiempo tan pequeño que no había tenido un momento para replantearme la relación que tenía con él.

Sabía que tenía la posibilidad de regresar a sus brazos. ¿Él vendría conmigo? ¿Me acompañaría en mi carrera musical o se comportaría como el novio celoso que siempre había sido, impidiéndome avanzar y conocer gente nueva?

Y ¿por qué me planteaba la posibilidad de volver con él?

Sacudí la cabeza. Estaba muy estresada, confundida, inquieta y agotada.

Y, por si fuese poco, en aquel momento tenía que bajar a la recepción del hotel para reunirme con un equipo de grabación, con otro de maquilladoras y con Aaric.

Cambié mi pijama por unos vaqueros y una blusa negra. Me calcé unas bailarinas y cogí el *smartphone*, las llaves y la cartera.

Cerré la puerta al salir.

Tuve que tener cuidado para no resbalar por el pasillo por culpa de las brillantes baldosas de mármol anaranjado, extremadamente pulidas y resbaladizas. Las paredes estaban decoradas con pinturas impresionistas y con otras más modernas, junto a algunas fotos en blanco y negro de

personajes famosos de los años sesenta y setenta. Me detuve unos instantes a contemplarlas, lo que me retrasó unos minutos más de la cuenta.

—¡Leire! —escuché de repente.

Giré la cabeza hacia la izquierda y vi a Aaric de pie, completamente vestido y visiblemente enfadado.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Venga! ¡Tenemos trabajo!

Me vi obligada a seguirle y a olvidarme de la foto de Elvis.

Los cambios de humor de Lodge me resultaban curiosos. Para él la música, su trabajo, era algo muy serio y se lo tomaba como tal.

Vivía para ello.

Entramos en el ascensor y esta vez no hubo tensión sexual. No la hubo porque mi cabeza se había quedado pensando en Elvis Presley, en concreto, en su extraño o no tan extraño fallecimiento. En teoría, murió a los cuarenta y dos años por un consumo desmedido de medicamentos.

Aquello me recordó a las circunstancias que rodearon al fallecimiento de Michael Jackson, quien también había muerto demasiado joven, como Amy Winehouse o Marilyn Monroe, que también fallecieron por un exceso de barbitúricos.

Tragué saliva. ¿Quién sería la siguiente? ¿Mi amadísima Rihanna? ¿Britney?

¿Yo? Había que reconocer que el mundo de las sustancias peligrosas estaba metido de lleno en la música.

Se abrieron las puertas del ascensor y frente a mí encontré una especie de séquito de unas veintitantas personas, cuyas miradas se dirigían hacia Aaric y hacia mí con expectación.

—Hola a todos —dijo él en inglés.

Todos respondieron con un amistoso *Hi, Aaric!*

Me sorprendí a mí misma haciendo lo mismo que los demás: observarle con veneración, porque, en el fondo, más allá de mis turbios sentimientos hacia él, lo admiraba profundamente. Sí, lo admiraba a pesar de que las letras de sus canciones me indignaran profundamente. Lo admiraba porque había llegado a lo más alto.

De hecho, me hubiese gustado mucho escuchar de sus propios labios toda su historia; cómo pasó de ser un estudiante de Física a uno de los artistas más

aclamados a nivel internacional. Tenía mucha curiosidad por conocer todos los detalles de su vida.

El cantante nos condujo a todos hacia una sala de reuniones que había al final del pasillo principal de la planta baja del hotel. Allí tomamos asiento y él se situó a la cabecera de la mesa.

Comenzó a exponer sus ideas y proyectos al equipo, y lo hizo en inglés, por supuesto.

Entonces, como yo no me estaba enterado de nada, decidí observar y tratar de analizar a todas y cada una de las personas allí presentes.

Fruncí el ceño al encontrar a Rosinha observando a Aaric con atención. Primero le guiñó un ojo y después le sonrió.

Contuve el aliento, alarmada.

Aaric, al advertir las señas que le hacía ella, desvió su mirada hacia a mí y me sonrió.

«Menuda panda de imbéciles», pensé, cabreada. «Una haciéndole ojitos al otro y el otro haciéndome ojitos a mí, como si esto fuera *Gran Hermano*».

Me di cuenta de que había alguien que me estaba observando con diversión, alguien que, claramente, estaba al corriente de aquel cruce de miradas tan poco usual.

Se trataba de una chica, más o menos de mi edad, de cabello muy corto teñido con mechones blancos. Sus ojos eran oscuros y grandes y sus cejas estaban perfectamente perfiladas. Además, llevaba un piercing en la aleta izquierda de la nariz.

Se trataba de una joven un tanto extravagante, pero parecía simpática.

Desvié mi atención otra vez hacia Aaric, que estaba muy concentrado en su discurso.

Finalmente, terminó la charla y el grupo se disolvió. Solo quedaron la chica extravagante, Rosinha, un chico con rastas y una mujer gordita con cara de bonachona.

Observé a Rosinha con desconfianza. Ella me devolvió una mirada de extrañeza.

Aaric se dirigió a mí.

—Leire, te presento a tu maquilladora, Berta. —Después se dirigió a Berta (la chica extravagante)—. Berta, te presento a Leire. Las dos habláis el

mismo idioma, así que espero que no haya problemas.

—¡Encantada! ¡Tenía muchísimas ganas de conocerte! —dijo Berta mientras me daba dos efusivos besos de presentación. Al parecer, llevaba un buen rato esperando aquel momento.

Advertí un ligero acento andaluz en sus palabras.

—¿De dónde eres? —pregunté casi con ansiedad.

Me resultaba divertido que Aaric hubiese contratado a una maquilladora española solo para que yo me entendiese con ella.

—Soy de Cádiz.

—¿Ciudad? ¿O algún pueblo en concreto?

—Cádiz ciudad —dijo ella con una gran sonrisa.

Sus ojos eran muy expresivos.

Me caía bien. Sí, desde el primer momento me cayó bien, se la veía sencilla y sin pretensiones, feliz por el simple hecho de encontrarse donde se encontraba.

De reojo vi que Aaric estaba saliendo por la puerta agarrado a la cintura de Rosinha.

Me invadió una sensación desagradable.

—Y tú eres de Madrid, ¿verdad? —preguntó Berta, ilusionada.

Me pregunté cómo podía caber tanto entusiasmo dentro de una chica tan menudita como ella.

—Sí, sí... —respondí.

Aunque no quise ser maleducada con ella, yo tenía la cabeza en otro sitio y era inevitable que mi maquilladora recientemente contratada no se diera cuenta de ello.

—Creo que han ido al bar —dijo entonces Berta.

—¿Al bar? —pregunté casi con desesperación, aliviada al saber que no iban a una habitación.

¡¿Por qué narices me estaba desesperando tanto?!

Ella asintió con la cabeza.

—Hoy tenemos la primera prueba de maquillaje. —Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría.

Yo tenía pensado ir corriendo al bar y matar a palos a Rosinha.

—Pero, si quieres... —comenzó ella, adivinando mis intenciones—

quedamos dentro de veinte minutos en mi habitación, la dos cero seis, para que puedas hacer lo que tengas que hacer...

Arqué una ceja, sorprendida. Tuve el magnífico presentimiento de que Berta y yo íbamos a ser muy buenas amigas.

Abandoné a toda prisa la sala de reuniones y recorrí el largo pasillo que desembocaba en la recepción. Una vez allí, le pregunté al recepcionista dónde podía encontrar el bar. Me explicó, mediante señas, que tenía que tomar el pasillo que había a mi izquierda y, después, girar a la derecha.

Me encaminé hacia allí mientras se comenzaba a formar un extraño nudo en mi estómago, un nudo de miedo e incertidumbre.

No estaba segura de querer ver lo que Aaric estuviese haciendo con la petarda aquella, pero, por desgracia, la curiosidad a menudo suele vencer al miedo.

Al llegar a la entrada del bar, respiré hondo y planeé una fugaz estrategia para poder observarles sin ser descubierta.

Las puertas eran acristaladas, así que si me asomaba lo suficiente, podría visualizar la barra del bar y, con un poco de suerte, también al cantante, pero tenía que asomarme de tal manera que no pudiesen verme. Entonces hice exactamente lo mismo que solía hacer cuando de pequeña espiaba a mis padres. Me estiré en el suelo y, tumbada, asomé la cabeza por la esquina de la puerta.

Y allí estaban.

Bebiendo, riendo y charlando.

Nada más.

Aquel nudo de mi estómago comenzó a deshacerse paulatinamente, aunque no del todo. Reían demasiado para mi gusto, se miraban demasiado y había demasiado alcohol de por medio. Mientras, yo seguía ahí, tirada en el suelo del pasillo.

Algunos huéspedes me miraban escandalizados, otros sorprendidos y algunos se acercaban a preguntarme si estaba bien.

Aquellos eran los peores porque ponían en peligro mi estrategia de espionaje.

Cuando la situación se me escapó de las manos, no me quedó más remedio que levantarme. Lo que ocurrió fue que a un amable señor se le

ocurrió empezar a pedir a gritos un médico.

Me di cuenta de que Aaric estaba mirando hacia la entrada con curiosidad y tuve que abortar la misión e inventarme una excusa muy disparatada para disuadir a aquel hombre de la idea de avisar a un médico.

Le dije que en ocasiones me mareaba y que me tiraba al suelo para evitar los desmayos, que mi amiga era doctora (eso no era del todo mentira) y que estaba en el hotel alojada conmigo.

El hombre pareció tranquilizarse y me dejó en paz. Salí de allí corriendo antes de que Lodge pudiese descubrirme y subí a la habitación de la maquilladora. A la dos cero seis.

Llamé a la puerta un par de veces.

Ella abrió tan sonriente y dispuesta como había estado durante la charla de Aaric.

—¿Y bien? —me preguntó con avidez.

—Nada. No estaban haciendo nada malo —confesé.

Sin contar nada de Aaric, ni de Rosinha, ni de mis sentimientos hacia ambos, Berta ya se había hecho a la idea de la situación.

—Muchas van detrás de él. No hay que ser muy lista para darse cuenta.

—Ya —respondí con fastidio.

Ella caminó hacia su escritorio, donde había dos sillas, una en frente de la otra.

—Ven, siéntate aquí. Hoy había pensado probar un nuevo *look* contigo. Por lo que ha dicho Aaric, quiere que parezcas una princesa en apuros.

—Ah —musité.

Tomé asiento. Ella comenzó a sacar un potingue detrás de otro. Aquello me ponía de los nervios.

—¿Qué es eso, exactamente? —pregunté con cierto reparo.

Ella rio.

—Es fijador.

—¿Fijador de qué?

—Para que no se te mueva la sombra de ojos.

—Pero ¿la sombra de ojos se mueve?

—Sí, cuando pasan muchas horas.

—Ah.

Nunca había pasado tantas horas con los ojos pintados como para saber si la sombra de ojos se corría o no; sabía que se corría si me restregaba los ojos con las manos, con la almohada o con la camisa de alguien, pero no sabía nada más del misterioso mundo del maquillaje.

Berta se lo estaba pasando de lo lindo, no paraba de reírse ante mi ignorancia. Al final, yo también acabé riendo de las estupideces que decía.

Entonces decidí preguntarle algo que no tenía mucho que ver con el maquillaje:

—Berta, ¿tú podrías aconsejarme sobre una cosa?

—¿Sobre hombres? ¿Sobre Aaric, en concreto? —sugirió ella.

Asentí con resignación.

—¿Cómo sabes si estás enamorada de alguien?

Berta elevó ambas cejas. No se esperaba la pregunta.

—Bueno, yo tengo una teoría. Es un poco disparatada, pero si quieres te la cuento.

No iba a negarme a escucharla, yo era una persona abierta de mente.

—Está bien.

—De acuerdo. Yo creo que cuando estás verdaderamente enamorada o, bueno, sientes algo profundo...

—Ve al grano, por favor —supliqué.

—Yo me suelo considerar enamorada cuando...

—Espera, ¿sueles? ¿Te enamoras todos los días?

Berta sonrió con picardía.

—No. Solo suelo hacerlo una vez al año.

—Vaya, qué alivio —comenté con sarcasmo.

—A ver, déjame terminar de contarte mi teoría.

Asentí con la cabeza. Ella gruñó porque justo me estaba echando colorete con una brocha y la mitad del potingue fue a parar a mi ojo derecho.

—Ahora lo limpio —susurró—. Pero primero, la teoría del enamoramiento.

—Estoy impaciente.

—Considero que estás enamorada de un hombre cuando se cumplen dos condiciones: uno, cuando eres capaz de imaginarte teniendo un orgasmo con él, no solo sexo, el orgasmo es indispensable; y dos, cuando te da igual que te

vea las piernas sin depilar.

Me dejó sin palabras.

La teoría era tan extravagante como su propia autora.

—¿Y por qué el orgasmo?

—Porque si no, no mola... —respondió ella, como si fuera obvio.

Decidí, por la cuenta que me traía, no hacer más preguntas personales y no me atreví a escuchar más teorías.

Cuando terminó la sesión de maquillaje, me despedí de ella con dos besos y le di las gracias por sus extravagantes consejos.

Me dirigí hacia mi habitación, que se encontraba justo en el piso superior. Subí por las escaleras porque mis niveles de paciencia no eran aptos para esperar a que llegara el ascensor.

Noté que volvía a crecer aquel asqueroso nudo en mi estómago. A medida que ascendía, peldaño a peldaño, mi mente me jugaba malas pasadas con Aaric y Rosinha.

Abrí la puerta de mi cuarto, cabizbaja, y cerré al entrar.

Después encendí la luz.

—Sorpresa.

—¡AAAAAAAAAAHHHHHHHHHH!

Aaric volvía a estar tumbado en mi cama. Esta vez, con el pijama puesto, sin mostrar nada, pero el susto fue inevitable, puesto que apareció de sorpresa, como un espectro fantasmagórico. Traté de calmar mi respiración acelerada.

—Veo que te has recuperado de tu desmayo.

—¿Qué desmayo?

—Del que te ha dado justo antes de llegar a la cafetería.

Un sudor frío se apoderó de mí. Me había pillado.

Y vaya pillada.

Yo no sabía hacia dónde mirar.

Entonces Aaric se levantó, caminó directo hacia a mí y me rodeó con sus dos brazos.

—¿Por qué hablabas con ella? —le pregunté. Porque, ya puestos a confesarse, ¿qué más daba preguntárselo?

—Porque es mi amiga —me dijo muy cerca de mis labios.

—Mientes. Los hombres y las mujeres no pueden ser amigos.

—Sí pueden.

—Entonces nosotros también podemos ser amigos —contraataqué.

—No, nosotros no podemos, Leire.

Escuchar mi nombre en sus labios me hizo temblar.

—Estás temblando.

—No.

—Deja de mentir. Sabes que los hombres y las mujeres pueden ser amigos.

—No, no pueden. Tarde o temprano, alguien se acaba enamorando de alguien y todo acaba.

—O empieza —dijo él.

—Acabas de decir que no podemos ser amigos —espeté.

—Yo me he saltado la fase de la amistad —susurró él cada vez más cerca.

Una distancia de apenas unos milímetros separaba su boca de la mía.

No supe qué responder.

Me estrechó contra él y me besó. Fue un beso largo y tierno, muy distinto del que me había dado la primera vez.

Me rendí.

Me abandoné.

Entonces él se detuvo.

—Es tarde. Estás cansada y necesitas dormir.

Se apartó de mí y caminó hacia la puerta que daba a su habitación.

—Que descanses —me dijo antes de desaparecer.

Y ahí estaba yo, de pie, al lado de mi cama, paralizada, con el corazón acelerado y la respiración agitada. Y me dio por razonar, lo peor que podría haber hecho en aquel momento. «El orgasmo me lo imagino seguro, pero lo de los pelos en las piernas... no lo tengo tan claro», pensé.

15. Aqua Virgo

Una guitarra eléctrica rosa yacía en mi ático de Madrid, abandonada, polvorienta y desafinada por el terrible efecto del paso del tiempo, que tiene la mala costumbre de deteriorarlo todo. Me pregunté si debería plantearle a Aaric la cuestión de devolvérsela o si, por el contrario, debería dejarla donde estaba.

Desde luego, no pensaba utilizarla, era demasiado orgullosa como para hacerlo.

Salir en uno de mis vídeos tocando esa guitarra sería como regalarle a Aaric una victoria.

Eran las nueve de la mañana y me encontraba tendida en mi cama, con los ojos abiertos de par en par, como los búhos, y con la mente ocupada en temas triviales, como el de la guitarra rosa, sin ir más lejos.

Así que decidí levantarme. No me llevaría a ninguna parte estar tumbada, despierta y comiéndome la cabeza sin llegar a ninguna conclusión.

Lo mejor era desperezarse y bajar a desayunar al bufé.

Me di una ducha rápida, sin lavarme el pelo, que ya me lo había lavado la noche anterior, y me lo recogí en una larga trenza que caía sobre mi hombro derecho. No me maquillé. Me puse unos *leggings* negros y un jersey blanco, alargado y ceñido, con el cuello alto. El invierno reinaba en toda Europa y los termómetros de Roma no era una excepción a aquel frío glacial.

Afortunadamente, no llovía. El cielo estaba encapotado y amenazante,

pero aún no tenía pinta de comenzar a descargar. Cerré la puerta de la habitación.

Caminé por las baldosas de mármol del pasillo hasta llegar a los ascensores. Descendí a la planta baja y me dirigí al comedor, donde todos los días a primera hora el hotel ofrecía a sus huéspedes un opíparo desayuno.

Nada más entrar, vi a Berta.

Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de manga larga del mismo color. Estaba desayunando sola, en una pequeña mesa que se encontraba en un rincón alejado, al lado de una gran ventana.

Cogí un plato, me serví un cruasán a la plancha y cogí un paquetito de mermelada de una cestita.

Como siempre que iba a algún hotel, me hice un lío con la máquina que servía el café y la leche y me acabé ensuciando de té ardiente. Apreté los dientes por cuánto quemaba.

¿Desde cuándo también había té en aquellas maquinitas tan odiosas? ¿Por qué no venía un amable camarero a servir la leche en una jarra? Yo, que era muy pánfila para según qué cosas, nunca sabía qué botón había que apretar para la leche fría, para la leche caliente, para el café solo, para el *cappuccino*... Además, si bien sabía que tenía que poner mi taza debajo de alguno de los grifos, no sé por qué razón, siempre me equivocaba: nunca acertaba a poner la taza bajo el grifo correspondiente.

Esta vez, acabé rindiéndome; ya tomaría café en algún bar de la ciudad, lejos de aquella inmunda chatarra, a la que miré con cara de pocos amigos antes de ir a sentarme con Berta.

Al parecer, ella había estado observándome todo el rato.

—Si quieres, puedo ir y cogerte un cortado —me dijo nada más llegar.

—Buenos días —espeté con énfasis.

Quise darle a entender que antes de dejarme en ridículo por lo menos debería haberme saludado.

A ella pareció divertirse mi actitud.

—Buenos días —repitió, como si estuviese haciendo una reverencia.

No respondí. Me puse a untar la mermelada en mi cruasán.

—Tus *leggings* ya no son negros.

—Ya, ahora parezco una vaca pinta que hace propaganda de los quesitos

de El Caserío.

—O de la Vaca que ríe —respondió ella con una sonrisa—. Mira ahí.

Ella hizo un gesto hacia la entrada del comedor.

Aaric Lodge había bajado a desayunar.

Le observé mientras se paseaba entre los distintos desayunos disponibles. Me sorprendió que mirara con bastante asco el *bacon* y los huevos fritos, cualquiera diría que era británico...

Se detuvo ante el pan integral y metió dos rebanadas en la tostadora, justo al lado de la inmundada máquina que me había pringado de té y de leche. Después las sacó y dejó caer sobre cada una de ellas unas gotitas de aceite de oliva.

Evidentemente, el cuerpo que tenía no se mantenía solo; él, además de su voz, debía cuidar su imagen, pero me sorprendió su actitud.

Berta chasqueó los dedos delante de mis ojos.

—Despierta. No es buena idea que te encapriches de él.

—Oye, a ti nadie te ha dado vela en este entierro —respondí de la manera más ruda que pude.

—Soy tu maquilladora y, por tanto, estoy destinada a ser tu confidente.

—Si tú lo dices...

Entonces apareció Rosinha en la puerta del comedor, tan distinguida y elegante como siempre. Llevaba una falda de gasa de color grisáceo con vuelo, unas medias tupidas y unas botas altas de ante con un gran tacón. Su melena larga, rizada y trabajada no se quedaba atrás. La que se quedaba atrás era mi trenza, cutre y mal hecha, por no hablar de mi rostro desprovisto de maquillaje.

Sentí unas terribles ganas de echarme a llorar, pero ¿por qué una simple mujer como ella tenía el poder de hacerme sentir tan pequeña?

Además, desde que había aterrizado en Roma no se me quitaba esa incertidumbre, ese temor a hacerlo mal y a que el videoclip se convirtiese en un fiasco por mi culpa.

Estaba muy insegura de mí misma y, por si fuera poco, estaba ella, Rosinha, que con su porte y su belleza innata me hacía parecer una novata.

¿Cómo iba a destacar yo si me iba a ver rodeada de gente como ella?

La vi acercarse a Aaric. Pasó su mano por la espalda del cantante y la

recorrió en una especie de caricia demasiado amistosa.

Lodge pareció sobresaltarse, pero después la saludó con una sonrisa.

Y yo miré a Berta.

—¿Tienes alguna teoría para eso? —pregunté con sarcasmo.

Ella asintió con un convencimiento que casi llegó a sobrecogerme.

—Sí, que la tía es una zorra con pintas.

Me eché a reír. «Extravagante» era un adjetivo que se quedaba corto para describir a Berta.

La risa, sin embargo, no me duró mucho, pues cuando los veía juntos me sentía rara. No sabría cómo explicarlo.

—Yo creo que ya debe estar acostumbrado a tener adulatoras como ella persiguiéndolo —repuso Berta, que ya estaba notando mi cambio brusco de humor.

Siempre me cambiaba el humor cuando veía a Aaric, no podía evitar convertirme en una chica vulnerable y nerviosa, cosa que nunca había sido.

—¿Hay algo planeado para hoy? —le pregunté a mi maquilladora.

—Sí, esta tarde nos contarán cuáles van a ser los escenarios que vamos a usar, la luz y las tomas que van a hacer.

—¿Nada más? —dije con extrañeza.

—No te quejes, aún estamos en los preliminares. Este no es el trabajo de verdad. Eso empezará dentro de un par de días y entonces no te dejarán parar, así que aprovecha para coger fuerzas ahora —me advirtió ella.

—Entonces me iré a dar una vuelta por la ciudad —afirmé.

—¿Tú sola? —preguntó ella, con ganas de que le pidiera que me acompañase. Pero yo no buscaba compañía, quería estar sola, pasear y conocer Roma. Quería ir a una peluquería y hacer algo para que mi pelo tuviese un aspecto más aparente, como hizo Audrey Hepburn en la película *Vacaciones en Roma*, solo que no me lo dejaría tan corto. Adoraba mi larguísima melena. Pero, sobre todo, quería pensar en mi futuro, quería llamar a Lorena por teléfono y mandar un par de WhatsApps a mis amigas, que no habían parado de bombardearme con mensajes desde el aterrizaje.

Y, por encima de todo, no quería ver a Aaric. Necesitaba escapar de mi obsesión por él. Necesitaba huir de ese extraño efecto que provocaba en mí.

—Sí, yo sola.

Le sonreí a Berta a modo de disculpa y me levanté de la mesa. Caminé deprisa hacia la salida de la cafetería. Advertí que Aaric me dirigía una mirada de soslayo, pero Rosinha seguía adherida a él, igual que un pez rémora se pega al tiburón con su ventosa.

De vuelta a la habitación, me maquillé los ojos con un poquito de sombra y una pizca de rímel. Después llamé a Lorena por teléfono.

—No puedo hablar, Leire, estoy trabajando —me dijo rápidamente.

—Solo dos minutos, Lore... Te echo de menos. Venga, solo dime qué cosas, además del Coliseo, tengo que ver en Roma.

—Puf, no acabaría. Mira, tienes que ir, así de primeras, al Vaticano...

—Ya, bueno, el Vaticano también.

—¡No me interrumpas o cuelgo!

—Está bien, está bien...

—Vaticano, Fontana di Trevi, Panteón de Agripa, Foro Romano, San Pablo Extramuros, las catacumbas, Santa María la Mayor, la plaza de Navona, el Castillo de Sant'Angelo.

—Vale, bien. Creo que en un día no me dará tiempo a ver tantas cosas. Tengo que contarte todo lo que ha pasado con Aaric.

—Bueno, llámame luego, Leire. De verdad, no quiero ser desagradable, pero estoy muy ocupada. Un besito. —Y colgó.

Miré la pantalla de mi *smartphone* con desolación. Llevaba menos de un día en Roma y ya extrañaba a mi amiga. En realidad, Lorena era algo similar a una hermana, pero siempre estaba ocupada.

En ocasiones me ponía celosa de su trabajo, que le quitaba tiempo de estar conmigo. Me di cuenta de lo posesiva que podía llegar a resultar, incluso con mis propias amigas.

Fruncí el entrecejo. No, no era posesiva. Con Javi no lo había sido en absoluto; de hecho, era él quien solía tenerme «vigilada». Lo que ocurría es que Lorena tenía muy poco tiempo libre y a mí me gustaba mucho pasar el rato con ella. Con sus consejos, sus chistes y su mera compañía.

Me relajaba tenerla cerca.

Lorena era el tipo de persona que aportaba seguridad y tranquilidad. Era autoritaria y decidida, tal vez demasiado, de manera que en ocasiones pecaba de mandona, pero siempre tenía una solución para todo.

Suspiré. Pensé que sería una buena idea coger un taxi e ir a visitar el primer monumento de mi lista. Después, una vez visto, tomaría otro taxi y acudiría a visitar el siguiente.

Y así transcurrió el día. En primer lugar, fui a ver el Coliseo Romano. Me gustó, pero no me impresionó. Supuse que una de las razones de que no me impresionara era el hecho de que lo había visto tantas veces en foto que, al observarlo en la realidad, se había perdido gran parte del factor sorpresa, pero fui consciente de que era un edificio que había sido de vital importancia en el Imperio romano y que era el testimonio de una época muy significativa de la historia de la humanidad.

Después fui al Vaticano. He de reconocer que la basílica de San Pedro me dejó sin palabras. Además, ascendí a la cúpula, desde donde pude divisar una magnífica panorámica de la ciudad. Entré también en la Capilla Sixtina y me recreé en la escena del Juicio Final, que me impresionó muchísimo, no tanto por la obra en sí, sino por su significado. Miguel Ángel había sido un gran artista.

Cuando salí del Vaticano y regresé a las calles de Roma, me di cuenta de que tenía mucha hambre. Había desayunado muy poco por culpa de Lodge y de su lapa.

Me acerqué a una de esas tiendecitas cuyos escaparates estaban repletos de porciones de pizza. Compré una porción y una lata de Coca-Cola y me senté en un banco para disfrutar del queso fundido con champiñones.

Entonces me di cuenta de que me había sentado particularmente bien aquella visita turística. Estaba relajada y algo más optimista.

¿Por qué me preocupaba tanto por Aaric? No tenía sentido, no era mi novio, no estaba enamorada, o eso creía yo, y él no estaba enamorado de mí, de eso no había dudas.

Tal vez solo sintiese atracción hacia mí y lo más probable es que esta atracción caducara con el paso del tiempo. Por otro lado, el optimismo que me invadía en aquel momento procedía de otro lugar: de la música.

Me propuse hacer muy bien mi trabajo; pondría todo mi esfuerzo en el videoclip. Haría caso de los consejos de todo el equipo, me dejaría guiar por su experiencia y, cuando regresara a Madrid, maquetería la canción que me compuso Javi y la enviaría a algún estudio de grabación, siempre y cuando no tuviese antes alguna oferta derivada del rodaje del videoclip y del *single* que

compartía con Aaric.

Haría de la música mi nuevo trabajo; por fin se me había presentado la oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

Y, por supuesto, me mantendría lo más alejada posible de Lodge, que lo único que lograba era confundirme y distraerme. No permitiría que me apartara de mis nuevos objetivos, pero para ello tenía que estar centrada y motivada.

Sonreí y terminé de engullir la pizza.

Decidí pasear por Roma a la aventura; si me perdía, siempre tenía la opción de coger un taxi y regresar al hotel. Caminé durante horas. Sin quererlo, acabé frente al Panteón de Agripa. Entré y me di cuenta de que tenía un agujero enorme en el techo y, más tarde, descubrí que servía para que penetrara la luz del sol y evitar que el suelo se encharcara por la lluvia. El agujero estaba inclinado de manera que el agua resbalase hacia los laterales de la estancia. Sin embargo, de lo que más disfruté dentro del panteón fue del olor a incienso, a ese incienso especial al que huelen las iglesias y las catedrales, sobre todo en períodos festivos.

Salí encantada y proseguí con mi visita por Roma.

Una hora más tarde llegué a la Fontana di Trevi. Y, en esta ocasión, a pesar de que la había visto en fotos miles de veces, me quedé pasmada.

Era gigantesca, sobre todo en comparación con la placita tan pequeña en la que se encontraba. La fuente ocupaba casi todo el espacio disponible entre los edificios que la rodeaban. La pena fue que estaba repleta de turistas y tuve que hacer un esfuerzo para estar todo lo cerca que yo quería.

Tal vez si tirase una moneda se cumplirían algunos de mis deseos, como ser una cantante famosa y encontrar el amor de mi vida, dos cosas que, en aquel momento, me parecían tan lejanas como imposibles.

Justo cuando tiré la moneda vi a Aaric al otro lado de la fontana. Me dirigió una mirada intensa.

Me sonrojé y giré la cabeza hacia otro lado, pero en menos de un minuto él ya estaba detrás de mí. Se arrimó a mi oído y susurró:

—Qué sorpresa...

Me aparté bruscamente. Había sentido su aliento en mi cuello y me había puesto muy nerviosa.

—Ya. Qué terrible sorpresa.

—¿Tan horrible te parezco? —inquirió él.

No pude evitar sonreír. En realidad, me parecía horriblemente atractivo.

—¿Sabes? Esta fuente se construyó en el final de un acueducto llamado Aqua Virgo.

—Ah —musité—. Veo que lees la Wikipedia.

Me dirigió una mirada de fastidio; había conseguido noquearle o, al menos, eso creía.

—Teóricamente, una virgen descubrió que aquí había un manantial —le dije, orgullosa.

Yo también había leído la Wikipedia.

—Ya. Pero ¿tú crees que era virgen? —me preguntó él.

Arrugué las cejas.

—No tengo ni idea. Pero imagínate la situación: va la chiquilla, emocionada por haber descubierto un manantial, a decírselo al centurión de turno y el centurión le pregunta «¿Eres virgen?». Y ella le contestaría: «¡Sí, por supuesto!» —bromeé.

—Tal vez el centurión le pidió amablemente que abriera las piernas para comprobarlo.

—¡Lodge! —exclamé, escandalizada.

—¿Qué? ¡Es verdad! No logro imaginar otra manera en la que pudieran asegurar que la muchacha era virgen.

—Tal vez no lo fuera. Tal vez solo dijeron que lo era para que así se sostuviese la leyenda de que las mujeres vírgenes tenían cierto halo de pureza y divinidad —respondí.

—Sí, pero pobre chiquilla, si yo hubiese sido ella me hubiese callado.

—¿Por qué estamos discutiendo acerca de la virginidad de una mujer que está bajo tierra?

—Porque aún no me has dicho que me quieres —dijo él, evidentemente bromeando.

Le acuchillé con la mirada.

—Te invito a tomar algo —me dijo antes de agarrarme de la muñeca.

Me arrastró detrás de él a través de la multitud y después entramos en una heladería. ¿Íbamos a tomar un helado en pleno invierno?

—Chocolate caliente para dos, por favor —pidió Aaric en italiano.

¿Cuántos idiomas dominaba?, me pregunté, mirándole visiblemente impactada.

Nos sentamos en una mesita apartada. A los diez minutos un camarero nos trajo dos humeantes tazas de chocolate.

—¿Por qué te has ido sin avisar? —me preguntó entonces Aaric.

No supe qué responder. No tenía por qué haberle avisado.

—Porque tú estabas demasiado ocupado —espeté sin pensar.

Mi subconsciente me traicionaba. En realidad, estaba muy resentida con Rosinha, sus tacones y sus sonrisas malintencionadas.

Aaric echó a reír.

—Estaba desayunando y te has ido corriendo. ¿Sabes? Creo que me estás evitando porque te gustó el beso que te di anoche y no te ha gustado nada que Rosinha se me haya acercado esta mañana.

Me puse roja como un tomate. Estaba alucinando. ¿Cómo sabía todo eso? ¿De dónde se lo había sacado? No mentía, era la verdad, pero no tenía pruebas de todo ello, aunque yo no quería reconocérselo.

—Pues yo creo que te estoy evitando porque me pareces un hombre caprichoso y dañino que no me puede traer nada bueno.

Me miró con intensidad, igual que había hecho cuando nos encontramos en la fontana.

—Me gusta discutir contigo. Haces que todo resulte interesante.

En aquel instante fue él quien me noqueó. Mis mejillas encendidas me delataron.

—¿De verdad eres licenciado en Física? —Cambié de tema lo más rápido que pude y opté por no prestarle demasiada atención a su último comentario.

—En realidad, soy doctor.

Noqueada, una vez más.

—¿Estás doctorado? ¿Y por qué no te dedicaste a ello?

—Porque la música me gusta más. Lo otro me gusta, sí, pero también me aburre a veces. Y no me gusta aburrirme.

He ahí Aaric Lodge: cuando algo le aburría, lo desechaba, aunque fuese la carrera profesional de toda su vida. Yo comprendía a la perfección su pasión por la música, pero, aun así, él era doctor, había estudiado, podría

haber hecho grandes cosas, más serias que unas cuantas canciones comerciales.

—Y me gradué *cum laude* —dijo de repente.

Terminó de confundirme. Parecía un chico tremendamente inteligente, pero daba la sensación de que no sabía qué narices hacer con toda aquella inteligencia.

—Tuviste que trabajar mucho —afirmé.

—La verdad es que no. Me gustaba y me resultaba sencillo. Para mí era como un *hobby*.

—¿Un *hobby*, una carrera de ciencias físicas? ¡Aaric, por Dios! Un *hobby* es hacer senderismo...

Él sonrió. Sus ojos grises escrutaban los míos. Tuve que reconocer que me había impresionado, pero no debía dejarme embaucar por todo aquel historial. Que un hombre sea inteligente no quiere decir, ni mucho menos, que sea el adecuado.

—Podríamos ir juntos a hacer senderismo —dejó caer.

Me resultaba muy difícil seguir su conversación. Cuando menos lo esperaba, daba un giro de ciento ochenta grados.

No respondí. Me terminé el chocolate y me levanté.

Él se levantó al mismo tiempo.

—¿Adónde vas? ¿Ya quieres marcharte? —preguntó de prisa, con una nota de desesperación en la voz.

—Estoy cansada, llevo muchas horas fuera del hotel y necesito dormir —dije.

En realidad no quería irme, lo estaba pasando bien y me resultaba emocionante descubrir los detalles de su historia. Sin embargo, me estaba dejando impresionar y me estaba quedando embobada con sus ojos grises.

No podía estar tan cerca de él.

Salí del local y Aaric me persiguió.

Llamé a un taxi y él subió conmigo. Lodge le indicó al taxista la dirección del hotel, o eso creí en aquel momento.

El taxi se detuvo frente al castillo de Sant'Angelo. Nos bajamos.

—Esto no es el hotel —dije, como si no fuese obvio—. Ya me cansas, Aaric, ¿por qué siempre haces lo que te da la real gana?

—Porque no quiero regresar todavía; si lo hacemos, no podré estar tanto tiempo a solas contigo.

Noté mis mejillas arder de nuevo. Me iba a costar sudor y sangre mantenerme lejos de él. Sobre todo, porque él no estaba dispuesto a dejarme en paz.

—Tu habitación se comunica con la mía, ¿recuerdas?

Él negó con la cabeza.

—Me prohibiste entrar y no pienso desobedecerte.

—Ya lo hiciste ayer, cuando me besaste.

—Pero no pienso volver a hacerlo. A no ser...

Se acercó a mí, agarró uno de mis mechones oscuros y lo acarició con suavidad. Con el otro brazo rodeó mi cintura.

Permanecí inmóvil.

—Que quieras que entre. —Terminó su frase y me besó.

No me resistí. No podía. Me era imposible.

¿Por qué me hacía todo aquello? ¿Por qué tenía que coquetear con otras mujeres y luego venir a decirme que quería estar a solas conmigo? ¿Por qué no se iba a buscar a otra? Yo no quería salir con él, no quería nada con él, o por lo menos eso quería creer yo.

Era famoso, mujeriego, impulsivo y terriblemente atractivo. Tenía todos los ingredientes para que la relación terminara en fracaso.

Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo de una manera peligrosa. El beso aún continuaba. Mi espalda fue pasto de sus dedos. Me aprisionó contra él.

En aquel momento llegué a mi límite; me aparté e interrumpí aquel instante de locura.

Pensé en darle una bofetada, pero no hubiese sido justo porque, en el fondo y no tan en el fondo, había disfrutado de ese beso. Salí corriendo y cogí un taxi que me llevó hasta el hotel.

16. Le gusto. Je, je, je

Sí, allí estaba yo, por fin de vuelta en mi habitación.

Mantuve una seria conversación con mis bragas, que a punto habían estado de desprenderse gracias a Aaric, el cual, con sus dotes persuasivas, casi había conseguido deshacerme de ellas. Me cogió desprevenida en la Fontana di Trevi, me llevó a tomar chocolate, me miró con esos ojos tan penetrantes, me dijo que estaba doctorado en Física y, de repente, todo sucedió.

No fue solo el doctorado, fue su forma de explicarse, como si no le importara el resto del mundo.

«Para mí era un *hobby*», había dicho con chulería.

Imaginé que era perfectamente consciente de que aquel tipo de actitud solía resultar atractiva. Daba la impresión de ser el típico hombre que está de vuelta de todo, que ya ha visto todo y que ya lo sabe todo. Además, había tenido la desfachatez de decirme que discutir conmigo hacía que «todo resulte más interesante», como si yo hubiese aportado algo nuevo a su vida.

Había que reconocerlo, era todo un artista. Sabía lo que tenía que decir en cada momento para activar el mecanismo necesario que hacía resbalar mis bragas, pero yo me resistía, o al menos eso quería pensar.

¿Creía que por ser famoso, rico, inteligente y estar doctorado, además de resultar atractivo y arrebatador, yo tenía que abrirme de piernas? ¿Acaso pensaba que con un beso le iba a dar la llave de mi habitación?

A pesar de todas mis quejas, él seguía pareciéndome atractivo; me quejaba, le criticaba, pero él me gustaba, me había hechizado. Y precisamente por esto, porque en el fondo me gusta y mucho, me tumbé en la cama con una sonrisa de idiota pensando: «Le gusto».

Afortunadamente, no tuve demasiado tiempo para recrearme en esta idea, porque llamaron a la puerta.

Resoplé, fastidiada y molesta porque alguien hubiera osado irrumpir en los derroteros de mi imaginación. Aun así, era consciente de que, como solía decir una gran escritora de novelas románticas, la imaginación es un arma de doble filo que, aunque te permite valorar las distintas posibilidades de futuro, es capaz de crear expectativas tan irreales como inalcanzables que acaban por frustrarte de por vida, omitiendo, además, las frustraciones que dichas situaciones conllevan.

Por eso, en el fondo, agradecí aquella oportuna interrupción de mis devaneos imaginativos, gracias a los cuales ya me veía casada con Aaric y con tres hijos.

Me sorprendió encontrar en mi cabeza aquella mentalidad tan medieval; parecía que llevaba toda la vida esperando al perfecto caballero andante con el cual formar un matrimonio perfecto y tener hijos maravillosos y fantásticos. Yo era la princesa que, desde lo alto del castillo, convertido en un ático de Madrid, esperaba a ese príncipe, custodiada por un dragón que tenía el cuerpo y el rostro de Javi, mi exnovio.

Contuve la respiración antes de mirar por la mirilla. Por un instante, me ilusionó la idea de que Lodge hubiese venido a buscarme para continuar con aquel beso tan calenturiento, pero no se trataba de él.

Abrí la puerta.

—Hola —saludó Berta, tan contenta como siempre.

—Hola —saludé yo, tan... como siempre.

Sin yo invitarla a entrar, ella atravesó el umbral y fue directa a sentarse en mi cama.

—Jo, qué cuarto tan guay tienes... Este mola más que el mío.

Elevé ambas cejas. ¿Qué más daría? En el fondo, todos los cuartos servían para lo mismo: estar en la cama, independientemente de lo que hiciera cada uno en ella.

—Pues si quieres te lo cambio. Si abres esa puerta —señalé la

comunicación que había con el cuarto de Aaric— entrarás en la habitación de Lodge.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella con tono de sorpresa.

Lo dijo como dando un gritito de emoción. Parecía que iba a darle un síncope, pero enseguida se puso seria.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, consternada.

Y se echó a llorar.

«Vaya, y yo que creía que era la única que tenía problemas», pensé.

Me senté a su lado, sin saber bien qué hacer. La única persona que había llorado delante de mí en toda mi vida era Lorena y, normalmente, lo que le ocurría podía resumirse en un par de cosas: o había tenido algún problema en el hospital, o era una cuestión puramente hormonal (véase menstruación, síndrome premenstrual o mala leche estacional, esa que sufrimos todas y que sufren los de nuestro alrededor)

¿Qué le ocurriría a Berta?

—¿Puedo ayudarte? —pregunté con todo el tacto que pude.

—¡No! —sollozó ella.

Con un poco de temor, le di dos palmaditas en la espalda.

—¡Me ha dejado! —gritó a voz en cuello.

No tuve el valor de pedirle que bajara el volumen. Parecía estar pasándolo tan mal...

—¿Quién te ha dejado?

—Mi novio, ¿quién va a ser?

—No sé, tu novia... —traté de bromear.

Pero solo logré empeorar la situación.

—¡Oye! No soy lesbiana, ¿insinúas que no soy femenina? ¡A ver si vas a ser tú la marimacho!

Abrí mucho los ojos. La cosa se estaba poniendo fea.

—Vale, no quería decir eso. ¿Llevabais mucho tiempo juntos?

Por la intensidad del llanto, hubiese jurado que se trataba de una relación bastante sólida. Parecía que hubiera estado con aquel chico desde siempre.

—¡Sí! Es el que más me ha durado.

—Bueno, cálmate. A lo mejor es una crisis pasajera.

—¡No! Te equivocas... Me ha mandado a paseo. Dice que tiene cosas

mejores que hacer.

—¿Y cuánto tiempo llevabas saliendo con él? —le pregunté mientras me preguntaba a mí misma cómo le había sido posible aguantar a un tío tan capullo durante tanto tiempo.

—Hmm... Un mes.

Arqueeé una ceja y a punto estuve de soltarle un improprio. ¡Un mes! ¿Y aquello era lo que más le había durado?

—No, espera. Solo llevabais un mes. A eso todavía no se le puede calificar de relación exactamente.

—Ah, ¿no? —dijo ella con una visible indignación.

—Pues no. Ni siquiera os habrá dado tiempo a conoceros. ¿Erais amigos desde hace tiempo? —Tanteé el terreno con aquella pregunta. Tal vez estuviese triste porque había perdido a una persona que le importaba realmente.

—No, bueno, más o menos. Le conocí en una fiesta, una noche que iba un poco mal... Estaba triste y él estaba ahí y me contó unos chistes y me animó... Le di mi teléfono y empezamos a salir... Y en la cama... Pff... Nunca lo he pasado tan bien.

—A ver, Berta, ya pasó. Tranquila.

—¿Cómo que tranquila?

Cierto, no podía pedirle que se tranquilizara. Conoció a un chico guapo que le dijo dos cosas, se acostó con él repetidas veces y ahora el idiota en cuestión se había cansado y la había mandado a paseo.

Aquella era una situación bastante habitual, pero ante ella Berta se hundía más y más en un nicho que ella misma se había cavado.

Me pregunté si aquella era la primera vez que le ocurría aquello o si, por el contrario, era una situación rutinaria en su vida.

—¿Es la primera vez que te pasa esto?

Entonces ella se echó a reír.

—¡Qué va! Seguramente en un par de semanas se me haya pasado —dijo mientras se secaba las lágrimas con la manga de su camiseta negra.

—Bueno, entonces estoy más tranquila. Aun así, creo que deberías tomarte más en serio el tema de salir con desconocidos... Deberías esperar a conocer más a los hombres con los que sales... No sé cómo explicártelo.

—Sí, todas mis amigas me lo dicen... Pero soy muy enamoradiza, ¿sabes? Es muy fácil encandilarme, sobre todo si el chico en cuestión es guapo.

—Así no te van a tomar en serio nunca, Berta. Además, recuerda que lo que menos nos cuesta conseguir es lo que menos valoramos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que ninguno de tus posibles novios te valorará si te entregas a ellos así por las buenas. Además, tendrías que ser más selectiva —dije con cierta audacia.

Me acordé de Aaric. ¿Estaba, acaso, siendo selectiva o también me estaba dejando encandilar con relativa facilidad?

—¿Selectiva? Creo que todo el mundo merece una oportunidad —se defendió ella.

—Sí, Berta, pero no a tu costa, ni a costa de nadie. El que quiera una oportunidad, que se la curre.

Entonces mi maquilladora comenzó a llorar de nuevo. Se acurrucó en mi regazo. Me quedé paralizada. Era sorprendente la velocidad con la que esta chica me estaba cogiendo confianza.

—¿Sabes? A veces pienso que nadie me quiere.

Escuchar aquello me dio mucha tristeza. Le acaricié el cabello.

—¿Y tus padres? Tu familia seguro que te quiere y que ahora mismo te echa de menos.

—Sí, bueno... Soy adoptada. Ellos me quieren, sí, pero no me siento parte de la familia. Además, aunque me quieran, se nota que no encajamos, somos muy distintos... En ocasiones pienso que me ven como la oveja negra de la familia... Siempre he sido muy rebelde, ¿sabes? Les desobedecía, llegaba tarde a casa, tonteaba con muchos chicos, suspendía... Creo que solo lo hacía para llamar su atención.

—Vaya, no lo sabía. Supongo que no es fácil ser adoptada. Sobre todo, por el tema de que siempre te quedará la duda de quiénes son tus padres biológicos —dije con voz queda.

Me había impresionado.

—Sí... y no... —contestó ella entre suspiros—. A veces me rebelaba contra el hecho de que me hubiesen acogido en la familia... Sé que en el

fondo es egoísta e injusto. Hubiese vivido peor en un orfanato, pero no me sentía parte de ellos. Y los quiero, son mi familia y siempre estaré ahí cuando me necesiten... Pero no tengo la sensación de ser la hija de mis padres ni la hermana de mis hermanos, ¿entiendes? Me siento perdida.

Rompió a llorar aún con más fuerza.

Yo estaba aturdida. De un momento a otro, mi maquilladora había llamado a mi puerta, se había tumbado en mi cama, se había echado a llorar y me había relatado todos los dramas de su vida, estando yo convencida de que, si venía a mi habitación, era para algo relacionado con el videoclip, alguna prueba de maquillaje u otra cosa por el estilo.

—Bueno, a cada uno nos pasan unas cosas. Supongo que tendrás que superarlo en algún momento. Tienes una familia y no estás sola, tal vez no sea lo que tú más desees, pero es lo que la vida te ha dado y tienes que alegrarte por ello. En el momento que asumas tus circunstancias, te sentirás mejor contigo misma.

Me miró de reojo. Estaba pensativa.

—Es la primera vez que me dicen eso —susurró.

—¿De verdad?

—Sí, normalmente se compadecen de mí y me dicen que «pobrecita».

De esta manera, Berta entraba en su espiral de autocompasión y no salía de ella. Se refugiaba en el «pobrecita» para poder seguir haciendo todas las locuras que se le ocurrieran.

Comencé a entender el origen de sus extravagantes teorías.

—Pues eso no es bueno. No tienes tantos problemas como crees, aunque los propios suelen parecer siempre los peores. Míralo desde otra perspectiva: tienes un trabajo que te gusta; seguro que también tienes amigas; tus padres están dispuestos a apoyarte, son tu familia y no estás sola. Además, eres guapa y alegre. Creo que tienes muchos recursos para tener una vida feliz y debes aprovecharlos.

Ella pareció sorprenderse aún más.

—¿Crees que debería de dejar de salir con chicos?

—No, en absoluto —dije con seriedad—. Tienes que elegir al chico que te guste de verdad, no al que te haga caso a la primera de cambio.

Berta asintió con gravedad. Parecía haber descubierto un nuevo mundo a

través de mis palabras.

Me sentí orgullosa de mí, estaba inspirada. En otra ocasión, a lo mejor, la hubiese mandado a freír espárragos.

Pensé que tal vez se debiera al beso que me había dado Aaric, que, contra todo pronóstico, me había puesto de buen humor.

El timbre volvió a sonar. Fui a abrir la puerta, pero se me olvidó mirar antes por la mirilla.

—*Hello* —saludó Aaric, apoyado sobre el marco de la puerta de modo que se le marcaba el tríceps a través de su camisa blanca de una forma muy *sexy*.

Tragué saliva. Si él hubiese querido, me habría rendido a sus pies en cualquier momento, pero, gracias al cielo, no venía con esa idea.

—En diez minutos en la sala de reuniones.

Se inclinó y me dio un suave beso en la mejilla.

Enrojecí. Él sonrió y se fue.

Me propuse darle un buen bofetón la próxima vez que se atreviera a besarme, independientemente de dónde lo hiciera. No podía consentir su actitud, le estaba dando a entender que era suya o, por lo menos, que no me negaba a tener contacto físico. Le estaba dando alas y no podía permitírmelo; mejor dicho, no podía permitirselo.

Tenía que establecer una distancia, si no, acabaría con orgasmos y frustraciones de más, me usaría, se acostaría conmigo y luego me haría lo que le habían hecho a Berta: me abandonaría con el corazón roto, se iría a por la siguiente presa y después me dedicaría alguna de sus canciones misóginas.

No sé por qué razón, Rosinha me vino a la cabeza justo en ese momento. Se me revolvió el estómago nada más pensar en esa zorra. Ella sí que tenía problemas, problemas conmigo.

Regresé junto a Berta y le comenté que teníamos que bajar a la sala de reuniones. Ella me contestó que no estaba de humor y que, si no me importaba, se iría a dormir y ya al día siguiente yo le contaría las novedades.

Me sentí inquieta ante la idea de acudir sin Berta a la reunión; aunque estuviese más bien desquiciada, era lo más cercano a una amiga que tenía allí en Roma, porque, como era lógico, la zorra de Rosinha, cuya presencia no entendía, pues no era maquilladora ni productora, solo una perrita faldera, no

iba a convertirse en mi confidente.

Me puse unas manoleínas negras que iban a juego con mi jersey de cuello alto blanco y negro. Cogí el teléfono móvil y la cartera y salí de la habitación.

Bajé a la sala de reuniones.

Curiosamente, solo había allí cuatro personas: Aaric, un chico también alto de pelo oscuro y ojos negros, Rosinha y la mujer bajita y regordeta que había visto la última vez.

Al verme en la entrada, Lodge me saludó con un gesto y me ordenó que me acercara a él y al chico de ojos oscuros.

—Leire —me dijo Aaric con su tono profesional que tanto intimidaba—. Él es Chris Damon, el productor que lleva el rodaje.

Damon me estrechó la mano.

Sus ojos oscuros me atraparon casi al instante. Parecía simpático y cordial, pero con un matiz peligroso que hubiese atraído hasta a la monja más santa. Tenía el pelo muy corto, rapado a lo militar, pero era guapo, muy guapo. Llevaba una americana marrón y unos pantalones grises. Sus zapatos eran unos mocasines negros brillantes. Me fijé que tenía unos pies bastante grandes, no sé si gastaría un cuarenta y seis o un cuarenta y ocho. De lo que no había duda era de que sus pies iban en consonancia con su cuerpo; él era alto y grande, sobre todo grande.

Entonces me sonrió, delatando aquel halo de peligro que lo envolvía...

Le devolví la sonrisa.

—Tenía ganas de conocerte. —Al parecer, Damon hablaba el español sin ningún problema.

—Vaya. —Me había dejado sin palabras.

Él sonrió de nuevo. Sus dientes eran blancos y estaban perfectamente alineados.

Aaric interrumpió bruscamente nuestro cruce de miradas. Me agarró del brazo y prácticamente me arrastró hacia la mesa grande que había en la sala.

Allí había unos cuantos cuadernillos de tapa roja apilados unos encima de otros.

—Aquí tienes todo lo que vamos a rodar. Coge uno y estúdiatelo. Vamos a rodar cuatro vídeos con la misma canción. Uno en el coliseo, otro en tu

habitación...

—¿En mi habitación? —pregunté.

—Sí, ya verás por qué. Otro será en la fontana y el último lo grabaremos en un callejón.

—¿En un callejón...? —repetí con sarcasmo.

—Deja de repetir todo lo que yo digo —dijo él, claramente molesto.

Tragué saliva. Cuando estaba concentrado se ponía muy brusco, pero aquella agresividad era diferente. Le conocía, le había visto trabajar, sabía diferenciar entre los momentos en que estaba concentrado y los momentos en que estaba cabreado.

Y, en aquel instante, estaba particularmente enfadado, pero desconocía las razones.

Le hice caso, agarré uno de aquellos cuadernillos y me dirigí hacia la puerta. No tenía ganas de tratar con un Aaric enfadado y arisco. Y, aunque Chris Damon fuese un bombón, no estaba de humor como para bailarle el agua, sobre todo porque no dejaba de ser mi jefe.

De reojo vi a Rosinha, que se encontraba al lado de Aaric; ambos mantenían una conversación, al parecer jocosa y trivial, bastante animada.

Tuve una punzada de celos bastante inoportuna, porque justo en ese momento Chris Damon se puso frente a mí y me dijo:

—Te llevo a tomar una copa.

Y yo, que quería dejar a Aaric con un palmo de narices, le respondí:

—Encantada.

Me ofreció su brazo y lo agarré. Note los ojos grises de Aaric clavados en mi espalda.

Caminamos hasta el bar del hotel, donde yo había fingido un desmayo delante de algunos huéspedes en un intento por espiar a Lodge. Sin embargo, aquella vez sería diferente.

Nos sentamos en la barra.

Fue curioso porque apenas hablamos, nos limitamos a mirarnos y a sonreírnos.

Yo intuía lo que vendría después; Damon me estaba dando todas las señales y yo entendía perfectamente lo que quería.

En mi cabeza ya habían saltado todas las alarmas; sin embargo, las ignoré

y le seguí el juego. En el fondo, lo que realmente esperaba era que Aaric escarmentara y dejara de hacerle caso a la zorra.

—Eres muy guapa. Estoy seguro de que el videoclip será un éxito solo por el hecho de contar contigo.

El productor me cogió la mano y la besó con sensualidad. Fui a advertir a mis bragas, pero me di cuenta al instante de que ellas no estaban por la labor de desprenderse.

Aquello ocurría solo con Aaric, no sé por qué.

No tardé mucho en comenzar a arrepentirme de haber aceptado aquella invitación. Los coqueteos incesantes de Damon comenzaban a abrumarme y sabía que tenía poco tiempo hasta que él se sintiera lo suficientemente seguro como para llevarme a su habitación y quitarme la ropa encima de su cama.

—Me tengo que ir —le dije de repente.

Advertí un atisbo de decepción en su mirada, el orgullo masculino había quedado herido. Deduje que le había dejado llegar demasiado lejos como para después rechazarlo, pero yo le seguía la corriente solo para darle celos a Aaric, del cual, por desgracia, no había ni rastro.

—¡Socorro! ¡Un médico! ¡Por favor! —gritó una señora desde la entrada.

La oportunidad me vino que ni pintada. Salí corriendo, fingiendo preocupación por la pobre enferma, y me alejé del productor.

Agradecí aquel chivo expiatorio gracias al cual pude escabullirme de las intenciones de Damon.

Cuando llegué a la puerta acristalada del bar, me encontré a Aaric Lodge tirado en el suelo tratando de acallar a aquella mujer chillona que pedía un médico.

Eché a reír a carcajada limpia. La cara de Aaric era un poema.

Entonces, se levantó y me agarró de la muñeca con brusquedad, al igual que había hecho en la sala de reuniones. Me llevó hasta la entrada del hotel y llamó a un taxi; casi no tuve tiempo ni de pensar.

Tardamos diez minutos en llegar al Castillo de Sant'Angelo, lugar por el cual tenía una extraña fijación. Una vez hubimos bajado del taxi, Aaric me llevó hasta un banquito de madera que había cerca de la fachada del castillo. Eché a reír de nuevo mientras él me miraba, como si intentase contener la risa. Al final, también acabó estallando en carcajadas.

Estábamos sentados el uno al lado del otro. Él alargó su brazo y me rodeó los hombros.

—No te fíes de Damon.

Sonreí. Lodge estaba muy celoso.

Objetivo conseguido, pero ¿qué pasaba con Rosinha?

—No te fíes de Rosinha.

Entonces él echó a reír de nuevo. Enredó uno de sus dedos en mi cabello y me obligó a girarme hacia él. Me miró fijamente. Con su otro brazo me rodeó la cintura y me aproximó más a él.

Estábamos tan cerca... Su aliento llegaba hasta mi cuello. Mi nariz rozaba la suya.

Estuvimos así durante unos minutos. Ninguno se atrevía a avanzar más.

—¿Por qué me sacaste a cantar en el concierto? —pregunté con voz queda, casi en un susurro. No quería romper aquel momento mágico.

—Porque te reconocí entre la multitud.

—No te entiendo.

—No te acuerdas de mí, pero yo sí me acuerdo de ti. Hace ya casi un año, en una discoteca, en Serrano. En Madrid. Bailamos juntos, te besé, pero no lo recuerdas. Luego alguien te apartó de mí y no volví a verte en toda la noche. Pero te recordaba perfectamente. Y de repente ahí estabas, en mi concierto, en primera fila...

Tragué saliva. Intenté hacer memoria, pero no recordaba haber besado a nadie en ninguna discoteca, nunca... Solo hubo una ocasión en la que estuve a punto de cometer una locura, pero iba muy borracha... Fue el día que Javi me había llevado de vuelta a casa, el día que me despidieron.

Recordé que, efectivamente, yo había estado bailando con un extraño vestido de traje.

—Un momento, no llegamos a besarnos —dije—. Era imposible que fueses tú.

—Pues sí, te besé. —Él se acercó a mis labios aún más.

—No me acuerdo —susurré, inmersa en su mirada gris, que con la luz de la luna parecía cristalina.

—Si quieres, puedo ayudarte a hacer memoria.

No dije nada. Entonces, me besó apasionadamente, casi con violencia.

Le respondí, casi con las mismas ganas. Él me agarraba con sus dos brazos, me tenía bien sujeta. Su barba de un par de días me raspaba los labios y me subía la temperatura. Me cogió de la cintura con ambas manos y me puso a horcajadas sobre él, sin dejar de besarme.

Di un respingo cuando noté una de sus manos ascender por mi pierna derecha hasta mi glúteo; después me pegó a él e introdujo su otra mano por debajo de mi jersey.

Mis bragas estaban calladitas y yo también. No tuve el valor de recriminarles nada.

Me estaba dejando llevar.

Aaric me desabrochó el sujetador.

Parecíamos dos adolescentes, allí engarzados en un banco, en medio de Roma, frente al Castillo de Sant' Angelo.

Me daba vueltas la cabeza y, entonces, tuve vértigo ante la posibilidad de perder el control sobre mis actos.

—Te quiero, Leire —susurró él.

Sentí que me desmayaba.

17. Los zapatos también mienten

Lorena examinaba sus zapatos nuevos. Había sido una mala idea estrenarlos aquel día.

Normalmente no pasaba demasiado tiempo de pie, lo habitual era permanecer sentada delante de un ordenador durante más de la mitad de la jornada hasta acabar con el culo cuadrado, y el resto del tiempo lo pasaba de un lado a otro, de habitación en habitación y de paciente en paciente.

Sin embargo, ese día no tuvo ni un mísero minuto para sentarse y sus talones lucían unas ampollas bastante importantes.

Cada paso que daba era un auténtico suplicio. Las uñas se le clavaban en la punta de aquellas manolequinas, sus talones resbalaban y se desgarraban cada vez que elevaba el pie del suelo. Lorena tenía la sensación de estar pisando alfileres incandescentes.

Era imposible caminar; era una verdadera tortura china.

En aquellos instantes se encontraba de camino a los laboratorios del hospital para recoger unas analíticas que le urgían para poner a una señora en tratamiento.

Su pelo estaba recogido en una trenza que le caía sobre el hombro izquierdo. Llevaba unas gafas de pasta marrones que contribuían a resaltar sus brillantes ojos oscuros.

La bata estaba hecha una mierda. No había pasado por la lavadora desde

que Leire se había marchado a Roma y de eso hacía ya dos semanas. El blanco había dejado de ser blanco. La prenda ahora lucía un matiz amarillento mezclado con el negruzco propio de la roña cuando se acumula.

El negro de la bata hacía juego con sus angustiosas ojeras, que no abandonaban nunca el contorno de sus ojos.

Lorena decidió que, en cuanto tuviera una tarde libre, se iría al Corte Inglés e invertiría una parte de su sueldo en hacerse con un buen arsenal de cremas hidratantes y antiojeras. No le vendría mal un corrector, pero seguramente subiría demasiado su presupuesto, una vez compradas las cremas.

Llegó al laboratorio. Al leer los resultados, suspiró de alivio; su paciente no necesitaría un antibiótico muy potente para deshacerse de aquellas bacterias.

Caminó de vuelta a su sala de trabajo. Entonces un pequeño teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo superior de su bata. Era un Nokia viejísimo, de esos que llevaban el *Snake*, y se utilizaba como busca, herramienta muy útil entre los médicos del hospital.

—Márquez —respondió ella.

—Lorena. —Su doctora adjunta estaba al otro lado del teléfono.

—Sí, dime.

—Hay aquí una señora en Urgencias que quiere verte. Dice que es familiar tuya.

—¿Cómo se llama?

—Pues algo así como... Marta, María, Mar... No sé, tú ven. Está en el box número 8.

—Voy. Una cosa...

—Rápido, Lore.

—¿Quién la ha traído?

—Ha venido sola. Ella misma llamó a la ambulancia desde su domicilio.

—De acuerdo.

Y colgó.

Corrió hacia la habitación de la paciente infectada. Corrió sobre alfileres, agujas, clavos y cualquier objeto punzante que se pueda imaginar: todos ellos se encontraban dentro de sus manoleínas, que, sin embargo, en el escaparate

le habían parecido muy cómodas y útiles para sus maratónicas jornadas de guardia.

En ese momento, no había ninguna clase de apósito capaz de solventar las enormes ampollas que se habían formado en el dedo gordo del pie de Lorena.

Se detuvo para recetar un antibiótico a una paciente, antibiótico que el Departamento de Enfermería se encargó de administrar debidamente, y, de nuevo, corrió hacia Urgencias en el hospital.

Sus tobillos dolían tanto que hubiese jurado que estaban ensangrentados.

Recorrió un par de pasillos, de unos diez metros cada uno; descendió un piso por unas escaleras mecánicas y atravesó una puerta acristalada. Llegó a Urgencias y buscó el Box número ocho con la mirada.

Cuando dio con él, asomó la cabeza por el umbral de la puerta para ver quién era aquella paciente.

Se encontró una desagradable sorpresa.

Sobre una cama se hallaba una mujer más o menos entrada en años, de unos cincuenta, que estaba inclinada sobre su lateral derecho. No pudo verle la cara.

La paciente en cuestión estaba vomitando en una palangana. La auxiliar de enfermería la sostenía y a la vez le apartaba el pelo de la cara. El olor era terrible, bastaba ver el rostro de la heroica enfermera.

Lorena salió del box y decidió esperar a que concluyese aquel espectáculo.

Pasados cinco minutos, la heroica y valiente auxiliar de enfermería salió con la palangana.

—¿Ya está mejor? —le preguntó Lorena.

—Sí. Ahora la que va a potar soy yo. —Y se marchó.

La vio encaminarse hacia el baño de mujeres.

Lorena se armó de coraje y entró en el box.

Los boxes de Urgencias eran pequeños cubículos en los que cabían dos camas, que normalmente solían estar ocupadas por aquellos pacientes que peor estaban, los que llegaban inconscientes, mareados, asfixiados o doloridos en exceso.

La señora que acababa de vomitar estaba tumbada boca arriba con los ojos cerrados. Lorena tardó un minuto en reconocerla; el tiempo necesario

para identificar a una persona que habitualmente veía vestida, maquillada y peinada con otra que estaba semidesnuda, pálida, llorosa y con el pelo grasiento.

—Marina —susurró Lorena.

Marina abrió los ojos.

Se trataba de la madre de Leire.

No era exactamente familiar de Lorena, pero dado que Leire y su madre no tenían más familia que la una a la otra y que Leire estaba fuera del país, ella podría considerarse como su pariente más cercano.

Lorena tuvo la sensación de que sus intestinos se estrangulaban y se retorcían con la intención de colapsar y hacerle vomitar. Misteriosamente, el dolor de sus pies se había volatilizado. La adrenalina era tal que se hubiese sentido capaz de correr en una maratón si con ello hubiera solucionado algo.

Lo primero que pasó por su cabeza fue que tenía que avisar a Leire cuanto antes, pero después recordó el videoclip de su amiga.

Marina abrió los ojos, se llevó ambas manos a la cabeza y se estrujó las sienes.

—Me duele... —gruñó.

Lorena se acercó, apoyó su mano sobre el hombro de Marina y trató de examinarla. Su estado era deplorable.

—Mírame. —Marina levantó la vista.

Una mirada nublada por el dolor y el malestar; una mirada enferma, hundida y anémica.

Lorena sacó su pequeña linternita y apuntó a las pupilas de la madre de Leire. Ambas se contrajeron con normalidad. Torció el gesto en ademán de concentración.

—¿Puedes contarme, poco a poco, qué es exactamente lo que te duele? — Le habló con delicadeza y suavidad, casi con dulzura.

Marina asintió con la cabeza, con un movimiento ansioso y espasmódico. Lorena esperó pacientemente.

—Pues... —Hablaba con dificultad. No encontraba las palabras—. Pues...

—¿Sabes dónde estás? —preguntó Lorena, que ya comenzaba a sospechar que el nivel de consciencia de Marina parecía estar ligeramente

alterado.

—Sí, sí... El hospital...

Lorena respiró. Bien, era un buen comienzo.

—¿Y sabes qué día es hoy?

—Lunes —contestó ella.

—De acuerdo —respondió Lorena con calma.

Con toda la calma que pudo reunir, porque no era lunes, era sábado.

—Me duele mucho la cabeza, mucho... Me va a estallar —gimió Marina.

A Lorena se le aceleró el pulso. Se le ocurrían muchas cosas, muchos diagnósticos; todos muy poco favorables.

—¿Podrías decirme desde hace cuánto tiempo?

—Ah... —dijo Marina mirando al techo. Parecía que a ratos entraba y salía de su trance particular.

—Vamos, cielo. Dime. —Lorena era lo más cariñosa que podía.

—Un par de meses... Pero no tanto... Ahora mucho... Antes se me pasaba con una pastilla... Ahora no... Y vomito mucho... Todos los días... Desde hace una semana... Pero esta noche no he parado de vomitar... Me encuentro mal, me duele, me mareo...

—Bien. Tranquila... Ahora intenta dormir.

Lorena comprobó que, efectivamente, le habían administrado un opiáceo para calmar sus dolores, por eso estaba un poco confusa y somnolienta.

Aun así, el pronóstico no era muy prometedor.

Se sentó en uno de los ordenadores de Urgencias y revisó los análisis de sangre de Marina. De tanto vomitar tenía el potasio por los suelos, pero ya había un médico allí que se había encargado de remediarlo. Esto explicaría también aquel estado soporífero del que entraba y salía de forma intermitente.

Lorena le comentó a su doctora adjunta lo que había averiguado acerca de la situación de Marina, sus dolores de cabeza y sus vómitos, y también le contó que era la madre de su mejor amiga y que, salvo por la propia Lorena, estaba completamente sola.

Marina era viuda desde hacía ya unos años.

También le comentó que Leire, la hija de la paciente, se encontraba fuera del país en aquellos momentos.

Su adjunta, la doctora Del Álamo, pidió que le realizaran a Marina un

TAC. La imagen obtenida sería una herramienta clave para su diagnóstico. Tal vez hubiese que ingresarla y trasladarla al Departamento de Neurología.

Todo le resultaba tan frío a Lorena... Ella no podía evitar actuar como un médico más. Sin embargo, estaba desasosegada e inquieta y temía transmitirles a sus pacientes aquel sentimiento de inseguridad.

No sabía qué hacer. ¿Debía avisar a Leire? Si la llamaba, tal vez echaría a perder el videoclip entero y tiraría por tierra la carrera musical de su amiga, pero tenía derecho a conocer el estado de salud de su madre, que, a su vez, tenía derecho a que su hija cuidase de ella.

Lorena regresó al box número ocho, donde estaba la madre de su amiga, quien, en repetidas ocasiones, había ejercido de madre también con ella.

—Lorena... —balbució ella, entre el sueño y la vigilia.

—Sí, estoy aquí.

Lorena agarró su mano y la estrechó con fuerza.

—Prométeme que no le vas a decir nada a Leire.

Lorena respiró profundamente, tanto que, al minuto, comenzó a hiperventilar. Rezó para que el escáner no desvelase ninguna enfermedad importante, para que se tratase sencillamente de una crisis pasajera de migrañas, para que aquellos dolores de cabeza no fuesen el inicio de una cuenta atrás; de ser así, tendría que avisar a Leire sí o sí. ¿O no?

¿No prohíbe la ley que un médico informe a alguien a quien el paciente no quiere informar, sobre todo cuando el paciente lo ha dicho expresamente? Lorena estaba, una vez más, entre la espada y la pared y solo le quedaba una opción: intentar razonar con Marina de la mejor manera posible, si es que existía la manera de razonar con una persona en aquel estado.

Míster Interesante irrumpió de repente en el box.

Lorena se sobresaltó. Se miraron directamente a los ojos.

Sin mediar palabra entre ambos, Míster Interesante comenzó a explorar a Marina. Repitió el mismo procedimiento que había utilizado Lorena antes: apuntó hacia sus pupilas con la linternita y comprobó que, efectivamente, se contraían de manera simétrica.

Después le cubrió el ojo izquierdo con su mano izquierda y situó el dedo índice derecho sobre el ojo derecho de la paciente.

—Marina, avísame cuando dejes de ver el dedo.

Movió lentamente el dedo índice de izquierda a derecha.

—Ya —susurró ella.

Míster Interesante miró de reojo a Lorena con preocupación.

Lorena, entonces, le preguntó a Marina:

—¿Has tenido dificultad para ver últimamente?

Marina se quedó pensando y después respondió:

—No, siempre he llevado gafas... Aunque, bueno, últimamente estoy un poco torpe... Me doy golpes con todo...

El doctor de ojos azules frunció el entrecejo. Claramente, el campo de visión de Marina era menor de lo normal.

Míster Interesante salió del box. A Lorena le temblaba todo el cuerpo. A duras penas logró sentarse en el sillón que se encontraba en el lado derecho de la cama. Después enterró el rostro entre las manos, balanceando su cuerpo hacia delante y hacia atrás.

Pasados unos minutos, observó de nuevo a Marina. Había cerrado los ojos y respiraba profundamente, tal vez demasiado.

Lorena no se atrevió a dejarla sola de nuevo.

Al rato, vino una enfermera acompañada por dos celadores, dos hombres altos y fuertes vestidos con un pijama azul claro, para llevársela al Departamento de Radiología.

Me vi a mí misma en una diminuta pantalla del estudio de grabación.

Estaba agotada, todos mis músculos me suplicaban un descanso y mis párpados se caían en cuanto me descuidaba, pero tenía que aguantar. Ya había hecho lo difícil: había caminado bordeando todo el Coliseo vestida con una sábana de princesa romana mientras fingía cantar. La temperatura ambiental era de cinco grados, así que cada pocos minutos había que detener el rodaje para abrigarme y abastecerme de sopa caliente, de lo contrario habría muerto, como diría Lorena, de hipotermia. Y menos mal que solo tenía que vocalizar la letra de la canción, porque, con el frío que tenía en el cuerpo y la tiritona que llevaba, en lugar de una chica joven con una voz bonita hubiese parecido una anciana demente en mitad de una crisis parkinsoniana.

Al observarme con detenimiento, me permití elogiarme a mí misma. Sin duda, Berta había realizado un trabajo exquisito con el maquillaje y con el vestido; una sábana *sexy*, pero que no exagerada. Me había manejado muy bien ante las cámaras y el resultado no podría haber sido mejor.

Aaric se acercó detrás de mí y apoyó sus manos sobre mis hombros. Di un respingo, pero no le dije nada. No me molestaba en absoluto que me tocara, pero no estaba dispuesta a reconocerlo abiertamente.

Aún recordaba aquellos turbulentos minutos frente al Castillo de Sant'Angelo. Lodge había susurrado en mi oído que me quería y, al momento, yo había sentido su erección presionando mi muslo izquierdo. Recordaba que me había asustado y me había apartado de él casi inmediatamente.

Aaric también pareció sorprenderse; no se esperaba que la cosa fuese a llegar hasta tal punto. No obstante, después de apartarme de él, me acerqué y le di un pequeño beso en los labios, a modo de disculpa.

Recuerdo, entonces, como él se levantó y me agarró de la mano. Cogimos un taxi juntos y regresamos al hotel. Desde entonces, no había vuelto a ver a Rosinha.

De aquello hacía ya una semana y media, más o menos. Desde aquel... llamémoslo «incidente», Aaric estuvo más cariñoso y amable de lo normal conmigo. Yo creía que iba a presionarme o a frustrarse por mi comportamiento; sin embargo, se había mostrado comprensivo y parecía dispuesto a darme todo el tiempo que yo necesitase para pensar.

Pero ¿sería Aaric capaz de esperarme? Y ¿esperarme para qué? ¿Para que me acostara con él? ¿Para salir con él? No me había atrevido a preguntarle si aquello era realmente cierto o si simplemente las palabras que salieron de su boca aquella noche habían sido el desafortunado fruto de unas hormonas masculinas en pleno auge.

Por las noches, solía darle cancha a mi imaginación para que me dejase creer por unos momentos que Aaric estaba locamente enamorado de mí, pero por la mañana regresaba a la realidad y me recordaba a mí misma que lo más probable era que el cantante tuviese una fijación pasajera conmigo.

Así fueron pasando los días.

El rodaje avanzaba con lentitud, pero cada toma que se grababa con éxito constituía una victoria. Berta trabajaba a destajo, todos estábamos muy

motivados y nos dejábamos la piel.

Yo me estudié el cuadernito de tapas rojas que me había entregado Lodge la noche en que conocí a Damon.

Me sabía todas las escenas y había practicado delante del espejo distintas poses. Era ridículo, sí, pero aquello contribuía a que después me sintiese más cómoda delante de la cámara.

Además, la señora regordeta que yo había conocido el primer día y que se llamaba Abigail era una especialista en *marketing* y audiovisuales y había tenido la asombrosa idea de crear un «tren discoteca», en el que cada vagón estuviese especializado en un tipo distinto de música; algo así como una macrodiscoteca con varias plantas, pero en tren. Aaric comenzaría cantando en el primer vagón y yo en el último y nos encontraríamos en el vagón central, cuando cada uno de nosotros hubiera terminado de cantar. La ocurrencia fue alabada por Lodge y por todo el equipo. A Damon le impresionó y decidió moverse para conseguir algo que pudiéramos utilizar como escenario. Dijo que tenía contactos en una empresa de transportes y que intentaría que le prestaran algún tren en desuso para rodar dichas escenas.

A mí también me entusiasmaba el «tren fiestero», me parecía muy original, pero no tenía ni la más remota idea de cómo iba a hacer el equipo de efectos visuales para crear tal parafernalia.

Aaric deslizó sus manos desde mis hombros hasta mis brazos y los apretó con fuerza. Les supliqué a mis bragas que tuvieran a bien mantenerse en su lugar.

Después Lodge me susurró al oído:

—Has hecho un buen trabajo. ¿Me dejas que te invite a cenar?

Le sonreí. Estaba demasiado cansada para discutir y, en realidad, me apetecía pasar algo de tiempo a solas con él.

—Está bien. Dentro de un par horas me pasaré por tu habitación.

Cuando Aaric se fue, yo me quedé unos minutos más en el estudio intentando ver los errores de mi actuación en el Coliseo y así intentar mejorar la próxima vez.

Entonces Damon se sentó a mi lado.

El productor se había mantenido alejado de mí desde que le di plantón en la cafetería. Por eso me sorprendió mucho tenerlo a mi lado justo en aquel momento.

—Dime, Leire, ¿qué tiene que hacer un hombre para que le prestes atención?

Como solía ocurrir en algunas ocasiones en las que me pillaban desprevenida, la saliva discurrió por un sendero equivocado y me provocó un brutal ataque de tos.

Cuando me sosegué, respiré un par de veces y miré fijamente a Damon, que, contra todo pronóstico, no parecía haber desistido de su misión. Muy convencida y decidida a lograr que me dejara en paz definitivamente, afirmé:

—Ignorarme. Ignorarme todo lo posible.

—¡Venga ya, Leire!

Carraspeé para aclararme la garganta.

—Es cierto. Cuanto menos caso me hace un hombre, más atractivo me parece. Sobre todo porque no me molesta ni me hace sentir incómoda cuando menos lo necesito.

Damon se dio por aludido. Fue a responderme, pero no logró encontrar las palabras adecuadas para un buen contraataque, así que se levantó de la silla y salió del estudio.

Suspiré de alivio. Tuve la sensación de haberme quitado un gran peso de encima.

Saqué mi *smartphone* y marqué el número de Lorena. Llevaba ya casi una semana sin saber de ella y quería atormentarla un poquito más con mi situación con Aaric y conseguir algún consejo útil de su parte. Además, quería intentar que me contara algo de sus «aventuras» con su jefe, que, por su enigmática mirada y su comportamiento taciturno, se había ganado a pulso el mote de «Míster Interesante». Escuché los dos primeros tonos que daban inicio a la llamada, pero me colgaron.

Lorena me colgó.

Supuse que estaría trabajando, como siempre. Emití un suspiro de resignación; era tan difícil hablar un rato con ella...

Decidí también llamar a mi madre, pero no cogía el teléfono en su casa y su móvil estaba apagado.

Qué frustrante.

Lorena no se movió del box número ocho hasta que la enfermera regresó con Marina.

La madre de Leire continuaba sumida en un profundo sueño. En cuanto salió la enfermera, entró Míster Interesante.

—Acompáñeme, doctora —le ordenó con un tono grave.

Ella, temblorosa y pálida, lo siguió por un pasillo hasta una sala de reuniones. Allí, Míster Interesante encendió un ordenador y abrió los resultados de las pruebas de Marina.

Lorena advirtió una gran masa infiltrada en lóbulo occipital de aquel cerebro. Se sintió desfallecer.

—Un tumor —sentenció Míster Interesante.

Los ojos de Lorena se empañaron. En el fondo, era lo que había sospechado desde un primer momento, pero se había negado a creerlo.

Míster Interesante se aproximó a ella al ver que se venía abajo y la estrechó entre sus brazos. Entonces Lorena rompió a llorar. Él le acarició el cabello y la abrazó con fuerza. La residente se convulsionaba con violencia.

—¿De qué la conoces? —preguntó él.

Ella entre sollozos alcanzó a responder:

—Es la madre de mi mejor amiga... Pero la quiero mucho... Y es muy joven...

—Tranquila, intentaremos curarla... Hablaré con el neurocirujano. Con un poco de suerte, lo podremos operar... aunque no en su totalidad. Le daremos unos meses más de vida... ¿Tú eres la única que está aquí para cuidarla? Es lo que me ha dicho tu doctora adjunta.

—Sí...

Lorena se sorprendió a sí misma abrazando la espalda de su jefe y sujetándolo con fuerza, como si tuviese miedo de que él se separara de ella.

—Perdóname si me he portado mal contigo estos últimos meses. Tengo que aprender que no siempre puedo conseguir todo lo que quiero.

Ella no respondió. Su conciencia estaba lejos y no pudo escucharle.

18. Los timbres son agresivos

Siempre he sido una experta en rasgar las medias recién estrenadas.

Yo tengo el récord de la carrera más larga, más gorda y en menos tiempo de todas mis amigas. Una vez, una fría noche de sábado invernal, la parte trasera de mi muslo izquierdo se agujereó tanto que parecía recién sacado de un videoclip alocado de Kesha.

Si mi pierna hubiese sido más delgada, hasta podría haberse asemejado a un brazo de la cantante cubierto por uno de sus característicos guantes zarrapastrosos.

Yo ya estaba vestida con un traje que había elegido explícitamente para cenar con Aaric; uno de esos trajes que toda mujer escoge cuando quiere impresionar a algún individuo en particular, que obligan a que todo hombre se fije en ti. Estaba intentando ponerme las medias cuando me di cuenta de que ya parecían un circuito de Fórmula 1, con sus boxes y todo.

Las extendí sobre la cama para examinarlas con detenimiento y, efectivamente, en el lado derecho tenían una carrera de notables dimensiones que se deslizaba de un extremo a otro de la prenda.

Estuve tentada de arrearle unos cuantos cabezazos contra la pared, pues, como me decía mi madre: «¡Quita, niña! Tú te pones leotardos, que las medias te las ventilas solo con mirarlas».

Aaric estaba a punto de aparecer por la puerta y yo sin medias. No tenía ningún par de repuesto.

Entonces dije en voz alta, cual grito de guerra, consciente de que la temperatura de la calle rozaba los cero grados:

—¡Pues sin medias!

Me calcé unos tacones de aguja, también diseñados para cautivar al repertorio de genes XY, y me senté en la butaca que había frente a la cama.

Mi pierna derecha temblaba. Se movía involuntariamente arriba y abajo, dando pataditas contra el suelo de parqué.

Me encontraba nerviosa, rozando la histeria. A los cinco minutos de estar esperando, ya me había arrepentido de haber aceptado la cita.

Supuse que había sido aquel modo que había tenido Aaric de agarrar mis brazos, con suavidad y delicadeza, lo que me había llevado hasta aquí. Su cercanía me estresaba y me impedía pensar con claridad.

«¿Y qué piensas hacer después de cenar?», me preguntaba a mí misma mientras pataleaba inconscientemente sobre el parqué. «¿Piensas despacharlo con un besito de buenas noches o dejarte llevar hasta su cama o la tuya?».

Me percaté de mi respiración acelerada; cada bocanada de aire me calcinaba los pulmones.

Miré el reloj. Fruncí el entrecejo y me incorporé de golpe.

Aaric se retrasaba.

Había dicho un par de horas. Según mis cálculos, habían pasado ya dos horas y media. Me mordí el labio inferior con los incisivos.

Miré el reloj de nuevo, con la esperanza de descubrir que me había equivocado. Pero no, no me equivocaba, y cada trocito de esfera que avanzaba el minuterero me hacía sentir ridícula a pasos agigantados. Di varios paseos desde la puerta hasta la ventana.

Cuando dieron las nueve y media, llegué a la conclusión de que Aaric no aparecería. Me quité los zapatos y los estampé de un golpe contra el suelo.

Me habían dejado tirada. ¡Lodge me había dejado tirada!

Me deshice del vestido con tanta mala leche que la cremallera lateral se hizo pedazos. Lo tiré al suelo junto con los zapatos y lo pataleé todo con el pie hasta dejarlo debajo del escritorio. Mientras farfullaba, me dirigí al baño para quitarme el maquillaje. Saqué con desgana una toallita de su paquete y me la pasé por el ojo izquierdo y luego, por el derecho. Se había puesto tan negra con la sombra de ojos que tuve que coger una nueva toallita para

quitarme el colorete de la cara.

Lo hice todo con rabia, enfurecida. Me sentía como si tuviese de nuevo catorce años y el chico más guapo de la clase me hubiese pedido salir para luego plantarme y reírse de mí con todos sus amigos, una situación absolutamente verídica y terriblemente humillante.

Ahuyenté aquellos recuerdos desagradables y terminé de quitarme el maquillaje.

Después me puse un pijama de florecitas rojas, largo, calentito y, la verdad, muy poco *sexy*.

Y no, no lloré: no pensaba malgastar mis lágrimas con Lodge y, menos aún, llamar a la puerta de su habitación para pedirle explicaciones.

No volvería a mirarle a la cara nunca más. No quería saber nada de él. ¡Me había dicho que me quería! ¡Había estado a punto de acostarme con él!

No lograba entenderlo.

Estaba convencida de que algo tenía que haberle ocurrido; sin embargo, tampoco era capaz de olvidar aquella vez que mi compañero de clase me había dejado en ridículo delante de toda su pandilla. Y, por tanto, no pude evitar sentirme ligeramente humillada.

Tonta de mí, que me había puesto más atractiva que nunca. No había llevado tanto escote nunca, ni una falda tan ajustada, ni tampoco unos tacones tan finos y tan elevados.

¡Nunca había tardado más de veinte minutos en maquillarme!

Y ahí estaba, en la cama, con mi pijama de franela lleno de florecitas rojas, el antierotismo personificado, los ojos hinchados del desmaquillante y el pelo revuelto de tanto dar vueltas sobre la almohada.

No se podía ser más idiota, ridícula, estúpida...

Estampé mi bonita cara contra uno de los cojines azules mientras me repetía mentalmente lo ingenua que era.

Sonó el timbre. Su sonido me parecía un poco más agresivo de lo normal.

De todas formas, el ruido de los timbres siempre había sido agresivo, como un anciano gruñón malhumorado que carraspea al levantarse de la cama todas las mañanas.

Miré hacia la puerta.

Y me di cuenta de que no estaba de humor como para aguantar una de las

charlas de autocompasión de Berta.

El timbre sonó de nuevo, varias veces seguidas, con esa agresividad característica capaz de acuchillar mis tímpanos. Fuese quien fuese, no tenía muy desarrollada la virtud de la paciencia.

Y volvió a sonar.

—¡YA VOY! —grité, malhumorada.

Salí de la cama a trompicones y llegué a la puerta en dos zancadas. Ni siquiera me molesté en encender la luz. Con la luminosidad de las farolas de la calle me bastaba para orientarme dentro de la habitación con los ojos semiabiertos.

Abrí la puerta. Instintivamente me llevé la mano derecha hacia los ojos para protegerme del exceso de luz.

—Bonito pijama —dijo Lodge con una sonrisa burlona.

Cuando mis pupilas lograron adaptarse a la luz, lo miré fijamente. Después miré mi reloj de muñeca. Teóricamente, llegaba tres horas tarde. Arqueé una ceja e hice ademán de cerrar la puerta. Aaric me lo impidió.

—¿Bajas a cenar a la cafetería? —El idiota del cantante seguía sonriendo, pero ahora no parecía burlarse de mí, sino que lo hacía con cariño. Supongo que sabía que lo había hecho mal y quería conquistarme con su carita de niño bueno.

¡Pues no!

¡Plaf!, sonó el bofetón que le pegué.

—Madre mía, qué a gusto me he quedado —afirmé con convicción.

—Leire... —gruñó él llevándose la mano a la mejilla—. Sería interesante que dejaras de hacer eso.

Extrañamente, escuchar mi nombre salir de sus labios tuvo un efecto dulcificante en mí.

—Es que estoy enfadada. ¡Primero me dejas tirada! ¡Luego me despiertas a deshoras! —Traté de disculparme echándole a él toda la culpa.

—¡Eh! —me interrumpió—. ¡Pero si son las once de la noche! ¿Esto son deshoras? —preguntó señalando el reloj de su BlackBerry.

Abrí un poco más la puerta para que entrara en la habitación. No quería discutir a grito pelado en mitad del pasillo.

Aaric pulsó el interruptor que encendía la lámpara de la mesilla de noche.

—¡Ay! —exclamé. La luz aún me quemaba los ojos.

Lodge la apagó inmediatamente.

—Vale, pero no me pegues otra vez. Haz el favor.

Reí.

—Esta te la merecías. Al menos reconócelo —le dije.

Se acercó a mí. Por lo menos, a oscuras mi pijama antierótico era poco visible.

Entonces volvió a pulsar el interruptor y encendió la luz.

—¿Ahora mejor? —dijo él.

Parpadeé varias veces hasta que logré acostumbrarme.

—En serio, me gusta ese pijama —susurró Lodge, que se había sentado en mi cama.

Puse los ojos en blanco; no estaba de humor para teorías bertianas, ni tampoco lo estaba para me que hicieran la pelota deliberadamente.

—No quiero ir a cenar contigo. Quiero que me dejes en paz. Que me dejes dormir. Y a ser posible, me gustaría hacerlo sola.

—Venga, Leire, no he podido venir antes.

—¡Pues haberlo pensado antes! ¿Ahora no creerás que voy a dar palmas con las orejas y a tirarme encima de ti como una desesperada? —exclamé.

Había dicho exactamente lo que estaba pensando. De hecho, me daban ganas de tirarme encima de él como una desesperada, como una idiota desesperada, pero no lo hice. Por suerte, mi orgullo acostumbraba a ganar cualquier batalla.

—Creo que eso es precisamente lo que estás deseando hacer. Así que aquí me tienes, soy todo tuyo —dijo él. Aún hablaba en susurros.

Su tono de voz, tan suave y tranquilo, contrastaba con el mío, histérico e inestable.

Sentado sobre el colchón, se inclinó hacia delante y me dirigió una mirada inquisitiva.

—Voy a cambiarme —espeté.

«¡Soy todo tuyo!», pensé con ironía. ¿Cómo podía una persona ser tan egocéntrica?

Me mordí el labio. En realidad, se me ocurrían muchas cosas.

De camino al baño, escogí la ropa y esboqué una pícaro sonrisa que,

afortunadamente, Aaric no pudo ver.

Me puse unos vaqueros corrientes y un jersey blanco. Después me calcé unas deportivas. Me recogí el pelo en una coleta y salí del baño.

—¿Eso es todo? —preguntó él, divertido.

—¿El qué es todo?

—Esto. —Me señaló entera.

—¿Cuál es tu maldito problema?

—Creía que te arreglarías más para una cita.

Fruncí los labios con indignación. Me contuve para no añadirle otro bofetón a su linda cara. Respiré profundamente.

—Pues, si no te gusto, vete a buscar a tu amiga la zorra.

—¿A cuál de todas? —preguntó Aaric.

Sin yo darme cuenta, ya lo tenía enfrente y había aprovechado la cercanía para rodearme con sus brazos.

—Pero ¿con cuántas zorras tratas a lo largo del día?

—No lo sé, eres tú la que las bautiza así. La primera, recuerdo que fue... Humm... Cuando te torciste el tobillo... Sí, una que se parecía a ti. Lucía se llamaba, ¿puede ser?

Asentí; claro que me acordaba de ella.

—Ah, sí. La zorra. —Me tapé la boca al momento. Se me había escapado.

—¿Ves?

—Prefiero cambiar de tema, Aaric, si no te importa.

—Has sido tú la que ha empezado a hablar de las zorras que se me acercan.

—Quiero cambiar de tema, Aaric —repetí con más brusquedad.

Me apretó contra él.

—Aunque me gusta este jersey, creo que no tiene nada que hacer al lado de tu pijama —me susurró al oído—. ¿Te lo pondrías para mí?

Mordisqueó el lóbulo de mi oreja con perversión. De nuevo sentí las bragas haciendo malabarismos sobre mis caderas. ¿Tan difícil es, queridas, que os estéis quietecitas, joder?

Eché la cabeza hacia atrás. Aaric continuó dándome pequeños besos sobre el cuello.

Mi mano se escapó involuntariamente para posarse en su espalda y de

paso, empujarlo contra mí, pero lo hice todo de manera involuntaria.

Entonces él subió por mi cuello hasta llegar a mis labios y me besó. Después me cogió en brazos, yo le rodeé la cintura con las piernas y me llevó a la cama.

Quedé tumbada bocarriba con él sobre mí.

De nuevo repitió aquel ritual sobre mi cuello. Sin embargo, en aquel momento sus manos se deslizaron por debajo de mi jersey para desabrocharme el sujetador. Parecía que tenía fijación con mi ropa interior.

A mí me encantaba.

«¡No, Leire! ¡No! ¡Vuelve! ¿Qué estás haciendo?», pensaba. Desgraciadamente, mis pensamientos no tenían el suficiente volumen como para detenerme.

Aaric se deshizo de mi jersey y quedé desnuda de cintura para arriba. Entonces le arranqué la camisa y él se lanzó sobre mí.

Me aprisionaba con sus músculos mientras recorría mis hombros con sus labios. Iba a enloquecer.

Desabrochó el botón de mis vaqueros con su mano izquierda y la introdujo dentro de mis braguitas, que, por primera vez, parecían verdaderamente felices.

Cuando noté lo que se disponía a hacer entre mis piernas, saltaron todas y cada una de mis alarmas.

—Basta, Aaric. Por favor... No puedo controlarme.

—Leire, te quiero, te necesito —susurró él entre jadeos.

—Para, Aaric. Yo... No... ¡Ah! —gemí.

Sacó la mano de mi pantalón y se abrazó a mi cintura. Aún estaba encima de mí. Después apoyó su cabeza sobre mi pecho y con uno de sus dedos acarició un mechón oscuro de mi melena.

—Yo también pierdo el control. Tienes razón, vamos demasiado deprisa —dijo entonces.

Se incorporó y me miró fijamente a los ojos. Entonces, dijo con gravedad:

—Me he enamorado de ti.

Por un instante, me olvidé de cómo respirar. Parecía decirlo tan en serio... ¿De verdad estaría enamorado o simplemente me lo decía para que le dejara bajarme los pantalones?

No respondí, solo bajé la mirada y apoyé mi cabeza sobre la suya.

—Vístete. Vamos a cenar. Yo tengo hambre, ¿y tú? —me dijo de repente.

Me dio un pequeño beso en los labios y se levantó. Se puso la camisa y me tendió el sujetador y el jersey.

Cuando salimos por la puerta, yo aún temblaba.

No estaba segura de lo que acababa de ocurrir sobre aquella cama. Estaba desfallecida y mareada, en parte porque no había cenado y mi estómago demandaba sustancia.

Claro que, puestos a comer...

Me quité aquellas ideas tan pervertidas de la cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó Aaric una vez nos encontramos dentro del ascensor.

Asentí con la cabeza en un ademán de nerviosismo.

—Tengo que hablar contigo —dijo él entonces.

¿Más? ¿Y ahora qué me diría? ¿Que quería casarse conmigo? «¡Maldita sea tu obsesión con el matrimonio, Leire!», me reprendí a mí misma.

Salimos del ascensor y caminamos en silencio hacia la cafetería. Justo antes de entrar por la puerta vi a Damon sentado en una mesa junto a ... ¿Berta?

Aaric me agarró la mano con fuerza y me llevó hasta una mesa más alejada. La más alejada de ellos, pero me entró una terrible curiosidad por saber qué hacían esos dos juntos, porque no parecían tener una actitud romántica, sino más bien que estuvieran conspirando. Hablaban concentrados y reían juntos, pero no se miraban de ninguna manera en especial. Advertí como ella le acariciaba la mano y fruncí el entrecejo. No estaba celosa en absoluto, solo me parecía antinatural que dos personas tan distintas y tan egocéntricas fuesen capaces de trabar algo que se asemejara a la amistad.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó Aaric con un tono algo amenazador.

—A Damon —respondí sin pensarlo. Luego me di cuenta de que se me podía malinterpretar.

—¿Por algún motivo en concreto? —continuó él.

—No, por nada. Solo es que no me fío de él. A ratos parece ser mi amigo y a ratos me tira los trastos. Y ahora está con Berta, que claramente tiene

ciertos problemas con el género masculino... No sé qué pensar...

Al mirar a Aaric, me percaté de que este tenía los ojos muy abiertos. Después se empezó a reír.

—Sí que eres inocente —me dijo.

—¿Por? —pregunté con curiosidad.

—Nada —dijo él con una pizca de condescendencia.

—Aaric, me desesperas, me desesperas horrores.

Él sonrió y me dijo, con toda la tranquilidad del mundo:

—Lo sé.

Volví a mirar a Berta. Me chocaba sobremanera aquella situación, pero me tuve que concentrar en Aaric, a quien parecía no gustarle que le dedicase tanta atención a su productor y a mi maquilladora.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Tragué saliva. Aún tenía la propuesta de matrimonio en mi imaginación y no quería que fuese en una cafetería, con Damon delante y, menos todavía, conmigo en vaqueros y con un jersey lleno de pelotillas.

—Volvemos a Madrid en una semana.

Sacudí la cabeza. A la mierda el matrimonio.

—¿Cómo has dicho? Aún quedan tres semanas para terminar el rodaje.

—Las comprimiremos en una.

—No entiendo, Aaric. ¿Por qué?

—Tengo prisa —dijo él.

—¿Por algún motivo en especial? ¿Ha ocurrido algo?

Aaric desvió la mirada. Después dijo:

—Tengo un asunto pendiente.

—¿Es grave? —Me regañé a mí misma por ser tan preguntona, pero no podía evitarlo.

—No, Leire. Tranquila —zanjó él. Parecía incómodo ante tantas preguntas.

Asentí despacio y le miré: parecía nervioso. Inexplicablemente nervioso.

—Y... ¿Ya se lo has dicho a todos? —pregunté con suavidad.

Él asintió.

—¿Y cómo se lo han tomado?

—¿Tú qué crees? —respondió él con cierta ironía.

Quise preguntarle si era por mí, si yo había hecho algo mal. ¿Qué ocurría? Pero me di cuenta de que estaba siendo tan egocéntrica como lo era él en muchas ocasiones. Seguramente, él tendría que resolver algún problema y eso lo forzaba a tener que acabar el asunto del videoclip lo antes posible.

—Me quedaré en Madrid unos días. Por si quieres venir a cantar al estudio alguna mañana... —dijo Aaric tras unos instantes de silencio.

Se me formó un nudo en la garganta. ¿Se estaba despidiendo de mí? ¿Qué había pasado con aquel «estoy enamorado de ti»?

—Bueno... Supongo que... ya se verá —susurré con voz queda—. No tengo hambre, Aaric...

Entonces me levanté, dispuesta a regresar a mi habitación y, por qué no, llorar un rato.

—Espera —dijo él—. No tiene nada que ver con nosotros, te lo prometo. Es que tenemos que volver.

—¿Tenemos?

—Tengo, tengo... Perdón, me he equivocado... No manejo bien el idioma...

Como aquello me parecía una gran excusa, le di la espalda y caminé hacia la puerta acristalada de la cafetería. Estar junto a Aaric se parecía a estar subida en una montaña rusa de esas en las que te atan con arneses y te cuelgan boca abajo.

Cuando llegué al pasillo aceleré el paso hasta las escaleras y subí hasta mi habitación casi galopando. Escuché que Aaric corría detrás de mí.

Al final entré en mi habitación y cerré la puerta con llave. Le oí suspirar al otro lado. Después escuché un portazo que procedía del otro lado de la pared.

Me eché a llorar.

Lorena estaba sentada en el sofá del ático. Míster Interesante había logrado convencerla para que se marchara a descansar a su casa durante unas horas.

Sin embargo, en ella reinaba la intranquilidad. No le gustaba haber dejado

a Marina sola, por mucho que su jefe hubiese prometido tenerla vigilada.

Miró su teléfono móvil con cierto aire de culpabilidad. Sabía que no debería haber realizado aquella llamada. Ahora sentía que había traicionado a la madre de Leire.

Pero algo había que hacer.

19. Semáforo en verde

—Es imposible —apuntó Damon con el ceño fruncido.

—Una semana es muy poco tiempo. No tenemos margen para rectificar el *planning*. Si al menos nos dieras cinco días más... —lo secundó Abigail.

Aaric los contempló a ambos con impotencia. Sus ojos grises se paseaban de uno a otro suplicando alguna solución. Yo, mientras tanto, me preguntaba qué era aquello que le producía a Aaric ese palpable desasosiego.

Nos encontrábamos todos sentados alrededor de una gran mesa de roble, sepultada bajo un cúmulo de cuadernillos, calendarios y ordenadores portátiles, en la gran sala del hotel que utilizábamos como centro de mando.

Después Lodge se giró hacia mí. Yo me encontraba sentada a la derecha de Abigail y enfrente de Aaric.

—¿Alguna idea? —me preguntó.

Me dirigí a Damon, que estaba a la derecha del cantante.

—¿Qué han dicho tus contactos del asunto del tren?

—No tienen nada disponible hasta dentro de una semana. Así que vosotros veréis... —dijo el productor con resignación.

Me encogí de hombros.

Miré a Aaric de soslayo. Él, cabizbajo, se frotaba con un dedo una ceja de manera compulsiva. Ya le había visto ese gesto el día en que, justo antes de rodar por última vez una de las tomas más complicadas de todo el clip, al batería se le derramó el café encima del cableado del teclado y las guitarras,

por lo que hubo que apagarlo todo y posponerlo para el día siguiente.

—Pues hay que pensar algo rápido... El tren discoteca se nos ha fastidiado. Aaric. —Abigail se dirigió al cantante—. Entiende que no podemos hacer más. Nos has reducido el plazo a menos de la mitad de tiempo.

Aaric asintió con resignación.

—Créeme que tengo buenas razones. Espero que me comprendáis. Sé que vais a hacer todo lo que esté en vuestra mano para salvar el clip.

Damon puso los ojos en blanco. Entonces dijo:

—Mira, Aaric, siempre has sido algo caprichoso. Te conozco, llevamos en esto juntos mucho tiempo. Pero tienes que asumir que alguna vez en tu puñetera vida tendrás que dar tu brazo a torcer. No podemos trabajar de esta manera. No hay tiempo, no hay vídeo. No hay nada. O nos das una semana más o renuncio. No puedo hacer lo que me pides en siete días.

—Vale, tranquilo, Damon —intervino Abi—. Escucha, Aaric, tenemos la mitad de las tomas rodadas. En dos de ellas está grabada la canción entera. Podemos hacerlo de la siguiente manera: escogemos una que haga de hilo principal y el resto de las tomas las intercalamos para crear un todo coherente, una historia que el espectador pueda seguir.

Percibí un destello en la mirada del cantante, pero enseguida se apagó.

—Son tomas muy pobres —apuntó Lodge con pesimismo—. Pueden sostener el clip, pero no le harán honor a la canción...

—Siempre podemos cambiar la temática radicalmente, hacer algo distinto, llamativo pero simple. Algo que dé tiempo a hacer en una semana sin rebajar la calidad del rodaje por ello —dije yo.

Entonces todos me miraron.

Damon sonrió.

—¿Qué es lo que pasa por tu cabecita? —preguntó el productor con interés.

Respiré profundamente. Desde que Aaric me había anunciado que nos marchábamos en una semana, hacía dos noches aproximadamente, yo le había estado dando vueltas a una pequeña idea que podría solucionar nuestra estrechez de tiempo.

—Pues algo sencillo. No deja de ser música. Aaric y yo cantamos en un

escenario, vestidos de gala. Como si fuera una gala de año nuevo o una función de ópera. En un teatro elegante, con una orquesta... Intercalamos algunas tomas en las que cantamos los dos en el Coliseo o en la fontana y ya está.

Aaric se llevó las manos a la cabeza. Tragué saliva.

—Es una idiotez, Leire —dijo Abigail, visiblemente exasperada—. Es Aaric Lodge... Sería como poner a cantar a Rihanna vestida de María Antonieta en la puerta del Louvre. No pega, ¿a que no?

—Bueno, los artistas deberían ser capaces de adaptarse a sus obras y, en cierto modo, esto no deja de ser una canción lenta. No deja de ser... una balada —me defendí a duras penas de las críticas de Abi.

El cantante elevó los brazos en ademán de hacernos callar. Después dijo:

—Valoraré ambas opciones. Analizaré todo lo que hay rodado para hacerme una idea. Y, si es pobre, siempre podemos hacer lo que dice Leire... Es cuestión de valorar las opciones que tenemos —apuntó con un tono severo.

Casi intimidaba escucharlo hablar cuando se trataba de trabajo. O de música.

Abigail y yo asentimos con comprensión. Claramente, Aaric no estaba por la labor de soportar una riña entre compañeras de trabajo. Y su mirada implacable nos lo decía abiertamente.

Tragué saliva de nuevo.

Aaric se pasó la mano por su cabello castaño alborotado. En aquel instante me vino a la memoria todas las sensaciones que me habían asediado cuando la introdujo dentro de mi pantalón, en concreto, dentro de mis braguitas.

Suspiré.

El reloj apenas llegaba a las nueve y cincuenta y nueve de la mañana de aquel lunes y ya estábamos todos discutiendo en la sala de reuniones del hotel.

—Bien, dentro de dos horas os quiero aquí a todos, preparados y listos para hacer un maratón de trabajo —anunció Aaric en voz alta, asegurándose así de que todos lo escuchábamos.

Un murmullo generalizado siguió a sus palabras. Berta vino hacia mí

luciendo un semblante de preocupación.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué solo tenemos una semana? —preguntó con inquietud.

A lo que yo, muy a mi pesar, solo pude responder:

—Ni idea. No me ha dado explicaciones.

—Qué raro. Cualquiera diría que sois muy buenos amigos... Ya sabes. —
Sonrió.

Tuve ganas de darle collejas hasta la saciedad. Precisamente por eso, porque en teoría éramos muy «buenos amigos» y porque me había metido la mano en el pantalón, se suponía que yo merecía alguna clase de explicación.

La situación me parecía, de repente, muy extraña. Se me hacía difícil de creer que Lodge, con lo celoso que era de su trabajo, de su música y de su público, arruinase el videoclip de una de sus canciones más aclamadas. No existía coherencia alguna en su manera de actuar.

Le dirigí una mirada de advertencia a Berta, que ya comenzaba a tomarse más confianzas de las necesarias...

Después intenté divisar a Lodge entre la multitud. Lo encontré justo a mi lado y contuve la respiración.

Cada vez me costaba más controlar los nervios en su presencia. Ahora, cada vez que lo tenía frente a mí, me venía a la cabeza aquello que había ocurrido sobre mi cama, en mis pantalones y sin sujetador.

Sin embargo, Aaric pasó por mi lado sin detenerse, con una actitud completamente indiferente. Le vi desaparecer tras la puerta acristalada de la sala.

Me permití a mí misma inhalar una buena bocanada de aire. Todo se había convertido en un verdadero desastre de la noche a la mañana.

Me giré, pero Berta ya no estaba a mi lado. Se había marchado junto a Damon y, de nuevo, parecían mantener una conversación agitada e interesante, pero no creía que estuvieran charlando acerca del videoclip. ¿Damon realmente pensaba renunciar o se trataba de una simple pataleta de niño malcriado?

Se lo hubiese preguntado Aaric si este no hubiese salido corriendo como alma que lleva el diablo.

Sentí que alguien posaba su mano sobre mi hombro. Al girarme descubrí

a Abi detrás de mí:

—Siento haber sido tan brusca —dijo ella en inglés.

Me costó comprenderla, pero conseguí entender que se estaba disculpando.

—No importa —vocalicé como pude aquellas palabras en el idioma anglosajón—. Estamos todos muy nerviosos.

Sonreí de manera conciliadora. Comprendía a Abi; ella se encontraba tan o incluso más presionada que yo. De hecho, su sueldo dependía de que trabajos como este salieran bien. Y este en concreto no estaba funcionando.

—Creo que tu idea puede dar resultado.

Arqueé las cejas con sorpresa. Me había dicho que era una idiotez apenas unos minutos antes.

—Si la pulimos un poco, claro —añadió después.

Asentí con timidez.

—Bien, pues me voy a comentárselo a Aaric —dijo antes de marcharse.

Y, de nuevo, me quedé a solas con mis pensamientos.

Resoplé, estresada. En aquellos instantes, me sentía tentada de hacer la maleta y volar a Madrid. Sentía la necesidad de recuperar mi vida tal y como era antes: tranquila, sin altibajos, con su rutina diaria, mis planes de futuro, mis amigas, mis viernes noche, mis partidas de billar con Javi...

Ahora todo me resultaba tan lejano y me sentía tan sola... A pesar de que Lodge y yo mantuviéramos una pseudorrelación, cuyos límites andaban lejos de ser aclarados, me faltaba mucho mi amiga Lorena. Berta tampoco ayudaba con sus constantes insinuaciones, por no hablar de lo agotador que resultaba salir a rodar día tras día unas tomas que ya no iban a servir de nada. Las sesiones de vestuario y de maquillaje se me hacían largas y tediosas. En un comienzo me resultaron entretenidas, pero, una vez que terminó el factor sorpresa, el aburrimiento irrumpió en escena. Tanto cambiarme de medias, de zapatos e, incluso, de bragas, porque la diseñadora se empeñaba en que todo formase parte de un conjunto. Además, también echaba de menos a mi madre. Siempre me daba ánimos cuando más lo necesitaba; sin embargo, no me había devuelto las llamadas en los tres últimos días.

Supuse que estaría demasiado ocupada con algunas de sus cosas.

Desde que vivía en su casa nueva se había aficionado a la decoración y se

dedicaba a asistir a cursos de *feng shui* y de diseño de interiores. Después aplicaba esos conocimientos en su nueva casa y la redecoraba por completo cada pocas semanas.

Me pregunté si estaría inmersa en una de sus grandes obras de remodelado doméstico

Dieron las doce del mediodía, así que bajé de nuevo a la sala de reuniones.

Allí estaba Aaric, el gran Aaric Lodge, presidiendo la mesa con el gesto endurecido y los ojos grises brillantes, que delataban su pasión por el trabajo.

Algo me decía que ya había encontrado la solución a sus problemas. A nuestros problemas.

A los problemas de todo el equipo.

Cuando al fin estuvimos todos sentados, en silencio y atentos, Lodge se levantó y anunció:

—Hemos alquilado un pequeño teatro que nos servirá de escenario principal. Berta y Abigail, os lleváis a Leire a maquillaje. Senior y Rischot, vosotros cargaréis el instrumental en las furgonetas. Eleanor, pide un *catering* y que lo lleven a esta dirección. —Lodge le tendió un pedazo de papel a Eleanor, que ya había sacado su teléfono móvil del bolso—. El resto, os quiero allí en veinte minutos.

Después me miró y me guiñó un ojo.

Abi, que había vuelto a sentarse a mi lado, me dijo:

—No sé qué le has hecho, pero te aseguro que no es el mismo Aaric que conocí hace tres años. Nunca hubiese rebajado su orgullo lo suficiente como para tener en cuenta las ideas de otras personas.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu loca ocurrencia de la ópera ha hecho que Lodge se haya pasado dos horas de su vida buscando como un poseso un local donde pudiera llevarse a cabo la escenificación de tu *idea* —dijo con énfasis.

—¿Y eso es malo?

Abigail se encogió de hombros.

—En absoluto. Solo que es extraño en él. Siempre hace lo que le parece y

no acostumbra a escuchar opiniones ajenas.

Lo miré de soslayo. Ahora ya no hablaba; el murmullo generalizado había eclipsado sus palabras. Todo el equipo se estaba organizando.

Aaric parecía un capitán al mando de su pelotón.

Traté de imaginarlo como un soldado, pero deseché aquella imagen de inmediato. No me imaginaba a Aaric asesinando a nadie, aunque estaba segura de que el uniforme le hubiese sentado de maravilla, porque cuerpo para lucir le sobraba.

«¡Leire, espabila!», pensé. Me estaba dispersando, pero no era mi culpa, aún sentía su mano por dentro de mi pantalón.

Sentí un contacto sobre mi muslo derecho y me giré, sobresaltada. Aaric se había inclinado hacia a mí y me acariciaba con una de sus manos. Entonces me dijo entre susurros:

—Será un éxito. Te lo prometo.

Suspiré, impresionada. No me hizo falta un espejo para percatarme de que me había puesto tan colorada como un bote de gazpacho andaluz.

Retiré la mirada, muerta de vergüenza.

La personalidad cambiante de Aaric me descolocaba. Ya no sabía a qué atenerme con él. O no me hablaba o me susurraba; o me acariciaba o me gritaba; o me dejaba plantada o me quitaba el sujetador. Aun así, me desarmaba cada vez que me rozaba con sus manos.

Tuve ganas de estampar la cabeza contra la mesa para quitarme toda aquella gilipollez que se había apoderado de mí, pero me limité a sonreír y a guardar silencio.

Vi que Berta me miraba desde el otro extremo de la mesa. Fruncí los labios con indignación. «¡A esta mujer no le han enseñado a no meterse donde no la llaman!», pensé cabreada.

En cuestión de un cuarto de hora ya se había marchado todo el mundo, yo incluida.

Berta y Abi me condujeron hasta una furgoneta en la que ambas llevaban todos sus bártulos. Abi se puso al volante e introdujo en el GPS la dirección del teatro del que Lodge nos había hablado.

Entonces sonó el teléfono.

Me alegró comprobar que mi querida madre no se había olvidado de mí.

Sonreí. Tenía ganas de contarle todo lo que me había ocurrido, a excepción de la mano larga de Aaric, tan hábil para deshacerse de mi ropa interior.

Lorena ahogó un grito cuando, al entrar en la habitación de Marina, se la encontró hablando por teléfono.

—Sí, hija. Qué bien... Yo, ya sabes... En mis asuntos, como siempre... He comprado una mecedora nueva a lo *vintage*, muy elegante. Tengo ganas de que la veas... Sí, vale, vale... Pásalo bien. Y ten cuidado con ese chico... Un beso... Sí, yo también te quiero. —Y colgó.

La habían trasladado a una habitación individual de la tercera planta. Apenas llevaba cuatro días ingresada y ya habían pasado por allí el médico de medicina interna, el neurocirujano, la oncóloga, el neurólogo y una endocrina.

Ninguno fue capaz de esclarecer el pronóstico de Marina más allá de concederle, siendo benévolo, unos seis meses de vida.

—¿Por qué la has llamado? —preguntó Lorena con un tono de voz cercano al colapso.

Marina se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos. Estaba pálida y flaca. Había perdido mucho peso. El tumor había consumido casi todas sus reservas, el hueso de sus pómulos se hacía cada vez más prominente.

—No quería que se preocupara y, como hoy me encontraba mejor... He aprovechado para llamarla. Confío en que no haya notado mi voz muy... desmejorada... —susurró.

Una enfermera entró en la habitación.

—Voy a tomarle la tensión, Marina —sonrió—. Buenos días, doctora —le dijo a Lorena.

—Buenos días —repitió ella amablemente.

Pasadas las horas, llegando a las once de la noche, Marina había caído rendida de sueño, ayudada por una buena dosis de opiáceos, y Lorena se

encontraba sentada en la butaca de al lado, leyendo una novela romántica que le había cogido prestada a Leire de su mesilla de noche.

Como no estaba de guardia, Lorena llevaba puesto un chándal lo suficientemente cómodo como para pasar una noche más junto a Marina y, para variar, se había soltado el pelo. Ahora su larga melena castaña le caía casi hasta la cintura.

Siempre había tenido el pelo muy largo y, a pesar de estar a punto de cumplir los veintiséis años, aún se negaba a cortárselo.

Lorena pasaba las páginas con lentitud. Trataba de centrarse en la trama, pero los acontecimientos recientes le hacían dispersarse con facilidad; sus pensamientos se dirigían inevitablemente hacia Marina, hacia Leire y, sobre todo, hacia Míster Interesante.

Cerró el libro con brusquedad y dejó que su mirada vagara por la oscuridad de aquel cuarto. La única luz que había en la habitación procedía de la pequeña lamparita que iluminaba a Lorena y a su libro.

Alguien abrió la puerta de repente y Lorena dio un respingo.

—Buenas noches, doctora —susurró una enfermera—. ¿Está dormida o puedo tomarle la temperatura?

—Sí, está dormida. Mejor dejadla descansar. Yo os aviso en cuanto se despierte —murmuró ella, evitando elevar demasiado su tono de voz.

—Está bien. Que descanse —contestó la enfermera antes de desaparecer por el umbral de la puerta.

Pasados unos segundos, alguien irrumpió de nuevo en la habitación. Lorena suspiró con impaciencia.

—Buenas noches, doctora.

Ella elevó la mirada al escuchar aquella voz tan grave y familiar.

Míster Interesante.

—Buenas noches, doctor —repitió ella con voz queda.

Su jefe se acercó a ella y le depositó un dulce beso en la mejilla. Lorena lo miró con asombro. Míster Interesante, con sus ojos turquesas y su porte autoritario, había conseguido arrancarle más de un suspiro en la última semana. Había dejado de perseguirla de aquella manera tan agobiante y ahora se comportaba como un caballero.

Lorena había notado que su jefe la dejaba tranquila cuando ella no quería

compañía, pero la consolaba y estaba a su lado en los momentos en los que pensaba que se iba a desvanecer. Además, tenía un sinfín de detalles con ella: le había llevado el café por las mañanas a la habitación de Marina y unos sándwiches a medio día. Incluso un par de veces se había quedado a comer con ella.

De hecho, habían tenido la ocasión de conversar de temas completamente ajenos a la medicina, un suceso extraño entre dos médicos.

Así fue como Lorena se enteró de que su jefe era un hombre divorciado, sin hijos y, al parecer, con un largo historial de errores a sus espaldas, aunque esto último lo infirió ella misma de las palabras de su enigmático superior.

—Te he traído algo para picar —susurró él.

Lorena esbozó una amplia sonrisa. Se moría de hambre. Se incorporó y ambos se sentaron alrededor de una pequeña mesita que había en la entrada de la habitación.

Míster Interesante encendió una pequeña lamparita que alumbraba solo aquella parte de la estancia.

Marina continuaba dormida.

—¿Cómo estás? —preguntó él mirándola fijamente.

—Bueno —contestó. De pronto, se habían adueñado de ella las ganas de llorar.

«Es lo que suele pasar: cuando estás atravesando un momento delicado y alguien te pregunta que cómo lo llevas, solo se te ocurre estallar en llanto», pensó Lorena.

Una lágrima se deslizó por su mejilla derecha.

Su jefe estiró un brazo y se la retiró con uno de sus dedos. Ella lo miró con ternura y con los ojos aún empañados.

—Esto acabará algún día —dijo él, tratando de levantarle el ánimo—. Recuerda que no hay mal que cien años dure...

Lorena entonces sonrió con sarcasmo.

—Ni cuerpo que lo soporte —añadió ella.

—Cierto, cierto... Pero tú eres fuerte. Además, me tienes a mí. —Esto último lo dijo con un tono muy grave. Después sonrió para descargar la tensión del ambiente.

—No soy tan fuerte. En el fondo, soy una niña pequeña que teme no estar

preparada para hacerle frente a la vida y, mucho menos, a la muerte de alguien a quien aprecio.

A Lorena se le escapó otra lágrima y se la enjugó con la manga de su sudadera.

—Pues a mí me gusta esa niña pequeña, consigue sacar lo mejor de mí.

A ella, que ya le costaba contener todas las lágrimas que se acumulaban tras sus párpados, solo se le ocurrió decir una cosa:

—¿Me abrazas?

Míster Interesante la atrajo hacia sí y la obligó a sentarse sobre él, como si fuera una princesa. Lorena dejó reposar su cabeza sobre el pecho de su jefe y cerró los ojos.

Entonces se dio cuenta, por primera vez, de lo mucho que lo necesitaba, de cuán imprescindible era la compañía de aquel hombre tan enigmático para ella.

Se sentía protegida a su lado.

—Quiero hacerte feliz, Lorena. Si me dejas.

Ella sintió un escalofrío y se pegó más a él.

Fue su manera de decirle que le dejaba vía libre.

20. Última toma, último día

Solo tenía que soportar unos minutos más. Me encontraba extenuada: llevaba un día entero de pie sobre aquel escenario rodando lo mismo una y otra vez.

Aaric quería tener varias imágenes para luego superponerlas y hacer no sé qué, pero que quedaría estupendamente. Fue justo en aquellos últimos minutos en los que por primera vez me arrepentí verdaderamente de haber aceptado grabar el clip. ¿Se podía estar más agotada? Nunca en mi vida me había sentido desfallecer de esta manera.

Aquellos últimos días habían sido un frenesí. Nos habíamos acostado muy tarde ultimando detalles de vestuario, vídeos, imágenes y maquillaje, y nos habíamos levantado a las seis de la mañana (todos los santos días) para ir en la furgoneta al teatro, ponernos a rodar y, en mi caso, para ponerme un vestido y hacer como que cantaba encima del escenario, donde, justo en aquel preciso instante, me encontraba en un estado cercano al síncope.

Estaba tan harta que, en el fondo, comenzaba a darme igual si el videoclip acababa siendo un éxito o no. Solo quería parar, desconectar y tener tiempo para mí, para leer un buen libro, escuchar música o cocinar una sopa de pollo.

Además, a todo ello se le unía que Aaric estaba tan tenso y tan serio que nuestra relación se había paralizado por completo. Estábamos estancados.

Alguna vez había visto cómo me miraba fijamente, pero lo normal era encontrarlo concentrado en alguna tarea en concreto o supervisando al personal.

Lo increíble es que además había encontrado, no sé cómo, tiempo para componer.

Su distanciamiento me bastó para darme cuenta de que me sentía sola si él no estaba cerca. Echaba mucho de menos hablar, discutir y abrazarme con él.

Aquellos días simplemente se había limitado a darme órdenes, como si yo hubiese hecho algo mal. ¿Lo habría alejado de mí?

No podía ser, sabía que él me miraba cuando yo estaba de espaldas y que se preocupaba de que yo estuviera bien. Sin ir más lejos, el día anterior, en el que mis pies sufrieron más que nunca por ir montados sobre unos tacones imposibles, Aaric me trajo a última hora unos zapatos planos y me «ordenó» que me los pusiera porque él no «quería» que me hiciese otro esguince por su culpa.

Lo dijo todo muy serio; parecía abstraído, pero aquel gesto me pareció entrañable.

—¡Acción! —gritó uno de los técnicos.

Y, de nuevo, me tocaba fingir que cantaba. Vocalicé la letra del tema intentando poner algo de sentimiento en mis gestos, que ojalá hubiesen transmitido alguna clase de sentimiento más allá de la fatiga.

Y así transcurrieron las siguientes dos horas...

Por fin, cuando terminamos y me encontré de nuevo en mi habitación del hotel, me puse un camisón fino y me metí en la cama. Al día siguiente ya estaría en el avión de camino a Madrid.

Resoplé con fastidio al acordarme de que no había comprado nada de ropa, y eso que me había llevado la maleta medio vacía para eso. Cerré los ojos y pensé en Lorena y en mi madre; tenía ganas de volver a verlas y de dejar atrás todo el estrés que había acumulado en las últimas semanas.

De repente escuché que se abría una puerta, pero permanecí inmóvil y contuve la respiración.

La puerta que se había abierto no era otra que la que comunicaba mi cuarto con el del cantante.

Supe al momento que Aaric se encontraba en la habitación.

—Leire, ¿estás despierta? —preguntó en susurro.

No respondí, no supe qué hacer ni qué decir. Tantos días sin tenerlo cerca

y ahora estaba allí, a punto de sentarse en mi cama.

Se tumbó a mi lado y me pasó un brazo por la cintura.

Noté su respiración en mi cuello.

—Te echaba de menos —murmuró cerca de mi oído.

Tampoco respondí. Un escalofrío ascendió por mi espalda.

Él comenzó a acariciar uno de los mechones castaños de mi cabello.

—Mañana... Cuando regresemos... Tal vez algunas cosas cambien... —susurró después.

¿Qué quería decir con eso? ¿Iba a alejarse de mí? ¿Iba a perderlo? No lo comprendía... Se me formó un nudo en la garganta.

—Pero quiero que sepas que, pase lo que pase, estaré a tu lado siempre que me necesites.

Entonces Aaric terminó de desubicarme. «¿Pase lo que pase?».

Se me olvidó que había acordado conmigo misma fingir que dormía y dije:

—¿Qué es lo que va a pasar?

Me giré y lo miré a los ojos. Él dio un respingo, sobresaltado.

—¡Joder! —casi gritó.

Reí. Le había asustado.

—Dime, Aaric, ¿qué es lo que va a pasar? No me tengas así.

—Se suponía que estabas dormida... —me recriminó él.

—¿Qué es lo que va a pasar? —repetí, aquella vez con un tono de voz ligeramente más elevado.

Él desvió la mirada hacia la almohada. Después, con uno de sus brazos me atrajo hacia su pecho y me pegó a él. Llevaba una camiseta gris holgada que adiviné que utilizaba exclusivamente como pijama. Me recreé en su olor corporal. Era tan... él.

—Nada. No pasa nada, solo que tengo miedo de no volver a verte —mintió Aaric. Mentía, yo sabía que mentía. Esas cosas nunca se dicen, aunque se piensen.

—Mentiroso —susurré mientras deslizaba uno de mis dedos por su hombro izquierdo. Se habían apoderado de mí unas inusuales ganas de llorar a moco tendido y de gritarle que por qué me trataba así, por qué su comportamiento resultaba tan voluble e impredecible. Iba a volverme loca.

—Sí —afirmó Lodge con cierta dificultad.

—No me lo vas a decir —murmuré al borde de las lágrimas.

—No puedo, Leire. Espero que puedas perdonarme. —Me acarició la mejilla con uno de sus dedos—. Te quiero.

Entonces me dio un suave beso en la mejilla y se incorporó, caminó hacia su habitación y cerró la puerta.

No pegué ojo en toda la noche.

Una vez más, me había dicho que me quería. Fui consciente, por primera vez, de que yo todavía no le había respondido a ningún «te quiero».

Supuse que aún no me sentía capaz de expresar mis sentimientos; tampoco estaba lo bastante segura como para definirlos con claridad.

A las once de la mañana del día siguiente, descendí del avión luciendo unas fantásticas, maravillosas, moradas y oscuras ojeras, unos ojos esféricos e hinchados y un pelo alborotado que delataba que no había tenido la suficiente paciencia como para peinarme.

Aaric caminaba detrás de mí.

No intercambié palabra alguna con él en todo el recorrido. Me había sentado mal... Para qué mentir, me había sentado fatal que me mintiera de aquella manera tan descarada y que, encima, tuviera el valor de reconocérmelo en la cara y pedirme que lo perdonara. Aaric resultaba tan misterioso y tan ambiguo que, en lugar de producirme la intriga de costumbre, se me hacía difícil no considerarlo un gilipollas.

Sin embargo, decidí esperar a ver qué era lo que tenía que ocurrir en Madrid, qué era aquello de lo que Aaric no podía hablarme.

Cuando llegamos a la cinta del equipaje, me despedí de Berta, de Damon y de Abi. No me despedí de nadie más porque el resto del equipo se había quedado en Roma a ultimar algunas cosas.

Abi, además, iba a coger un vuelo a Estados Unidos justo aquella tarde y había venido a Madrid exclusivamente para ver a una determinada persona que ella definía como un «amigo especial».

Me hizo mucha gracia esa expresión, mi madre la utilizaba mucho cuando

yo era pequeña y le decía que tenía tres novios en clase. Ella siempre contestaba: «No, cariño, son amigos especiales que te tratan muy bien». Qué mujer...

Dudo mucho que a aquellos tres amigos especiales les hubiese hecho mucha gracia que los considerase a los tres tan especiales.

El caso era que Abi estaba muy emocionada por su cita con Míster Especial.

Cuando Berta, Damon (ambos continuaban llevándose espectacularmente bien) y Abi se marcharon, yo me quedé a solas con Aaric esperando al equipaje.

—Leire, ¿estás bien? —me preguntó.

Me miraba tan fijamente que se me hizo difícil sostenerle la mirada.

—Sí, creo —susurré.

—Te he comprado una cosa. Un recuerdo de Roma —dijo sonriente.

Me giré hacia el cantante con curiosidad. Su pelo, algo más largo de lo normal, le daba un toque muy *sexy*.

Aún seguía teniendo la típica barba de tres días que a mí en particular me hacía fantasear a todas horas.

Sacó algo de su bolsillo. Era una cajita pequeña, azul marino y aterciopelada.

Me temí lo peor, o lo mejor, depende.

Respiré con alivio al comprobar que no iba a arrodillarse. Solo la abrió delante de mí.

—¿Te gusta? —me preguntó con expectación.

Lo inspeccioné. Otra vez las lágrimas se agolpaban en mis ojos. ¡Nunca había sido una mujer sensible!

—Es muy bonito —alcancé a decir con la voz ahogada—. Pero no puedo aceptarlo. Es muy caro y no sé exactamente lo que significa...

—Solo es un recuerdo... Para que no te olvides de mí, ¿vale?

Observé aquel anillo con incredulidad. Parecía platino y tenía unos cuantos brillantes que, tratándose de Lodge, seguramente serían diamantes de verdad.

Le dirigí miradas alternas al anillo y al cantante. Me encontraba paralizada. Entonces él me agarró la mano derecha, extrajo el anillo de la

cajita y lo colocó en mi dedo anular.

—¿Por qué haces esto Aaric? De verdad, lo intento, pero no te entiendo. Estás raro, dices y haces cosas raras.

—¿No te gusta? Lo elegí pensando que te encantaría...

—dijo él, aún sujetándome la mano.

Suspiré.

—Me encanta. Es precioso. Pero esto va demasiado deprisa. Y ayer me mentiste y me dijiste cosas que me parecieron muy raras. No sé a qué atenerme contigo.

—Te dije que estaría a tu lado siempre que me necesitaras. ¿o no?

—Sí... —suspiré de nuevo.

Aaric se acercó a mí y me abrazó.

—Ahora tenemos que ir a un sitio. ¿Vale? Tienes que acompañarme.

Asentí despacio con la cabeza.

—Vale... ¿A dónde?

Noté a Aaric nervioso. Parecía que no quería hablar, como si le costara comunicarse.

—Al hospital.

—¿Cómo has dicho? —Me aparté un poco de él para poder mirarlo a los ojos.

—A ver a tu amiga —dijo rápidamente.

Me atrajo hacia sí de nuevo. Recorrió mi espalda con uno de sus dedos; después se separó y señaló hacia la cinta:

—Mira, nuestras maletas.

Pero yo, en lugar de observar mi maleta, fijé mi mirada en el anillo. Se acomodaba a mi dedo perfectamente. Me sentía cómoda con él, como si llevase ahí puesto toda una eternidad. Lo acaricié con el dedo índice de mi mano izquierda. Aaric sonrió al ver mi gesto.

Me hizo pensar.

Lorena había bajado a los vestuarios del hospital para quitarse el pijama verde; acababa de terminar con la tercera y última guardia de la semana.

Veinticuatro horas lidiando con dolores, hipertensiones, náuseas y vómitos.

Llegó un mensaje a su teléfono.

El corazón se le aceleró al comprobar que Aaric y Leire venían hacia el hospital. «Mierda, mierda, mierda y, una vez más, mierda», pensó ella.

Lorena ya se esperaba el regreso de su amiga, lo esperaba ese día y a esa hora, pero temía más el momento en el que viese a su madre enferma que al MIR.

Tenía ganas de vomitar, por lo que cogió una pastillita de su bolso para quitar las náuseas. Luego, además de la historia de Leire, Marina y Aaric, que había accedido a terminar el videoclip mucho antes de lo previsto con la intención de traer a su amiga a Madrid lo antes posible, Lorena tenía en la cabeza a Míster Interesante y sus constantes atenciones.

Se estaba volviendo adicta a su jefe y a sus mimos.

Se habían «unido» mucho aquellos últimos días, habían conversado de muchas cosas. Ahora creía conocerlo un poco mejor, pero solo un poco; aún no terminaba de confiar. Sin embargo, no podía separarse de él, le gustaba que la mirase de aquella manera y que la tratase tan bien.

Lorena se preguntaba si no se estaría enamorando o encaprichando, si no estaría viendo las cosas con demasiada poca perspectiva. Míster Interesante tenía cuarenta y un años, le sacaba quince y eran muchos... o puede que no tantos.

Suspiró. Tenía tanto en lo que pensar...

Miró su reloj. Supuso que, en veinte minutos como mucho, Leire y Aaric estarían esperándola en el vestíbulo del hospital.

Guardó su pijama y su fonendo en la taquilla y se calzó unas botas altas de color *beige*. Se recogió el pelo en una coleta alta y salió de los vestuarios.

Cogió un ascensor hasta la planta baja y recorrió un par de pasillos de unos quince metros hasta llegar al vestíbulo del recinto. Allí se sentó en un banquito metálico a esperar a su amiga.

Mis recuerdos acerca de cómo sucedió exactamente son difusos.

Aaric y yo fuimos al *parking* del aeropuerto dónde él había dejado

aparcado un discreto Lexus. Yo había imaginado que alguien tan famoso y adinerado conduciría un coche más llamativo.

Le observé mientras arrancaba y cambiaba las marchas: la primera, luego la segunda. Trataba su coche con delicadeza, no daba acelerones bruscos y giraba el volante con suavidad. Parecía que conduciendo Aaric se volvía mucho más sensible y romántico que en su trabajo.

No hablamos de camino al hospital.

Sabía que era extraño que me llevase directamente a ver a Lorena al hospital en el que trabajaba. ¿Cómo sabía que ella trabajaba allí? ¿Acaso lo que había pasado que nos había obligado a regresar antes de tiempo tenía que ver con ella?

Mi respiración era agitada y no paraba de golpear la pierna contra el suelo. Estaba muy inquieta. Demasiadas rarezas, comportamientos incoherentes y romances estancados en mi vida. No pude evitar mirar el anillo que adornaba mi mano derecha. Era precioso.

Aaric sonrió con orgullo al verme de nuevo acariciándolo con mi otra mano. Parecía muy satisfecho. Yo aún tenía la duda de si el anillo era un simple recuerdo o Aaric tenía en mente otros planes. Sonreí al pensar que nadie se gastaba tanto dinero en algo pasajero.

Tuve, por primera vez, la esperanza de que todas mis fantasías pobladas de retoños se hicieran realidad.

«¡Leire, deja de pensar en embarazos cargados de náuseas y en matrimonios prematuros! Es famoso, es cantante, su cama estará siempre llena de mujeres que adoran sus canciones... y su bolsillo», pensé, pero luego volví a mirar el anillo.

Aaric metió el coche en el aparcamiento privado del hospital. Después tuvimos que caminar durante unos cinco minutos para llegar a la entrada principal.

Al ver a Lorena, que se había incorporado para saludarnos, Aaric me agarró la mano y me la apretó con fuerza. Luego la soltó.

Sonreí cuando vi a mi amiga y la abracé.

Recuerdo claramente que entonces se puso a llorar y a convulsionarse. Me apretaba con tanta fuerza que creí que me partiría en dos.

—Lo siento, Leire, de verdad que lo siento. Por favor, perdóname... Entiéndeme... Por favor...

Una desagradable sensación de desasosiego se apoderó de mí. Pasé la mano derecha por la espalda de mi amiga para intentar calmarla. Miré a Aaric de reojo y comprobé que su expresión se había vuelto grave y gris. Me miraba con tristeza y... con cierto aire de culpabilidad, me hubiese atrevido a decir.

—¿Por qué estás así? —le pregunté a Lorena. Ella no respondió más que con un fuerte sollozo.

Aaric nos separó con cuidado. Lorena pareció reaccionar y entonces me dijo:

—Ven conmigo.

Miré al cantante, suplicando que me acompañara. Sin embargo, me respondió:

—Te estaré esperando aquí. Si es que aún quieres verme, claro.

Entonces me asusté.

21. El marcapáginas

Me gustaba leer.

Los libros me servían de refugio para escapar de mis malos momentos, para huir de mis incertidumbres y de mis miedos, para encontrar un oasis de paz en medio de un desierto de complicaciones.

Solo recuerdo un instante, a lo largo de toda mi existencia, en el que deseé que mi vida se tratara de un libro.

Deseé con todas mis fuerzas poder pasar las páginas rápidamente para descubrir qué era lo que el escritor había deparado para el final de la historia. Me hubiese gustado leer la última página para poder suspirar y decir con alivio «todo termina bien» o «tiene un final feliz».

También quería el libro para abrir otro nuevo y vivir una nueva historia, pero aquello hubiese sido egoísta; no podía abandonar a todos los personajes que completaban mi relato.

No podía abandonar a mi madre.

No podía abandonarme a mí misma.

Cuando entré en la habitación vi una cama, un sillón y una mesa. También vi a mi madre, que se encontraba de pie junto a la ventana, admirando la aterciopelada pradera verde que se extendía más allá del hospital. Su cuerpo se encontraba cubierto con un camisón blanco adornado con lunares azules.

No lloré, no en aquel momento.

Tampoco me vine abajo.

Solo pausé mi vida durante unos minutos para poder repasar detenidamente los últimos acontecimientos.

No respiré, mi corazón no bombeó, mis músculos no se movieron y me atrevo a decir que mis ojos dejaron de ver.

Me negué a comprender el motivo por el que Lorena lloraba.

—Leire, creía que tardarías una semana más en volver... —Mi madre había hablado. De hecho, se había dado la vuelta y yo ni me había dado cuenta.

Estaba en pausa.

—Leire —susurró Lorena.

Entonces respiré otra vez, mi corazón emitió un nuevo latido y mis pupilas recobraron la visión.

Fue cuando me atreví a preguntar:

—¿Por qué estás aquí, mamá?

Ella bajó la mirada y caminó hacia la cama. Se tumbó y extendió los brazos para agarrar la manta y cubrirse.

—Acércate —me ordenó con gravedad.

Obedecí.

—Tengo cáncer.

Automáticamente dije:

—¿Se puede curar?

Ella entornó los ojos y alargó su fina mano hacia mi cabello. Me acarició con ternura, como hacía cuando yo era una niña de siete años y lloraba por tonterías.

—Todo saldrá bien, pequeña... Yo estoy tranquila, tú tienes la vida asegurada, has crecido, estás sana y tienes la oportunidad de ser feliz... Ya no debes preocuparte por mí.

Fue tras aquellas palabras cuando no pude contener las lágrimas. Me abalancé sobre ella y la abracé con fuerza, con toda la fuerza del mundo, para que nadie me la arrebatara. No quería que escapara, no quería que de repente dejara de existir. Pensé que tal vez, si me mantenía cerca de ella, conseguiría retrasar el momento.

Me derrumbé en los brazos de mi madre. Sollocé durante al menos un par

de horas. No me moví de su lado hasta que dieron las diez de la noche.

Entonces, Lorena puso una mano sobre mi hombro.

—Leire.

Me giré hacia ella.

—¿Quieres que hablemos?

Miré a mi madre, que se había quedado dormida. Después me dirigí de nuevo hacia Lorena y asentí.

Salimos de la habitación.

—Me pidió que no te dijera nada... No supe qué hacer... Llamé a Aaric... —murmuró ella, también tratando de evitar el llanto.

La miré con compasión. Después me acerqué a ella y la abracé.

—Estoy enfadada. Estoy frustrada. Me siento impotente. Pero tú has hecho lo que has podido y no sería justo culparte —susurré en su oído. Después añadí—: Gracias por cuidarla tan bien.

Lorena me estrechó con fuerza y después tuvo a bien recordarme:

—Aaric te está esperando abajo. Está muy preocupado.

Abrí mucho los ojos.

Lo había olvidado por completo. Tal vez había pensado que no quería volver a verle, que me enfadaría muchísimo con él por no habérmelo contado.

De hecho, lo estaba. Estaba enfadada, pero no con él, sino con lo injusto de las circunstancias. Pero el sentido común me decía que, aunque Aaric me hubiese avisado de la desgracia de mi madre, esta no hubiese dejado de ser lo que era, una desgracia.

Ambos habían respetado los deseos de mi madre de mantenerme al margen y se las habían apañado para llevarme hasta su habitación sin delatarla. No podía pedirles más.

Me encaminé hacia los ascensores y descendí a la planta baja. Por el camino, observé el anillo de brillantes que decoraba mi mano derecha. Un desagradable cosquilleo ascendió por mis piernas y por mis manos hasta llegarme al pecho. Me sentí verdaderamente mal.

Lo vi sentado en uno de los banquitos metálicos que había en el gran vestíbulo del hospital. Estaba inclinado hacia delante, con la cabeza enterrada entre las piernas. No notó mi presencia.

Me senté a su lado y le acaricié el hombro.

Él se sobresaltó y se giró hacia mí. Sus cejas se curvaron en un ademán de incertidumbre. Su mirada grisácea me atravesó.

Lorena se asomó un instante a la habitación de Marina.

Leire se había ido con Aaric.

Después se fue a sala de trabajo de los residentes para sacar una chocolatina de una de las máquinas dispensadoras. Estaba apenada por la situación de la madre de su amiga, pero también se sentía más aliviada al saber que ella comprendía la situación.

Lorena se sentía algo más optimista y decidió ir al despacho de Míster Interesante para contarle lo que había ocurrido y, de paso, refugiarse del mundo entre sus brazos durante unos minutos.

Llamó a la puerta antes de girar el picaporte, pero no respondió nadie. Después, la abrió despacio y asomó uno de sus ojos por aquella pequeña ranura.

El despacho estaba vacío.

Lorena se preocupó; no había visto a su misterioso jefe en todo el día. Resultaba cuanto menos extraño, sobre todo porque Míster Interesante tenía la mala costumbre de ser un adicto al trabajo.

Lorena suspiró profundamente y se encaminó hacia una de las salas de descanso para comerse su chocolatina en soledad.

Entonces, cuando se adentró en aquel remanso de sillones de cuero, lejos del caos del hospital, se encontró a su jefe tendido sobre uno de ellos, con una camisa a medio desabrochar y unos vaqueros oscuros. Estaba leyendo un pequeño libro. No se enteró de que Lorena había entrado porque, además, estaba escuchando música con unos auriculares blancos.

Ella se acercó despacio y se sentó en uno de los sillones de detrás. Cuando él decidió que se había cansado de leer y se quitó los cascos, descubrió que alguien se encontraba en uno de los sillones que había a sus espaldas.

Al girarse, vio a Lorena y sonrió.

—Buenas noches, doctora.

—Qué guapo vienes hoy. Nunca te había visto vestido así —bromeó ella.

Él arqueó una ceja y después frunció el ceño. Sus ojos turquesa le daban color a la sala de los sofás. Se incorporó y se sentó en el mismo sofá en el que ella se había apoyado con su chocolatina. Ella fue a acomodarse en su pecho, pero entonces Mister Interesante agarró la chocolatina y se la comió antes de que su alumna reaccionase. Después comenzó a reírse y se levantó.

—No... Tenía hambre.

—Te invito a cenar.

—No puedo, la madre de Leire está sola en su habitación.

—Está bien, rectifico. Te invito a cenar en la cafetería del hospital.

—No podemos, nos verán juntos.

—Cenar en compañía no es un pecado capital, doctora Márquez.

Ella sonrió de forma triste, pero sincera.

Fueron a la cafetería, cenaron, se sonrieron, se miraron y charlaron sobre Marina y sobre Leire.

Por desgracia, Lorena no tuvo el valor suficiente como para preguntarle dónde había pasado el día, por qué llevaba unos vaqueros, una camisa blanca y el pelo engominado.

Por primera vez desde que le había permitido acercarse a ella, se dio cuenta de que no sabía nada acerca de su vida privada y entonces desconfió de él.

—Leire —susurró Aaric mientras entrelazaba sus dedos con los míos—. Lo siento.

Negué con la cabeza. Noté una lágrima resbalar por mi mejilla hasta llegar a empapar mis labios.

—Lo siento mucho —repitió entonces—. Cuando te dije que estaría a tu lado, lo dije de verdad.

Más lágrimas llegaron a mis labios y los humedecieron. Mis ojos estaban tan hinchados como dos bolas de billar.

—No, Aaric, escúchame: tú tienes que seguir con tu vida. Con tu música.

Con tus giras y tus discos. Yo voy a estar con mi madre todo el tiempo que ella me necesite. No puedo abandonarla y no puedo atarte a ti.

Sollocé amargamente. Aaric me atrajo hacia sí y me obligó a apoyarme en su pecho.

—Pero yo quiero atarme a ti —afirmó él con convicción.

Lo dijo con tanta seguridad que logró estremecerme.

—Estás loco —susurré.

—Lo estoy —musitó él en mi oído.

—No voy a dejar que echas a perder tu carrera.

—Yo decido sobre mi vida, Leire. No puedes obligarme a que me vaya.

Me estremecí de nuevo. Me besó con suavidad.

Entonces tuve la certeza de que mi libro aún se encontraba repleto de páginas que esperaban a ser leídas.

Me armé de valor para tener la última palabra:

—Sí puedo.

22. San Lorenzo del Escorial

Silencio, oscuridad y dolor; tres oscuros caballeros se habían reunido a mi alrededor aquella noche.

Mi madre respiraba profundamente. Los opiáceos que le inyectaban constantemente para controlar sus jaquecas solían mantenerla dormida durante la mayor parte del tiempo. Yo me limitaba a observarla mientras su pecho ascendía y descendía rítmicamente, con cada una de sus respiraciones.

La habitación se encontraba sumida en la penumbra; solo una pequeña bombilla halógena iluminaba los alrededores del sofá sobre el que me encontraba recostada.

Suspiré, cansada.

Llevábamos siete días allí.

De vez en cuando, Lorena y yo nos turnábamos para pasar la noche en casa y traernos ropa limpia al hospital.

Aproveché una de aquellas ocasiones para comprarle un pijama de franela verde oliva a mi madre. Cada día me asqueaba más aquel camisón fino de hospital, me recordaba que estaba enferma y que probablemente no se recuperaría nunca. Un pijama distinto, por el contrario, me traía nuevas, aunque tal vez vanas, esperanzas.

Me llevé la mano derecha a los párpados y los masajee suavemente. Tenía los ojos tan cargados... Aaric también ocupaba mi mente, seguramente porque me había metido su álbum al completo en mi iPod y no paraba de

escuchar su voz por los auriculares.

En el fondo, tenía miedo de no volver a verle nunca más.

Recuerdo que, aquel día fatídico en el que regresamos de Roma a toda prisa, le pedí que se marchara, que continuara con su vida y con su música. Le dije que yo le retrasaría, que le ataría y le traería problemas.

También recuerdo con alegría cuando me obligó a callarme con uno de sus besos; recuerdo cuando me abrazó para después acompañarme a ver a mi madre y me juró que no se separaría de mí.

Dejé de frotarme los párpados; ya comenzaban a escocerme los ojos.

En aquel instante, yo me encontraba a punto de caer rendida en el sofá y Aaric y Lorena se habían ido a cenar a la cafetería.

Yo no les había acompañado porque me sentía incapaz de probar bocado.

Estaba muy nerviosa por los resultados de unas pruebas que le habían practicado aquella mañana a mi madre. Se trataba de pruebas que, con mucha suerte, descartarían una metástasis de su tumor cerebral hacia el resto de su anatomía.

Recé.

Y finalmente cerré los ojos.

—Leire. Buenos días, Leire. Cielo...

Una voz con acento norteamericano me hizo despertar.

Entonces me di cuenta de que estaba recostada sobre las piernas de Aaric, que me acariciaba con dulzura el cuero cabelludo.

—Hola —susurré.

Él me sonrió. Estaba muy despeinado y olía a sudor. Llevaba un par de días sin separarse de mí y no había tenido tiempo ni para ducharse siquiera.

—Me tengo que ir al estudio —me dijo—. Volveré para comer.

Me dio un pequeño beso en la frente y se levantó, obligándome a mí a incorporarme. Le vi abandonar la habitación.

Cuando me quedé sola, se apoderó de mí una claustrofóbica ansiedad. Tuve la sensación de que no entraba suficiente aire en mis pulmones.

Logré controlar los nervios pasados cinco minutos. Mi madre continuaba

durmiendo.

Entonces la puerta se abrió y entró una doctora, la neuróloga rubia y afable que se encargaba de mi madre, acompañada por Lorena y por Mister Interesante.

—Buenos días, Leire —me saludó con una sonrisa de solidaridad.

—Hola —musité yo, aún con los ojos llenos de legañas.

Ella se acercó a mi madre y trató de despertarla con leves toquecitos en su hombro izquierdo.

—Marina —la llamó la doctora—. Marina. ¿Está despierta?

Mi madre gruñó y después abrió lentamente los ojos. Esbozó una leve sonrisa y musitó un «buenos días».

—Tenemos buenas noticias —dijo Lorena entonces.

La doctora también sonreía.

—No hay metástasis —apuntó la neuróloga.

El alivio que sentí quedó reflejado en unas cuantas lágrimas que se me escaparon. No pude reprimir el impulso de abrazar a la neuróloga. Ella al principio se echó para atrás, algo sorprendida por mi gesto, pero después me dio unas palmaditas en la espalda para tranquilizarme.

Al separarme de ella dije:

—Perdón. Es que no me lo podía creer.

Ella sonrió y carraspeó levemente antes de hablar de nuevo:

—No hay metástasis, pero tenemos un problema. El tumor es maligno y no podemos tocarlo. Está muy escondido en el cerebro y si lo operamos tal vez la dejemos peor de lo que usted está.

Todo mi alivio se esfumó de golpe e hizo que mi corazón latiese más rápido que nunca.

—¿Entonces? —pregunté, ansiosa.

Mister Interesante me hizo un gesto con la mano para que me calmara. Lorena me agarró del brazo.

—Entonces —continuó la neuróloga— combinaremos ciclos de quimioterapia y sesiones de radio para intentar reducirlo y así evitar que infiltre el resto del tejido. Hoy le vamos a dar el alta, Marina. Seguramente para esta tarde estará en casa, pero un par de veces al mes tendrá que venir a tratarse. ¿Saben algo de los efectos secundarios?

Mi madre movió la cabeza hacia delante con lentitud.

—Se me caerá el pelo, ¿verdad, doctora? —susurró entonces.

Se me partió el alma.

—Piense que es un precio muy barato de pagar si conseguimos salvarla —musitó la neuróloga a su lado—. Pero es usted fuerte, Marina. No se rinda.

Los pequeños ojos de mi madre brillaron fugazmente; después se apagaron y volvieron al estado grisáceo que lucían aquellos últimos días.

La neuróloga y Míster Interesante salieron de la habitación y yo me quedé a solas con Lorena. Mi madre había cerrado de nuevo los ojos, dispuesta a sumirse otra vez en un profundo sueño.

—¿Qué puedo hacer, Lore? ¿Qué puedo hacer para que se sienta mejor? ¿Qué puedo hacer para que mi madre no sufra? —le pregunté con un tono de desesperación que pareció asustarla.

Ella me miró con gravedad. Sus ojos oscuros se encontraban hundidos y empañados por las lágrimas, igual que los míos.

—La llevaremos con nosotras al ático y cuidaremos de ella. Hay que evitar que se sienta sola, pero tampoco tenemos que agobiarla. Tu madre necesita que la apoyemos, pero tampoco quiere compasión —me dijo mi amiga con seriedad.

—Sí, sí. Vendrá a vivir con nosotras. Pero dime la verdad, Lore... ¿Tú crees que saldrá de esta? Tú eres médico... ¿Crees que podrá curarse? —musité para que mi madre no pudiera escucharme.

Lorena me acarició la cara y me limpió las lágrimas con uno de sus dedos. Después me dijo lo más descorazonador que he oído en muchos años:

—No lo sé.

Aquella tarde, por fin, estuvimos de vuelta en casa. Cuando entré en mi habitación vi la guitarra rosa que Aaric me había regalado unos meses antes; desde entonces, todo había cambiado mucho.

De repente, la música había pasado a un segundo plano. Lo único que me importaba era no perder a mi madre.

Aaric vino a dormir conmigo aquella noche. A mi madre la instalamos en mi cuarto y yo tuve que improvisar un sofá-cama que situé en el salón, en un pequeño rellano que se extendía entre la mesa de comedor y la ventana. Tuve que mover algunos muebles.

Aaric me abrazó con fuerza hasta el amanecer. Me permitía llorar en su hombro mientras me daba pequeños besos en la mejilla y me acariciaba la mano con cariño.

—Leire —me dijo a las tres de la madrugada.

—Dime —susurré.

—Sé que lo estás pasando mal y que por eso no estás enterada de lo que ocurre a tu alrededor, pero quiero que sepas que el videoclip ha sido un éxito y que hay una discográfica que quiere firmar contigo.

En aquel momento, Aaric olía a colonia. Se había duchado y afeitado en mi ático y se había puesto unos pantalones grises de pijama y una camiseta blanca holgada. Yo llevaba un pijama de florecitas antierótico que a él le gustaba mucho.

Me encontraba de espaldas a él, tumbada sobre el colchón, mientras un brazo suyo me rodeaba la cintura.

Suspiré.

—No voy a firmar nada con nadie, Aaric. En otro momento me hubiera muerto de alegría; ahora simplemente me da igual.

Él me retiró el pelo de la cara.

—Tendrías éxito, serías famosa. Se te da bien, podríamos cantar juntos y hacer giras juntos.

Apreté su mano con fuerza.

—Tengo dinero de sobra, Aaric, y mi madre puede irse en cualquier momento. Quiero aprovechar hasta el último minuto con ella.

Él se pegó más a mí.

—Lo entiendo —susurró en mi oído. Después lo besó con ternura.

—¿Sabes? Ahora me arrepiento de haberme ido de casa tan pronto. Pude haber disfrutado de mis padres durante más tiempo y no lo hice. No sé por qué me fui, siempre me llevé muy bien con ellos. Pero tenía la estúpida idea de querer independizarme para ganarme la vida por mí misma y no cargarles con mis gastos... —Ya era tarde, comencé a llorar con fuerza de nuevo.

Sollocé larga y amargamente.

Nunca supe cómo Aaric fue capaz de aguantar tanta tristeza, pero, al mirar el anillo, tuve mis sospechas, que se confirmarían con los años.

Mi madre acudió a sus dos sesiones de quimioterapia durante el mes siguiente.

Los efectos secundarios fueron horrorosos. Vomitaba sin parar y poco a poco se iban desprendiendo mechones de su cabello, hasta que comenzaron a aparecer pequeñas calvas.

Ambas sabíamos que aquello iría en aumento según continuase adelante con el tratamiento, pero no había otra opción.

Día tras día, teníamos la misma rutina. Yo me levantaba, preparaba el desayuno para Lorena y para mi madre, mi amiga se iba a trabajar y yo ayudaba a ducharse a mi madre. Después jugaba con ella al parchís o a las cartas o veíamos alguna telenovela en la televisión.

Cada hora, aproximadamente, se veía obligada a ir al baño por las náuseas.

Yo trataba de reprimir la tristeza, me hacía la fuerte para que me viera bien; no quería que se viniese abajo conmigo.

Por las tardes, Aaric solía venir a hacernos compañía y jugábamos los tres al parchís, juego que a mí me aburría soberanamente pero que a mi madre le encantaba, o veíamos la televisión.

Cuando venía Lorena, me obligaba a irme con Aaric a dar un paseo para despejarme.

Aaric había alquilado un pequeño piso en un edificio cercano para seis meses. Dijo que procuraría mantenerse cerca durante todo el tiempo que le fuese posible.

Yo temía que en algún momento llegase la hora de separarnos. Oficialmente no éramos pareja, ni novios, ni nada. De hecho, estábamos juntos, pero no habíamos hablado del tema. Supuse que Aaric me veía tan hundida y deprimida que no quería remover más mis emociones.

Sin embargo, yo necesitaba cada día más tener esa conversación. A veces nos mirábamos fijamente durante algunos minutos, pero ninguno decía nada.

En aquel instante yo me encontraba frente a mi armario, indecisa. Aaric me había llamado para avisarme de que iba a llevarme a un sitio especial, así que

decidí ponerme guapa.

Escogí un vestido marrón ajustado que me llegaba a la altura de las rodillas. Delineaba mi figura curvilínea a la perfección. Lo complementé con unas botas altas de cuero *beige* con un tacón discreto. Me puse una chaqueta de punto grisácea por encima.

Aaric también había tenido el detalle de decirme que haría frío, que me abrigara bien.

Me maquillé como Berta me había enseñado en Roma. A veces me acordaba de ella y de Damon. Me preguntaba qué habría sido de ambos.

Veinte minutos más tarde, Aaric llamó al timbre. Le abrí la puerta y le abracé.

Me relajaba mucho estar entre sus brazos. Me hizo gracia que ni siquiera hubiésemos tenido sexo. Con Javi todo fue muy diferente.

Era todo muy romántico y unos días atrás había vuelto a fantasear con formar la familia feliz, con hijos de ojos azules y pelo oscuro que tuvieran una voz bonita y cantaran como su padre, pero siempre acababa estampándome contra la almohada para ahuyentar aquellas malsanas fantasías de mi cabeza.

—Buenas noches, princesa —me dijo Aaric desde el umbral de la puerta.

Le sonreí.

Después vino Lorena a empujarme fuera del ático para evitar que me pusiera sentimental con mi madre.

Aaric y yo nos subimos en el ascensor, salimos por el portal y nos montamos en el coche. Ahora llevaba un discreto Peugeot 508 negro de tapicería blanca.

Cuando arrancó, no me pude contener:

—¿A dónde vamos?

Él sonrió misteriosamente.

—Es una sorpresa.

Se dirigió hacia una de las circunvalaciones de Madrid y desde allí cogió la autopista en dirección al norte.

Reinaba un silencio tranquilo y cómodo entre nosotros. Yo me entretuve mirando el paisaje por la ventanilla. No tardé en adivinar que nos dirigíamos hacia la afilada y montañosa sierra de Madrid.

Esboqué una discreta sonrisa. Él me miró de reojo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó.

—Nada, estoy feliz. Bueno, todo lo feliz que puedo estar en estos momentos.

—Para estoy aquí, princesa. —Me había llamado princesa otra vez.

Suspiré y él sonrió de nuevo.

A los diez minutos, Aaric se desvió por una pequeña carretera secundaria de doble sentido. Estaba muy oscura, no había farolas por los alrededores. Solo los faros del coche señalaban el camino.

Pasados quince minutos, me sobresalté al ver una enorme cúpula alumbrada con focos reinando sobre un bello edificio de piedra.

—Esto es...

—El Escorial —completó él—. Tu madre me dijo que llevabas algunos años queriendo venir aquí.

—¿Has hablado con mi madre sobre mí?

Aaric comenzó a reírse. Yo fruncí el entrecejo.

Aparcó el coche frente al monasterio de piedra de San Lorenzo del Escorial. En cierto modo, siempre me pareció un sitio mágico y, de noche, con su fachada gris alumbrada por unos potentes focos, era el doble de fantástico. Una gran explanada de suelo pedregoso rodeaba la gran construcción.

Al salir del vehículo me atravesó una ráfaga de viento gélido.

—Ven, corre, vamos a entrar dentro. —Aaric me cogió la mano y me llevó hasta la entrada.

Como aún eran las siete, el monasterio todavía estaba abierto para recibir visitas. El cantante me dirigió hacia la parte trasera del edificio, donde se encontraban los jardines.

Yo tiritaba sin parar.

—¿Te gusta este sitio? —me preguntó Aaric.

Sonreí enseñando todos mis dientes, que castañeteaban haciendo mucho ruido.

—Sí; de hecho, es mi lugar favorito, pero hace demasiado frío, Aaric, me estoy helando. —Me abracé a él con fuerza. Lodge me correspondió.

—Está bien, vamos dentro.

Caminamos hacia un patio empedrado que daba paso a la iglesia del monasterio.

Al entrar, me centré en el retablo central y en sus columnas de granito. Sobria, pero imponente a la vez. Entonces ocurrió algo muy inesperado.

Aaric se arrodilló ante mí y me cogió la mano.

Contuve el aliento; quise pensar que no iba a hacer lo que yo creía que iba a hacer.

—Leire, mañana me voy a Hollywood. Mi productor me necesita allí.

Suspiré, entre aliviada y decepcionada. Asentí con suavidad.

—No quiero perderte. No sé cuánto tiempo voy a estar allí, pero en cuanto pueda estaré de vuelta, no lo dudes.

Entonces me entristecí. No supe si sería posible aguantar la enfermedad de mi madre sin que él viniera a rescatarme por las noches.

—Cásate conmigo, Leire.

Mi corazón se paró y se me aceleró la respiración; nunca había sentido algo así, estaba como soñando.

—Yo... —No supe qué responder.

23. Noche sin luna

Cuando tenía quince años, me pusieron un examen de matemáticas muy complicado.

Yo odiaba las matemáticas, pero decidí emplearme y estudiar como si fuera una esclava encadenada a una mina que extrae oro a golpe de pala y pico. Me encadené a mi escritorio y a mi silla giratoria y agoté la tinta de mis bolígrafos y subrayadores.

Finalmente hice ese examen y me salió regular, pero mantuve las esperanzas de aprobar hasta el final.

Un par de días después, comencé a salir con un chico muy guapo que me tenía enamorada desde hacía unos meses. Todo era precioso y fantástico. Él me miraba, yo lo miraba, nos mirábamos, pero entonces, justo el día en el que publicaron las calificaciones de aquel examen, él rompió conmigo.

Me sentí tan triste que ni siquiera fui capaz de apreciar el notable que había sacado, incluso lo desprecié. Y me desprecié a mí misma por ser tan inútil para los números y para los chicos.

Tras la inesperada propuesta de matrimonio, una parte de mí se había sentido inmensamente feliz con aquellas palabras, pero mi otra mitad se había amargado profundamente, maldiciendo que la propuesta hubiera ocurrido justo en aquel momento, con mi madre enferma y con el propio Aaric a punto de marcharse a Estados Unidos durante un periodo de tiempo indefinido.

Me entristeció que aquel instante tan deseado hubiese llegado acompañado del peor escenario posible, rodeado de las circunstancias más extrañas y turbulentas; unas circunstancias que me imposibilitaron valorar aquel acontecimiento que tanto había anhelado en mis fantasías pobladas de retoños de ojos grises.

Aaric estaba arrodillado ante mí; ya tenía a mi príncipe y me encontraba a punto de arrojarlo por un precipicio.

—No puedo —musité con los ojos llenos de lágrimas—. Quiero, pero no puedo. No ahora.

Él no dijo nada. Absolutamente nada. Me observó con una mirada grisácea de aturdimiento. Pasaron segundos, minutos.

Se incorporó. Aún me sostenía la mirada.

Entonces me rodeo con sus brazos y me preguntó con cierta pesadumbre:

—¿No me quieres? ¿He hecho algo mal?

Se me escapó una lágrima. ¿Por qué preguntaba aquello? ¿No estaba claro que no podía vivir sin él?

¿Acaso no había temblado todas las noches mientras me abrazaba?

Me arrimé a él y lo abracé por la cintura; después deslicé mis manos por su espalda hasta llegar a los hombros para apretarlos con fuerza.

—Sabes que te quiero. Y que quiero casarme. Pero quiero hacerlo bien, quiero disfrutarlo y quiero que sea un acontecimiento que goce de toda la atención que se merece. Y por eso no puedo caminar hasta el altar ahora. No con tantos problemas a mi alrededor. Y...

Sus ojos acariciaban los míos.

—¿Y? —preguntó él mientras rozaba con su pulgar una de mis mejillas.

—Y no quiero que te vayas a Los Ángeles. Simplemente no quiero, y mucho menos recién casados. Me supera, Aaric...

—Leire —contestó él.

—Te voy a echar mucho de menos. —Ahogué un sollozo y enterré el rostro en su pecho.

Él enredó los dedos en mi melena y me dio un pequeño beso en la nuca.

—Me gustaría llevarte conmigo, pero no te lo he pedido porque sé que no vas a venir. Y te entiendo. No te lo estoy reprochando. Me voy a sentir muy solo —musitó él en mi oído.

Su aliento bañaba mi cuello y me hacía estremecer. Me sentí extrañamente encendida. En mitad de aquel cortejo de acontecimientos tristes, me sentía dispuesta a vivir unos instantes de amor apasionado.

Tragué saliva.

Aaric me cogió de la mano y salimos caminando de la iglesia al frío patio exterior.

La temperatura rondaría los dos o tres grados bajo cero y el viento golpeaba con tanta fuerza que me obligaba a cerrar los ojos casi por completo.

Él se dirigió hacia la salida del monasterio y, aún unidos por las manos, nos encaminamos hacia el aparcamiento. Después nos subimos al coche y Aaric puso la calefacción al máximo.

Pasados diez minutos, conseguimos entrar en calor.

—¿Me llevas a casa? —pregunté con resignación. Pensé que por mi culpa había convertido la velada en un fiasco.

Aaric rio.

—Sí, te llevo a mi casa. —Remarcó que me iba a invitar a su piso—. Tengo una sorpresa que te va a levantar el ánimo.

—¿Y mi madre? Tal vez me esté esperando —añadí a modo de disculpa.

—No quiero que hagas nada que no quieras hacer, Leire

—afirmó él con seriedad—. Solo quiero animarte y estar a tu lado.

Me dio un arrebato y me abalancé sobre él para besarle.

Al principio pareció sorprendido, pero después me siguió en aquel juego tan peligroso que yo había comenzado. Después se separó de mí y puso un dedo sobre mis labios.

—Chsss... Estamos llegando demasiado lejos. No voy a poder conducir si seguimos así. —Me sonrió.

Entonces eché a reír y me abroché el cinturón.

—¿Qué es eso que vas a enseñarme en tu piso? —pregunté.

Él me dirigió una mirada misteriosa. Sus ojos brillaban igual que los míos bajo las estrellas de aquella noche sin luna.

Arrancó el coche y partimos hacia el centro de la ciudad.

Durante los siguientes tres cuartos de hora no hicimos más que algún otro comentario sobre lo bonito que había sido visitar el monasterio, si bien

ninguno de los dos le hubiese prestado especial atención al edificio.

A ratos se hacía el silencio, pero se trataba de un silencio cómodo. Me sentía tranquila en aquella atmósfera de confianza y cariño. No me hacía falta mantener una conversación constante para sentirme a gusto.

Cuando estuvimos a punto de salir de la autopista, alargué el brazo hasta su nuca y le acaricié el corto cabello rubio.

Él me respondió con una media sonrisa tierna acompañada por unos ojos grises sugerentes y expresivos. Pasó su mano derecha sobre mi muslo y de ahí a la caja de cambios para reducir de quinta a cuarta.

Se introdujo entre las estrechas calles de Madrid y, tras girar a la izquierda y a la derecha en unas cuantas ocasiones, nos situamos frente al edificio en el que se alojaba. No obstante, continuó de frente para aparcar en un *parking* privado subterráneo en el que tenía alquilada una plaza de garaje.

Tuvimos que caminar unos cinco minutos hasta que finalmente nos situamos delante de la puerta de madera blindada de su piso.

Encajó la llave en la cerradura, abrió y me invitó a pasar.

Todo un caballero.

Nada más entrar vi una pequeña mesa redonda cubierta con un mantel negro y dos velas rojas encendidas coronando un escenario de platos y cubiertos. Dos platos, un cuchillo y un tenedor para cada uno.

La estancia estaba iluminada por una tenue luz rosácea que le aportaba cierto romanticismo a la escena.

Me fijé también en un enorme ramo de rosas que había sobre una de las sillas.

—Pensé que podríamos celebrar que íbamos a casarnos. —Aaric se había colocado detrás de mí y me hablaba al oído.

Un escalofrío me sacudió la espalda. Él puso las manos sobre mis hombros para después deslizarlas hasta el cuello del abrigo y así ayudarme a quitármelo. Luego lo colgó en un perchero que había junto a la entrada.

—Vamos a cenar. —Me cogió de la mano y me llevó hasta la pequeña mesa.

—¿Has cocinado tú? —pregunté con incredulidad.

No me lo imaginaba con un delantal y con una cucharilla de madera removiendo un puchero sobre la vitrocerámica.

Él rio.

—No, he pedido unas pizzas, pero, como sé que para ti es lo más similar al caviar, no he querido quitarle emoción al momento.

Aaric se levantó y se fue a la cocina, que quedaba un par de metros más atrás de la mesita, justo a la derecha de la entrada. Regresó al momento con una caja fina y de gran superficie, cuadrada y con olor a pizza barbacoa.

Se me hizo la boca agua.

Retiré rápidamente las velas y las copas para hacerle sitio. Después colocó con cuidado la caja entre los platos y, tras abrirla, la cortó en porciones con un cuchillo de sierra.

—Es la mejor cena que me han preparado nunca —dije con la boca llena. Ya me había animado a coger uno de los trozos, el más grande que había.

Aaric agarró otro y se lo llevó a la boca. Cuando el cantante terminó de masticar me dijo:

—Mira hacia tu izquierda.

Miré, pero en aquella oscuridad no fui capaz de distinguir absolutamente nada más allá de una pared sumida en la penumbra.

Entonces un rectángulo se encendió justo dentro de mi campo de visión.

Era una pantalla gigante.

Y en ella estaba yo, en un escenario, vestida con un traje de raso rojo escarlata, maquillada por Berta y cantando una canción junto a Aaric.

Me había puesto el videoclip.

Quedé absorta. Desde luego, el resultado había sido espectacular. Verme a mí misma en la pantalla, con aquella seguridad, mirando hacia la cámara con tanta confianza, me hizo recuperar durante unos minutos la alegría de vivir, que había quedado sepultada por los últimos acontecimientos.

El videoclip era como una grúa que me sacaba de entre los escombros de la amargura.

Me sorprendí al darme cuenta de que tenía lágrimas en los ojos. Me incorporé y caminé hacia Aaric para sentarme en su regazo. Después lo abracé y él me besó apasionadamente mientras recorría mi espalda con las manos.

—Gracias —le susurré al oído—. Muchas gracias. No tengo palabras... —continué, ahogando algún que otro sollozo.

Me levanté y él también. Comenzó a besarme de nuevo y, mientras me recorría con sus manos, me fue llevando hacia el sofá que había en el otro extremo del apartamento, frente a la pantalla.

Allí me senté a horcajadas sobre él y dejé que me acariciase a su antojo.

Me estremecí al notar que subía la falda de mi vestido hasta la cintura para después desabrocharme la cremallera con una mano. Le quité la camisa y le besé el cuello.

—Leire... —susurró él cuando le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

Yo solo quería dejarme llevar y ser feliz durante una noche.

Se incorporó y me obligó a tumbarme sobre el sofá. Él se tendió sobre mí, situando uno de sus brazos alrededor de mi cintura para obligarme a arquear la espalda hacia sus abdominales desnudos.

Suspiré.

Entonces ocurrió algo muy inesperado. Inesperado para mí, por lo menos.

—Leire —me susurró al oído, algo alterado.

—Dime.

—Mañana me voy. Lo sabes, ¿no?

Asentí con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurre, Aaric?

Él se situó a mi lado y me rodeó por completo con sus brazos. Su rostro quedó a un centímetro del mío. Nuestras respiraciones se entremezclaban en un aliento conjunto.

—Que estoy enamorado de ti y quiero hacer las cosas bien. No quiero hacer el amor y dejarte sola durante un mes. No quiero, no quiero que me veas como un aprovechado. Quiero que sea especial, quiero casarme contigo y tener una vida juntos. Quiero estar a tu lado porque tú puedes ofrecerme la felicidad. ¿Lo entiendes?

—Me casaré contigo —dije—. Pero lo haré cuando pase la tormenta.

Asentí.

Entonces él me besó y me llevó en brazos hasta la cama.

Aquella noche dormimos juntos, pero no revueltos, aunque sí enamorados.

24. El sol frío del mes de marzo

Llegaba la primavera y daba a su fin el mes de marzo.

Habían pasado unos sesenta días desde que Aaric había cogido el avión que aterrizaría en Los Ángeles.

Hablábamos por videoconferencia todas las noches; su tono de voz y su cabello rubio despeinado me enganchaban a la pantalla cada tarde desde ocho de la tarde hasta la medianoche.

Él me había contado durante nuestras conversaciones nocturnas que su agente estaba muy agobiado con su próxima gira, ya que, debido a que Aaric había prolongado su estancia en Madrid más de la cuenta, habían tenido que cancelar varios conciertos y ahora habría que reorganizarlo todo de nuevo.

Me había sentido ligeramente culpable, pero a la vez feliz de que hubiese dejado de lado un poco su trabajo para hacerme compañía en aquellos momentos difíciles.

Sin embargo, el retraso de la gira significaba que Aaric iba a tardar en regresar y que, posiblemente, tuviese que recorrer unas cuantas ciudades y dar unos pocos conciertos antes de que yo volviese a verlo en la puerta de mi casa.

Eso me entristecía y me aferraba a la pantalla del ordenador cada noche que hablábamos como si fuese la última vez que fuese a tenerlo frente a mí.

Incluso llegué a arrepentirme en esos dos meses de no haberme casado con él cuando me lo pidió. Ahora lo veía todo tan gris y tan lejano... Aaric

me había aconsejado que en mis ratos libres me dedicara a la música y que cantase y tocase con la guitarra rosa que él me regaló; para desconectar, me aconsejó, podía volver a grabar mis propias versiones de temas conocidos y colgarlos en YouTube como hacía antes. Pero no me apetecía.

La gota que colmó el vaso fue cuando comencé a recibir de manera indiscriminada múltiples llamadas de empresas discográficas. Cuatro o cinco, sin ir más lejos, que insistieron varias veces, proponiéndome grabar un álbum con ellos. El videoclip que había grabado con Aaric daba sus frutos.

Unos pensaban en que yo componería mis propias canciones y otros ya tenían un compositor para mí.

Me habían ofrecido una fortuna que ascendía a cientos de miles de euros y, si las cosas salían bien, con el tiempo la cifra sobrepasaría el millón.

También me habían prometido fama y unas condiciones de trabajo agradables.

Me habían adulado, diciendo que les encantaba mi voz y mi manera de desenvolverme frente a las cámaras, que les gustaba mi carácter y mi personalidad, pero todos habían recibido la misma respuesta: no.

En una ocasión, Lorena me dijo que me estaba equivocando, que tenía que aceptar alguna oferta, que no tenía por qué moverme de Madrid y que ella me ayudaría a cuidar de mi madre. Me dijo: «Necesitas empujar tu vida hacia delante, Leire, porque te has estancado y corres el riesgo de que no se vuelva a mover nunca más».

Sin embargo, hice oídos sordos y rechacé la posibilidad de grabar un disco.

De nuevo me encontraba ante un futuro incierto, y yo odiaba esa clase de futuros, en concreto aquellos que, a pesar de estar planeados al milímetro, amenazan con derrumbarse en cualquier momento.

Mi madre también amenazaba con derrumbarse en cualquier momento. Ya había cumplido varios ciclos de medicación. Su cuero cabelludo había quedado desierto con cada uno de ellos, para repoblarse débilmente entre toma y toma.

Sin embargo, la caída del cabello era lo menos grave.

Los vómitos y las náuseas le impedían comer y había perdido casi quince kilos en los últimos meses. Ahora se asemejaba a un saco de huesos.

Cada vez que la veía tenía que controlar mis impulsos para no

derrumbarme con ella, tenía que animarla a vivir. Jugábamos a las cartas, salíamos a pasear al parque del Retiro, incluso la llevaba a comprar de vez en cuando. Lorena solía traerle pastelitos rellenos de nata, que eran sus favoritos, y entre las dos nos apañábamos para hacer su vida un poco más amena.

En la última semana había ocurrido algo que nos tenía preocupadas: habían regresado por primera vez en mucho tiempo sus dolores de cabeza, más intensos ahora que en el comienzo.

De hecho, el 22 de marzo, a las once de la mañana, mientras en la calle lucía un engañoso sol primaveral, de esos que te hacen pensar que hace un día radiante cuando en realidad es de los más fríos de todo el mes, dentro de nuestro ático, mi madre reposaba tumbada en el sofá con los ojos llenos de lágrimas debido al intenso dolor.

Lorena se había marchado al hospital en busca de morfina.

Yo estaba sentada en un butacón a su lado y le cogía la mano para que me la apretase cuando se intensificara el dolor.

Llamaron al timbre.

Solté los dedos de mi madre y me incorporé. Pensé que sería Lorena, así que me llevé una tremenda sorpresa al encontrarme a Javi.

Llevaba un ramo de flores grande y una bolsa con, imaginé, unos bombones dentro. Supuse que se había enterado de que la mujer que hasta hace unos años iba a ser su futura suegra sufría de cáncer.

Lo abracé, conmovida.

—Hola —susurré mientras le llenaba el hombro de lágrimas.

Él me abrazó con fuerza y con la confianza que hay entre dos personas que se conocen mucho y desde hace mucho tiempo.

Lo invité a pasar y vio entonces lo desagradable del asunto. Se acercó a mi madre y la cogió de la mano él también.

—Marina, ¿cómo estás? —le dijo con cariño.

Ella esbozó una sonrisa de incredulidad y le puso la otra mano sobre el hombro.

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? Gracias por venir. Me hace ilusión verte —pronunció ella con dificultad.

Javi sonrió con cariño y le acarició la cara. Pude apreciar que un par de lagrimillas se escapaban de los pequeños ojos hundidos de mi madre y a Javi

no le faltaba mucho para derramar alguna también.

Después él se incorporó y me acompañó a la cocina para dejar a Marina descansar.

Nos sentamos en los taburetes que había al lado de una de las encimeras y le conté todo, o casi todo, respecto a Aaric, el videoclip, la boda, su ausencia, todo el proceso de mi madre...

Él pareció comprensivo. Temía que armase alguna escena de celos, como había ocurrido la última vez que lo vi, pero en aquella ocasión había decidido ser mi amigo y solo mi amigo, de manera que agradecí mucho su visita.

Entonces se sacó una revista del interior de la chaqueta.

—Leire, sé que a lo mejor no es un buen momento. Pero ni mañana ni pasado mañana van a ser días mejores. Vi en un reportaje que te casabas. Es raro, yo nunca compro estas revistas, pero esta en concreto —dijo señalando la portada— la trajo mi madre y me la enseñó.

Vi cómo pasaba las páginas rápidamente hasta detenerse más o menos en la mitad.

Entonces señaló una imagen que reconocí sin problemas.

—Soy yo —afirmé.

—Sí. De eso no me cabe duda. Como me acabas de decir, te llevó al Escorial, así que sin duda eres tú.

Salíamos los dos abrazados de la iglesia, en el patio empedrado que había hasta el aparcamiento. Nos habían sacado aquella foto de camino al coche.

Me estremecí al pensar que había gente que vigilaba mi vida desde el objetivo de una cámara. Me acababa de dar cuenta de que, a pesar de que salía a la calle y me dejaba ver, no solía encontrar a ningún periodista a mis alrededores. Lo cual agradecía bastante porque a mi madre no le convenía, pero también me parecía extraño.

—Espera, Leire, ahora tienes que ver la siguiente foto y su titular. Es lo que me ha llamado la atención y por eso te la he traído.

Javi se deslizó hasta la página siguiente y la observó con sus enormes ojos oscuros.

Leí el titular y entonces me quedé sin aliento.

«La joven pareja pasea por las calles de Hollywood planeando su compromiso».

Lorena aparcó el coche encima de la acera. A las once y media de la mañana no quedaba ni una sola plaza de aparcamiento en el *parking* del hospital.

Como su Smart era pequeñito, no estorbaba ni a los peatones ni al tráfico; aun así, Lorena confiaba en que no hubiese ningún agente de la guardia municipal que anduviera cerca para ponerle una multa.

Alcanzó la entrada del hospital corriendo sobre sus Converse azules. Allí se dirigió directamente hacia el despacho de su jefe, que con toda seguridad podría ayudarla a encontrar la morfina necesaria para Marina.

Llamó a la puerta y Míster Interesante respondió con un «pase».

Entró y lo vio sentado en su despacho, con su bata, mirando fijamente la pantalla del ordenador y, junto a él, otra persona: un niño sentado en la silla de al lado que lo observaba con admiración.

Al principio pensó que era un paciente, algún crío que se había puesto a llorar o algo por el estilo.

—Papá, mira. —El niño agarró a su jefe de la manga y señaló hacia la puerta, donde Lorena contemplaba atónita la escena.

Cuando él se giró y la vio, su rostro tomó un matiz pálido y verdoso.

Lorena se controló como buenamente pudo para no montar jaleo delante de aquel crío, que, fuese de quien fuese, no tenía culpa del mal momento que estaban viviendo tanto ella como su jefe.

Prefirió salir corriendo del despacho hacia el Departamento de Urgencias, donde seguro encontraría a su adjunta para que le diera morfina de Marina y una pastilla para la ansiedad de ella.

Se dio cuenta de que su jefe la perseguía casi corriendo por el pasillo. Ella se coló en las escaleras y las bajó deprisa, pero la alcanzó y la acorraló contra una esquina del descansillo.

—Déjame que te lo explique —suplicó él con desesperación.

Ella miró hacia otro lado y contestó:

—No tienes nada que explicar. Es más, no tenemos nada de qué hablar.

—Se zafó de su agarre y continuó escaleras abajo.

—Por favor, Lorena —dijo él en voz alta para que ella pudiese escucharle

—. Creí que si te lo contaba me rechazarías.

Ella se detuvo al escucharlo.

—Pero yo tenía derecho a saberlo. Tenía derecho a elegir si quería estar con un hombre con hijos o sin ellos.

—Pero no es mi hijo —respondió él.

Entonces Lorena subió de nuevo las escaleras hasta donde él estaba.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de decir eso cuando le he escuchado llamarte «papá» con mis propios oídos? Y ahora me dirás que no estás casado, pero que tienes mujer, ¿no? Y dime, ¿dónde está tu otro hijo? ¿Y tu monovolumen? Me siento gilipollas. A partir de ahora dejo de existir para ti —sentenció ella.

Se fue escaleras abajo, dejando a su jefe a punto del desmayo, con sudores fríos, tenso, pálido y, sobre todo, roto.

Ella, controlando las lágrimas, consiguió encontrar a su adjunta, quien la observó con preocupación y la obligó a pasar a una de las salas de descanso que se encontraba vacía.

Lorena entró a regañadientes y se sentó en un sofá negro desgastado que había bajo una de las ventanas.

—Ahora te traemos la morfina. ¿Es para la madre de tu amiga, me has dicho?

—Sí —respondió Lorena, que aún tenía la imagen de aquel niño grabada en la cabeza.

¿Cómo podía decir que no era su padre? ¿Qué hace un crío de unos siete años en el despacho privado de un médico al que llama papá?

¿Tan idiota la creía su jefe?

No pudo evitar romperse, desconsolada, justo delante de su jefa.

Ella se acercó y la agarró de la barbilla para obligarla a que la mirase a los ojos.

—¿Qué te ha pasado?

Lorena lloró aún con más fuerza, refugiándose en los brazos de su doctora adjunta, que se encontraba algo escandalizada ante aquel repentino ataque de tristeza.

—Lorena, si necesitas coger la baja y estar unos días en casa descansando, lo entenderé —dijo con suavidad—. Imagino que la situación

que tienes en tu casa no debe de ser buena.

—No es eso —susurró ella—. Es... Es...

Pero recordó que no debía mencionar nada acerca de su relación con su jefe, ya que podrían salir ambos perjudicados.

—No tienes por qué contármelo. Ahora lávate la cara en el baño y recomparte para volver a casa. Te doy permiso para que te ausentes de trabajar la semana que viene —dijo ella.

Lorena se lo agradeció e hizo lo que le habían ordenado. Fue al baño y, al mirarse al espejo, vio sus ojos brillantes y oscuros, que ahora parecían un par de charcos rojos inflamados y húmedos.

Se roció bien de agua fría para tratar de disminuir la hinchazón y después se peinó el cabello largo en una trenza.

Al salir del baño, la mirada de su adjunta le indicó que su aspecto había mejorado bastante. Ella le tendió un paquetito negro en cuyo interior se encontraba la morfina y Lorena le dio las gracias.

Después se marchó, salió del hospital y caminó hacia su coche.

En el corto trayecto de caminos de tierra bajo el sol frío del mes de marzo, procuró no pensar en lo que acababa de vivir. Intentó con todas sus fuerzas no acordarse del niño, intentó obviar que había sido engañada por alguien de quien, sin quererlo, se había enamorado.

Tenía que mantenerse fuerte durante el resto del día, por Marina y por Leire.

Cuando al fin llegase a la cama para dormir, podría desahogarse bajo la almohada sin que nadie la viese llorar amargamente.

Contemplé las fotos que seguían a aquel titular. Se veía entrar y salir de locales a Aaric y a una chica, que, si bien era casi idéntica a mí, era imposible que fuera yo.

Su pelo castaño largo, su estructura facial y su cuerpo contorneado eran muy similares a los míos, pero las gafas de sol grandes podrían camuflar cualquier clase de diferencia que hubiera entre nosotras y que permitiría a los periodistas conocer la verdadera identidad de aquella misteriosa chica.

Sin duda, Aaric caminaba por Los Ángeles acompañado de una doble de Leire y la cogía de la mano en una de las fotos.

Me fui directa al baño para vomitar, saltándome así la fase de las lágrimas y los gritos. Después me enjuagué la boca y regresé a la cocina con Javi para volver a leer aquellas páginas.

Cogí mi *smartphone* y marqué el número de Aaric con tanta indignación que hasta rayé la pantalla con una de mis uñas.

—Hola, Leire —contestó él con su tono jovial de siempre.

—Hola —le dije, intentando que mi mal humor trascendiera a través de las palabras.

—¿Estás bien? Te noto seria —terció él desde el otro lado de la línea.

—Se acabó. Hemos terminado. Vete con esa chica que te persigue a todas partes en tus paseítos por Hollywood. —Quería colgar, pero prefería escuchar lo que él tenía que decir.

—¡Espera, Leire! Lo he hecho por ti, sabía que te lo tenía que haber consultado antes, pero... Pi pi pi.

Y colgué. No quería escucharle, no en aquel momento.

Lorena entró en el ático con cara de circunstancias. Sin embargo, yo estaba tan metida en mis propios problemas que no fui capaz de percatarme de que mi amiga estaba atravesando uno de los peores momentos de toda su vida.

—Aquí está. Voy a inyectársela —dijo ella.

Abrió el paquetito y sacó una caja que contenía unos cuantos viales inyectables. Javi se ofreció a ayudarla. Yo permanecí en la cocina porque las agujas siempre me habían dado una fobia especial.

Unos minutos después, mi madre dormía tranquila y sin dolor en el sofá, cubierta por una manta de lana que Lorena le había echado por encima.

Javi y mi amiga regresaron a la cocina, donde me encontraron cubriéndome la cara con las manos y con alguna que otra lágrima corriendo por mi rostro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Lorena, que, a pesar de sufrir sus propios problemas, era capaz de preocuparse por los demás y anteponer sus necesidades a las suyas propias.

—Mira. —Señalé la revista y Javi se ocupó de explicárselo todo.

Mi teléfono comenzó a sonar de manera repetitiva. Era Aaric, que no paraba de llamarme. Entonces comenzaron a llegarme WhatsApps y varios e-mails suyos que no quise leer y borré de un plumazo.

Si hubiese sido capaz de escuchar su explicación... pero mi mente ya no era capaz de racionalizar nada. Me sentía tan engañada...

Más tarde, Javi me dio un beso en la mejilla y un abrazo que duró más de lo previsto. Me dijo que él estaría ahí siempre que lo necesitara y que, aunque sabía que yo no quería escucharlo, aún estaba enamorado de mí.

Después se marchó y me sentí sola y más vacía que antes. Me planteé la posibilidad de volver a salir con Javi y en aquel momento, no me pareció una idea descabellada, puesto que él siempre había estado a mi lado, habíamos sido novios y amigos durante mucho tiempo y me quería sinceramente.

Tal vez fuera la soledad la que me impedía juzgar con claridad mis sentimientos hacia él y la que, por primera vez en mucho tiempo, me hizo sentir confundida respecto a mis emociones.

«¿Y si volviese con Javi?», pensaba yo. «¿Qué ocurriría? Desde luego, él no se marcharía al extranjero ni lo encontraría con otra en la foto de una revista».

Mis reflexiones comenzaban a aproximarse a lugares peligrosos cuando Lorena me abrazó y se puso a llorar en mi hombro.

—Hoy estamos buenas —comenté yo, a punto de echarme a reír ya por desesperación.

Ella rio también brevemente, después sollozó y me dijo:

—Tiene un hijo.

—¿Quién? ¿Tu jefe? Pero si no tenía; de hecho, te lo dijo explícitamente, ¿no?

Ella asintió con la cabeza y volvió a llorar.

—Luego me ha dicho que no es su hijo, pero le ha llamado papá. Yo de verdad que no sé qué pensar. Solo quiero alejarme de él y empezar de cero. Conocer a otra persona o a ninguna y centrarme en mí misma y en mis necesidades... Pero es que no sé lo que quiero, Leire.

Entonces me separé de ella y la miré.

—¿Qué haremos cuándo acabe esto, Lorena? Mi madre se va a morir —

musité apesadumbrada. El tiempo que llevaba con la medicación y los pocos progresos que se obtenían me habían preparado poco a poco para asumir lo inevitable.

—No lo sé. Tú podrías dedicarte a la música.

—No sé si me quedarán ganas —respondí con escepticismo—. Tal vez deberías cambiar de hospital.

—A lo mejor deberíamos parar y mirar nuestras vidas con una perspectiva mejor —apuntó mi amiga.

Asentí.

—Al menos nos tenemos la una a la otra —le dije.

Ella me abrazó. Después fuimos a ver a mi madre, que aún dormía, y Lorena le inyectó una nueva dosis de morfina porque ya comenzaba a quejarse del dolor.

Al día siguiente la llevaríamos al hospital, tal vez para no volver.

Durante aquella noche, mi teléfono no paró de vibrar y de recibir mensajes, pero no leí ni contesté a ninguno. Me limité a observar con indiferencia cómo se iluminaba con cada llamada entrante y cómo se apagaba su luz cada vez que Aaric se detenía.

Tuve, entonces, dos grandes ideas respecto a mi futuro.

25. De color gris

—Leire, despierta, vamos...

Noté que Lorena me sacudía con fuerza. Mi estado de consciencia aún no me permitía distinguir entre el sueño profundo y las sensaciones reales. No sabía en aquellos instantes si la angustia de mi amiga era real o solo se trataba de un malvado producto de mi imaginación, afectada por los últimos acontecimientos.

—¡Leire! —gritó Lorena, sacándome de dudas.

Me incorporé bruscamente y abrí de par en par los ojos, que quedaron deslumbrados por la luz procedente del pasillo. El rostro de mi amiga me inspiró terror y automáticamente pensé en mi madre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, alarmada, mientras salía de la cama para dirigirme al salón.

Suspiré de alivio al ver a mi madre en su cama; se movía y parecía estar despierta, pero entonces comenzó a gritar con agonía. Sus alaridos indicaban que el dolor se hacía insoportable.

—Ponle más morfina —le ordené a Lorena.

Ella negó con la cabeza.

—Se nos ha acabado.

—¡Pero si trajiste una barbaridad! ¿Cómo ha podido terminarse ya? —bramé, compungida.

—Vístete rápido. Nos la vamos a llevar a Urgencias ahora mismo —dijo

ella, transmitiendo la suficiente confianza y seguridad como para permitirme pensar de manera racional hasta llegar al hospital.

Obedecí de inmediato y corrí a mi habitación. Me puse lo primero que encontré, unos vaqueros sucios y un jersey que estaba encima de una silla. Me calcé las botas sin calcetines y me aseguré de coger el bolso con el móvil y la cartera, todo en dos minutos. Luego regresé junto a Lorena y mi madre, a quien incorporamos con cierta dificultad para ponerle por encima un abrigo. No nos molestamos en cambiarla de ropa; tendría que ir en camión, no había tiempo.

Me asusté al comprobar que sus gritos desgarraban el silencio cada vez con más fuerza y me desgarraban a mí. Lorena, por el contrario, parecía haberse convertido en hormigón, insensible y calculadora. Me pregunté si esa era la actitud que a ella le funcionaba para actuar ante las emergencias del hospital sin equivocarse, sin perder los papeles ante las paradas cardíacas ni ante los ataques epilépticos.

Sus ojos vidriosos no pestañeaban mientras conducía mi Audi A3. No pudimos coger su Smart porque en él solo cabían dos personas. Sus giros al volante eran precisos y sus acelerones, efectivos. Nunca había ido en un coche tan rápido.

Había puesto los cuatro intermitentes y me había indicado que sacara un trapo blanco por la ventanilla para dar a entender al resto de conductores que se trataba de una emergencia.

A medio camino del hospital, mi madre se desvaneció en mis brazos. No aguanté más y estallé en llanto mientras le gritaba a mi amiga que corriera aún más.

Recé para que cuando llegásemos al hospital siguiera viva.

Mientras Lorena comenzaba a realizar maniobras bruscas con el coche con el fin de atajar lo máximo posible, comprobé si mi madre respiraba e intenté encontrarle el pulso en la muñeca.

En un primer momento me asusté al no sentir las palpitaciones de su arteria, pero al acercarme a su boca y notar su aliento en mi oreja tuve la esperanza de que aún nos quedaran algunos minutos más.

Al fin llegamos.

La adrenalina de mi cuerpo me hizo lo suficientemente fuerte como para coger a mi madre en brazos y correr con ella hacia Urgencias. Allí me

obligaron a dejarla en una camilla para llevársela a toda prisa por un pasillo a través de unas puertas grises por donde a mí no me permitían entrar, pero a Lorena sí.

Cuando la vi desaparecer a lo lejos del corredor, ya tenía cuatro o cinco médicos a su alrededor.

Yo a duras penas fui capaz de llegar a la sala de espera para sentarme durante unos minutos y recuperar la calma. Miré el reloj por primera vez y me di cuenta de que eran las cuatro menos cuarto de la madrugada.

Saqué el móvil del bolsillo de mi abrigo y llamé a Javi.

Era la única persona a la que podía pedir apoyo a las cuatro de la madrugada. Tal vez al día siguiente pudiera llamar a mis amigas Rocío y Tamara para sentirme algo arropada.

A punto estuve de pulsar sobre el nombre de Aaric en la pantalla de mi *smartphone*, pero me acordé de que no podía contar con un hombre que se paseaba con un doble mío por Hollywood, con el agravante de haberme pedido matrimonio apenas mes y medio antes.

—Sí —contestó la voz de mi exnovio, claramente adormilado.

—Javi... —susurré, a punto de echarme a llorar de nuevo.

—Leire. ¿Leire, eres tú? —Su voz pareció cobrar vida rápidamente.

—Sí... Javi, mi madre... Estoy en el hospital, ¿te pido mucho si te digo que vengas? —Entonces empecé a llorar otra vez. No podía contenerme.

—Ahora mismo voy. —Colgó.

Durante media hora estuve mirando fijamente hacia la puerta gris por la cual había desaparecido mi madre; media hora sufriendo y temiendo lo peor, después de la cual llegó Javi, en cuyos brazos me lancé en un arrebato de desesperación. Lo abracé con fuerza y dejé que me acariciase la espalda con ternura.

Me desahogué llorando en su hombro.

—Está dentro —dije tras encharcar su cazadora de cuero oscura.

—¿Estaba muy mal? —preguntó él con cierta inseguridad.

Inspiré profundamente.

—Le dolía cada vez más, se nos acabó la morfina, gritaba y gritaba cada vez más alto, le dolía muchísimo... De camino aquí se nos desmayó en el coche y, aunque respiraba, no le notaba el pulso... Y aún no ha salido nadie,

ni siquiera Lorena ha venido a decirme nada. ¡No sé lo que está pasando! — le grité en un ataque de histeria.

Me encontraba muy inestable. No sabía qué hacer para respirar rítmicamente, tenía la sensación de que me iba a desvanecer yo también en cualquier momento.

Además, las imágenes de Aaric en la revista no paraban de pasearse por mi cerebro, interfiriendo con la angustia que me causaba el estado de mi madre y con las inseguridades que me traía la cercanía de Javi.

Miré a mi alrededor. Todas las personas que se encontraban allí no parecían estar pasándolo mucho mejor que yo.

La gente que se desespera en Urgencias de un hospital a determinadas horas de la madrugada suele estar muy nerviosa.

Javi se sentó a mi lado y me agarró la mano con fuerza.

Y, al fin, vi salir a Lorena, con la bata puesta y su acreditación de doctora, por la puerta gris.

El no poder descifrar en su rostro ningún tipo de emoción me puso aún más ansiosa de lo que ya estaba. Mi amiga parecía una mujer de piedra, tan dura como un diamante sin pulir.

Caminaba hacia mí sin hacer gesto alguno, como una dama blanca, con unos *jeans* desgastados bajo su bata.

Se sentó a mi otro lado sin decir nada, lo cual me hizo contener la respiración.

—Leire —dijo entonces.

Apreté la mano de Javi con más fuerza.

—Tu madre está bien —continuó ella.

Entonces mis músculos se relajaron, mis pulmones espiraron y mis lágrimas calientes se escaparon. Pude recuperar momentáneamente mi estabilidad física y mental.

—Pero —continuó ella con un tono de voz grave— cuando la trajimos estaba en parada cardiorrespiratoria y hubo que reanimarla. Después entró en coma y más tarde logró recuperarse, de manera que ya no puede decirse que esté en coma. Pero está débil. Y no sabemos si mejorará o si empeorará.

Mis pulmones volvieron a comprimirse, y mi corazón con ellos.

—¿Puedo pasar a verla? —pregunté con un hilo de voz.

Lorena negó con la cabeza.

—Se la han llevado para hacerle un TAC. Cuando la suban de nuevo, igual te dejan pasar, pero no te puedo prometer nada.

—De acuerdo —musité.

Entonces mi amiga me abrazó y me di cuenta de que ella también lo estaba pasando mal, pero sabía disimularlo, sabía aparentar seguridad y fuerza cuando todo el mundo se derrumbaba a su alrededor. Irónicamente, cuando los demás estaban bien, era ella la que solía ser más sensible de lo habitual.

—¿Quieres un consejo? —me dijo al oído—. Vete a casa, dúchate, duerme todo lo que puedas y vuelve mañana a primera hora. Vas a tener un día largo.

—No puedo irme, Lore, ¿y si despierta?

—Si despierta, no será esta noche. Aquí no puedes hacer nada. Además, está en cuidados intensivos, no creo que te dejen pasar siquiera en al menos dos o tres horas.

—Has dicho que cuando subiera de hacerse el TAC...

—supliqué yo.

—Vete, que Javi te acerque en coche. Y dentro de cuatro o cinco horas vuelve. Necesitas descansar —me dijo.

—¿Y tú? —pregunté.

—Mi turno empieza en cuatro horas; ya que estoy aquí, vigilaré a tu madre y de paso adelantaré algo de trabajo atrasado que tengo. Revisar artículos y esas cosas... —dijo ella.

Asentí lentamente, asumiendo que ya poco me quedaba por hacer allí. Tal vez, si me reponía, al día siguiente estaría en mejores condiciones.

—¿Y si empeora? —pregunté de repente.

—Entonces te llamaré y Javi te traerá inmediatamente.

—Lorena miró a mi exnovio, que no me había soltado la mano en ningún momento.

Javi también asintió.

Finalmente, Lorena volvió a marcharse por la puerta gris mientras que Javi y yo nos encaminamos hacia su coche, un pequeño y grisáceo Citroën CX de más de veinticinco años.

Tuvimos la gran suerte de encontrar un sitio para aparcar dos calles a la derecha del edificio en el que se encontraba mi ático.

Los pies me escocían al caminar por la acera, pues no llevaba calcetines que los protegieran de la dureza de las botas.

Al llegar a las cercanías del portal, visualicé la silueta de un hombre apoyado en la pared, semisentado en el suelo de la calle. Pensé que se trataría de un borracho que, por el devenir de la noche, había acabado allí tirado.

No me fijé al pasar delante de él hasta que aquel hombre se incorporó y clavó sus ojos grisáceos en los míos verdosos, añadiéndole así más dramatismo a la noche.

—Leire —susurró Aaric.

Las miradas de Javi y del cantante se entrecruzaron brevemente, agresivas y sobrecogedoras.

—¿Por qué estás aquí? No puede haberte dado tiempo a llegar tan rápido.

—Cuando me has llamado, ya estaba en Madrid. Pensaba darte una sorpresa —me dijo él.

Negué con la cabeza rápidamente y traté de alejarme un poco de él.

—No quiero verte —le dije mientras las lágrimas asomaban de nuevo bajo mis párpados.

—¿De dónde vienes a estas horas? —me preguntó, visiblemente preocupado.

—No te importa —terció Javi.

Vi un movimiento amenazante por parte de Aaric, una leve inclinación, pero que enseguida cesó.

—Puedo explicártelo, Leire. Solo quería que no te persiguiera la prensa rosa, no sabes lo agobiantes que pueden llegar a ser. A esa chica la contraté solo para que me vieran con ella. Sabes que solo quiero estar contigo —dijo Aaric despacio.

—No, no lo sé. Lo siento, Aaric, no puedo confiar en ti. Podrías al menos haberme avisado.

—Lo sé y lo siento. Perdóname, por favor. —Se acercó a mí y me agarró

las manos.

Noté la mirada de Javi clavada en nosotros.

Me deshice de aquel contacto y lo miré con reproche.

—Ha sido una ilusión, Aaric. Todo. No tenemos nada que ver. Tú eres famoso y deseado, yo soy una profesora de niños pequeños y canto como podría hacerlo cualquier chica que haya practicado con un karaoke. Nuestras vidas son distintas. Y, además, has traicionado mi confianza y eso no se puede reparar.

—Leire, lo estás pasando mal. No piensas de verdad lo que estás diciendo —me interrumpió él.

—¡Estoy harta, Aaric! ¡Siempre tienes que saberlo todo de mí! ¡Déjame en paz! ¡Lo de la boda ha sido una estupidez! ¡Nos conocemos desde hace unos meses nada más!

—Pero te quiero —susurró él, mirándome a los ojos con intensidad.

Noté que el pulso se me aceleraba. Estuve a punto de decirle que yo también lo quería, era lo que me pedía el cuerpo que dijera. Se trataba de algo espontáneo.

Pero me contuve.

—No quiero volver a verte. Sigue con tu vida y con tus cosas. —Me di la vuelta, pero él me agarró de los hombros y me abrazó con fuerza.

Javi parecía estar debatiéndose entre actuar o mantenerse al margen.

—Leire —me susurró Aaric al oído—. Lorena me ha llamado, sé que tu madre se está muriendo, sé que está en el hospital. No estás bien, no puedes pensar con claridad. Mañana volveré y hablaremos.

Me indigné. Me indigné mucho, con él y con mi amiga. ¿Por qué lo había llamado?

Me escapé de su abrazo y lo miré a los ojos. Entonces, y entre nuevas lágrimas, le dije:

—No quiero que vuelvas. Me haces daño. Nunca sé cuándo vas a tener que irte de viaje y cuándo vas a volver. No sé si voy a volver a encontrarme otras fotos en otras revistas, no sé qué ocurrirá con otras chicas cuando te vayas de gira. No lo sé. Y ya no puedo confiar en ti. Sí, te quiero, creo que aún te quiero. Pero no quiero estar contigo. Quiero olvidarte y encontrar a alguien que me dé seguridad. Alguien que me apoye y que esté a mi lado.

—¡Yo te he apoyado! —gritó él de repente.

—¡Sí! ¡Marchándote a Hollywood! —le recriminé. Después me arrepentí al recordar todas las noches que habíamos pasado juntos, tanto en el sofá de mi casa como en el del hospital. Pero estaba dolida y decía cosas sin pensar.

—Eres injusta —me reprochó él—. ¿Estás segura de que no quieres que vuelva?

Dudé, pero no lo suficiente como para detenerme.

—Sí.

Cuando regresé al hospital al día siguiente, lo hice más cansada, más triste y más dolida que en toda mi vida.

Y ni Lorena ni Javi pudieron hacer nada para remediarlo.

—¿Por qué lo llamaste? —le pregunté a Lorena cuando fuimos a la cafetería para tomar un desayuno rápido.

Ella me miró escandalizada.

—¿Te lo ha dicho él?

—Ayer me lo encontré en el portal de casa —le confesé a mi amiga.

Ella comprendió que tenía que contarme la verdad.

—Yo sabía que había venido a Madrid y me había pedido que no te lo dijera para darte una sorpresa. Entonces vi las fotos y le llamé para decirle que no viniera.

—¿Le dijiste lo de las fotos?

—Sí. Estaba muy desesperado, no sabes cómo lo escuché. Estaba llorando, me dio mucha pena, Leire.

Miré hacia el suelo. Le había dicho que no volviera y a cada momento que pasaba me arrepentía más y más.

—Le dijiste que mi madre estaba muy mal —ataqué a mi amiga.

—Sí. Ayer me llamó para preguntar si podía pasar a verte y justo estábamos en el hospital. No pensé que llegarías a enterarte.

Me mantuve en silencio. No quería herir a mi amiga igual que había herido a Aaric el día anterior. Fui consciente de que mi estado emocional no era el mejor y de que podía prender fuego a las personas que más quería.

Tenía que respirar y relajarme, respirar y relajarme.

Yo sabía que la vida de Aaric y la mía eran muy distintas y traté de engañarme pensando que romper con aquella relación había sido lo mejor.

26. Nuevos horizontes, viejas palabras

El olor a antiséptico revolvía mi estómago.

Me obligaban a lavarme las manos con un jabón desinfectante y a cubrirme con una bata verde de gasa para entrar a la sala de cuidados intensivos. Una enfermera me dio una mascarilla cuando terminé de atarme aquel semidelantal al cuello.

Lorena me había dicho que todo ese protocolo servía para evitarles infecciones innecesarias a los pacientes críticos, puesto que la mayoría de ellos tenía las defensas debilitadas y, por tanto, existía un mayor riesgo de que contrajeran alguna enfermedad oportunista.

Cuando estuve lista, una señora rechoncha y bajita me guio por un largo pasillo hasta llegar a una puerta acristalada que daba paso a la sala de terapias intensivas. Allí había muchas camillas, casi todas ocupadas por una persona agonizante o recién operada.

Las camas se separaban unas de otras por cortinas y frente a todas ellas había una especie de mostrador, en el que las enfermeras se turnaban para escribir la evolución del paciente y los medicamentos que le habían administrado a cada uno.

Mi madre se encontraba en la esquina del final.

Reconozco que me impactó verla atrapada en tubos de oxígeno y

electrodos. Sus ojos se abrían y cerraban con debilidad.

Mientras caminaba hacia su cama, me pregunté cuál había sido exactamente la razón que en su día me había impulsado a independizarme, a abandonar mi hogar, porque, pensándolo bien, podría haber disfrutado de mis padres mucho más si hubiese estado con ellos. Tal vez incluso podría haberles llevado al médico a tiempo para que hubiesen tenido más posibilidades de superar su enfermedad.

Me sentía culpable.

La cogí la mano. Ella se giró levemente hacia mí. Supe que me estaba mirando porque sus ojos aún tenían ese brillo especial.

Me mantuve en silencio. Solo quería que ella supiera que yo estaba ahí, que no iba a dejarla sola y que siempre me tendría a su lado. No necesitaba palabras para eso.

Pero, al parecer, ella sí tenía algunas palabras para mí guardadas.

—Creo que ya se acabó —me dijo entonces.

Apreté su mano con fuerza y negué agitando cabeza de izquierda a derecha. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero las contuve, no quería que todos me vieran. Allí todo el mundo tenía motivos para llorar, pero nadie lo hacía.

—Leire, eres joven y guapa.

—Mamá, estás sedada. Intenta descansar —susurré.

—Pero la cabeza me funciona bien, hija —rio ella—. Todavía.

Sonreí. El optimismo de mi madre no conocía límites.

—Javi es un buen chico —siguió ella.

Suspiré; ya sabía la dirección que iba a tomar la conversación.

—Pero no es para ti —afirmó entonces.

Fruncí el entrecejo, me olvidé por un momento de que estaba en un hospital y recordé que mi madre, aun en sus peores momentos, era capaz de adivinar todo lo que pasaba por mi cabeza.

—Pero puede hacerme feliz —discutí.

—No. No puede. El otro chico... El otro chico sí —musitó ella—. Pero ya sabes, usad el preservativo.

—¡Mamá! —exclamé.

Las enfermeras me pidieron que bajara el volumen; entonces empecé a

reír, intentando no llamar la atención, por supuesto.

—Pues es tarde, lo he mandado a freír espárragos —dije, procurando disimular mi inseguridad y mis ganas de verlo de nuevo.

Ella arqueó una de sus cejas, una de las mágicas cejas que solían curvarse peligrosamente cuando yo no había recogido mi habitación ni había hecho mi cama.

La misma ceja que se curvó cuando suspendí aquel examen de inglés y cuando se enteró de que me guardaba en los bolsillos el pescado para luego echarlo por el váter.

Aquella ceja no tenía rival.

—Por tu bien, espero que no te haya tomado en serio

—me regañó—. Te quiero, hija, pero eres idiota.

Suspiré. ¿Qué iba a decir? Tenía toda la razón.

Ella trató de incorporarse para lanzarme una mirada más directa.

—Te quiero, mamá —susurré yo.

Y, por primera vez en muchos años, la vi llorar, pero lloraba de felicidad, de eso estaba segura.

—Ve y haz lo que tengas que hacer para ser todo lo feliz que puedas. Recuerda que yo te vigilaré desde arriba. —Y señaló con el dedo índice hacia el techo.

—No te despidas todavía —le rogué.

Ella me apretó la mano y volvió a cerrar los ojos.

—Luego te veo —le dije antes de bajarme la mascarilla para darle un beso en la frente.

—Aprovecha y come algo, que te estás quedando en los huesos —me susurró.

Al momento apareció una enfermera para decirme que mis quince minutos habían terminado y que tenía que salir ya.

La sala de espera estaba abarrotada cuando salí. Me costó algo más de cinco minutos encontrar a Lorena y a Javi. Vi también a Rocío y a Tamara.

Me emocioné al distinguir a Soraya y a Flor; hacía meses que no las veía.

Hablé con todas ellas, me dieron ánimos y me ofrecieron ayuda, me trajeron unos bocadillos para comer y estuvimos intercambiando experiencias. Al final, Flor también había sido despedida. Los problemas económicos del colegio habían acabado con la mitad de la plantilla en la calle.

Soraya, aunque seguía trabajando, había comenzado a echar su currículum en otros centros y guarderías, ya que temía que no se quedaría mucho tiempo trabajando allí.

A Tamara y a Rocío les habían ofrecido trabajo en Cardiff, en Reino Unido, en una agencia de publicidad que buscaba explícitamente empleados españoles.

Se me ocurrió entonces la opción de marcharme de España. Tal vez necesitara cambiar de aires y conocer gente nueva, aunque antes tenía que hacer algo importante.

Cuando mis amigas se marcharon, Javi nos dijo que tenía que ir a su casa para recoger algunas cosas y para ducharse. Lorena comenzaba su turno de guardia, así que también se tuvo que ir para cambiarse de ropa en los vestuarios.

En cuestión de minutos me quedé sola en la sala de espera. El horario de visitas había finalizado hacía unos veinte minutos, pero yo me resistía a abandonar el hospital.

Entonces, cuando Aaric se sentó a mi lado, me sobresalté.

Él me miró fijamente, pero no me dijo nada.

—Hola —me animé a saludar.

—Hola —contestó él.

Mi tórax se elevó al llenarse de aire y descendió cuando espiré. Le observé; su barba había crecido un poco y tenía el cabello más largo de lo habitual. Sus ojos grises denotaban bastante cansancio; sin embargo, parecía no haber perdido la esperanza.

Decidí olvidarlo todo, decidí que mi madre tenía razón y que el día anterior me había dejado llevar por mi desesperación y por mi pesimismo. Él no tenía la culpa de que mi madre estuviese a punto de fallecer.

—Lo siento —musité.

—Yo también —respondió él—. Debí haberte avisado antes de tomar

medidas por mi cuenta.

Nos miramos con intensidad.

—¿Por qué has vuelto? —pregunté—. Te he tratado muy mal.

Él sonrió y se encogió de hombros; después se puso serio de nuevo.

—Porque te quiero —dijo.

Se aproximó a mí y acarició mi mejilla humedecida por las lágrimas.

—Yo también te quiero —confesé.

Entonces me besó.

Me di cuenta mientras él me estrechaba entre sus brazos de que en ningún momento me había quitado su anillo.

Lorena pasó su acreditación por el lector de tarjetas que le daba acceso al vestuario.

Entró y se dirigió a su taquilla, que se encontraba casi al final, frente a un banquito de madera, pero cuando iba a marcharse, se dio cuenta de que había dejado la puerta abierta. Dejó la mochila en el suelo y se dirigió de nuevo hacia la entrada.

Entonces Mister Interesante entró rápidamente y la cerró por ella.

Lorena gritó, asustada.

—¡Soy yo! —exclamó él, sorprendido ante aquella reacción—. Por Dios, Lorena, no voy a hacerte nada. Cálmate.

Lorena respiraba agitada, no se esperaba aquella incursión improvisada por parte de su jefe. Claramente, él había estado esperando la oportunidad para conseguir unos momentos a solas con ella y lo había conseguido; en el vestuario únicamente se encontraban ellos dos.

—¿Tienes un momento? —preguntó él con brusquedad—. Quiero hablar contigo. Es más, necesito hablar contigo.

Lorena tragó saliva y se sentó en uno de los banquitos de madera. Él se colocó justo a su lado. Sus ojos azules la intimidaban y la atraían a partes iguales, pero el recuerdo de aquel niño llamándolo «papá» le producía un tremendo rechazo hacia él.

Esperó angustiada a que él dijera la primera palabra, pero, como no se

animaba, fue Lorena la que tuvo que empezar.

—Explícate —lo retó ella—. Creía que había quedado claro que no quería saber nada de ti. Eres mi jefe, bien, lo entiendo. Mantengamos una relación profesional. Es más, ni siquiera hemos tenido nada. No tienes por qué darme explicaciones, ¿cierto?

Lorena respiró agitadamente tras haber lanzado aquel ataque verbal. Estaba dolida, pero también orgullosa de haber puesto los puntos sobre las íes. Agradeció haber tenido siempre la manía de ser tan prudente con los hombres. ¿Y si hubiese cedido a aquel beso que su jefe le había dado en su despacho hacía tan solo unos meses?

—No es cierto —argumentó él—. Te mereces la verdad.

—Así que todo lo que me has dicho acerca de ti es mentira —profirió ella con lengua viperina.

Se sentía tan estafada...

—Estoy casado —dijo entonces Mister Interesante clavando sus iris azules como el agua en ella.

—Estupendo, ¡genial! —gritó Lorena con una risa sardónica—. Ya está todo hablado. Ahora lárgate —le ordenó a su jefe.

—¿¡Quieres escucharme?! —gritó él con impaciencia.

Lorena continuaba riéndose como una desequilibrada.

—Creo que no quiero escucharte —musitó ella antes de abrir su taquilla. Comenzó a ignorarle, pero él siguió hablando.

—Mi mujer vive en Alemania. Ella y yo no estamos juntos.

Lorena continuó doblando su ropa y colocándola en las baldas de su taquilla. Abrió un libro para hacer como que leía.

Mister Interesante la observó con enfado, pero continuó hablando a pesar de todo.

—Nuestro hijo es adoptado. Ella tiene problemas de esterilidad. Acordamos que yo me quedaría con él porque marcharse a Alemania lo trastornaría demasiado.

Lorena ni se inmutó.

—No nos divorciamos para que no se lo llevaran de nuevo al orfanato o se lo entregaran a otra familia. Ella está... cómo decirlo... semicasada con un médico de Berlín. Somos buenos amigos, pero no hay nada entre nosotros.

Nos casamos demasiado jóvenes.

Lorena emitió un suspiro, pero continuó mostrándose indiferente. Ya no quería fiarse de él. A pesar de que la historia encajara bien en su cabeza, su corazón se resistía a confiar. «Y con razón», pensaba ella.

Entonces Mister Interesante se levantó y la abrazó desde atrás. Ella dio un respingo nervioso e intentó soltarse de su agarre.

—No me toques —amenazó Lorena.

Él se aproximó a su oído para susurrarle algo.

—Y lo último era decirte que, a pesar de que se te dé de pena escribir los antecedentes de los pacientes y de que aún te quede mucho por aprender como médico, estoy loco por ti.

Ella se estremeció.

—Odio que me restrieguen mis errores en la cara —espetó ella con brusquedad.

Él rio.

—Lo sé —musitó en su oído—. Pero aun así te quiero solo para mí.

Lorena trató de controlar sus emociones desbocadas. Sin embargo, no tuvo tiempo para hacerlo antes de que Mister Interesante comenzase a besar su oreja para seguir por su cuello y sus clavículas.

Ella dejó la cabeza apoyada sobre el pecho de su jefe para dejarle vía libre hacia su escote. Interiormente se debatía sobre si hacía o no lo correcto.

Él entonces aprovechó aquel gesto para deshacerse de la camiseta de Lorena y para, después, girarla hacia él.

La cogió en brazos y empotró su espalda contra las taquillas; después comenzó a besarla con ansiedad. Lorena asumió que no podía controlarse y decidió desabrochar los botones de la camisa de Mister Interesante.

Él suspiró al notar los dedos de ella recorriendo su pecho. Lorena se deshizo de su camisa y recorrió la espalda de su jefe con las manos. Los ojos azules de él se clavaron de nuevo en sus labios. Volvió a besarla de nuevo mientras, con violencia, le desabrochaba los pantalones.

Ella gimió cuando su jefe la dejó desnuda de cintura para abajo.

Mister Interesante sonrió con ternura y deslizó su lengua por el cuello de ella justo antes de quitarle el sujetador.

Entonces Lorena lo pegó contra ella para sentirlo cerca. Mister

Interesante decidió librarse de la molestia de sus pantalones vaqueros para poder hacerle el amor debidamente.

Después tendió a Lorena sobre el suelo del vestuario y se lanzó sobre ella para comerse su cuello. Descendió jugando con su lengua hacia su pecho y ella emitió un grito de satisfacción. Entonces continuó bajando hacia su vientre.

Lorena gimió de nuevo, pero el sonido fue silenciado por otro beso caliente e interminable. Él sostuvo uno de sus pechos con sus manos y lo estrujó con fuerza mientras la penetraba.

Lorena presionó la espalda de su jefe para hacer la penetración más profunda.

Volvieron a besarse mientras convulsionaban sus cuerpos juntos.

—Eres la mujer de mi vida —susurró él en el oído de Lorena.

Ella curvó la espalda mientras Mister Interesante la sujetaba por la cintura para darle aún más placer.

—Te quiero —gimió ella.

Entonces su jefe la besó de nuevo y la tendió en el suelo otra vez.

Aaric me convenció para llevarme a cenar a la cafetería del hospital. Y, a pesar de que yo no tuviese hambre en absoluto, el cantante fue capaz de obligarme a comerme un yogur de fresa. Bueno, solo me comí la mitad.

—He pensado —dijo él mientras yo hacía de tripas corazón para meterme cada cucharada de aquel Danone—. He pensado que, cuando todo esto acabe, podrías venirte a vivir conmigo a Los Ángeles.

Me resultó imposible llevarme a la boca una sola cucharada más.

—A mí me gusta Madrid —musité.

—Y a mí —contestó Aaric—. Pero también quiero tenerte cerca y no puedo abandonar mis obligaciones. Ten en cuenta que de mi música no solo vivo yo, también viven mis productores, mis patrocinadores, mis maquilladores, y ahora mismo voy muy retrasado con los conciertos y las giras. De hecho, me gustaría que me acompañaras a todas partes, pero eso tal vez sea mucho pedir.

No respondí. Tantos planes juntos me aturdían y yo todavía no me hacía a la idea de que mi madre no tuviese opciones de recuperarse.

—Lo siento. Perdona —dijo él rápidamente—. No quiero agobiarte. Me quedaré contigo aquí hasta que todo se solucione. Luego tendré que marcharme, pero prometo que vendré a verte todas las veces que pueda.

Le sonreí y tomé mi decisión.

—Me iré a vivir contigo. Pero ¿y Lore? —le pregunté.

Él frunció el entrecejo; no había pensado en mi amiga.

—Bueno, ella es una mujer adulta, puede hacer lo que quiera. Aunque podrías proponerle que se comprase una casa también allí. Podría especializarse en Estados Unidos. Además, allí los médicos ganan más dinero, ¿me equivoco?

Reí.

—No, no te equivocas —contesté.

Recordé aquella vez en la que Lorena se puso a despotricar de su sueldo. Me dijo que no entendía cómo, teniendo tantas guardias de veinticuatro horas, tantas horas extras, tanto que estudiar y tantos pacientes que atender, no podía cobrar unos míseros quinientos euros más, que tanta falta le hacían para terminar de pagar su coche, y eso que no tenía un Ferrari, sino solo un Smart.

Cinco horas después, mi madre había fallecido. Lorena me abrazó y Aaric me sujetó del brazo. Lloré. Lloré amargamente, pero tuve la tranquilidad de que nunca me dejaría sola, porque me había dicho que me iba a vigilar desde allí arriba, pero la eché muchísimo de menos durante el resto de mi vida.

27. Demuestra que lo mereces

Jamás me la habría imaginado así.

La mansión que Aaric poseía en Los Ángeles superaba todas mis expectativas, no por su tamaño, pues no era de las más grandes, sino por su arquitectura. Tenía un estilo muy clásico; estaba construida en ladrillo y los ventanales se asemejaban, en la medida de lo posible, a los de una catedral gótica, con rosetas plasmadas en piedra y vidrios de colores.

Yo creía que iba a encontrarme una de esas casas futuristas llenas de cristales y piscinas interiores, como las que salen en las revistas; sin embargo, era un precioso palacio moderno.

Viviría allí durante un mes o dos, hasta que consiguiese encontrar una casa para mí y tal vez para Lorena, porque en realidad no tenía ni idea de lo que mi amiga pensaba hacer. Cuando le comenté lo de venir a Hollywood se entusiasmó mucho, pero un par de horas después me la encontré sollozando silenciosamente en su habitación y entonces me contó su pequeña aventura del vestuario. Por tanto, y dadas las circunstancias, le propuse quedarse con mi ático para ella sola con la condición de que de vez en cuando viniese a visitarme a Los Ángeles. Yo sabía que Lorena quería intentar tener una relación con su jefe, aunque pudiera ser, como la mayoría, una relación tormentosa.

En aquel momento me encontraba en el salón, tumbada en una alfombra persa frente a la gran chimenea de la casa. Aaric la había trucado para que el fuego saliera de color azul. Me sentía hipnotizada, fascinada y, sobre todo,

muy cansada.

Las doce horas de vuelo y el llamado *jet lag* me habían dejado fundida.

Se me empezaron a cerrar los ojos.

Pude comprobar que estaba a punto de quedarme dormida cuando Aaric se acercó a mí y me levantó del suelo para después cogerme en brazos y llevarme a cuestras escaleras arriba.

Gruñí momentáneamente y después le sonreí con dulzura. Me hacía sentir como una princesa.

—Te vas a hacer daño en la espalda —le regañé con tono cariñoso.

Él se rio. Continuó subiendo por la escalinata de mármol que llevaba a la segunda planta. Al mirar hacia abajo me impresioné por la altura y me agarré más fuerte a su cuello.

Cuando llegamos a la puerta de su habitación, me bajó al suelo y entramos. Aquel cuarto no se quedaba atrás con respecto al conjunto de la casa.

En el centro de la estancia había una gran cama con dosel, cubierta por una colcha azul marino ligeramente aterciopelada. Frente a ella había una pequeña chimenea de gas, cuadrada y moderna, que contrastaba ligeramente con la estética clásica de su alrededor.

—¿Seguro que no quieres quedarte a vivir conmigo?

Aaric sonaba muy persuasivo... Se acercó a mi cuello y lo besó.

No respondí. Realmente no me apetecía estar lejos de él, pero tampoco me entusiasmaba el tema de la convivencia en pareja.

Además, después de lo de mi madre quería un poco de soledad para reorganizar mis ideas y objetivos.

Me miré el dedo; su anillo aún seguía allí. Era fino, de oro blanco y diamantes, pero solo un ojo experto podría haber adivinado su verdadero valor, puesto que no llamaba mucho la atención.

Un gran ventanal se extendía en el lado opuesto de la habitación, con vistas al mar y a una pequeña cala que pertenecía a la casa. Decidí que, cuando descansara un poco, saldría a bañarme.

Entonces Aaric me cogió en brazos de nuevo y me llevó a la cama.

—Tengo una gran sorpresa para ti —me susurró al oído.

A mí se me ocurrieron muchas sorpresas que podían alojarse en algún

cajón o en sus pantalones; sacudí la cabeza con curiosidad.

Lo vi acercarse al escritorio que había bajo el ventanal y sacar unos documentos del cajón superior.

¡Más documentos! Después de leer el testamento de mi madre y de arreglar todo el papeleo económico, estaba saturada.

—¿Qué es? —pregunté, algo nerviosa—. Yo te quiero mucho, Aaric, pero, por Dios, no me hagas leerlo, estoy demasiado cansada... —supliqué con una sonrisa de niña buena.

Él sonrió.

—Es un contrato para ti, para que firmes con mi compañía discográfica y grabes un álbum con ellos. Yo compondré canciones para que las cantes a cambio de que tú compongas alguna para mí.

De repente se me olvidó el cansancio y le arranqué los papeles de las manos. Les eché un vistazo por encima para comprobar que no se estaba riendo de mí. ¿Cómo había conseguido que me cogieran? Sabía que no era fácil entrar en el negocio de la música, y mucho menos en una compañía que estuviese dispuesta a lanzarte al estrellato.

Aquellos papeles eran la definición perfecta de «enchufe».

—Eh —musité sin saber qué decir—. Esto es fantástico, pero...

—¿Cómo que pero, Leire? —dijo él de golpe—. ¡No irás a rechazarlo! ¡Ni se te ocurra!

—No, por Dios, no... Pero es que es demasiado fácil. No he tenido que convencerles y solo han decidido apostar por mí porque seguramente tú se lo has dicho. No me parece que esto sea jugar limpio...

—¿Jugar limpio?! —exclamó él, visiblemente aturdido—. Nunca entenderé esa jodida dignidad tuya. La guitarra que te regalé no la usaste porque pensabas que te estaba comprando y ahora esto.

Le dirigí una mirada aviesa.

—Estabas comprando mi perdón —le dije.

—Ya me habías perdonado —respondió él, mirándome intensamente.

—Fue muy rastroso por tu parte besarme en el escenario sin conocerme. Me da igual lo de aquella noche, yo no me acordaba de ti.

—¿Qué noche? —preguntó él.

—Lo de la discoteca, estaba borracha —le recordé bruscamente.

—Ah, eso... —Se rascó la espalda, pensativo—. Me lo inventé... Solo lo dije para darte un empujoncito.

Le vi sonreír con picardía. ¡Pero si hasta había dicho que vio a Javi cuando me apartó!

—¿Y lo de mi vestido negro? ¿Y lo del chico que vino a buscarme? ¿Eso también te lo habías inventado? —repuse.

Me miró con una ceja levantada; luego se le escapó una media sonrisa y empezó a hablar, midiendo cada palabra:

—Eh, por probabilidad, seguramente hayas salido en más de una ocasión llevando un vestido negro, seguramente te habrás emborrachado y seguramente habrás besado a alguien y, seguramente, otro alguien te habrá llevado a casa borracha... Lo dije solo porque era lo más probable.

—Cabrón —espeté. Después me reí.

Él también echó a reír.

—Puedo ser todo lo cabrón que tú quieras... —me dijo suavemente.

Después me empujó hacia atrás y se tumbó sobre mí, inmovilizándome sobre la cama.

Lo miré, inquieta.

Ya nada nos impedía ir más allá.

—No me merezco este contrato, Aaric —susurré mientras me besaba el cuello.

—Entonces demuéstales que no se equivocan —murmuró en mi oído.

Me mordió con agresividad el lóbulo de la oreja, arrancándome un grito de sorpresa.

Su barba arañaba mi cuello y me excitaba al mismo tiempo. Le dejé desnudarme despacio. Me dejé llevar por cada una de las cosas que hacía.

Hasta aquel momento, yo había creído estar agotada y somnolienta tras el viaje, pero no era así. Emití un gemido al notar su barba raspando mis muslos. Me incorporé para quitarle la camiseta y deshacerme de sus pantalones.

Fue una grata sorpresa comprobar que Lodge se mantenía muy en forma, la musculatura lo demostraba.

Me di cuenta de que me contemplaba con intensidad para después abalanzarse sobre mí y empotrarme contra el colchón.

Efectivamente, la relación avanzó y, por primera vez en mucho tiempo, fui feliz.

Una semana más tarde, me reuní con la que sería mi agente.

Un contacto de Aaric; la había convencido para que me representara, así que no terminaba de estar muy conforme con el acuerdo ni conmigo, pero yo iba a ser su trabajo, así que tendría que luchar por hacerme visible dentro del panorama musical y, de paso, también fuera.

La analicé según entraba en su despacho.

Tenía un portátil IBM de color negro mate. Sus gafas sin montura y su cabello en un corte recto la hacían parecer una persona sobria. No había apenas maquillaje en su rostro; solo algo de colorete, pero en cantidades insignificantes.

A primera vista me asustó; parecía muy profesional, mucho más que yo.

—Buenos días, Leire —me dijo.

Hablaba un inglés muy británico; pude comprenderla porque me había esmerado en mejorar el idioma desde que había decidido mudarme a Los Ángeles.

En Madrid había contratado un curso intensivo en una academia de buena reputación, además de una profesora particular que venía a enseñarme a conversar por las tardes.

En aquel momento, ya era capaz de mantener una conversación en el idioma anglosajón.

—Buenos días —respondí secamente.

No sabía cómo mostrarme: si agradable, seria y profesional, natural, inquieta o como una diva orgullosa y soberbia.

Ella parecía no haberse dado cuenta de mi presencia, pues, a pesar de haberme saludado, aún no me había mirado.

—Cuéntame, ¿cuál es tu plan? ¿Cómo va a ser tu estilo? ¿Tienes algún asesor de imagen? ¿*Marketing*? ¿Alguien conoce tu nombre ahí fuera?

Temblé. Se mostraba muy tosca y agresiva. Me armé de seguridad para responder.

—Tengo un dúo con Lodge. Un videoclip y una escena de amor-odio en un concierto en Madrid, si es que se le puede llamar así. He compuesto algunas canciones y tengo programadas para mañana dos clases de canto y un ensayo. La semana que viene grabaremos un par de canciones y trabajaremos con ellas.

Ella asintió y tecleó algo; tampoco me miró en aquel momento.

—Voy a ver si puedo conseguirte alguna actuación junto a Aaric Lodge, para que tu nombre vuelva a rodar entre el público de nuevo —dijo.

Después me miró fijamente. Primero se detuvo en mi pelo y después estuvo un rato contemplando mi vestido negro y mis zapatos.

—Necesitas destacar por algo, cariño. Y ahora mismo tu imagen no me dice nada. Eres una niña bonita más. Búscate a un asesor de imagen para que te dé un poco de esa personalidad que te falta.

Me sentí ofendida y dolida, pero procuré que no se me notara y mantuve una cara seria, sin expresión.

—De acuerdo —contesté.

No debía parecer asustada. Me obligué a mostrarme tranquila; pasara lo que pasara, iba segura y confiada, aunque realmente no me sintiera así.

Aaric ya me había advertido sobre lo cruel que podía ser la gente conmigo, sobre todo al principio, cuando no eres nadie y tienes que demostrarlo todo.

Fueron quince minutos de tensión hasta que salí de aquel despacho.

Mientras conducía, de camino a la mansión de Aaric, se me escapó alguna lágrima. Intenté ser benevolente conmigo misma y recordarme que a aquella mujer, Erika Pallin, le interesaba tanto o más que a mí que mi nombre estremeciese a un gran grupo de fans con solo mencionarlo.

Para ella, esto significaría mucho dinero, así que, si decía que necesitaba mejorar o cambiar mi imagen, tenía razón y había que obedecerla.

Cuando llegué a casa y vi que estaba vacía, eché de menos a Lorena y nuestras conversaciones nocturnas, esas que teníamos cuando ella volvía de una guardia o cuando estaba a punto de ir a cubrir una.

Iba a ser duro estar sin ella, me había acostumbrado a su compañía y a su manera de impulsar el día a día hacia delante.

Lorena estaba sentada encima de la cama de Leire, en la que había sido su habitación del ático antes de marcharse.

Se estaba bebiendo una taza de café con leche antes de vestirse para después empezar su turno en el hospital.

Regresó a su habitación, donde su jefe dormía profundamente, desnudo encima de su cama. Lo miró con cierta nostalgia.

Pensó que, si no le había contado lo de su hijo adoptivo, probablemente habría más secretos. A pesar de ello, no podía negar que se sentía muy atraída hacia Míster Interesante, su carácter reflexivo, amable y autoritario, y sus ojos azules.

Lorena dejó la taza de café medio vacía sobre la mesilla y volvió a meterse en la cama. Se tumbó de espaldas a él y notó cómo su jefe pasaba un brazo sobre ella y le rodeaba la cintura para después abrazarla con fuerza contra su cuerpo.

Ella disfrutó de aquel contacto y decidió seguir ahí al menos unos cinco minutos más antes de marcharse.

Notar el aliento de Míster Interesante en la nuca la relajaba y, en cierto modo, le daba fuerzas. Se sentía distinta con él.

Ese sentimiento hacia él era lo que le había impedido mudarse a Los Ángeles con Leire.

28. *Your style by jury*

Me desperté sola en la cama de Aaric aquella mañana. Había pasado una semana desde que yo había empezado a recibir clases de canto y ya estaba en marcha mi primer *single* en solitario.

Llevaba su tiempo. Había que cantar varias veces la canción y retocarla. Los creativos estudiaban varias posibilidades para la canción, viendo si era mejor que fuera más dinámica, más lenta, más romántica o más fiestera.

Era muy difícil convencer a todo el equipo de trabajo con una única versión.

A mí me hacían cantar hasta reventar, tanto que salía de aquellas jornadas con la voz ronca. Nada más llegar a casa, hacía enjuagues y tomaba caramelos suavizantes.

Y todos los días, después de desayunar, tenía que hacer unos ejercicios especiales para mantener la musculatura de la garganta y de la boca entonada y flexible, con el fin de evitar todo tipo de lesiones en mis cuerdas vocales.

En clase me enseñaban a utilizar la voz forzándola lo mínimo posible, de manera que llegase a los tonos altos sin quedarme afónica.

Nunca lo habría dicho, pero el día a día resultaba agotador.

Y, entre todo aquel tumulto, me parecía imposible encontrar tiempo para buscar un asesor de imagen. Seguía pareciendo una niña mona más dentro del competitivo entorno de la industria musical.

Había pensado en pedirle a Aaric que me ayudase con ese tema, pero

apenas aparecía por casa. Solo llevaba diez días viviendo con él y casi no habíamos tenido la oportunidad de pasar juntos ni dos horas.

En aquel momento estaba en la cocina, tomándome un té rojo con frutas mientras veía un *reality* de cambios de *look*. Aquel día me lo habían dejado libre para descansar.

Aaric, como siempre, se había marchado y tampoco tenía mucha esperanza de poder charlar con él a su regreso. Era como un adicto al trabajo, cosa que yo no había podido ver en Madrid porque cuando me visitaba, no era para trabajar.

Ahora todo parecía tan distinto y me asustaba, porque comenzaba a sentirme algo abandonada. Sin embargo, no podía culparle; él había pospuesto gran parte de trabajo solo para estar conmigo en los momentos difíciles.

Llamaron al timbre. Me extrañó, porque no esperaba a nadie y era temprano. Eran solo las nueve de la mañana.

Me bajé del taburete que había frente a la isla de la cocina y me dirigí hacia la entrada, atravesando un amplio comedor decorado en madera de haya.

Abrí la puerta y entonces se me quedó la cara a cuadros.

—Buenos días —saludó ella, sonriente.

Y entonces cerré, dándole con la puerta en las narices.

¡Rosinha! ¿Era ella? Estaba algo cambiada, más bronceada, más alta, más delgada, más guapa y más *fashion*.

Volví a sentirme como en Roma, como el patito feo al lado del gran cisne.

Después llegaron los celos.

Si Aaric pasaba tanto tiempo fuera de casa y ella estaba en la ciudad... ¿Cómo podía estar yo segura de que no se veían?

Me obligué a desechar aquella hipótesis, pues confiaba en Aaric, me quería y yo a él.

Me di cuenta de que había sido muy maleducada al cerrar de aquella manera. Me asomé por la mirilla para ver si aún seguía allí y recé por que no se lo hubiera tomado muy mal.

Abrí.

—Buenos días —dije en mi recién adquirido inglés.

Ella sonrió. Curiosamente, no parecía sorprendida por la reacción tan brusca que había tenido hacía un par de minutos.

—¿Puedo pasar? —preguntó cordialmente.

Me aparté a un lado para cederle el paso.

La guie hasta la cocina, donde mi té rojo se había quedado frío de tanto esperarme.

—He venido porque Aaric me lo ha pedido —dijo al fin.

Con aquella frase, ya empezaba mal la cosa.

—¿Y qué es exactamente lo que Aaric te ha pedido? —dije con cuidado.

No iba a montar una rabieta solo porque me sentía terriblemente celosa e insegura, aunque poco me faltó para lanzarme sobre su cuello y estrangularla.

—Me ha pedido que te ayude.

La miré fijamente, intentando transmitir con mi mirada toda la desconfianza, el asco y el mal rollo que aquel asunto me producía.

—¿Ayudarme a qué?

—Cariño. —*Honey*, me dijo—. Voy a ayudarte a mejorar tu imagen. Es más, voy a ayudarte a ganar personalidad y autenticidad para conseguir que vendas algo más allá de tu voz y tus canciones.

Respiré profundamente, muy profundamente.

Agarré el mando de la tele y la apagué para concentrarme mejor en la conversación. La verdad es que me sentía como en un *reality* de cambio de *look*.

¿Y ahora qué haría Rosinha? ¿Subiría a mi armario y me tiraría a la basura todas las prendas que no le gustaran?

—Mira, creo que esto está mal. Quiero decir, no me lo tomes en cuenta, que yo no he hablado esto con Aaric y, por el momento, prefiero centrarme en cantar y más tarde ya veré que hago con la ropa y eso... Además, prefiero escoger yo un asesor con el que congenie bien y... no tengo confianza contigo. Sé que eres toda una profesional, no quiero ofenderte, pero aún no estoy preparada para... esto. —Digamos que me aturullé un poquito, pero al final conseguí decir todo lo que quería decir.

Ella no movió ni un pelo. Su cara perfectamente maquillada y matizada con polvos de sol no gesticuló en absoluto; sus ojos felinos, también

delineados con precisión, estaban clavados en mí.

Pasado medio minuto, asomó una media sonrisa en su cara.

—Ya me han pagado para la primera sesión, así que no te vas a librar. Y quiero que sepas que el estilo es mucho más que la ropa. Tenemos que encontrar algo que te haga diferente y potenciarlo. ¿Entiendes? Algo que demuestre que eres tú, alguna prenda, algún tipo de maquillaje, algún gesto que hagas normalmente con las manos o la cara. Necesitamos definirte.

Fruncí el entrecejo.

—No me voy a librar —asumí en voz alta.

—No —me confirmó ella.

Eso sí, aquella noche hablaría seriamente con Aaric.

Al parecer, me había quedado sin día de descanso. Rosinha me había pedido que subiésemos a ver mi armario para sacar toda mi ropa y analizarla con detalle. Mis especulaciones eran correctas. Iba a ser un *Your style by jury* en toda regla.

Decidí intentar sacarle algo de partido a la situación porque, aunque aquella mujer me traía por la calle de la amargura, no podía negar que sabía vestirse, maquillarse y peinarse de manera sofisticada y elegante.

Imaginé que algo bueno podría aprender de ella y de su estilo.

Mientras subíamos por las escaleras, le relaté una serie de puntos por los que no estaba dispuesta a pasar:

—No quiero vestirme como una furcia, no quiero ser una hortera como Lady Gaga y Katy Perry. No quiero vestirme con trapos tan ajustados que me marquen la celulitis como a Britney Spears, ni quiero parecer una *femme fatal* como Selena Gómez. No, no quiero nada de eso. Y tampoco quiero parecer una pordiosera como Rihanna en sus peores momentos. ¡Me niego!

Escuché las risas de Rosinha, quien al parecer se divertía mucho con todo lo que le decía.

Entramos en lo que era «mi cuarto», una habitación con una cama amplia cubierta con un edredón blanco bordado en hilo dorado. Desde allí se accedía, por una puerta, a un enorme vestidor, casi tan grande como el que

tenía Sarah Jessica Parker en una de las películas de *Sexo en Nueva York*. Estaba iluminado por unos focos automáticos de luz blanca intensa y la pared estaba pintada en un tono malva pastel, con molduras blancas que enmarcaban el techo.

Tenía un par de vestidos de noche colgados en una barra y algunos pantalones extendidos en los estantes. Las camisetas y el resto de la ropa los tenían amontonados en varios cajones.

Sin embargo, el armario no estaba lleno; no tenía tanta ropa y tampoco me había molestado en renovar mi vestuario. De hecho, me había dejado mucho en cuanto a imagen se refiere desde la muerte de mi madre.

Mi dieta era un desastre, no hacía nada de ejercicio, la ropa me importaba bastante poco...

Vi a Rosinha pasearse por el vestidor, sacando pantalones de las perchas y extendiendo camisetas para mirarlas con detenimiento.

Cuando salí, vi en su rostro que nada de lo que había visto la había convencido.

—Toda tu ropa es muy oscura —fue su veredicto—. Por cada pantalón blanco que he visto, que creo que solo es uno, tienes diez vaqueros azul marino oscuro y negros.

—El negro disimula mis curvas —me defendí.

Era cierto. Yo no era ninguna sílfide. No estaba gorda, pero tenía unas caderas amplias y un pecho más o menos voluminoso y siempre me había acomplejado mostrarlo abiertamente. Solo de vez en cuando me animaba con algún vestido blanco ajustado o con algo un poco escotado, pero no era lo habitual. Solía vestir con tonos grises, marrones y negros, algo que a Rosinha, al parecer, no le gustaba nada.

—Parece que te escondes con esta ropa. Necesitas brillar más. Tienes un cuerpo espectacular, Leire.

—No te pases —discutí.

—Quédate en ropa interior —dijo de repente.

La miré con incredulidad.

—¿Cómo has dicho?

—Digo que te quedes en ropa interior. Voy a medirte.

Resoplé con indignación, pero comencé a quitarme los pantalones.

Cuando acabé, ella me observó de arriba a abajo.

—Necesitas ir al gimnasio. —Un veredicto más.

—Eso ya lo sé.

—No, no te estoy diciendo que deberías ir al gimnasio. Te estoy diciendo que voy a llamar al gimnasio y a partir de mañana vas a ir dos horas todos los días. Allí te asignarán un entrenador personal para que tonifique esos músculos tan atrofiados que tienes. —Rosinha no tenía pelos en la lengua.

—Me estás cabreando —espeté de mala gana.

Pareció importarle muy poco mi estado de ánimo.

—Y ahora nos vamos de compras. Vístete.

Lo que yo decía: *Your style by jury*. Además, me sentía un poquito humillada.

Es cierto que yo no despuntaba en estilo y elegancia, pero tampoco era para tanto. Ambas recorrimos uno de los centros comerciales más caros de Hollywood. Paramos en unas cuantas tiendas; me hizo probarme algunas prendas llamativas, de tonos más claros y alegres, y me escogió algunos vestidos ceñidos y elegantes.

Después hicimos un par de paradas en dos zapaterías. Compré unas plataformas, porque me era muy difícil andar con tacones de aguja, y algunas sandalias planas, que, según Rosinha, eran muy estilizadas y alegres sin ser horteras.

Mientras regresábamos a casa, me dijo en el coche:

—Y deja de pensar que Lady Gaga es hortera.

Me extrañó que sacara el tema a aquellas alturas.

—¿No lo es? —pregunté, como si la respuesta fuese obvia.

—*Not at all*. Es profesional y se ciñe a su imagen. Sabe cómo destacar. Si te fijas, tiene una ristra de imitadoras a su sombra. No creo que a ella le apasione vestirse con filetes, pero sabe que es original e inimitable y, junto con su música, hace de ella toda una diva. ¿Entiendes?

No me terminaba de convencer.

—¿Y qué me dices de Katy Perry y sus pelucas de colores? —contraataqué.

—Katy es única. Por eso tiene éxito. Es profesional. Se lo toma en serio. Tiene ese toque que la diferencia. ¿Entiendes?

—No, no lo entiendo. Yo creo que lo que tienen es un *marketing* bestial tras ellas.

—También —dijo Rosinha—. Pero el *marketing* no lo es todo. Si el producto no es bueno, por mucha publicidad que hagas... ¡Ay, Leire! Tienes mucho que aprender...

—Ya veo —musité.

Entonces se me ocurrió un ejemplo más.

—¿Y qué me dices de Rihanna? ¡Ella sí que es puro *marketing*! Su voz en directo es un desastre, su ropa es hortera y encima siempre la pillan colocada. ¿Qué puedes decir de eso?

Vi a Rosinha reír otra vez.

—Te digo lo mismo. Tú ves a Rihanna y sabes que es Rihanna. Te podrá gustar o no, lo que canta, lo que hace o lo que le hacen, pero es ella y la reconoces. Escuchas una canción suya y sabes quién es. Tiene personalidad, Leire. Es distinguible. La música es solo una parte del estrellato. Es importante cantar, claro que sí, pero lo que ofreces aparte de la música es lo que puede marcar la diferencia.

—Me rindo —dije, a punto de echarme a llorar—. ¿Y qué hago yo para tener esa personalidad que según todos vosotros me falta?

—No. Te corrijo: tú tienes mucha personalidad, solo tienes que aprender a mostrarla.

—Sí, ahora me siento mucho mejor —dije sarcásticamente.

Cuando llegamos de nuevo a la mansión Lodge, me bajé del coche y cogí mi ropa nueva del maletero. Después, Rosinha arrancó y se fue.

Quedé con ella en que al día siguiente pasaríamos la tarde juntas para seguir trabajando en mi «imagen carente de distinción y estilo».

No quería reconocerlo, pero comenzaba a sentirme a gusto con ella. Tal vez Aaric sabía que realmente podía ayudarme y por eso la había avisado.

Aun así, cuando llegó a casa le interrogué.

Abrió la puerta y al verme se acercó para darme un beso. Después le seguí escaleras arriba.

—No sabía que Rosinha estaba en la ciudad —dejé caer.

Él me miró de reojo.

—Sí... De hecho, ella vive aquí. Es una de mis personas de confianza.

Suele aconsejarme bien.

No me gustaron nada sus palabras.

—Ha venido hoy.

—¿Y qué tal? —preguntó con calma mientras se desabrochaba los cordones de los zapatos.

—Me hubiese gustado que me preguntaras primero... Antes de llamarla.

Él continuó desvistiéndose. Sin contestar.

—Aaric, te estoy hablando.

Se volvió de repente. Parecía distraído.

—Perdona, tengo la cabeza en otro sitio.

Arqueé una ceja.

—Ya, bueno, es que andaba apurado de tiempo y pensé que ella era lo que necesitabas. Seguro que cuando le digas a tu agente que Rosinha trabaja contigo se quedará más tranquila.

—La próxima vez avísame —dije en tono seco.

Salí de su cuarto para encerrarme en el mío. Abrí una novela de misterio, dispuesta a evadirme en ella durante toda la noche.

Estaba mentalmente aturdida. Todo ocurría y cambiaba a demasiada velocidad. Apenas me había hecho a la idea de que mi madre ya no estaba. De repente, ya no vivía en Madrid, sino en Estados Unidos, y había pasado de ser una profesora de educación infantil a estar grabando mi propio disco en apenas un año y medio.

Necesitaba estabilizarme, pausarme, coger una rutina.

Me preguntaba si mi relación con Aaric no se habría precipitado demasiado. Él me gustaba, estaba enamorada, pero ahora dudaba de si lo conocía lo suficientemente bien como para pasar el resto de mi vida con él.

Me decidí a leer, cansada ya de pensar.

Tal vez lo que necesitaba era dejarme llevar por la situación. Cantar, mejorar mi imagen, hacer ejercicio y obedecer a mi agente.

Y a Aaric. Confié en que, cuando sacara a la venta su nuevo álbum, tendría más tiempo para nosotros.

Estaba tan abstraída que me sorprendí cuando Aaric me agarró por detrás para abrazarme y darme besos.

—Te echo de menos —susurré—. Ya casi no te veo...

Él me abrazó más fuerte y arrimó sus labios a mi oído.

—Yo también te echo de menos. Aunque no te lo creas, estoy muy solo cuando trabajo. Todos esperan obtener algo de mí.

Me dejé caer contra su pecho.

—Ven a dormir conmigo —me dijo—. Por favor. Quiero abrazarte.

Me mordí la lengua para no preguntarle por Rosinha. No quería que él pensara que desconfiaba, era mejor no hablar de mis celos y evitar conflictos. Me limitaría a confiar, aunque eso me pusiera tremendamente nerviosa. Aún no se me había olvidado cómo ella le había guiñado el ojo en Roma.

29. El chico del teclado

Miré a Aaric con cierto resentimiento.

Acababa de llegar a casa. Eran las doce de la noche; la primera vez que lo veía en todo el día.

—¿Cuánto tiempo durará? —pregunté con resignación.

—Un mes. No son muchas ciudades, es una gira de las cortas.

Asentí sin mirarle.

—Te diría que vinieras conmigo, pero estás ocupada. Tienes que sacar tu disco adelante —dijo él con tono profesional.

—Ya —musité.

Salí del cuarto y caminé escaleras abajo, hacia la cocina. Saqué una tarrina de helado de vainilla del congelador.

¿Cómo habían cambiado las cosas tan rápidamente?

¿En qué momento Aaric había dejado de ser detallista y cariñoso? Es cierto que yo sabía que era una persona muy dedicada a su trabajo, que era serio y profesional y que trabajaba muchas, muchísimas horas, pero no podía evitar sentir cierta frustración. Yo, idiota de mí, había tenido la expectativa de que estaría más tiempo con él, de que haríamos cosas juntos y saldríamos a pasear alguna tarde o iríamos a comer al centro de la ciudad.

No era mucho pedir.

—¿Por qué no vamos mañana por la noche al cine? Como te vas dentro de tres días, quiero pasar algo de tiempo contigo...

Aaric se negó rotundamente. Lo peor fue la manera en que lo hizo.

—Pero ¿cómo voy a ir al cine con todo lo que tenemos que preparar? ¡Leire, es que no piensas!

Esa noche, y a pesar de su insistencia, me negué a dormir con él.

Me sentía estafada. Además, me dio por pensar en esa boda que en un principio íbamos a celebrar, tal vez más adelante.

Rememoré aquella bonita escena en el monasterio de San Lorenzo del Escorial y reflexioné sobre lo rápido que había sucedido todo, lo rápido que habíamos iniciado una relación y sobre cómo se había precipitado Aaric al pedirme matrimonio.

Yo le quería, o al menos quería creer que así era. Sin embargo, me hacía bastante daño el hecho de que me ignorase cuando tenía que trabajar, cantar, componer, ensayar, grabar...

Cierto es que un éxito como el suyo no se cosecha con poco esfuerzo, pero no costaba tanto dedicarme un par de horas de su día a día.

Llevaba ya casi dos meses viviendo en su casa y todo había ido a peor.

Rosinha le visitaba con cierta frecuencia, cosa que no me agradaba mucho, pero que procuraba soportar de la mejor manera posible.

Otros días, Rosinha pasaba el día conmigo y me «instruía» en el arte de la moda y en el de dejar de comer. Gracias a esto, había logrado perder dos kilos y ahora la ropa me resultaba más favorecedora.

Me daba cuenta de que ya no me quedaba mucha paciencia en el cuerpo para Aaric y su adicción al trabajo, así que me planteé la opción de comprarme una casita cerca de mi estudio de grabación, dejar aparcada la relación con el cantante y tratar de recomponerme, algo que aún no había logrado hacer tras la larga y dolorosa muerte de mi madre. Pensaba también en Lorena, con quien me comunicaba, básicamente, por e-mail.

Solo sabía de ella cada dos semanas.

Me había dicho que su relación con Míster Interesante la tenía muy «afectada». Decía que era una relación muy «extrema», intensa y turbulenta.

Me daba mucha pena no tenerla conmigo; siempre habíamos estado ahí la una para la otra, había sido mi gran apoyo durante los malos momentos.

El día antes de Aaric se fuera, ocurrió algo muy extraño mientras los músicos, el técnico y yo grabábamos el tercer tema de mi álbum.

Entre los músicos teníamos un DJ, un bajista, un guitarrista y el chico del teclado.

El técnico era un hombre de unos cincuenta años, aunque aparentaba menos; solo el pelo cano y unas pocas arrugas dejaban entrever su edad. Lo bueno de que fuese mayor era que tenía mucha experiencia, era imprescindible para todo el equipo.

De los músicos, el que más llamaba mi atención era el chico del teclado, Austin.

No era especialmente alto, tenía el cabello castaño oscuro y los ojos verdes. Sus facciones se correspondían con las de un chico de unos veintitrés años bastante alegre. Era más o menos guapo, pero su atractivo residía en esa vitalidad que tanto me sorprendía. Siempre de buen humor, siempre dispuesto a intentarlo una vez más. Solía levantarnos los ánimos a todos cuando más decaídos estábamos por la situación.

Aquel día, mientras mis compañeros descansaban cada uno a su manera, unos bebiendo café, otros escuchando música y otros dando un paseo por los alrededores, yo me había recostado en uno de los sofás de una salita que solíamos usar para reunirnos y comentar avances y retrocesos.

No pude evitar derramar alguna lagrimilla pensando que Aaric se marcharía al día siguiente y que parecía no importarle lo más mínimo el hecho de que no iba a verme en un mes.

Entonces entró Austin y me vio llorar.

—Leire —susurró él.

Cerró la puerta de la salita y se arrodilló frente a mí.

Intenté disimular, pero era tarde.

—Hola —saludé, también en un susurro.

—Por eso te cuesta cantar. Estás hecha polvo... —señaló él—. ¿Qué te ocurre? Cuéntame, puedes confiar en mí.

Me miraba fijamente a los ojos. Era difícil resistirse.

—Yo... —comencé, insegura—. Es un tema personal. Supongo que va por rachas... Estoy pasando un mal momento.

No quise entrar en detalles. No iba a decirle a Austin que mi relación con Aaric hacía aguas y que mi hasta entonces supuesto novio había cambiado de la noche a la mañana, pasando de ser detallista, comprensivo y romántico a convertirse una especie de adicto al trabajo que me despreciaba y me ignoraba, excepto cuando hacíamos el amor, aunque tampoco en esos momentos volvía a ser el mismo que yo conocí.

De forma inesperada, Austin me besó.

Se había acercado mucho, pero yo tenía la guardia baja y no le había visto venir.

Y lo peor no fue que Austin me besara, lo peor fue que me gustó y me dejé llevar, de manera que él me abrazó e intensificó el beso. Después se separó y mantuvo su mirada fija en mí.

—Mierda —musité.

—Lo siento —dijo él apurado—. Lo siento, de verdad. No he podido... Lo siento, Leire. Sé que esto es lo que menos necesitas ahora.

Apenas le escuchaba. Me había quedado bloqueada.

—Me he enamorado de ti —dijo entonces.

Y se marchó.

Me llevé a la mano a los labios.

Definitivamente, me marcharía de casa de Aaric.

Lodge me había descuidado, estaba enfadada con él y ahora me sentía atraída por Austin como una polilla por la luz.

Y, mientras Aaric había estado trabajando, había sido Austin con quien había compartido risas, miradas y buenos momentos. Había sido él quien, día tras día, conseguía levantarme el ánimo. Y solo ahora me daba cuenta de que Austin parecía haberse esforzado más en acercarse a mí este último mes.

Me iba a estallar la cabeza.

Le dije al técnico, el señor Hoffings, que necesitaba irme a casa a descansar, que seguramente estaría cogiendo una gripe.

A él no le gustó nada, pero me dio igual.

Me encaminé hacia la inmobiliaria más cercana, donde pedí que me enseñaran aquello que tuvieran en venta por la zona más cercana al estudio de grabación, posiblemente una casa pequeña y hogareña, sin muchas habitaciones. No quería sentirme más sola de lo que ya estaba y los metros de

más aumentaban la aprensiva sensación de abandono que en aquellos momentos me abatía.

Al parecer, tuve suerte.

Un pequeño chalecito con vistas al mar estaba en venta. Tenía dos pisos, una amplia cocina, que no era tan impresionante como la de Aaric, y un salón con comedor muy acogedor, con una pequeña chimenea moderna. Tanto la mesa como el parqué eran de madera de cerezo, que me gustaba mucho. Los baños eran grandes y uno de ellos contaba con una bañera de hidromasaje. Tenía tres habitaciones, dos individuales y una de matrimonio. De las tres, una la utilizaría para componer mis canciones, sería mi miniestudio.

No me lo pensé dos veces y la compré.

Otra cosa buena que tenía la casa era su precio: no era algo especialmente caro.

En la inmobiliaria me dijeron que al día siguiente tendría las llaves. Más tarde de lo que en realidad me hubiese gustado, pero tuve que aguantarme.

Regresé a la mansión de Aaric para comenzar a hacer las maletas.

Una parte de mí esperaba que él intentase detenerme; la otra parte deseaba que lo lograra.

Cuando el cantante llegó a las diez de la noche y vio las maletas en la entrada, corrió hacia la habitación.

Me encontró guardando algunos de mis libros y mi ordenador en otra bolsa.

—¿Te vas de viaje? —preguntó él con cierta agresividad—. ¿Por qué no me has avisado?

Lo miré con rencor.

—Te hubiese importado una mierda —espeté, soltando parte del veneno que había ido acumulando durante aquellos días.

Por primera vez, lo vi reaccionar.

—No te entiendo —musitó él con voz queda.

Entonces lancé uno de mis libros al suelo justo a sus pies en un arrebato temperamental.

—Me voy. Me marchó. He comprado una casa. Lo nuestro se ha acabado —grité, intentando tragarme las lágrimas.

Él seguía en pie delante de mí. Su rostro era de incompreensión absoluta.

Entonces avanzó hacia mí y me agarró de las muñecas, obligándome a soltar todo lo que tenía en las manos. Dos libros y un collar cayeron al suelo estrepitosamente.

—Tú no te vas a ningún sitio —me dijo en un tono intimidante.

—Claro que sí —respondí, mirándole fijamente.

—Eres una egoísta. Quieres que te haga caso, pero sabes que tengo que trabajar —musitó muy cerca de mí.

—¡Yo, egoísta! ¡Creo que nunca te he pedido nada! —le grité—. Además, si tan importante es el trabajo para ti, dedícate a ello, pero no me pidas que me quede recluida aquí, esperándote todos los días, esperando a que te dignes a mirarme y a preguntarme qué tal me ha ido.

Le miré con reproche.

—Aquí el egoísta eres tú —le dije—. No sabía que ibas a dejarme de lado con tanta facilidad.

Él parecía acorralado, no sabía qué responder.

Esperé que por lo menos se disculpase.

—Eso es lo único en lo que te fijas. ¡Necesitas a alguien que te esté bailando el agua a todas horas! —me gritó en la cara.

—Necesito a alguien que me quiera y me dedique parte de su tiempo, porque eso es amor, no lujuria —dije en voz baja.

Su cercanía me trastocaba.

Entonces me besó con violencia me obligó a tumbarme en el suelo junto a él.

A pesar de todo, seguía sintiéndome terriblemente atraída por él. Me quitó el camisón que me cubría y me acarició de los muslos hasta el pecho, agarrándolo con fuerza con ambas manos mientras mordía mi cuello.

—Aaric, esto no está bien... —Pero sobraban las palabras. Él continuaba.

Noté su erección sobre mi vientre.

Entonces se quitó la camiseta y los pantalones, se deshizo de lo último que le cubría. Y volvió a lanzarse sobre mí.

Gemí cuando noté que mordía uno de mis pezones justo antes de penetrarme con brutalidad.

—¡Ahh! —grité.

Juraría que era la primera vez que me hacía el amor de aquella manera tan

salvaje. Cada embestida era más fuerte, pero también me hacía sentir más placer.

Me obligó a incorporarme y a sentarme sobre él. Literalmente, a cabalgarle, hasta que acabamos los dos en un intenso orgasmo.

Sentí cómo acariciaba mi pelo e inspiraba su olor.

¿Cómo iba a marcharme? En aquel momento me sentía completamente subyugada. Decidí no pensar y disfrutar de aquel contacto.

Nos mantuvimos abrazados durante toda la noche. En repetidas ocasiones, a lo largo de la madrugada, sentí sus caricias por mi cuerpo y algunas palabras cariñosas en mi oído. Sin embargo, algo me decía que él trataba de evitar que me marchara por todos los medios y que cuando decidiera que volvía a tenerme segura dejaría de cuidarme.

Cerré los ojos y me dormí recostada encima de sus trabajados pectorales.

Al día siguiente, él se despidió de mí con un apasionado beso que no me dejó indiferente.

—Recuerda que te quiero —me dijo.

Sentí una punzada de culpabilidad por el beso que me había robado Austin. Cuando vi que su coche se alejaba, tomé una decisión difícil.

Cogí mis maletas y llamé a un taxi. Me detuve en la inmobiliaria y recogí las llaves de mi nueva casa para encaminarme hacia allí.

Más tarde, aquel mismo día, le envié a Lorena mi nueva dirección.

Sabía que a Aaric no iba a gustarle, pero así tenían que ser las cosas; a pesar de todo, el anillo de diamantes seguía en mi dedo.

No me atrevía a quitármelo.

Lorena acababa de salir del vestuario, recién duchada y arreglada. Se había maquillado a conciencia, resaltando sus brillantes ojos oscuros, y se había puesto una falda negra ajustada hasta las rodillas, una blusa algo suelta que resaltaba sus curvas y unos tacones de aguja que terminaban de perfeccionar

aquel conjunto.

Sus compañeras le preguntaron con cierto sarcasmo que a dónde se dirigía, entre las cuales solo dos podían considerarse amigas. Aun así, Lorena prefería ser cauta y no comentar su relación con nadie del hospital, pues ya habían comenzado a correr los rumores y el mundo sanitario podía ser muy altruista hacia los pacientes, pero en ocasiones, y por desgracia, esa buena voluntad hacia los enfermos se convertía en envidia hacia los compañeros por un afán de competición.

La tensión profesional era muy fuerte en aquel hospital, como en todos.

Lorena se dirigió hacia el *parking*, donde tenía aparcado su Smart. Había quedado para cenar con Mister Interesante, que la recogería en el ático y la llevaría a un sitio, según él, muy especial.

Cuando Lorena abrió la puerta, su jefe le dio un beso a modo de saludo.

Bajaron al coche. Mister Interesante conducía un Mercedes deportivo de color azul marino.

De camino a ese sitio tan especial, charlaron sobre las cosas del hospital, acerca de los problemas económicos que se cernían sobre la investigación y las publicaciones que algunos de los médicos trataban de llevar a cabo.

Lorena le comentó la existencia de los rumores; de hecho, un compañero suyo había dejado caer en una conversación que Lorena estaba bien considerada por hacerle favores poco ortodoxos a alguien. Ella había respondido asestándole una buena bofetada.

Álvaro, se llamaba aquel compañero; un idiota soberbio donde los hubiera.

—Tú no hagas caso. A menudo la gente procura buscar culpables a sus propios fracasos. Si no tienen una buena opinión de él, es porque se lo ha buscado.

—Pero aun así es injusto. Me perjudica que diga esas cosas —dijo Lorena—. Creo que me pasé pegándole.

Mister Interesante rio. Lorena se fijó en lo traslúcido de sus ojos azules, que tanto la atrapaban.

—No, hiciste bien. Tienes que hacerte respetar, ya te lo dije. Eres muy dulce, Lore; tienes una cara muy bonita y a veces los hombres puede que no te tomen en serio. Afortunadamente, tienes un carácter fuerte.

Lorena sonrió. Se sentía muy halagada. Se preguntó por qué los hombres de su edad no se comportaban así, de una manera tan caballerosa y respetuosa.

Vio por la ventanilla que se encontraban en la sierra de Madrid.

—Esto es Guadarrama —comentó.

Su jefe sonrió.

—Aquí hay un restaurante donde ponen unas gambas a la plancha que están geniales. Y como sé que te gusta el marisco y que no tienes colesterol...

—Oh, por favor, no me hables del colesterol. Me recuerdas al hospital y necesito desconectar.

—Está bien —rio él.

Aparcó en el *parking* exterior que había frente al restaurante Sala.

Como ya estaban en el mes de junio, reinaba en el ambiente una agradable temperatura de unos veinte grados, nada mal para ser las nueve de la noche.

El restaurante tenía una amplia zona de comedor que daba a un gran jardín, con una pradera verde perfectamente cuidada y una fuente en su centro, iluminada con luces violetas y rosas.

—Qué bonito —musitó Lorena cuando se marchó el camarero.

Su jefe la observó con diversión. Le gustaba verla feliz.

Tenía el aspecto de una mujer joven, de facciones aún muy suaves. Sin embargo, era decidida y arrolladora; nunca había visto a nadie tan resuelto a la hora de trabajar, al menos, nadie tan joven como ella.

—Tengo una sorpresa —dijo él.

Lorena dirigió la atención de nuevo hacia su jefe.

Míster Interesante sacó un sobre del bolsillo de su americana. Lo abrió y se lo tendió a Lorena.

—Un viaje a Escocia —murmuró ella acariciando los billetes—. ¿Cuándo?

—Son dos semanas. Creo que tenéis un mes de vacaciones. Pide las dos semanas para el lunes que viene.

Ella asintió, emocionada.

—Lorena —dijo él entonces.

Ella lo observó atenta.

—¿Has pensado en tener hijos?

30. Destruyendo confianzas

¡Oprah! ¡Oh, Dios mío! Oprah iba a concederme una entrevista en su famoso programa de televisión.

No podía creérmelo. Apenas habíamos lanzado el primer *single* del álbum y ya querían tenerme en conciertos y actuaciones.

En aquel momento, el tema *Paint my name on the floor* había subido hasta el número tres en ventas en las listas de radio de todo el país.

Sentada en uno de los taburetes de mi acogedora nueva cocina, observaba anonadada el correo electrónico en mi pequeño iPad.

Mi agente, la señorita estreñida Pallin, me felicitaba por escrito a la vez que me adjuntaba las últimas listas de grandes *hits* del momento que circulaban entre las distintas emisoras de radio. Era la primera vez que Erika, una mujer difícil de impresionar, me felicitaba por algo. Y, a pesar de estar emocionalmente destrozada por los últimos acontecimientos, me sentí levemente orgullosa de mí misma al haber alcanzado lo que siempre creí imposible.

Un rayo de sol atravesó el ventanal que había encima del fregadero y me cegó momentáneamente. Me levanté a echar la cortina.

En cierto modo, aquella casita me recordaba a la época en la que vivía con mis padres. La época en la que yo tenía catorce y quince años, cuando me encontraba el desayuno hecho todas las mañanas y la merienda en la mesa al regresar del colegio. Tiempos en los que mis padres me regañaban si

regresaba a casa más tarde de las diez de la noche o si traía algún suspenso.

Bonitos tiempos. Uno no se da cuenta de que está viviendo los momentos más felices de su vida hasta que estos quedan atrás.

Suspiré.

Hacía una semana que me había mudado y todavía no tenía noticias de Aaric. Supuse que igual ni se habría enterado de que me había ido. Estaba siempre tan ocupado, tenía siempre tantas cosas que hacer que, claro... ¿cómo iba a darse cuenta de que su novia se había marchado de casa?

En fin. Contuve una lágrima.

Me recordé a mí misma el éxito que estaba teniendo. Tenía que ser fuerte y luchar por lo que realmente quería.

Y yo quería cantar.

Me vestí y me peiné. Después me calcé unas sandalias planas y cogí mi *smartphone* antes de salir por la puerta.

Me pregunté por qué, teniendo el dinero que tenía, no había cambiado ya mi descascarillado teléfono por un iPhone o algo por el estilo, pero en el fondo le tenía cariño a ese viejo trasto.

Cuando entré en el estudio, Austin me sonrió con cariño y vino a abrazarme.

—Enhorabuena... Eres genial —me susurró al oído durante aquel abrazo tan cercano.

Me sentí extraña, algo culpable por disfrutar de aquel contacto, pero también deseosa de que no acabara. Tan sola me sentía que me agarraba a Austin como a un clavo ardiendo.

El resto de miembros del equipo también me felicitaron, pero de una manera menos efusiva que el chico del teclado.

Después comenzamos a trabajar. Teníamos que grabar el siguiente tema para poder enviarlo a las emisoras justo cuando *Paint my name on the floor* comenzase a descender en las listas.

A eso de las dos de la tarde, Erika me llamó por teléfono.

—Esta noche quieren que actúes en *The X Factor* —me dijo.

—Joder —musité, entre el éxtasis y el alucine.

Se lo comenté a mi equipo y les propuse ensayar el tema para sentirme más segura en el directo de la noche.

Austin empezó a mostrarse más cariñoso a medida que fue avanzando la jornada. De vez en cuando, me acariciaba el hombro, alguna vez dejaba una de sus manos sobre mi cintura y otras le descubría enredando sus dedos en mi cabello.

Mi problema era que no me molestaba; al contrario, ansiaba dejarme llevar. Deseaba sentirme querida y deseada. Necesitaba creer que me merecía que alguien me dedicase parte de su tiempo.

Entonces me di cuenta de todo el daño que me había hecho convivir con Aaric durante tanto tiempo.

Antes de darme cuenta, ya estaba en el gabinete de maquillaje de *The X Factor*.

Me habían enfundado un vestido de cuero negro, corto y ajustado, que, sin embargo, podía permitirme llevar sin ningún complejo. En el gimnasio tenía un entrenador personal que me había exigido mucho aquel último mes y eso se notaba en mis glúteos, mis muslos y en todo lo que pudiera notarse. Había bajado dos tallas.

La maquilladora consiguió ahumar mis ojos en un negro azulado que combinaba a la perfección con el cuero. Mis ojos verdes, además, destacaban mucho entre aquella sombra oscura. Me peinaron de manera que mi melena pareciera ondulada y con volumen y me añadieron unos reflejos rubios, discretos y elegantes. Por último, me calzaron unas botas de cuero negras, cuya plataforma me hacía ganar como mínimo unos diez centímetros de altura.

No me reconocí al mirarme en el espejo, pero me gustó lo que vi. Parecía una mujer guapa, fuerte, agresiva y decidida a triunfar. El *look* iba a juego con la canción, romántica y dinámica.

Lo único que me disgustó fue ese atisbo de amargura que reflejaban mis ojos.

La muerte de mi madre y la decepción de Aaric no me habían dejado indemne.

Salí al escenario y escuché los primeros acordes de mi canción. No pude ver al público porque la única luz que había en el plató era el foco, cuya luz azulada impactaba de lleno sobre mí.

Canté, grité y dejé salir esos vibratos que tanto le gustaban a Austin. Intenté desahogar mis sentimientos con cada nota que salía de mi garganta.

Cuando cesó la música, un enorme aplauso abatió mis oídos.

Sonreí ampliamente y contuve alguna lagrimilla por la emoción.

El jurado me dirigió algunas palabras.

Un chico más o menos joven, con un par de pendientes en su oreja derecha y unas mechas rubias muy llamativas, me halagó con un:

—El gran descubrimiento musical de esta temporada.

Sus compañeros, una chica que al parecer también era una estrella conocida del panorama musical y otra mujer algo mayor, que también parecía tener una trayectoria en Hollywood a sus espaldas, lo secundaron y me aplaudieron.

Cuando regresé al camerino, me senté en el sofá y medité un momento sobre lo lejos que podría llegar si me dedicaba de lleno a la música, que era lo único que me hacía olvidar los problemas e, irónicamente, también a Aaric.

Llamaron a la puerta y me levanté a abrir.

Austin me había traído un enorme ramo de rosas rojas. Sentí que enrojecía de repente. Abrí la puerta del todo para dejarlo pasar.

—Hola —musitó.

Le vi avanzar hacia mí con decisión; yo retrocedía instintivamente con cada paso que él daba.

Sabía lo que iba a hacer. Quería besarme, como el otro día.

—Gracias por las rosas —dije yo—. Tengo que cambiarme, Austin. De verdad, no quiero ser desagradecida.

No estaba como para rechazar un beso de un hombre que decía estar enamorado de mí, por eso no quería dejar que se me acercara, porque entonces no evitaría dejarme llevar.

Me sentía muy culpable porque, en el fondo, yo pertenecía a Aaric, a pesar de lo idiota, malnacido, egocéntrico y gilipollas que había sido conmigo.

—¿Y ese anillo? —inquirió Austin de repente.

Miré hacia mi mano derecha. Y sonreí.

El anillo que Aaric me había regalado en el aeropuerto a la vuelta de Roma. Me lo ponía todos los días. Sentía que su sitio era mi dedo y que ahí debía estar.

Lo más coherente hubiese sido devolvérselo a Aaric o dejarlo en su casa con una nota de despedida, pero yo quería llevar ese anillo puesto. Me recordaba que una vez Aaric tuvo la intención de casarse conmigo, si es que ya no la tenía.

Suspiré de nuevo.

—En teoría, estoy prometida —musité.

Noté la sorpresa en los ojos de Austin.

—¿Con Lodge? —escupió él—. Yo diría que no estás feliz con él. Últimamente no haces más que llorar a escondidas en el estudio.

Por primera vez, Austin me estaba reprochando algo. Se le veía enfadado.

—No te mereces esto. ¡Puedes ser feliz, Leire! ¿No lo ves? ¡Estoy aquí, joder! Llevo estando aquí desde que te conocí. Pero no voy a conseguir que te des cuenta hasta que no te saques a ese capullo de la cabeza.

Se me escaparon dos lágrimas, que me estropearon el maquillaje.

—Lo siento —dijo entonces.

Una de sus manos recorrió mi mejilla para retirarme las lágrimas.

—Es que te veo mal día tras día... No me gusta verte así —susurró él.

Cada vez se acercaba más.

Yo intenté desviar mi cara hacia otro lado, tratando de disuadirle.

Entonces alguien abrió la puerta del camerino con un golpe seco.

—¡Leire! —Aaric pronunció mi nombre desde la entrada.

Tuve el instinto de lanzarme sobre él y abrazarle. Después me pregunté cómo había llegado hasta allí. ¿No estaba de gira?

Austin le dirigió una mirada acusatoria y Aaric directamente se abalanzó sobre él y le propinó un buen puñetazo en la cara. Deduje que aquel gesto cariñoso en el que nos había pillado no le había gustado mucho.

Sin embargo, el gesto de celos y el hecho de que se hubiese molestado en venir a verme implicaban que Aaric no era un insensible y que tal vez, solo tal vez, estuviese algo arrepentido de haberse comportado tan mal.

—¡Aaric, para!

Me puse delante de Austin para separarlos.

Entonces Aaric reaccionó y me miró a los ojos. Pensé que iba a ver cierto reproche en su mirada, o enfado, o acusación, pero solo vi culpa.

—Lo siento —dijo él mirándose las manos—. Yo... lo siento, Leire, perdóname. Quería verte, quería arreglar las cosas. Me dijeron que te habías ido. Quería darte una sorpresa. Perdóname, me he dejado llevar.

Me sentí algo aturdida, pero reuní la fuerza para responder.

—Espérame fuera. Voy a ver si alguien puede atender a Austin.

Levanté al chico del teclado del suelo y lo examiné. Escuché a Aaric preguntar:

—¿Sales con él?

Contraataqué con otra pregunta:

—¿Y tu gira?

Él miró al suelo.

—Mañana a primera hora me marcho. He hecho un inciso solo para verte.

Sentí que me faltaba el aire.

—Espera fuera —repetí.

Y me marché con Austin para buscar a alguien que lo llevase al hospital. Yo, desde luego, no me sentía con fuerzas para acompañarlo.

—Mañana iré a tu casa a verte —le dije antes de que subiera en el taxi.

Él me dio un suave beso en la mejilla. Cerré los ojos y después se marchó.

Aaric me esperaba en la calle.

Observé que se había sentado encima de un bordillo. La calle estaba oscura y en aquel callejón no había gente. La puerta trasera del estudio de televisión daba allí.

Me puse unos vaqueros y me quité algo de maquillaje antes de salir.

Cuando lo vi, no supe qué demonios hacer.

—¿Qué quieres? —pregunté, intentando parecer dura.

Él me miró con aquellos ojos azules casi transparentes que tanto me cautivaban.

Me senté a su lado, en el bordillo. Me estremecí al notar su brazo sobre mis hombros. Me apoyé en su pecho y rompí a llorar.

Se aclaró la garganta para decir algo.

—Yo... Yo llevo muchos años acostumbrado a vivir solo y a hacer lo que me da la gana sin dar explicaciones. Nunca he tenido que dedicarle tiempo a una chica, más allá de un fin de semana o un par de noches. Sé que lo he hecho mal, pero espero que me entiendas. Quiero tener la oportunidad de arreglarlo.

Levanté la mirada para observar su rostro; él me suplicaba con los ojos.

—Aaric, yo te quiero, estoy enamorada de ti. Y sufro cada vez que me desprecias. No estoy segura de querer que me desprecies más. Prefiero olvidarte y conocer a alguien que sepa lo que es una relación de pareja. — Dije esto último entre sollozos.

Sentí su mano acariciando mi nuca. Me dio un beso en la frente.

—Perdóname, por favor. Cuando llamé por teléfono a casa tantas veces y nadie me lo cogía, llamé a tu agente y me dijo que ya no vivías allí... Sentí que algo estaba mal. No podía concebir el hecho de que te alejaras. Te necesito cerca, Leire. Necesito saber que estás conmigo.

—¿Y eso significa que puedo estar muerta de asco en tu casa sin que seas capaz de dirigirme la palabra en dos días? Yo necesito tu tiempo, Aaric. El amor requiere tiempo. No te estoy pidiendo que me dediques doce horas diarias, te estoy pidiendo un rato. Una hora, tal vez dos. Te estoy pidiendo que vayamos juntos a alguna fiesta o simplemente que nos abracemos en el sofá o que vayamos al cine... No sé, esas cosas que las parejas suelen hacer... Quiero formar parte de tu vida, pero tú no me estás dejando.

Entonces me besó. No me lo esperaba, pero tampoco lo rechacé. Me sentí viva. Supongo que solo había una persona capaz de hacerme sentir así con un beso. Y esa persona era él.

Después me dio un beso en la oreja y me dijo:

—No eres parte de mi vida. Eres parte de mí.

Me besó de nuevo.

—Aun así. —Le miré conteniendo las lágrimas—. Necesito un tiempo

para pensar.

—No, me necesitas a mí. Y yo he sido idiota por no darme cuenta antes. Arqueé una ceja. Quise rebatirle, pero en realidad tenía toda la razón.

De repente, Aaric se levantó del bordillo y me tendió la mano para ayudarme a incorporarme.

—Vamos —dijo—. Vas a venir conmigo a San Francisco esta noche. Cantarás conmigo en la actuación de mañana.

Me sentí revivir de nuevo. De golpe, olvidé todos sus desprecios y me vi a mí misma decidida a darle otra oportunidad.

Me llevó hasta mi nueva casa. Allí cogí una maleta y metí rápidamente todo lo que pensé que podría necesitar.

—Me gusta esta casa —dijo él cuando entró en mi habitación.

Mi cuarto contaba con una cama individual pequeña, un escritorio y una tele de plasma colgada en la pared.

En una esquina descansaba la guitarra eléctrica rosa de Aaric. Él la observó con una media sonrisa.

En general, la decoración de la casa estaba tal cual me la había encontrado al comprarla. Los sofás aterciopelados azules, las cortinas de flores de encaje, que me recordaban mucho a las de casa de mi madre, e incluso el parqué de los años ochenta era el mismo.

—La tuya es más moderna y más grande. No veo por qué iba a gustarte esta casa —dije mientras doblaba unos pantalones antes de introducirlos en la maleta.

Él me rodeó con sus brazos desde atrás.

—Porque es tuya —me susurró al oído.

Me mordí el labio inferior. Aaric sabía cómo meterse dentro de mi cabeza y desmoronar todos los posibles argumentos que yo pudiera fabricar en su contra.

Al inspirar noté su olor, ese olor que tanto había echado de menos. Sin embargo, aún no estaba convencida de que él fuese a cambiar su comportamiento respecto a mí.

Cuando terminé de cerrar la pequeña maleta, pedimos un taxi que nos llevara en dirección al aeropuerto.

Allí estaba «aparcado» el jet privado de Aaric.

Yo sabía que ese avión existía, pero nunca me había subido a bordo. Tenía mucha curiosidad por saber cómo era por dentro.

Por el camino, Aaric me estuvo explicando que los últimos meses había estado sometido a mucha presión. Los retrasos en la grabación de su nuevo disco y todas las giras que había ido aplazando ahora le estaban pasando factura.

Me dijo que tendría que tener un poco de paciencia con él; que trataría de estar a mi lado todo lo posible pero que venían unos meses de trabajo duro, para ambos.

Aquellas palabras me sonaban a más de lo mismo.

Sin embargo, intenté creer en él.

El murmullo de los frenos del taxi me indicó que ya habíamos llegado. Aaric se bajó y me abrió la puerta. Después sacó mi maleta del coche y nos dirigimos hacia la puerta de embarque. Me acordé de Austin y de que le había prometido que iría a visitarle; me sentí algo culpable. Busqué mi *smartphone* para avisarle con un mensaje de que iba a hacer un viaje corto y de que le vería en un par de días.

—¿A quién escribes? —me preguntó Aaric de repente.

La última vez que le vi hacer alarde de un ataque de celos fue antes de ir a Roma... con aquel policía, pero entonces aún no éramos nada.

Me reí por dentro. En el fondo me gustaba que fuera consciente de que yo también tenía una vida y de que había más hombres interesados en mí.

Tal vez eso le hiciera espabilar.

—Al chico al que has pegado antes. —Traté de hacerle sentir mal. Se lo había ganado a pulso.

—Si le he pegado es porque tengo una buena razón para hacerlo.

—¿Te estás justificando? —pregunté con lengua viperina.

—¿No les pegarías tú a las chicas que intentaran besarme?

—Si fuese así, Rosinha ya estaría muerta y enterrada —espeté.

Me di cuenta de que acababa de desahogar una de mis principales

preocupaciones. Mis celos de Rosinha habían ido aumentando paulatinamente a lo largo de los últimos dos meses hasta hacerse insoportables.

Sentí que la mirada de Aaric me atravesaba y me escaneaba como si fuese uno de los tomógrafos con los que se hacían los TACs.

—Leire —me dijo él muy serio—. Mírame.

Me giré hacia él. Estábamos a punto de subir al avión.

—¿Qué...? —musité.

Yo me encontraba aturdida de tantas emociones fuertes como había sentido en apenas unas horas.

—Nunca, jamás, mientras esté enamorado de ti, te seré infiel. Y si algún día dejo de quererte, lo cual dudo mucho que ocurra, te lo haré saber. Pero, hoy por hoy, te quiero y quiero estar contigo. Y no quiero a nadie más en mi vida. ¿Te queda claro?

—Yo no sé si podría dejar de quererte, aunque lo intentara —dije en un pequeño susurro.

Me atrajo hacia él y me dio un abrazo.

Oficialmente, las paces quedaban hechas. Volveríamos a intentarlo de nuevo.

Aaric susurró en mi oído:

—Me gusta que aún lleves el anillo. Eso quiere decir que algún día querrás casarte conmigo.

Suspiré en su cuello. Después subimos al avión, que parecía un salón, enmoquetado en *beige* y con butacas de cuero blanco. Teníamos un microondas y dos televisiones. Había incluso una pequeña cama.

Aaric sacó una botella de champán de la neverita y brindamos antes de despegar.

Durante el vuelo, hicimos el amor.

Lorena había pasado de ser residente de primer año a convertirse en residente de segundo año.

Ahora que ya sabía manejar mucho mejor las patologías de los pacientes,

tenía mucho más trabajo.

Sus médicos adjuntos confiaban y se apoyaban en ella, pero en ocasiones se excedían cargándola con responsabilidades. Era entonces cuando Lorena llegaba a su casa arrastrándose, con ganas de dormir hasta el día del juicio final.

Míster Interesante la esperaba al lado de su pequeño Smart.

—Hola —saludó ella, visiblemente fatigada.

—Conduciré yo —ordenó él—. No sé cómo has estado todo un año conduciendo después de las guardias y no has tenido un accidente.

Mientras él avanzaba por la autopista, ella se quedó traspuesta. Solo abrió los ojos al final del trayecto, cuando él hubo aparcado en el *parking* de su apartamento.

Míster Interesante la había llevado a su casa y no al ático que, hasta hace unos meses, compartía con Leire.

—Lore —susurró él mientras la acariciaba para despertarla.

Lorena se despezó y se bajó del coche. Caminó dando traspiés hasta la puerta del garaje y se metió casi a ciegas en el ascensor.

Míster Interesante se revolvió su cabello rubio en un ademán de nerviosismo.

Cuando entraron el piso, él se puso frente a ella.

—Tengo que decirte algo —musitó él—. Sé que estás cansada y que tal vez no sea el momento, pero es importante y necesito que lo sepas.

Ella abrió mucho los ojos. Por alguna razón, el sueño se había esfumado de golpe.

—Estoy oficialmente divorciado —dijo él.

Lorena lo miró fijamente. Se debatió entre si besarle o pensar primero qué había querido decir con ello.

¿Le estaba pidiendo matrimonio de una manera sutil? ¿Le estaba diciendo que las puertas de su vida se habían abierto para ella?

¿Y su hijo adoptivo?

—¿Y tu hijo?! —exclamó ella, alarmada—. ¿No te habrán quitado la custodia?

Él sonrió de forma conciliadora. Después negó con la cabeza.

—Su madre y yo tenemos ahora custodia compartida. Vivirá seis meses

con ella y seis con nosotros.

La palabra «nosotros» resonaba con fuerza en la cabeza de Lorena.

Él se acercó y la besó. Fue un beso suave, pero lleno de intenciones y planes de futuro. Después dijo:

—Vamos a dormir. Dentro de unas horas tendremos mucho de qué hablar.

Ella asintió, aún aturdida. Entonces el sueño regresó y decidió arrastrarse hasta la cama.

Durmieron abrazados hasta que llegó la tarde.

Cuando llegamos a San Francisco eran ya las siete de la mañana. Una limusina negra nos llevó al hotel, donde nos duchamos y nos arreglamos para acudir al ensayo de la mañana.

En aquel estadio de fútbol había mucha gente, muchos técnicos, muchos maquilladores y muchas personas que ultimaban los detalles. También había agentes de seguridad, policía municipal y un coche de emergencias haciendo guardia en la puerta.

Aaric me dio un beso antes de marcharse al que sería su camerino improvisado, donde le vistieron y maquillaron para ensayar.

Yo, mientras, saqué mi iPad mini del bolso con la intención de enviarle un correo a Erika para avisarla de que me había marchado con Aaric a San Francisco durante un par de días y suplicarle que avisara a mi equipo de grabación de que estaría ausente durante aquel tiempo.

Alguien me interrumpió.

—Hola, ¿eres Leire? —dijo ella.

Se trataba una chica de ojos rasgados. Su cabello era castaño claro y su cuerpo estaba muy trabajado. Parecía bailarina.

—Sí —respondí con desconfianza.

—Aaric nos ha hablado mucho de ti.

—Ah. Espero que para bien —bromeé.

Ella esbozó una sonrisa maligna.

—Yo creo que le gustas —dijo ella.

Quise decirle que estaba prometida con él, que vivíamos juntos y que acabábamos de echar el polvo de nuestras vidas. Sí, yo también creía gustarle —Puede ser —dije sin mucho interés.

—Solo quería aconsejarte —dijo ella—. El mundo de la música es muy traicionero y tengo la sensación de que Aaric podría utilizarte para ganar fama a tu costa. Creo que ahora eres toda una novedad y la gente quiere tenerte cerca, ¿me equivoco?

Resoplé, monté en cólera y después farfullé:

—Él ya estaba conmigo cuando yo aún no era nadie. Ha hecho muchas cosas por mí que no hace alguien que quiere utilizarte.

—Me han dicho que vas a cantar con él esta noche —dijo ella.

—Sí —siseé, furiosa—. ¿Algo más?

—Él anunció ayer por la mañana que vendrías a actuar. Se duplicó la venta de entradas. Solo quería que supieras eso.

La bailarina se esfumó y, de repente, volví a desconfiar de Aaric. Intenté convencerme de que aquella bailarina solo había querido molestarme. Traté de pensar en todo el tiempo que me había dedicado Aaric durante la agonía de mi madre.

Había hecho mucho por mí, cosas que una persona que solo pretende obtener algo de ti no hubiera hecho, aunque a lo mejor ya estaba pensando en que podría aprovecharse de mí y de mi futura fama.

No, no quise creerlo.

Yo no era nadie cuando empezamos salir, solo era una voz emergente que había cantado con él de manera anecdótica; solo era la chica que le pegó la bofetada en aquel concierto de Madrid.

A pesar de que mis argumentos tenían sentido, el hecho de que Aaric hubiese anunciado que yo cantaré con él ayer a primera hora, antes de yo saber siquiera que él iba a aparecer tras mi actuación en *The X Factor*, decía que ya había planeado llevarme allí.

¿Me habría dicho lo que yo quería escuchar solo para que accediera a cantar en San Francisco?

Traté de respirar lentamente y de mantener la calma, pero me sentía ridículamente engañada.

Tendría que preguntarle a Aaric. ¿O no? Busqué en Google con mi iPad

las últimas noticias. Ahogué un sollozo cuando comprobé que, efectivamente, fue ayer a primera hora cuando el agente de Lodge anunció que yo haría acto de presencia con él en San Francisco y esto, según decían los periódicos, «había rescatado al concierto de ser un auténtico fracaso».

¿Qué parte de todo lo que me había dicho Aaric era verdad? ¿Me quería? ¿Formaba yo parte de su vida? ¿Me habría sido infiel?

Ya no podía creerle nada.

¡Nada!

Pedí un taxi que me llevara de vuelta al hotel. Allí recogí mis cosas y con otro taxi me dirigí al aeropuerto.

No volví a Los Ángeles, sino que regresé de nuevo a Madrid.

Cuando entré en el ático, tuve la sensación de que todo había sido un mal sueño.

Lorena no estaba. Al encender mi *smartphone* por primera vez desde que salí del estadio de San Francisco, vi setenta y dos llamadas perdidas de Aaric y ochenta y cuatro mensajes de texto.

No quise leerlos.

Rompí a llorar.

31. Ambas partes son culpables

Nunca antes me había costado tanto quitarme un anillo, aun siendo muy fácil, pero aquel anillo no era como los demás. Medité un instante sobre su significado. Aquella sortija en mi dedo quería decir que estaba o había estado prometida con Aaric Lodge, el hombre al que quería, que no parecía quererme tanto como yo a él y con quien una vez había accedido a casarme.

Ojalá no hubiese subido a cantar a aquel escenario en ese concierto al que me llevó Lorena por sorpresa.

Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre mi cama. Había abierto el cajón de la mesilla con la intención de depositar allí el anillo de manera temporal para después venderlo a alguna joyería, o empeñarlo, o tal vez regalárselo a Lorena o, incluso, enviárselo por correo a Aaric.

Escuché una llave encajar en la cerradura.

Al instante, la voz de Lorena gritó:

—¿Leire? ¿Cómo estás?

Sus pasos cada vez sonaban más cerca de mi habitación. Entonces golpeó la puerta.

—¿Me dejas entrar?

—Adelante —respondí.

Me la esperaba ojerosa, cansada, con el pelo sucio y la mirada perdida, como el día en que la vi hace una semana, cuando llegué a Madrid y había tenido una mala, malísima guardia, con dos fallecimientos en menos de tres

horas.

Hoy llegaba radiante.

Su cabello estaba perfectamente peinado en ondas trabajadas, los ojos oscuros destacaban con el maquillaje y un vestido amarillo resaltaba su piel morena. Intuí que no venía de trabajar.

Se sentó frente a mí, sobre el colchón.

—Veo que has decidido deshacerte de él —me dijo en un susurro, señalando mi dedo

—Prefiero no verlo. Necesito pensar... y olvidar —añadí.

Necesitaba reponerme de aquel golpe. Desconocía cuáles eran los verdaderos sentimientos de Aaric hacia mí. No sabía si me había utilizado para vender su disco o si realmente me había amado, como él aseguraba.

A ratos tenía la tentación de devolverle las llamadas. Me había enviado una cantidad incontable de mensajes y de correos electrónicos, incluso mi cuenta de Twitter estaba asediada por él.

Al principio, sus mensajes eran agresivos, del estilo: «No entiendo por qué te has marchado. Es una falta de respeto a tus fans. Y a los míos. No deberías ser tan caprichosa».

Así fue durante los tres o cuatro primeros días. Todo lo que me decía tenía que ver con lo irresponsable que me consideraba y lo infantil y caprichosa que le parecía.

Un día todo cambió; debió de comprender la verdadera razón por la que lo había dejado tirado o alguien le habría dicho aquello que su bailarina me había contado a mí.

Sus mensajes empezaron a ser de disculpa:

«Te quiero. Nunca jamás tuve la intención de usarte. Me presionaron, Leire. Espero que puedas perdonarme».

No paraba de repetirme lo enamorado que estaba de mí:

«Sé que he sido muy insensible. Sé que me he comportado de manera egoísta. Dame una última oportunidad. Te amo», decía.

«No puedo vivir sin ti. Voy a ir a Madrid a buscarte y no me moveré de allí hasta que hablemos». Este último mensaje me preocupó. Yo no quería verlo.

Quería estar lejos de él, de su música y de la asquerosa fama.

No me apetecía enfrentarme a sus ojos casi transparentes y descubrir que jamás podría olvidarlo. Prefería engañarme a mí misma; era más bonito pensar que nada había ocurrido, que jamás me habían despedido del colegio, que la lotería solo había sido un mal sueño y que Aaric únicamente formaba parte de una tragicomedia romántica.

Ojalá mi madre hubiera estado aquí; ella habría sabido cómo levantar mis ánimos y devolverme las ganas de vivir.

Lorena aún continuaba frente a mí; parecía estar esperando a contarme algo.

Mi amiga estaba feliz, tanto que pude adivinar que se sentía culpable por restregarme su felicidad, pero yo me alegraba por ella.

Míster Interesante era un buen hombre, algo mayor, con una exmujer y un hijo adoptado, pero bueno. Y parecía dispuesto a cuidar a mi amiga. Le había conocido hacía tres días. Vino a recoger a Lorena para una cita y reconozco que me impresionó. Sus ojos también eran claros, pero no como los de Lodge.

Los ojos de Míster Interesante eran turquesas e intensos; parecían atravesarte, pero también transmitían confianza y seguridad. No era en absoluto un Adonis; las arrugas que se marcaban en su frente y en la comisura de sus labios indicaban que pasaba los cuarenta años, pero su atractivo era innegable.

Lo que más me gustó fue comprobar con mis propios ojos que se encontraba perdidamente enamorado de mi amiga.

Su forma de tratarla, de mirarla y de hablarle, con aquel tono de voz tan cálido y tranquilo, me hizo desear tener algo así para mí. Recordé que una vez Aaric también fue así conmigo, pero que, en cuanto regresamos a Los Ángeles, el romanticismo se fue a la mierda.

Lorena continuaba mirándome, sentada sobre mi cama con su vestido de tirantes amarillo.

—Pareces contenta —dije para animarla a hablar.

—Sí, también estoy asustada —continuó ella.

Fruncí el entrecejo; ella nunca se asustaba de nada.

—¿Asustada por qué?

Sus ojos tenían un brillo especial. Algo grande estaba pasando, algo

diferente.

—Voy a tener un hijo —confesó mi amiga.

Advertí que sus ojos se llenaban de lágrimas. Los míos también. Aquella era una magnífica noticia, ya que no tuve la menor duda de que Míster Interesante se haría cargo de ella y de su hijo.

La abracé.

—Eso es fantástico —le susurré al oído.

—En realidad llevábamos tiempo intentándolo —dijo entonces.

De repente se separó de mí y me miró con detenimiento.

—El problema es que me marcharé. Vamos a comprar una casa nueva para tener nuestra familia.

Aunque en un primer momento me impactó, enseguida me alegré por ellos. Volví a abrazar a mi amiga.

—Te deseo suerte —dije con cierta solemnidad—. Ojalá seas muy feliz.

Entonces mi amiga se marchó. Lorena y Míster Interesante estaban inmersos en la búsqueda de la casita perfecta para ambos.

Dos días más tarde, recibí una llamada intrigante de alguien de quien no tenía noticias desde hacía casi un año.

—Leire —dijo aquella voz femenina.

—¿Quién eres? —pregunté, confusa.

Se hizo el silencio.

—¿No lo adivinas? —preguntaron desde el otro lado del teléfono.

—No —respondí, tajante.

En aquellos instantes me faltaba la paciencia para aguantar según qué cosas.

—¡Soy Berta!

Me sorprendí muchísimo y me vinieron a la cabeza imágenes de Roma, de cuando ella me maquillaba en mi habitación y me contaba sus extravagantes teorías acerca de los hombres; de su acento gaditano, que ahora parecía haberse atenuado lo suficiente como para no haberla reconocido. Recordé su corte de pelo, con sus mechas rubias; su desparpajo; sus ganas de

vivir y sus problemas sentimentales...

—¡Vaya! —exclamé tras haber hecho memoria—. Me has sorprendido. ¿Cómo te va? ¿En qué trabajas ahora?

—Pues de eso quería hablarte... Tengo algo que proponerte. ¿Podríamos vernos?

—Eso depende de dónde estés. Yo ya no vivo en Los Ángeles. He regresado a Madrid —respondí.

De nuevo se hizo el silencio. Entonces Berta respondió:

—Ya lo sabía. Verás, ¿recuerdas a Chris Damon? Él también tiene algo que ver con lo que voy a proponerte. Y, bueno, ya se ha enterado de los problemas que habéis tenido Aaric y tú...

Suspiré.

—Berta, no voy a hablar de mis problemas personales. Si nos vemos, prométeme que solo tocaremos temas profesionales... que no tengan nada que ver con Lodge.

Escuché que Berta respiraba con nerviosismo.

—Está bien. Yo estoy en Madrid también. Como hoy se ha hecho tarde, podríamos vernos mañana a las once.

—Muy bien —dije con un tono más amable—. Dime dónde.

—En Plaza de Castilla. En la torre KIO que pertenece a Bankia. Abajo, en la entrada principal.

—Allí estaré. Un beso, Berta. —Y colgué.

Me costó recuperarme de la sorpresa.

Llevaba más de nueve días sin salir del ático. De la cama al sofá, del sofá a la cocina, de la cocina a la ducha, de la ducha a la cama... Aquel era mi círculo vicioso.

Había silenciado el *smartphone* y descolgado el teléfono fijo.

Ni siquiera tenía la mínima intención de encender el ordenador portátil para revisar mi página web oficial, ni mi Twitter, ni mi Facebook... Nada.

Llevaba casi diez días aislada del mundo.

Berta había tenido la suerte de llamar justo cuando estaba releendo uno de los mensajes de Aaric, así que, aunque el móvil estaba en silencio, pude ver la llamada entrante.

Me intrigaba saber qué iba a contarme mi exmaquilladora y me intrigaba

aún más saber qué pintaba Chris Damon en todo aquello.

Como eran ya las doce de la noche, decidí que tocaba intentar dormir; últimamente me costaba conciliar el sueño. Me preparé una infusión de valeriana, como me había recomendado Lorena.

Tuve la mala idea de encender la televisión mientras me la bebía. El canal que estaba puesto era la MTV y, justo después de la publicidad, tuve la imagen de Aaric en primera plana.

Escupí parte de la valeriana al atragantarme.

Por un instante pensé en pulsar el botón rojo del mando y olvidar que había visto aquello, pero en su lugar subí el volumen para escuchar lo que decía.

—Pido perdón a todos aquellos que acudieron a San Francisco exclusivamente para el concierto. Lyre tuvo problemas de fuerza mayor, no pudo presentarse y no se pudo hacer nada.

—Se habla de problemas en vuestra relación, Aaric. ¿Qué contestarías a eso? —dijo la periodista, poniendo nuevamente el micrófono rosa bajo el mentón del cantante.

Inspiré profundamente antes de escuchar sus palabras.

—Pues que los rumores están en lo cierto y he de decir que yo soy el culpable de que las cosas vayan mal.

—¿Quieres decirle algo a Lyre desde aquí? —preguntó ella.

La mirada cristalina de Aaric se clavó en la cámara que lo grababa, atravesando la pantalla de la televisión y llegando hasta mis sentimientos más profundos.

—Quiero decirle que la quiero y, como la quiero, deseo lo mejor para ella. Sé que me he portado mal y no quiero que sufra por mi culpa. Por supuesto, me gustaría tener otra oportunidad para enmendar mis errores, pero también comprendería que ella decidiese no dármela.

»Te amo, Leire —terminó.

La periodista sonrió con cierta ternura. Seguramente en aquel momento muchas fans de Aaric estarían tirándose de los pelos y poniéndome verde por ser tan «cruel» con él.

Apagué la televisión y me bebí la taza de valeriana de un último sorbo. Sabía que tarde o temprano Aaric y yo tendríamos una conversación larga y

sería acerca de nuestra relación.

Me fui a dormir.

A principios del mes de septiembre, los autobuses corrían por Madrid, los coches se apelotonaban en los semáforos y el olor a asfalto quemado por el sol invadía mis fosas nasales.

Caminé rápidamente desde la estación de Chamartín hacia la Plaza de Castilla, en dirección a una de las torres KIO. Mis gafas oscuras me protegían tanto del sol como de algún posible fan inoportuno.

Tenía ganas de ver a Berta de nuevo. Me intrigaba su propuesta, pero me inquietaba más saber qué había sido de ella, de Damon y de aquella cercanía tan sospechosa que surgió entre ellos en Roma.

Al acercarme, vi a una mujer cuya imagen distaba bastante de la Berta que yo recordaba. Se había refinado mucho, tal vez demasiado. Sus tacones de aguja, cuya suela roja invitaba a pensar en cierta marca de zapatos mundialmente famosa, y su blazer blanca de Chanel me hicieron dudar de si realmente se trataba de ella.

Según avanzaba, advertí que su cabello tenía una mayor longitud. No llevaba mechas. Ahora su melena tenía un tono marrón chocolate uniforme con algunos reflejos de uno tono ligeramente más claro.

Ella empezó a sonreírme; me reconoció cuando ya estaba a unos cinco metros de distancia.

—¡Leire! —gritó mi exmaquilladora con cierto entusiasmo.

Sonreí brevemente y le di un abrazo y dos besos.

—Hay una cafetería que está muy bien aquí cerca, ¿vamos? —preguntó.

Asentí, aún aturdida por verla tan distinta.

—Estás irreconocible —le dije mientras caminábamos por la acera de adoquines grises.

Ella empezó a reírse.

—Me han ido bien las cosas —respondió Berta de forma enigmática.

—¿Qué cosas?

Entramos por fin en aquella cafetería de suelos y sillas de madera. El

decorado era muy clásico, parecía un salón de baile antiguo.

Berta eligió un lugar apartado en el que pudiéramos tener una conversación seria y discreta. Nos sentamos y vi cómo ella sacaba una carpeta transparente llena de documentos.

—Son para ti —me dijo ella—. Ahora te explicaré para qué sirven.

Los observé. Me fijé en la esquina superior derecha. Allí estaba pintado el logotipo de una marca cosmética que había salido al mercado hacía apenas unos meses. Sabía de su existencia por mis maquilladores de Los Ángeles.

—Tú dirás. —Animé a Berta a que me contara de qué iba todo aquel operativo tan enigmático.

Ella sonrió.

—Soy la dueña de esta empresa; bueno, lo somos Damon y yo. Existen dos accionistas más, pero son minoritarios.

—¿De dónde sacaste el dinero para montar esto? Quiero decir, habrás necesitado algún laboratorio, químicos, Departamento de Logística...

—El dinero al principio lo puso Damon. Yo tenía las ideas y a él le convenció mi proyecto.

—Entonces ¿fue eso de lo que hablasteis en Roma? —pregunté con asombro.

Jamás me lo hubiese imaginado.

—Efectivamente —contestó ella—. Y, al parecer, Chris ha tenido buen ojo: la publicidad ha sido buena, mis productos se venden bien y cada vez repartimos más beneficios.

—Solo me falta saber qué es lo que pinto yo en todo esto —dije entonces.

Ella me observó, escrutándome.

—Pintas dos cosas —comenzó a decir Berta—. Lo primero que me gustaría ofrecerte son acciones. A Damon y a mí nos pareció buena idea proponértelo. Eres de confianza y puedes invertir porque tienes dinero para ello. Por eso te he dejado en estos documentos el balance de los últimos meses, para que veas que estamos ganando dinero y que te compensa.

—¿Y en qué os ayuda que yo invierta? —pregunté.

—Vamos a expandirnos al extranjero. Primero vamos a probar en Italia, después intentaremos ir a Reino Unido y a Francia, pero para eso necesitamos algún dinero extra.

Asentí. Aquel trato me seducía, pero lo consultaría primero con algún asesor. Tal vez con Míster Idiota, si es que seguía vivo, porque ya era viejo cuando lo conocí.

—Lo pensaré, Berta. Pero es probable que al final acceda. Me gusta lo que habéis hecho. Habéis tenido valor —dije, regalándole una sonrisa de comprensión.

Berta se dispuso a contarme la segunda y última propuesta.

—Nos gustaría también que fueses, por el momento, la imagen de la firma. Tienes la fama suficiente, eres guapa y tenemos confianza en ti. Además, eres española y para vender aquí en España, ¿quién mejor?

Sonreí.

—Ahora mismo estoy pasando por una situación delicada... —dije, refiriéndome a Aaric—. No sé si es buena idea hacer una campaña publicitaria en mis condiciones... sentimentales.

Vi que mi exmaquilladora dejaba de sonreír. Sin embargo, no me miraba con reproche. Parecía comprenderlo.

—Tú piénsalo. Tal vez sea bueno para ti cambiar de actividad, hacer otras cosas puede revivirte un poco.

Un camarero nos trajo un café en aquel instante.

—Los caballeros de aquella mesa las invitan —nos dijo, señalando hacia el otro extremo del local.

Me giré para ver de quién se trataba. Reconocí a Damon. Me saludó con la mano.

Le devolví el saludo amablemente. Él no había cambiado; seguía tan atractivo y elegante como había conocido en Roma.

Con él había alguien más, pero estaba de espaldas y solo pude ver un cabello rubio extrañamente familiar.

En aquel instante estaba tan inmersa en el proyecto de Berta que no me esperaba lo que venía a continuación.

Me volví hacia mi exmaquilladora.

—Me alegra que, al menos, vayas a considerarlo. Creo que si al final decides seguir adelante no te arrepentirás.

Ambas nos miramos.

En aquel instante caí en la cuenta de que la muerte de mi madre y mi

trabajo como cantante en Los Ángeles habían hecho mella en mi carácter. Me había vuelto algo silenciosa y mi autoestima estaba verdaderamente dañada.

Aaric había tenido mucho que ver con esto último, demasiado.

Así que Berta no era la única que había cambiado, yo también lo había hecho.

Sentí una mano apoyarse sobre mi hombro.

Al girarme, descubrí a Damon, que me miraba sonriente.

—Cuanto tiempo, Leire —dijo él con su peculiar tono de hombre seductor.

Me levanté y le di dos besos.

—Yo también me alegro de verte —contesté—. Veo que os ha ido muy bien a ambos.

Entonces Berta se levantó también.

—Yo debo irme. He quedado dentro de media hora en el banco —dijo ella.

Nos despedimos.

—Siéntate, Leire. Por favor. Hablemos un rato. Tengo ganas de que me cuentes qué tal te ha ido en Los Ángeles —me dijo Damon.

Tuve ganas de salir corriendo. Sin embargo, me senté. En el fondo, tenía ganas de soltar toda aquella rabia que había acumulado.

—Lo único que te puedo decir es que mi amor por la música no justifica algunas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó él, interesado.

—Mi agente, Erika Pallin, me trataba fatal. Siempre me hacía sentir inferior. Todo le parecía poco. Al parecer, yo no era ni lo suficiente guapa, ni tenía el suficiente talento como para que me diera ánimos de vez en cuando.

—Muchos agentes son así. Ellos te exigen para que avances —me dijo Damon—. Pero, como conozco a Erika, te diré que se divorció hace un año de un hombre que le puso los cuernos con otro hombre. Entiéndela, es una frustración con tetas que se apellida Pallin.

Sonreí.

—Vaya. Ahora ya alcanzo a comprender por qué era tan desagradable. ¿Y qué me dices de la asesora de imagen de Aaric, Rosinha? No la soporto. Es agradable y profesional, pero no la soporto. Supongo que veo en ella todo lo

que a mí me gustaría ser y no soy —le confesé a Christian Damon.

—No la soportas porque se acerca mucho a Aaric —se atrevió a decir Damon—. ¿Te cuento un secreto?

Lo miré fijamente, invitándolo a hablar.

—Yo me acosté con ella en Roma —dijo él.

Tuve un cortocircuito cerebral momentáneo.

—¿En serio? —pregunté—. Yo creía que estaba detrás de Aaric, y lo sigo creyendo.

Damon sonrió, luciendo su sonrisa blanca impoluta. Se me había olvidado lo increíblemente atractivo que podía llegar a ser.

—Y crees bien, pero, como Aaric nunca ha querido sexo con ella, ella lo buscó en otro sitio.

—Da la sensación de que está algo desesperada, pese a ser tan elegante y guapa —señalé yo.

—Se acostó conmigo por despecho. Varias veces, además, después de Roma. Así que te puedo asegurar que no ha llegado a tener nada con Aaric. Si no, ya habría pasado de mí. Y me sigue llamando.

—¿Y tú por qué te acuestas con ella? Si sabes que no te quiere...

Chris se encogió de hombros.

—¿Tú la quieres? —pregunté, aún sin salir de mi asombro.

Él rio. Después negó con la cabeza moviéndola de izquierda a derecha.

—En absoluto —contestó—. Yo quiero a otra persona, que dudo mucho que alguna vez quiera estar conmigo.

—¿Berta? —inquirí.

Damon dejó de sonreír y asintió.

—Pero no deben mezclarse los negocios y el placer, Leire. Eso creo que ya lo has aprendido —susurró él.

—Lo he pensado mucho —le dije—. Y creo que voy a dejar la música. Bueno, ni siquiera he llegado a lanzar un álbum completo, pero me he dado cuenta de que ese mundo no es para mí. Me aturde, me hace daño.

Damon me miraba pensativo. El camarero nos ofreció otro café.

—No, gracias —dijo Damon con educación—. Enseguida nos marchamos.

Después volvió a mirarme y me dijo:

—Aaric te quiere. Y está dispuesto a hacer lo que sea para recuperarte.

Fruncí el entrecejo y borré la sonrisa. Me puse a la defensiva de inmediato.

—¿Te ha pedido que hables conmigo? —casi exclamé, furiosa.

Él hizo un ademán de negación con la mano.

—No. Yo he querido hablar contigo porque sé lo que ocurrió en San Francisco y, como a mí sí que me vas a escuchar y a él no, he decidido contártelo en persona.

—Bien —espeté con agresividad—. Ilumíname. ¿Qué le ocurrió a San Aaric Lodge? ¡Al mártir de Aaric! Al pobrecito de Aaric...

Noté que Damon desviaba la mirada.

Era irónico; había acudido a la zona de negocios de Madrid para hablar con Berta de negocios y había terminado hablando con Damon, a quien no veía desde hacía casi un año, de mis problemas sentimentales con Lodge.

—Su discográfica le amenazó con abortar la salida de su disco al mercado si no vendía las entradas suficientes. Necesitaban asegurar que la gente compraría su música.

—Eso no justifica que me mintiera deliberadamente.

—Escúchame, Leire —dijo Damon—. Aaric al principio se negó a llevarte al concierto. Él me dijo que ya habíais discutido y que la situación era complicada. Quería dejarlo estar y hablar contigo a la vuelta para tratar de solucionar las cosas.

—No había nada que solucionar. Yo era como una pared más de su casa. No existía para él —afirmé, cargando mis palabras de ira.

Damon negó con la cabeza.

—El problema llegó cuando le amenazaron también con cerrar tu contrato. Con quitarte la oportunidad que te habían dado gracias a él. Entonces pensaron que sería buena idea juntaros a los dos en un concierto.

—Si Erika me hubiese llamado, yo habría ido —respondí, furiosa.

—¡Erika te llamó! Y no contestabas sus llamadas, Leire.

—Yo estaba actuando en *The X Factor*, por eso no respondí, Damon.

—¿No tenías llamadas tuyas de después de la actuación? —preguntó él enigmáticamente.

Hice memoria. Recordé a Aaric golpear a Austin. Efectivamente, tenía un

par de llamadas perdidas, pero no les había dado la importancia necesaria como para preocuparme por ellas.

—Puede ser —terminé admitiendo.

—Él te quiere, Leire, y sabe que te ha tratado mal. Sabe que te ha engañado y te ha ignorado, pero enténdelo, está acostumbrado a centrarse en sí mismo. Y tenía mucho trabajo. Los hombres a veces nos volvemos autistas con el trabajo —bromeó Damon.

—Con Rosinha no parecía estar autista —respondí yo.

—Rosinha es trabajo para él y jamás se acostaría con ella porque sabe lo guarra que es conmigo en la cama —me contestó Chris en un tono más agresivo.

En cierto modo, todo comenzaba a cuadrar en mi cabeza, pero los hechos eran los hechos. Aaric me había mentido, me había engañado para llevarme a San Francisco y me había estado ignorando el último par de meses que habíamos pasado en Los Ángeles.

Entonces recordé lo atento que había sido conmigo cuando mi madre estuvo enferma, recordé el momento en el que me pidió matrimonio bajo la luz de la luna, recordé la primera vez que hicimos el amor.

Realmente las cosas se habían puesto difíciles.

Si ya antes estaba confundida, ahora las ideas bailaban la jota a sus anchas por mi cabeza.

Damon y yo nos levantamos. Salimos de la cafetería y nos despedimos.

Cogí un taxi para ir hasta mi ático.

Al ver una silueta de hombre apoyada en el portal, le pedí al taxista que me dejara en la esquina siguiente. Pagué al conductor y me bajé. Me mantuve oculta tras el edificio.

—Aaric —musité.

Al final, Lodge había decidido plantarse frente a mi casa a esperar, como ya había hecho en alguna que otra ocasión, pero ¿para qué? ¿Acaso iba a cambiar él o iba a cambiar mi actitud hacia él?

Tal vez ambos lo hicimos mal.

Yo me dejé desplazar y él se centró en su trabajo. A lo mejor, si hubiese sabido tener paciencia y apoyarle, cuando Aaric hubiese tenido tiempo libre de verdad me lo hubiese dedicado a mí.

Yo me había dejado llevar por mis celos hacia Rosinha y por el daño que me hacían mi agente y la presión del mercado musical.

Todo lo habíamos hecho mal.

Me pregunté si sería posible volver a empezar, si ambos seríamos conscientes de nuestros errores para procurar evitarlos en el futuro.

Sin embargo, yo ya sabía dos cosas respecto al futuro: iba a dejar la música y no iba a prestar mi imagen para la campaña publicitaria de Berta. También sabía otra cosa, no menos importante: sentía cierto resentimiento y enfado hacia Aaric, pero no podía negar que lo amaba. Pese a todo, esperé a que se marchara para entrar en mi casa. No tuve el valor suficiente para enfrentarme a él.

32. Nunca jamás

El aroma del café recién hecho y el sonido agudo de la cafetera me despertaron a la mañana siguiente.

Como había bajado la persiana la noche anterior, mi habitación se encontraba completamente a oscuras, sin rastro alguno de sol. Puse mis pies descalzos sobre el suelo de parqué y caminé hacia el cuarto de baño.

Mi rostro estaba hinchado y los ojos se me habían vuelto diminutos dentro de aquellos párpados tan rojos y grandes. Había pasado la noche llorando y meditando la posibilidad de hablar cara a cara con Aaric.

Salí del baño y fui a la cocina.

Sonreí al comprobar que Lorena había hecho el desayuno, como en los viejos tiempos. Parecía tranquila; vi sus ojeras, su cabello castaño recogido en un moño deshecho y su pijama blanco, señal de que había pasado la noche aquí.

—No sabía que estabas en casa —la saludé, aún con los ojos a medio abrir.

Ella estaba calentando una de las tazas de leche en el microondas. Se giró y dijo:

—Juan está de viaje. Su hijo se ha ido con su madre y yo te echaba de menos, así que me vengo unos días aquí contigo.

Asentí, feliz. Parecía que las cosas mejoraban un poco, aunque fuera por un breve periodo de tiempo. Me senté en uno de los taburetes y metí una

rebanada de pan en la tostadora.

—¿No dices nada? —preguntó ella arqueando una ceja.

La miré de soslayo y después cogí con mi taza de café.

—Nada de lo que diga solucionará las cosas —respondí.

Lorena agarró el taburete que estaba junto a mí y se sentó. Me obligó a girarme y a mirarla.

Entonces me preguntó:

—¿Qué cosas tienes que solucionar?

Me extrañó aquella pregunta. ¿Qué era lo que tenía que solucionar? ¡Toda mi vida!

Me di cuenta, entonces, de que estaba completamente insatisfecha conmigo misma. Algo no encajaba. Tenía la sensación de que todo lo que había sucedido a lo largo de los últimos meses se trataba de una serie de acontecimientos inconexos, incoherencias que me habían llevado a intentar ser famosa y a cantar, pero sin éxito alguno. No habían sido más que sueños fallidos que me habían llevado a amar a un hombre independiente y solitario, porque así era Aaric, me gustara o no.

Mi madre había muerto muy pronto, demasiado. Mi padre, incluso antes que ella.

Me habían despedido del colegio.

Me había tocado la lotería.

Había viajado a Roma, a Los Ángeles y a San Francisco.

Había cantado sobre algunos escenarios. La gente comenzaba a reconocermme cuando paseaba por la calle, pero, con todo, no me sentía feliz. Aaric había sido como un faro en la oscuridad situado en alta mar, un faro que, en lugar de orientarme para que no me chocase con las rocas de la costa, me animó a acercarme a ellas hasta quedar encallada

—Leire —dijo mi amiga—, necesitas un descanso.

—¿Un descanso de qué? —pregunté antes de dar un sorbo al café.

—De ti misma —afirmó la doctora Lorena.

—Hoy estás muy filosófica —respondí con un tono algo hiriente.

Ella sonrió mientras untaba mantequilla en el pan tostado.

—Dime qué es lo que tienes que solucionar. Piensa que hace tiempo que no nos vemos y que me tienes que poner al día —insistió mi amiga.

Inspiré. El olor a migas quemadas inundó mis pulmones.

—Bien. Lo que más me preocupa ahora mismo es Aaric. Ayer estuvo esperándome y no tuve valor para enfrentarme a él. A pesar de que al principio le eché toda la culpa de nuestros problemas, ahora soy yo la que siente remordimientos.

—Continúa —me animó.

—No quiero cantar más. No me sale la voz. No atino con las cuerdas de la guitarra. La música se ha convertido para mí en un trabajo en el que todo el mundo me presiona para que dé la talla y conquiste al público. La música ha dejado de ser mi refugio para convertirse en mi pesadilla.

—Lo entiendo —dijo Lorena.

—Mi agente y mi discográfica me han exprimido tanto que no tengo ganas de cantar.

Ella asintió; me comprendía.

—Creo que sé por dónde vas. Ahora ves la música como un negocio sucio en el que lo único que importa es vender —dijo ella.

»Siempre te han gustado los niños —continuó diciendo Lorena—. ¿Y si pruebas a trabajar como profesora durante un tiempo? Por lo menos, hasta que se normalice tu estado de ánimo y puedas pensar con claridad.

Negué con la cabeza.

El café comenzaba a enfriarse y a cambiar de sabor. El café siempre se vuelve diferente cuando desciende su temperatura.

—Hoy voy a coger el tren. Voy a ir al colegio en el que trabajaba para visitar a mis antiguas compañeras. Después, cuando esté más relajada, llamaré a Aaric.

Me parecía todo un desafío enfrentarme al cantante, pero aquello no podía retrasarse mucho más.

Fui a mi habitación, me puse unos vaqueros y me cubrí con una blusa blanca vaporosa y fina. Cogí mi bolso y mi *smartphone*.

Cuando fui a despedirme de mi amiga, la encontré hablando por teléfono en inglés.

Se calló súbitamente cuando me vio, pero, como yo estaba tan absorta en mis problemas, no me di cuenta de lo que se cocía en aquellos momentos.

—Luego te veo —dije antes de salir del ático.

Ella se despidió haciéndome un gesto con su delicada mano de dedos largos.

Como siempre, la estación de Atocha bullía de actividad. El sonido de los vagones deslizándose ruidosamente sobre el hierro de las vías me hacía ensordecen. Desde una de las plataformas que cruzaban la estación de lado a lado, observé los ocho andenes colmados de pasajeros nerviosos a la espera de su tren.

Respirar aquel aire repleto de contaminación me hizo estremecer de nostalgia.

Entonces sonó mi *smartphone*. El número era desconocido. Me sorprendí al escuchar una familiar voz de mujer cuando descolgué la llamada.

—¿Leire? —decía ella.

Mi cerebro tardó medio minuto en reconocer aquel timbre.

—Flor —musité— Cuánto tiempo...

Escuché cómo respiraba agitadamente. Me pareció casi una broma del destino que yo me hubiese propuesto visitarla justo aquella mañana.

—Sí... Bueno, te llamaba porque necesito tu ayuda... No pienses mal, no quiero dinero, solo quiero una amiga con la que hablar.

Sonreí.

Hasta el momento me había comunicado con ella por correo electrónico, más o menos nos escribíamos una vez cada dos meses.

—¿Estás bien? —pregunté.

El sonido de los vagones me hacía difícil escuchar lo que decía.

Me desplazé hacia el andén número ocho, el último, donde un tren de media distancia pintado con líneas naranjas esperaba el aviso para iniciar el viaje.

—Voy a perder el trabajo —la escuché decir—. El colegio... Mantener... Problemas... Financiar...

A pesar de que lo escuchaba todo a medias tintas, me hice una idea de lo que había ocurrido.

El colegio estaba en quiebra, la directora había sido incapaz de cubrir todos los gastos y se veían obligados a cerrar.

Recordé que, ya por aquel entonces, cuando trabajaba allí, había

problemas económicos y, de hecho, por eso me despidieron. Ahora todos allí iban a perder el trabajo y los niños tendrían que ser reubicados en otro centro escolar.

—Dios mío —dije—. Dime dónde estás y voy a verte, así podrás contarme con más detalle qué clase de problemas económicos hay.

Colgué y elegí el tren del andén cinco. Había solo tres paradas hasta el colegio. Allí me esperaba Flor.

Durante el trayecto recordé que ella, cuando yo me marché, había tenido un bebé hacía tan solo dos meses. Calculé que su hijo tendría ahora más de un año.

De repente se me ocurrió una idea, algo que podría salvar el colegio y, de paso, salvarme a mí misma también.

Me bajé del tren y salí de la estación. Nada más llegar al colegio, me encontré medio llorando a mi antigua compañera, apoyada en la fachada oriental del edificio. Fuimos juntas a una cafetería que había por la zona. Nos sentamos en una mesa y, entonces, Flor comenzó a hablar.

Al parecer el colegio se había sumido en una rígida austeridad desde que me despidieron. Apenas traían material para los niños, la comida del comedor cada vez tenía peor calidad y los profesores estaban descontentos con la bajada general de sueldos.

Ese descontento se había transmitido a los alumnos, que, a su vez, se habían quejado a sus padres. Por lo tanto, al año siguiente hubo un número menor de niños matriculados y los ingresos del colegio se vieron en serio peligro.

A finales del curso pasado, decidieron declararse en quiebra, pero a nadie le interesaba comprarlo.

Así que ahora se encontraban echando el cierre y finiquitando al personal.

—Y la indemnización es tan pequeña que apenas me dará para cubrir las deudas de la casa... —dijo ella—. Menos mal que Pablo aún conserva el trabajo, aunque sus condiciones son muy malas.

Percibí angustia en sus palabras; angustia por su marido, por su hijo recién nacido y también por el hijo que estaba esperando. Se había quedado embarazada justo antes de saber que el colegio cerraba sus puertas.

Aquella situación me removiό tanto el estόmago que fui incapaz de terminar de beberme la taza de cafέ.

La idea que había tenido en el tren cobró aún más fuerza. Yo tenía mucho dinero, muchísimo, y pensé que, si no podía ayudar a nadie con ese dinero, tampoco yo podría ser feliz.

Regresamos al colegio. Flor tenía que recoger unos papeles, así que nos despedimos. No le comenté nada de mis planes respecto al colegio porque aún no estaba segura de si hacerlo y tampoco de cómo hacerlo.

—Cuídate —le dije antes de irme a la estación.

Mientras caminaba, observé los grandes árboles de aquel barrio humilde. Allí el olor a contaminación quedaba eclipsado por el aroma de la hierba recién regada y de la madera de los pinos. No había mucha gente en la calle, solo algunas señoras mayores que acarreaban sus carritos de la compra y algunos jóvenes que aún no habían comenzado con su primer año de universidad.

Un hombre parecía cojear detrás de mí, pero como tenía prisa no me detuve a mirarle.

Tuve que esquivar a un grupo de artistas callejeros que tocaban en la entrada de la estación. Saqué mi billete y sorteé los tornos que daban acceso al andén principal.

Me senté en un banquito metálico a esperar.

—Así parecemos dos personas normales que van a trabajar —dijo alguien a mi lado.

Reconocí las piernas del hombre que había venido cojeando detrás de mí. Al mirar hacia arriba, vi un sombrero y una bufanda que le tapaba la cara. Sin embargo, aquel cuerpo parecía demasiado fuerte y ágil como para ser el de un lisiado.

Se retiró la parte de la bufanda que le cubría y me reveló su identidad. Me mareé ligeramente por la impresión.

—Tenemos que hablar —dijo Aaric.

Me había quedado inmóvil, paralizada ante aquel encuentro tan súbito. Recapacité. Aaric había fingido cojear y se había tapado la cara para poder seguirme sin levantar sospechas.

—¿Cómo me has encontrado? —musité a media voz.

Él no respondió. Se sentó a mi lado en aquel banco; su mirada gris me perforó el alma.

—No debiste haberte marchado —dijo entonces.

No encontré rastro alguno de reproche en aquella frase.

—¿Crees que aún podemos hacer algo? —me preguntó él—. ¿Crees que podremos perdonarnos?

Sentí algo de rabia. Quise gritarle, pegarle y cortar todos los lazos que nos unían, pero, en cambio, me abalancé sobre él y le di un abrazo muy fuerte. Me apreté contra él.

Al momento sentí sus manos rodear mi espalda. No me entendía a mí misma.

Mientras disfrutaba con aquel abrazo, todos los problemas se me olvidaron, como si jamás hubiese ocurrido nada malo entre Aaric y yo. Sin embargo, sabía que no estaba bien cerrar los ojos al pasado y confiar en que todo fuese a ir bien.

—¿Por qué me haces esto, Leire? —me susurró al oído—. Creía que estabas enfadada.

—Y lo estoy —susurré yo en el suyo—. Pero necesitaba abrazarte. Es extraño.

Sentí que él me apretaba aún más contra su pecho.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Aaric—. Porque yo te quiero, pero no quiero hacerte daño nunca más.

Unas lágrimas salieron involuntariamente de mis ojos.

—No vuelvas a mentirme nunca. Aunque me enfade con la verdad, siempre te perdonaré. Pero no mientas. No me engañes. No me traiciones —continué diciéndole al oído—. ¿Cómo puedo volver a confiar en ti? ¿Cómo sé que no vas a abandonarme en cuanto regrese contigo?

—No puedes saberlo —susurró él.

Su voz aún me hacía estremecer hasta en lo más profundo. Todo en él me agitaba. ¡No lograba entender qué era lo que despertaba en mí!

—Necesito saberlo —le dije—. Necesito saber que me quieres y necesito que me lo demuestres.

—Yo también necesito saber, Leire. Necesito saber que no vas a marcharte cuando menos me lo espere, porque yo también te necesito, aunque te haya dado de lado. Saber que estabas ahí, para mí, me hacía levantarme con ilusión cada mañana. Y entonces te fuiste.

—Pero yo no vivo del aire, Aaric. Necesito tu cariño, necesito tu tiempo —le dije.

Él inspiró profundamente. Después depositó un suave beso en mi oreja.

—Te he decepcionado —susurró él.

Contuve un sollozo. No hacían falta más palabras.

Entonces se levantó y me cogió de la mano.

—Te llevaré a casa en coche —dijo él.

Me di cuenta de que la gente nos observaba con curiosidad; incluso parecía que alguna chica joven nos había reconocido.

Salimos de la estación rápidamente. Una vez montados en el coche, me di permiso a mí misma para derramar todas las lágrimas que me salieran.

No dije ni una palabra, me limité a observar a Aaric al volante, que a ratos me miraba de soslayo. Al llegar, lo invité a subir.

Me sobresalté al comprobar que Lorena no estaba en el ático y temí lo que podía llegar a ocurrir.

—Siéntate —dije—. ¿Quieres tomar algo? —le pregunté, como si se tratara de una visita formal.

Mientras abría el frigorífico en busca de algún refresco, sentí su presencia detrás de mí.

—No es necesario que hagas esto —dijo él.

Entonces alargó su brazo y cerró la nevera bruscamente. Me giré y sentí que sus ojos grises atravesaban los míos. Su cabello rubio y corto le caía sobre la frente, haciéndolo más irresistible de lo que ya me parecía.

—Nunca he amado tanto a nadie —me dijo entonces.

Quise responderle y reprocharle la actitud distante que había tenido conmigo, pero me di cuenta de que sus palabras iban en serio.

Su tono de voz no mentía.

—A mí nunca nadie me había hecho tanto daño —alcancé a decir.

Él me acarició el rostro con su mano izquierda. Incliné la cabeza hacia aquel contacto y disfruté de él, igual que había hecho con aquel abrazo en la estación.

—Eso es porque tú también me quieres —afirmó Aaric.

—Pero no quiero sufrir más. Me he sentido rechazada y abandonada —susurré yo.

Aaric Lodge inspiró con fuerza. Después dijo:

—Y yo me he sentido débil y dependiente, dependiente de ti, Leire, y nunca me había sentido así. ¡Tenía miedo! Entiéndelo.

—¿¡Por eso me ignorabas!?! —casi grité.

—¡No te ignoraba! ¡Tú me ignorabas a mí! ¿Qué crees? ¿Qué no me enteraba de que Austin andaba como un perro detrás de ti? ¿Crees que yo no sufría? Pero preferí no contártelo para que no pensaras que era un controlador celoso —dijo él.

De nuevo comencé a llorar. Él me abrazó, me cogió el mentó y me besó larga y tiernamente.

En ese momento, supe que nunca jamás volvería a alejarme de él.

Epílogo

Dos niñas exactamente idénticas, de unos once años, corren una detrás de la otra por el jardín. Fue una sorpresa para Lorena encontrarse con gemelas en su segunda ecografía. Para Mister Interesante fue, sobre todo, una gran alegría.

Se habían comprado una gran casa en un pueblecito de la sierra madrileña, justo frente a las montañas. Detrás de la casa tenían una gran explanada de hierba verde, donde habían crecido un par de abetos y una higuera.

Lorena está sentada frente a la mesa de madera que tiene en el porche. Allí puede repasar los informes de sus próximos pacientes mientras vigila a sus hijas. Mister Interesante se está echando la siesta en una hamaca que tienen colgada entre las dos columnas del mismo porche, justo al lado de su esposa.

Son los dueños de una exitosa clínica de medicina general y endocrinología que han establecido en el centro de la ciudad. Por las tardes, las niñas se quedan a estudiar en el despacho de Lorena, que está en la tercera planta del edificio, mientras su padre se dedica a atender a los últimos pacientes de la jornada. Después Lorena lleva a las niñas a clase de natación y, a última hora, Mister Interesante las recoge a las tres para llevarlas a cenar a un restaurante que tienen unos amigos de ellos, no muy lejos de la zona.

Lorena y Juan siempre piden una ensalada para compartir y están intentando que las niñas prueben de una vez por todas la lechuga porque solo

quieren cenar salchichas.

Lorena es feliz; aunque tenga que pelearse con sus hijas para que coman verdura, se siente realizada como madre, como doctora y como mujer. Y su marido la quiere con locura, lo veo cada vez que la mira, cuando la abraza o le acaricia el cabello al pasar detrás de ella.

Se casaron en una ermita situada en mitad de una gran pradera de hierba verde, un lugar tranquilo y lleno de paz, de árboles y de naturaleza, en las montañas asturianas, un pequeño paraíso situado al norte de España.

Allí, entre aquellas montañas, cerca de la nieve y del aire puro, se dieron el «sí, quiero».

Cuando regresaron a Madrid tras la luna de miel que pasaron en las islas griegas, ambos médicos, las gemelas recién nacidas y el hijo de Míster Interesante, que ahora estudia medicina en una universidad madrileña, se decantaron por una mansión alejada de la ciudad, donde ahora viven muy a gusto.

De vez en cuando yo, Leire, voy a visitarles; yo, Aaric y nuestros tres hijos.

Todos chicos.

Eso sí, pasaron muchas cosas antes de quedarme embarazada.

Lo primero que hice fue dejar la música. No la dejé del todo, componía canciones para Aaric y, en ocasiones, cantaba con él y grabábamos algo juntos.

Sin embargo, yo había decidido dedicarme a otra cosa, a los niños.

Antes de quedarme embarazada compré el colegio en el que había trabajado y contraté a dos administradores y a un director. Reformé el edificio entero y cambié el servicio de *catering* del comedor por una cocina propia para el colegio.

A lo largo de cuatro años, decidí crear una asociación de padres, que, curiosamente, antes no existía, para que propusieran nuevas mejoras y busqué dos socios más para financiar actividades extraescolares y proyectos de laboratorio para los adolescentes de bachillerato.

Aaric y yo tuvimos muchas discusiones. Él no quiso que yo abandonara la discográfica, pero al final comprendió que todo aquel mundillo tan competitivo no me hacía feliz.

Yo también me enfadé con él en varias ocasiones, sobre todo cuando me dejaba de lado por dedicarse a trabajar. Sin embargo, con los años aprendimos el uno del otro. Yo supe darme cuenta de cuándo él necesitaba tiempo a solas y él empezó a dedicarme más tiempo, y no porque yo se lo pidiera, sino porque le apetecía.

—Leire, por segunda vez te lo voy a pedir: cástate conmigo —me dijo él después de la boda de Lorena.

Me cogió por sorpresa porque jamás habíamos vuelto a hablar de matrimonio tras aquella discusión monumental en la que yo abandoné Estados Unidos para regresar a Madrid.

—Aaric, si vamos a casarnos, hagámoslo ya —respondí con cierto sarcasmo—. Aún tengo el anillo que me regalaste cuando volvimos de Roma.

Él sonrió, me abrazó y me besó apasionadamente delante de todos los invitados de la boda. Lorena se enfadó un poco conmigo por desviar la atención de aquella manera, pero yo no había planeado que aquello ocurriera.

Un mes después nos casamos nosotros. Nos casamos, de hecho, tres veces: una en Madrid, otra en Hawái y otra en Las Vegas.

La boda de Hawái fue la que más me gustó. El azul del océano Pacífico, el olor a mar y los collares de flores hawaianas me enamoraron tanto que, poco después, nos apuntamos a un curso de surf.

Acabé con un par de esguinces y un chichón en la cabeza, pero mereció la pena y, sobre todo, mereció la pena hacer el amor de noche, en la arena de la playa. Cuando todo estaba apagado, Aaric me llevó detrás de unas rocas y me dijo:

—Tú y yo, siempre.

Lo dijo en un susurro, de manera que se confundía con el murmullo de las olas.

Entonces me besó y comenzó a recorrer mi cuerpo.

Aquella fue la noche en la que me quedé embarazada de nuestro primer hijo.

Pero antes, otra de las cosas que ocurrieron fue que acepté la propuesta de Berta para formar parte de su empresa de cosméticos, pero me negué a ser la imagen. No quería más fama, ni más música, ni más exigencias de gente que quisiera exprimirme, como mi exagente Erika Pallin. Durante estos once años, Berta se ha hecho de oro; no, no se ha casado y no conozco ningún

novio suyo. Al parecer acabó bien harta de los hombres.

Creo que el pobre Chris Damon lleva tras ella todos estos años. Las veces que he hablado con él me ha contado que cada día está más enamorado de ella y que no puede soportar que cada vez que intenta acercarse Berta lo aparte con frialdad. Esta historia me parece increíble; me sorprende que un mujeriego como Damon esté perdido desde hace tanto tiempo por una sola mujer y me sorprende que Berta, la reina de las teorías, no quiera saber nada de amor. Supongo que el destino les tendrá preparado algo diferente a cada uno. Es cuestión de tiempo.

No sé qué fue de Rosinha; creo que acabó dedicándose a las tertulias televisivas, donde periodistas cotillas despellejan a los famosos a los que se les ocurre sacar mínimamente los pies del tiesto. No sé si consiguió tener alguna relación estable con alguien. Lo dudo, pero lo único que me importa es no volver a verla.

En lo referente a Javi, después de que me reconciliara con Aaric intentó acercarse a mí varias veces. Trató de disuadirme de salir con Lodge y me repitió una y mil veces que me amaba y que no podía dejarle así. Me hizo dudar en algún momento y llegué a pensar que, tal vez, Javi me podía ofrecer una relación estable, al menos un poco más estable que la que podía ofrecerme Aaric, pero me desengañé rápidamente porque no estaba enamorada de él. Solo estaba enamorada de Aaric Lodge, el único capaz de ofrecerme el amor que yo necesitaba.

Fue difícil para Javi comprenderlo, pero finalmente lo logró. Terminó estudiando un máster de técnico de sonido y audiovisuales y, un par de años después, lo recomendé a un colega de Los Ángeles para que lo contratara como trabajador en el rodaje de una serie. Actualmente dirige su propia compañía de efectos de sonido en Hollywood y le va bastante bien. Me da cuenta de que, en realidad, no era una persona sin aspiraciones, sino que no había encontrado algo que realmente le motivara. Todo cambió cuando descubrió el mundo audiovisual.

Somos buenos amigos, él, yo y su mujer, una espectacular modelo que trabaja para una conocida marca de relojes. Creo que se llama Keyla.

Aaric y yo nos fuimos a vivir a los Hamptons, cerca de Nueva York. Allí, después de ver unas diez casas, me decidí por un palacete de ladrillo blanco brillante, con una piscina de un tamaño razonable y un jardín más o menos

pequeño que no requería mucho mantenimiento. Allí Aaric tenía su estudio de música y yo mi despacho, pues me había convertido en toda una empresaria.

Con el dinero que me reportaba la empresa de Berta y el que yo había ganado en la lotería, junto con una gran contribución de Aaric, me dediqué a fundar colegios concertados a lo largo de toda la costa este de Estados Unidos.

Me sentía muy realizada aplicando mis ideas educativas a los centros escolares, fomentando las actividades extraescolares divertidas que sirviesen para aprender, como excursiones de carácter arqueológico, cursos para aprender cómo se hacen las películas o talleres de historia egipcia o de escritura.

Contraté administradores y busqué socios que me ayudaran a financiar y con los que repartía las ganancias. Otra de las cosas que hice con mis ingresos fue donar parte de ellos a la investigación contra el cáncer y a asociaciones de médicos que trabajan para el Tercer Mundo.

Lorena estaba muy contenta de que hiciera esto y a mí me reconforta mucho.

Antes de nacer nuestro segundo hijo, Jonathan, Aaric recibió un disco de platino y un premio Grammy. Nunca antes le había visto tan feliz.

Para celebrarlo, me llevó de viaje a Islandia, donde, en un balneario de aguas termales, disfrutamos de una de las mejores noches de nuestro matrimonio. Fue allí donde me quedé embarazada del tercer hijo, Simon.

Hoy en día, me he convertido en una exitosa mujer de negocios que es muy feliz con el hombre de su vida, Aaric Lodge. Mis hijos tienen ahora diez, ocho y siete años y son tan o más testarudos que su padre.

En este preciso instante están bañándose en la piscina y apostándose entre ellos las últimas natillas que queda en la nevera.

—Leire —me dice Aaric, sorprendiéndome en mi despacho, donde estoy terminado de escribir el epílogo de mi historia.

—Hola.

Me coge la mano y hace que me levante de mi sillón negro; me guía por el pasillo hasta su estudio de música, donde las luces están apagadas. En la pared cuelga un gran televisor de plasma, que está encendido. Se le ve subido a un escenario, algo que me resulta extrañamente familiar; parece uno de sus

conciertos, pero se le ve muy joven; debe de ser uno de los más antiguos, pues canta una de mis canciones favoritas, rodeado de focos azulados. Recuerdo que fue la primera canción que escuché suya, la que me convirtió en una de sus fans sin darme cuenta.

—Atenta —me dice—. Observa ahora.

Me coge de la mano mientras, en la pantalla, el Aaric joven pide que alguien suba a cantar con él al escenario. Justo un minuto después, yo, mucho más joven, aparezco hecha un flan junto a él bajo los focos de aquel escenario madrileño.

—Oh... —Estoy completamente sorprendida.

Me escucho cantar a su lado aquella canción... cuando me besa y el público aplaude hasta que yo le pego una sonora bofetada.

Me encojo al escuchar el sonido del golpe en el altavoz del televisor. Me veo abandonar el escenario corriendo y justo después veo como Aaric, dirigiéndose al público, dice:

—Vaya, parece que he encontrado al amor de mi vida.

¿Por qué razón no había escuchado eso antes? Seguramente porque nunca me atreví a ver la grabación completa en los vídeos de YouTube.

Aaric apaga la televisión y me mira fijamente.

—Hoy hace trece años de aquello, Leire.

—Trece —repito yo con voz queda.

—Y quiero decirte que, efectivamente, encontré al amor de mi vida en aquel escenario. Lo supe desde el primer momento.

Me siento enrojecer, aunque sé que no debería; llevo ya casi once años casada con él, pero sigo poniéndome nerviosa en momentos así.

—Yo... Yo no lo sabía... Estaba muy enfadada por aquello... —confieso riéndome.

—Lo sé, y fue lo que más me gustó. Me encanta hacerte enfadar. Me encantas tú. ¿Sabes? Nunca jamás volví a subir a nadie al escenario.

—¿Por qué? —pregunto yo.

—Porque ya había encontrado lo que buscaba.

—Oh, Aaric... Vas a conseguir ponerme de los nervios.

—Te he traído un regalo.

—No, no tendrías que haberte molestado —le digo con lágrimas de

emoción en los ojos.

Aaric se levanta y tira de una manta de terciopelo, dejando al descubierto un cuadro.

—Dios mío —murmuro.

Me acerco para verlo más de cerca.

—Convencí a un buen amigo para que lo hiciera —dice, esbozando una sonrisa triunfal.

—Es... Es...

Sin completar la frase, le abrazo.

El cuadro representa la Fontana di Trevi y a nosotros sobre ella, abrazados. Me sorprende que el artista haya pintado a Aaric con un esmoquin y a mí con un traje semitransparente de fantasía.

—Te quiero. Leire, te quiero. Gracias por estar conmigo —me susurra al oído.

Y es esa noche cuando me quedo embarazada del cuarto hijo, que, por desgracia, no podrá competir por las últimas natillas que quedan en la nevera porque Hugo acaba de comérselas.

Sobre la autora



Cristina González (Madrid, 1992) es médico residente en oncología médica y escritora. Adora los perros, los gatos y cualquier animal en general. Le encanta pasear por un parque lleno de hojas amarillas en otoño y sentarse a leer bajo una ventana en un día lluvioso con una taza de café caliente al lado. Es más solitaria de lo que le gustaría y, a veces, patina sobre hielo.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

